This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

**Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

**About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

**Acerca de este libro**

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

**Normas de uso**

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

**Acerca de la Búsqueda de libros de Google**

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

B 909,198

PROPERTY OF
The
University of
Michigan
Library

450

# LOS ÚLTIMOS IBEROS.

## LEYENDAS DE EUSKARIA.

# LOS

# ÚLTIMOS IBEROS.

LEYENDAS DE EUSKARIA

POR

DON VICENTE DE ARAÑA.

MADRID:
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ,
CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2.

1882.

GR
237
.B3
A66

Es propiedad del Autor.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

MADRID. — IMPRENTA DE FORTANET, LIBERTAD, 29.

S 32 218-013

# PRÓLOGO.

Si grande era mi temor cuando hace algun tiempo dí á la estampa el libro que con el título de ORO Y OROPEL corre por esos mundos, ó lo que es más probable, duerme en los estantes de las librerías, mayor, mucho mayor, es el que experimento al publicar éste.

Y la razon es obvia.

En aquel volúmen habia, al lado de los trabajos originales, algunas traducciones de obras de grandísimo mérito, y el valor que ellas daban al libro bastaba para hacerlo muy apreciable, áun cuando los trabajos originales no hubieran valido un ardite, al paso que las leyendas que hóy ofrezco al público son todas originales, y no tienen, por consiguiente, el valor intrínseco de las creaciones de Tennyson, Longfellow y Percy, ni el prestigio que les darian esos egregios nombres.

En una nacion más ilustrada que la nuestra—nues-

tro pueblo es en general más dado á los goces materiales, y á las espeluznantes emociones del circo, que á la suave delectacion del espíritu—los poemas *Enoch Arden* y *Evangelina* incluidos en aquel libro, hubieran bastado por sí solos para hacer la fortuna de un editor, y yo, que no los daba á luz por ganar dinero sino simplemente porque mis compatriotas los conocieran y los admiraran y pudieran aprender algo en ellos, esperaba, aunque no confiadamente, que en pago de ese servicio que yo hacia á las letras españolas, los críticos me tratarian con alguna indulgencia y se esforzarian más bien en ocultar, que en poner á la vista, los deméritos de mis propios poemas y leyendas. Pero al lado de esa esperanza, bien débil por cierto, subsistia en mi ánimo un temor grandísimo, un temor invencible, de que la belleza de las obras traducidas sólo sirviese para hacer más patente la tosquedad de las originales y mi escasa aptitud para el cultivo de las letras (1).

¿Y qué sucedió? Sucedió lo que yo no habria soñado jamás; sucedió que el libro obtuvo una acogida entusiasta; que la prensa, las publicaciones más autorizadas, los críticos más eminentes, hicieron de él grandísimos

(1) Como las personas que en *Oro y Oropel* hayan leido *Enoch Arden*, *Dora* y *La Maya*, de Tennyson, desearán seguramente conocer otras producciones de este excelso poeta, les advertimos que en el tomo IV de la *Revista Euskara* de Pamplona, correspondiente al año de 1881, encontrarán su bellísimo poema titulado *La Reina Ginebra*, vertido tambien al castellano por el autor de este libro.

elogios; que llovieron sobre mí lisonjerísimas cartas de insignes poetas y literatos y de otras muchas personas distinguidas. Y los elogios que de mis trabajos originales se hicieron no fueron menores, ni ménos calurosos, que los que obtuvieron las obras traducidas, que eran sin embargo verdaderas joyas literarias de precio inestimable.

Yo no podia dudar de la sinceridad de los críticos ni de la de las personas que me honraban con sus epístolas congratulatorias, por la sencilla razon de que ni me conocian, ni tenian interes alguno en agradarme, ni habia yo empleado influencia ni recomendacion alguna para ponerlos de mi parte; y sin embargo, cada vez que recibia algun periódico con un nuevo artículo acerca de mi obrita, sentíame así como avergonzado, y costábame no poco trabajo empezar á leerlo: tal rubor, tal confusion me causaban aquellos elogios, á mi parecer exagerados. Léjos de envanecerme y engreirme, sólo sentia no haber escrito un libro ménos insignificante, un libro más digno de las alabanzas que se prodigaban al que habia dado á luz.

Hoy, al ofrecer al público un nuevo libro, el recuerdo de aquellas alabanzas, que tal vez debiera envalentonarme, me llena de temor, porque no se me oculta que para que yo quede en buen lugar y satisfechos de mí los que leyeron y elogiaron *El Brebaje maravilloso*, *Brenda de Kolbein*, *La Rosa de Ispaster* y las demas leyendas originales que formaban parte del libro ORO Y OROPEL, es preciso que las que ahora doy á la estampa sean mejores, ó por lo ménos tan buenas como

aquellas, y francamente, ni creo lo primero, ni estoy muy seguro de lo segundo (1).

Quizá no debiera yo terminar este prólogo sin decir á los lectores cuál es el objeto de este libro, pero me limitaré á decir que lo he escrito por el placer de escribir, que es para mí uno de los más grandes placeres de la tierra, pues si el libro tiene algun objeto—y estoy muy léjos de negarlo—prefiero que lo vean por sí mismos los lectores, á decírselo de antemano, como se hace muchas veces en prólogos y prospectos que ofrecen grandes cosas y hacen concebir grandes esperanzas que luégo se ven tristemente defraudadas. Quiero que á lo ménos no se diga de mí que ofrecí lo que no podia dar.

No me resta ya más que encomendarme á la benevolencia de los críticos y á la del público en general. Si mi libro proporciona á algun desgraciado algunos momentos de grato solaz, si hace germinar tiernos y nobles sentimientos en algun corazon empedernido, si contribuye, por poco que sea, á la felicidad de Euskaria y de España, me alegraré de haberlo escrito aunque no me dé ni gloria ni provecho, y haré, Dios mediante, que le sigan otros libros, peores tal vez, pero no ménos bien intencionados.

*Vicente de Arana.*

Enero de 1882.

(1) Este volúmen no es más que la primera parte de nuestra obra, la primera de las cuatro series de leyendas euskaras que pensamos publicar, si el apoyo del público no nos falta.

# LOS ÚLTIMOS IBEROS.

DISCURRIENDO por las estribaciones occidentales de la escabrosa sierra de Oiz, fuí á dar en una angosta y profunda encañada, que es el más delicioso retiro cuando en el solsticio estival los ardientes rayos del astro del dia obligan al hombre y á todos los séres á buscar la sombra y la frescura. Allí no penetra un rayo de sol, porque el enmarañado y frondosísimo ramaje de corpulentos castaños y nogales, cerezos y manzanos, no lo permite; así es que la finísima hierba que crece á su sombra no se agosta ni en el verano más ardoroso: verde y viva permanece siempre, como la esperanza del que sólo fia en Dios y en sus obras.

Por el fondo de la cañada se despeña, formando pequeñas cascadas, un espumoso y mugidor torrente, como ansioso de recorrer el ameno valle, y de ir á mezclar sus purísimas aguas con las salobres aguas del mar. Es el torrente de Oca.

De muy buena gana me hubiera sentado á la orilla del arroyo; pero bastante tiempo habia ya perdido vagando por la montaña, y no debia detenerme si deseaba asistir á la asamblea de los vizcainos. Tomé, pues, el camino del valle, siguiendo el curso del arroyo, que como todos saben, es uno de los que forman el rio que despues de besar las plantas á la noble Guernica, desemboca en el mar por Mundaca.

Los molinos, las ferrerías y las casas de labranza, iban apareciendo á mis embelesados ojos y encantábame la paz y la felicidad que parecian reinar en todas partes. Era una bendicion de Dios el hermoso aspecto de los campos, donde hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, trabajaban confundidos y con igual ardor y alegría. Un *hombrecito* de diez años que estaba apacentando unas vacas, cantaba, sin comprenderla, una cancion de amor. Todo respiraba el sosiego, la prosperidad, el contento, y era que en aquel tiempo Vizcaya (1) era todavía libre, y por ende feliz.

¡Ah! No siempre hubo tanta tranquilidad en las márgenes del Oca. Muchas veces resonó en ellas el horrible fragor de la guerra, y raudales de generosa sangre fueron á aumentar el caudal del torrente, y á teñir de púrpura sus blanquísimas espumas.

¡Cuántas veces midieron allí sus armas los Anchoa, los Andramendi, los Butron, los Mujica, los Ibargüen, los Urbillos, los Anchocarte, los Lamiquiz, los Olaeta, los Barrutia y tantos otros terribles banderizos! El recuerdo de aquellos aciagos dias no se borrará jamás en nuestras montañas.

Afortunadamente, mucho han cambiado los tiempos desde la funesta época de los bandos; aquel deplorable estado social se fué para no volver jamás. El mundo marcha, el mundo marcha siempre; y si alguna vez retrocede, avanza despues más rápidamente, como para recobrar el tiempo perdido. Y porque conocemos esa ley de la humanidad, porque tenemos fe en los destinos de nuestro pueblo, no desmayamos porque éste se vea en nuestra propia edad obligado á detenerse en su marcha,

(1) Debiera escribirse *Bizcaya*, ó mejor aún *Biscaya*. Es bien singular que formando Vizcaya parte de la nacion española, sea España el único país donde no se sabe escribir este nombre, que todos los extranjeros escriben como debe escribirse, esto es, con *b*.

*Alava* y *Navarra* debieran tambien escribirse con *b*, y lo mismo decimos de los infinitos nombres euskaros que usualmente se escriben con *v*, letra extraña al alfabeto ibérico.

ó lo que es peor, á retroceder. Sea dicho con el profundo acatamiento que se debe á las leyes y á todos los poderes del Estado, el 21 de Julio de 1876 (1) es una fecha tristísima para los euskaros, y marca un retroceso, un gran retroceso, en su historia y en la historia de las libertades públicas. ¿Pero qué importa? Ya se andará lo desandado. El Oca detiene á veces su curso y forma un remanso donde la golondrina va á buscar los insectos que la sirven de alimento, ó dando rodeos y retrocediendo parece como que se arrepiente de haber corrido tanto, y como que quiere volver á su orígen; pero esas veleidades son momentáneas. El torrente, mugiendo de impaciencia, desciende de nuevo hácia el valle, corriendo y saltando sobre los peñascos.

¡El Oca! ¡Qué recuerdos despierta este nombre, que además de ser el nombre de una parte de la gran cordillera Ibérica, y de varios arroyos y encañadas de Vizcaya, lo es tambien el de una de sus más antiguas familias! Aún prescindiendo de las patrañas inventadas por los reyes de armas—con ellos no rezaba el octavo precepto de la ley mosaica—todavía sería muy interesante la historia de los señores de Oca. Esforzados guerreros y expertos capitanes, tomaron honrosísima parte en todas las guerras de la Península y principalmente en la gloriosa de la reconquista. Iñigo Sanchez de Oca, uno de los vizcainos que con D. Alonso, hijo del duque de Cantabria, fueron á la nobilísima Astúrias á ayudar en su patriótica empresa á D. Pelayo, fué caudillo de los cristianos en los cercos de Mansilla y de Cangas, y ganó á los moros aquellas dos importantes plazas. Y sus descendientes no deslustraron los timbres de su ilustre progenitor, ni pelearon ménos denodadamente contra las huestes del Islam.

Ménos gloria adquirieron los de Oca en sus contiendas con

(1) ¡Funesto dia, cuyo recuerdo, que hizo morir de tristeza al inolvidable Moraza, amarga la ancianidad del venerable solitario de Cestona, del insigne D. Pedro de Egaña, uno de los más leales y celosos servidores que España y Euskaria han tenido en el presente siglo!

sus vecinos, mostrándoseles no pocas veces adversa la fortuna, como cuando los de Albiz, despues de derrotarlos por completo, entregaron á las llamas su soberbia casa-torre, que segun dicen se alzaba á la orilla del Oca, en el sitio que hoy ocupa la casa conocida con el mismo nombre. Así, en la historia de cada familia como en la historia de la humanidad, se ven juntas ó alternativamente, la luz y la sombra, la gloria y la vergüenza; al lado de Pastora de Aramayona, de la inhumana esposa de Gonzalo Saez de Oca, de la hembra feroz que mata á hachazos á su inocente y hermosa entenada, está aquel insigne caballero del mismo linaje, aquel dignísimo preboste de una de nuestras villas del litoral, que por su noble ánimo y por su franco y generoso carácter, recuerda aquel otro preboste escocés, hermosa creacion del águila de los novelistas: Sir Patricio Charteris de Kinfauns.

Abismado en éstas y en otras imaginaciones, parecióme aquel dia más corta que nunca la distancia que media entre las umbrías de Oca y la Casa de Juntas de Guernica, que era á donde yo dirigia mis pasos.

Abigarrada multitud llenaba el bendito campo donde se alza el árbol de nuestra libertad, y donde desde tiempo inmemorial se congregan los vizcainos para tratar de la cosa pública. Mis primeras miradas fueron para el santo roble á cuya sombra (1) juraron nuestros fueros D. Fernando V de Aragon, doña Isabel la Católica y tantos otros monarcas poderosos, y para el hermoso retoño que ha de reemplazarle cuando caiga de vejez. No hay euskaro alguno, verdaderamente digno de tal nombre, que pueda contemplar sin conmoverse esos símbolos de nuestra antigua libertad (2).

(1) No precisamente á su sombra, pues el roble actual sólo tiene cien años, sino á la sombra de los robles que ántes que él han ocupado sucesivamente el mismo lugar.

(2) El actual árbol de Guernica, que es un vástago del que existia desde fines del siglo XV y que cayó de vejez en 1811, fué plantado en 1781. El retoño que ha de reemplazarle se plantó hace diez y siete años.

Para cuando yo llegué habian ya terminado la prestación del juramento por el caballero Corregidor, la entrega de los poderes y todas las demas ceremonias preparatorias, y el secretario de Gobierno acababa de situarse en el umbral del templo de las leyes, para llamar, en el órden consagrado por la tradicion, á los representantes de todas las repúblicas del Señorío (1).

El primer asiento en el congreso vizcaino ocúpalo desde tiempo inmemorial la ante-iglesia de Mundaca, y por eso este fué el primer nombre que dijo el secretario, y los apoderados de Mundaca los primeros que entraron en el salon. Despues aquel respetable funcionario llamó á las ante-iglesias de Pedernales, Axpe de Busturia, Murueta, Fórua, y á los demas pueblos que forman la merindad de Busturia, siendo el último llamado la ante-iglesia de Arbácegui, por algunos apellidada Munditibar, del nombre de uno de sus barrios, que es tambien el de uno de sus más antiguos y preclaros linajes (2).

A medida que el secretario de Gobierno llamaba á los diferentes pueblos, iban entrando en el salon los representantes de los mismos y ocupando los escaños que les estaban destinados.

Despues de las ante-iglesias de la merindad de Busturia, fueron llamadas las de las merindades de Marquina y Zornoza; siguieron luégo las de la merindad de Uribe, empezando por Baracaldo y Abando y terminando por Frúniz y Meñaca (3), y despues de éstas fueron llamadas las de las me-

(1) Hay algunas pocas, como Aracaldo, Zarátamo, Zollo, etc., que ántes formaban parte de otras repúblicas, y que por haberse desmembrado de ellas sin consentimiento del Señorío, no tienen asiento, voz ni voto en Juntas.

(2) La ante-iglesia de Elanchobe pertenece tambien á la merindad de Busturia, pero por haberse segregado de la de Ibarranguelua, no obtuvo asiento en Juntas hasta 1854, así es que sus representantes son de los últimos que entran en el salon de sesiones.

(3) La ante-iglesia de Basáuri, que tambien forma parte de la merindad de Uribe, es una de las que, por haberse separado de la de Arrigorriaga, no tenian voz ni voto en Juntas; pero éstas le concedieron el último asiento el año de 1858.

rindades de Bedia y Arratia (1), que por la exigüidad de la primera se consideran generalmente como una sola merindad (2).

Fueron en seguida llamadas las villas de Bermeo, Bilbao y Durango, la ciudad de Orduña y las otras diecisiete villas del Señorío, los concejos y los valles de las Encartaciones, las ante-iglesias de la merindad de Durango (3), el valle de Orozco, que durante tantos siglos estuvo separado de Vizcaya (4), y finalmente las ante-iglesias de Elanchobe, Bedia y Basáuri.

A duras penas logré entrar en la galería destinada para el público, que como siempre estaba llena de bote en bote, y á la amabilidad de una hermosa jóven, que se empeñó en hacerme sitio junto á ella, debí el estar sentado durante la sesion.

La asamblea está completa. Todos los representantes de los pueblos han tomado ya asiento en los escaños que les están

---

(1) La ante-iglesia de Bedia, que da nombre á una de estas merindades, no tenía asiento en Juntas hasta que en 1858 le fué concedido el inmediato al que ocupa la de Elanchobe.

Los apoderados de la ante-iglesia de Dério, de la merindad de Uribe, entran en el salon despues de los de la última ante-iglesia de la merindad de Arratia.

(2) Las diez merindades de Vizcaya son: Uribe, Busturia, Marquina, Zornoza, Bedia, Arratia, Villas y Ciudad, Encartaciones, Durango y Orozco; pero como dejamos dicho, las de Bedia y Arratia se consideran generalmente como una sola, bajo la denominacion de *Merindad de Arratia y Bedia*.

El territorio de Vizcaya era en lo antiguo mucho mayor, pues comprendia una parte muy considerable de la actual provincia de Santander, algo de la Burgos y gran parte de las de Alava y Guipúzcoa. Además, sabido es que el nombre de vizcaino se aplica y se ha aplicado siempre indistintamente á cualquier vascongado.

Algo significa tambien el nombre de *Vizcaya francesa* que muchos escritores antiguos y modernos dan á la region euskara de Francia, y el que Vizcaya sea la que ha dado al antiguo mar Cantábrico su nombre moderno de golfo ó mar de Vizcaya.

(3) Las que la suerte haya designado en cada caso, pues las once ante-iglesias de la merindad de Durango, sólo tienen en Juntas ocho asientos.

(4) Véase la nota de la página 39.

destinados; los padres de provincia (1) están en su puesto de honor y el Corregidor ocupa el sillon presidencial, á cuyos lados se sientan el Diputado General del bando de Oñez, el Diputado General del bando de Gamboa y los síndicos primeros de ambos bandos. ¡Qué hermosa y qué singular asamblea!

Al lado del soberbio magnate se sienta el humilde labrador; entre los acaudalados industriales y comerciantes, se ve al pastor, que aunque pobre, es más rico que ellos porque nada ambiciona; el modesto ferron, de callosas manos y de rudos modales, está al lado de algun pisaverde, que tanto como en la cosa pública, piensa en el efecto que hará su gallarda presencia en las damas y damiselas de la tribunas. Los representantes de las repúblicas del litoral son en su mayor parte valientes marinos, dignos compatriotas de Elcano y de Oquendo, de Machin y de Recalde; valientes marinos que han paseado, por los mares todos del globo, la hermosísima enseña de oro y grana.

El frac de última moda se roza con la vetusta anguarina; el calzon de pana, ó de otro tejido grosero, con el pantalon de finísimo paño de Elbeuf, de Verviers ó de Huddersfield; el derecho y almidonado cuello del habitante de la villa, contrasta con el anchísimo cuello del *echekojauna* (2), que le cubre gran parte de la espalda y sobre el cual descansan los bucles de su espesa melena; y al lado del descomunal y absurdo sombrero de copa, vénse la boina, el sombrero en forma de borona (3), y aquellos sombreros de anchas alas, adornados á veces con cordones, escarapelas y ribetes de color, y cuya copa varía tanto de forma y de tamaño. Aquí hay hombres de todas clases, de todas condiciones, de todas edades, y

(1) Son *padres de provincia* todos los ex-diputados generales, pero la Junta suele tambien conceder ese título por servicios ó méritos extraordinarios. Los padres de provincia tienen asiento y voz en Juntas, pero no tienen voto en ellas.

(2) El señor ó dueño de la casa, el jefe de la familia.

(3) Pan de forma cónica, hecho con harina de maiz.

por eso se ven tambien todos los trajes, desde el más rico hasta el más humilde, desde el más elegante hasta el más grosero.

Y sin embargo, los miembros todos de esta asamblea son iguales, iguales en derechos, iguales en su calidad de ciudadanos de un país libre; y así como son iguales los representantes de los pueblos, lo son tambien los mismos pueblos que ellos representan, y la villa de Bilbao, que cuenta sus vecinos por millares, sólo tiene un voto, como la ante-iglesia de Derio, en la que no hay ni medio centenar de vecinos, y como las demás ante-iglesias, villas, concejos, valles y ciudad del noble Señorío.

El vizcaino que lo sea verdaderamente y que tenga el corazon en su sitio, no puede ménos de experimentar una emocion profundísima, al penetrar por primera vez en este recinto augusto. Parécele que á esta asamblea de sus contemporáneos, asisten invisibles los caudillos y los héroes de cuarenta centurias; los Cenon y los Aznar, los Eudon y los Andeka y los Lekobide; los jefes todos de la nacion vizcaina, que dejando su mansion de reposo vienen á presenciar las discusiones de sus hijos. Parécele que los retratos que adornan las paredes se animan como por ensalmo, y espera de un momento á otro que Jaun Zuria y sus egregios sucesores, los Lopez, y los Iñiguez, y los Haros, y los Laras, se destaquen del marco donde los representó el artista, y vayan á tomar asiento en los escaños. Parécele que las damas, y los próceres, y los altos dignatarios, y los representantes de las repúblicas vizcainas que rodean al rey Católico en el cuadro que representa el juramento y confirmacion de los fueros por aquel monarca, salen de su inmovilidad y de su mutismo, y hablan y bullen como pudieran haberlo hecho hace cuatrocientos años; y hasta le parece oir la voz del muy alto, y muy esclarecido, y muy poderoso rey D. Fernando, repitiendo el solemne juramento prestado á treinta dias del mes de Julio, año del Señor de mil y cuatrocientos y setenta y seis años.

Pero hé aquí que la sesion empieza, y lo que primero llama la atencion en ella es que en los debates se emplean indistintamente la lengua ibérica y la castellana, y que de cada discurso pronunciado en una de ellas se hace inmediatamente una version verbal á la otra, para inteligencia de todos los representantes; pues aunque la gran mayoría de éstos conocen ambas lenguas, no faltan algunos que no sepan el castellano, miéntras que los encartados y los orduñeses no hablan ni entienden el euskara, que hace ya siglos fué sustituido en aquellas regiones por el idioma de Castilla.

Entre los oyentes de la tribuna pública, habia enfrente de mí un hombre que cada vez que algun apoderado hablaba en euskara, se ponia á hacer jestos de impaciencia y de disgusto, y á agitarse en su asiento como un azogado. Era que no comprendia la lengua de los montañeses, y en lugar de irritarse contra sí mismo por no haberla aprendido, se irritaba contra los que la hablaban, y hasta les habria hecho callar si hubiese tenido poder para ello.

Pues bien, aquel hombre era un gran sabio, un gran literato, uno de los hombres notables de España; aquel hombre, aficionado á las investigaciones históricas, científicas y literarias, habia estudiado el francés, el italiano, el inglés, el aleman, el slavo, el latin, el griego, el árabe, el hebreo, y no sé si hasta las lenguas que se hablan en la Patagonia, en Madagascar y en la Hotentocia, y no habia consagrado ni una sola vigilia al estudio del idioma euskaro, que aparte de su admirable estructura gramatical, que tan digno le hace de estudio, es el idioma de los aborígenes de España, y el principal monumento, porque es un monumento vivo, de la antigüedad prehistórica de nuestra península.

Desgraciadamente, y salvo raras y honrosísimas excepciones, lo que decimos de ese sabio español puede decirse de todos los sabios y de todas las corporaciones literarias y científicas de nuestra patria. En España se mira al euskara con el más soberano desden. El estudio de esta lengua, estudio en-

teramente necesario para la resolucion de importantes problemas históricos y científicos, y que tanta gloria podria dar á nuestras eminencias científicas y literarias, déjanlo nuestros sabios á los sabios extranjeros, que cada vez se consagran con más entusiasmo al estudio de la lengua vetustísima de los hijos de Aitor.

Sabemos por el testimonio de la historia, que los más indómitos de los iberos, ó primitivos habitantes de la península; aquellos que no podian resignarse á soportar el yugo de la servidumbre, conservaron en los riscos del Pirineo y en la costa del mar de Cantabria, su libertad y sus leyes juntamente con la lengua de sus padres; y seguramente no necesitaríamos saber más, para estar seguros de que la lengua euskara es la primera que se habló en Iberia, y los actuales euskaros los únicos descendientes de pura raza, los últimos representantes de los aborígenes de la península: *los últimos iberos*.

La nacion ibera fué en otro tiempo la nacion más grande y más poderosa de la Europa occidental. Innumerables nombres primitivos de rios y montes, ciudades y aldeas, prueban la larga dominacion de esa raza, no sólo en Italia y en España, sino tambien en todo el poniente de Europa y en toda la costa septentrional de la gran península africana, hoy convertida en isla gracias al genio y á la perseverancia de un hombre eminente, llamado, sin que parezca irreverencia, á reformar, mejorándola, la obra admirable de la Creacion. Saliendo de la Iberia asiática, cuna de sus padres, y guiados por el sol y por el héspero brillante, los iberos caminaron hácia el Oeste, ansiosos de encontrar la feliz region donde se esconde el astro del dia, y donde, segun habian oido decir, la tierra daba espontáneamente los más sabrosos frutos; la tierra hermosa donde las ramas de los árboles se doblaban bajo el peso de áureas manzanas, tierra que la imaginacion de aquel pueblo primitivo representaba con los más vivos y brillantes colores. De ese modo se esparcieron los euskaros por ambas orillas del Mar Interior y por aquellas hermosísimas islas que

por su cielo azul, por la exuberante vegetacion de su fértil suelo y por su bellísimo clima, recuerdan el Eden de la narracion mosaica; de ese modo poblaron, del Mediodía al Septentrion, las regiones todas de la Europa ponentina, incesantemente azotadas por el más cruel y proceloso de los mares. El hombre no habia aún puesto la planta en aquellas vastas y hermosas regiones, así es que para enseñorearse de ellas los iberos sólo tuvieron que combatir con las fieras que abundaban en las vírgenes y enmarañadas selvas, y con los reptiles que serpeaban invisibles entre la nunca descuajada maleza. Reservándose los bosques más hermosos, los iberos entregaron á las llamas los que estaban situados en los terrenos más propios para el cultivo y los improductivos matorrales que se extendian por todas partes. A la luz de aquellas inmensas hogueras, cuyo resplandor vivísimo reflejaban las nubes, ejecutaron los iberos sus danzas nacionales, y elevaron himnos de gratitud al excelso *Jaungoikoa* (1), que les habia dado una nueva patria más bella aún que la que habian abandonado.

Despues de esa pacífica ocupacion de tan dilatadas regiones, trascurrieron sin duda para los iberos muchos siglos de paz, de grandeza, de felicidad. Pero aún está por escribir la historia de aquella época gloriosa. Segun la expresion del insigne Guillermo de Humboldt, del mundo ibérico sólo conocemos la decadencia. Pero ¡qué decadencia! Una decadencia que no cuenta sus períodos por centenares, sino por miles de años; una decadencia ilustrada por hechos tan grandes, por acciones tan sublimes, por sucesos tan memorables como los más memorables que registra la historia de la humanidad. ¡Qué espectáculo tan grande y tan conmovedor el que ofrecieron al mundo los pacíficos iberos, por la cruel necesidad trocados de mansos corderos en leones ferocísimos, defendiendo durante siglos, con sin par heroismo, su libertad y su independencia! ¿Qué pueblo las defendió jamás con tanto

(1) Véase la nota de la página 97.

valor, con tanta constancia, con tanto heroismo? Estrechados por todas partes por las hordas de Oriente y por las hordas del Septentrion, mostraron al asombrado mundo que preferian la muerte á la esclavitud. Antes de rendirse, se daban la muerte comiendo las ponzoñosas hojas del siempre verde tejo, ó encendian grandes hogueras y se precipitaban en ellas con sus mujeres y sus hijos; y si por mala ventura caian prisioneros, querian más ser crucificados que resignarse á la servidumbre; con los piés y las manos clavados al horrible madero, y con el cuerpo todo acribillado de heridas, morian cantando himnos de guerra y escupiendo en el rostro á sus verdugos.

De aquel pueblo tan valiente, tan heroico, apénas queda hoy un millon de descendientes de pura raza, y que hayan conservado, al ménos en parte, juntamente con la lengua de sus padres, sus tradiciones, sus costumbres y sus leyes. Estos descendientes, á quienes con razon llamamos LOS ULTIMOS IBEROS—por ser los únicos que han resistido victoriosamente á todos los conquistadores, y que hasta nuestros dias han sabido conservar su libertad é independencia—pueblan las siete regiones que forma la actual Euskaria, ó sean el señorío de Vizcaya, las provincias de Alava y Guipúzcoa, el reino de Navarra, y en el departamento francés de los Bajos Pirineos, el Labourd ó Lapurdi, la Baja Navarra, y el condado de Soule ó Suberoa. No importa que ellos en su lengua no se llamen á sí mismos iberos, ni cántabros, ni vascones, ni se den ninguna de las denominaciones que á las diversas tribus de su pueblo han aplicado en el trascurso de los siglos los pueblos y los geógrafos é historiadores extranjeros, pues tampoco se dan, ni se han dado nunca, los nombres de vascos y vascongados que les dan hoy en dia los extraños, ni el de euskaros, que se les da por la lengua que hablan, sino que se apellidan y se han apellidado siempre á sí mismos *euskaldunas*, y hoy está ya probado de la manera más concluyente, que los euskaldunas son los descendientes de los iberos, primeros pobladores y

dueños de Europa, y principalmente de la grande y hermosa península occidental que aún lleva con justo orgullo el bellísimo nombre de IBERIA.

A pesar de tantas invasiones, á pesar de tantos cruzamientos de razas como se han operado en tan codiciada península, en nuestra humilde opinion este nombre cuadra todavía muy bien á todas las Españas. De tal modo predomina en ellas el elemento ibérico y el elemento ibérico amalgamado con el celta ó sea el celtibérico, que á su lado todos los demas elementos que forman nuestra gloriosa nacionalidad, el fenicio, el griego, el latino, el gótico, el germánico, el árabe y tantos otros, aparecen exiguos, no sólo separadamente, sino tambien tomándolos todos juntos. Pero para distinguir este elemento ibérico tan inmensamente superior á todos los demas, es preciso fijarse en las facciones, en la forma del cráneo, etc., etc.; las tradiciones, las costumbres y las leyes de los iberos, juntamente con su hermosísima lengua, admiracion y encanto de los filólogos, sólo se encuentran en la region euskara de España y de Francia.

Al abrigo de las montañas que les sirven de barrera infranqueable, los hijos de Aitor se mantienen libres y felices, y preservan su nacionalidad á traves de los siglos. Los más grandes imperios se derrumban, y la nacion euskara subsiste siempre. Aquella colonia fenicia, convertida más tarde en cabeza de un imperio poderoso; aquella famosa Cartago, que estuvo á punto de enseñorearse de la tierra, habia sido destruida y su nombre borrado de entre las naciones, y ellos, los euskaldunas, que habian sido sus aliados, y que, con sus vestiduras blancas y sus anchas y cortas espadas, habían peleado bajo sus banderas á las orillas del Tesino, del Trebia, del lago Trasimeno, y en la memorable batalla de Cannas de Apulia, permanecian libres é independientes en sus montañas. Aquella Roma que les habia hecho tan encarnizada guerra, y que en su afan de conquistas no parecia sino que queria convertir á los hombres todos en esclavos suyos; aquella sober-

bia Roma á cuyas águilas parecia encadenada la victoria, habia caido tambien; los bárbaros habian hollado con torpe planta el Capitolio, y miéntras, los iberos de las montañas celebraban alegremente la fiesta del plenilunio, como en otro tiempo la habian celebrado á la vista de las legiones de Augusto y de Agripa. El poderoso imperio visigótico, que tantas veces intentó subyugarles sin lograrlo jamás, se hundia en las ondas del Guadalete, y aunque en aquella funesta jornada perdieron tantos hermanos suyos y su valiente caudillo Andeka, seguros y libres en sus montañas, daban asilo en ellas á D. Pelayo y á los otros heroicos varones que, ayudados por ellos, habian de emprender bien pronto la obra gloriosa de la reconquista. El imperio árabe, feroz y formidable gigante, que con un pié en Bagdad y en Córdoba el otro, amenazaba abarcar la tierra toda con sus nervudos brazos, llevar sus armas de la abrasada Libia á los hielos del Polo, aquel poderosísimo imperio caia hecho pedazos; y entretanto los euskaros, que tan poderosamente habian contribuido á su ruina; los euskaros, que jamás se humillaron ante Mahoma, continuaban elevando himnos de amor y gratitud al excelso Jaungoikoa, que les habia mantenido y les mantenia libres. ¿Quién sabe? Tal vez se preparan mayores revoluciones, más grandes cataclismos; pero, como dijo el filósofo de Ferney, el euskaro seguirá siempre saltando y danzando en las montañas.

España y Francia deben, con justa razon, enorgullecerse de que en sus dominios subsista reliquia tan preciosa de la antigüedad como la lengua ibérica, y de que en ellos viva aún un millon de descendientes de aquellos fuertes, indomables y heroicos iberos, que fueron en otro tiempo el espanto de Roma y la admiracion de los pueblos amantes de la libertad. Ambas naciones tienen en ellos excelentes ciudadanos y patriotas ardentísimos, pues es bien sabido que ni los vascos de España ni los de Francia, ceden á nadie en amor y devocion á su respectiva patria. Ahí está la historia para probarlo. Los

hijos de Aitor no han sido jamás avaros de sus tesoros ni de su sangre, cuando la patria ha necesitado de ellos. En cambio ellos, encariñados con la libertad, con la autonomía, con el *self government*, sólo piden que se respeten sus costumbres y sus leyes, que se les deje gobernarse por sí mismos, como lo han hecho durante tantos siglos, y administrar por sí mismos su propia hacienda, ya que han demostrado que saben hacerlo bastante mejor que los que, desde sus gabinetes de París y Madrid, manejan el dinero público de tantas y tantas provincias y de tantos millones de habitantes.

Con razon ó sin ella, los patriotas de la Vasconia española, viendo á su querida España cambiar de postura incesantemente, buscando en vano alivio á sus dolores; viéndola empobrecida y desangrada por una abrumadora y ruinosa centralizacion, han acariciado siempre la esperanza de que llegaria un dia en que las instituciones de su país, implantadas en todas las provincias de la nacion, hiciesen la felicidad de España, le devolviesen el elevado puesto que en otro tiempo ocupó en Europa, y preparasen la tan suspirada union de las dos naciones de la península. De ese modo, ellos, *los últimos iberos*, contribuirian á la regeneracion, al engrandecimiento y á la felicidad de la moderna Iberia.

Desgraciadamente, los estadistas de España han preferido abolir esas instituciones; y sin embargo, siempre que hablan de Portugal dicen que como ese reino se uniera á España, se respetarian sus leyes y su autonomía y seguiria gobernándose y administrándose á sí propio, como lo hace ahora. ¿Pero serán los portugueses tan cándidos que vayan á creerlo, despues de lo que han visto hacer en las provincias Vascongadas y Navarra? Afortunadamente, es de esperar que la hidalga nacion española vuelva por los fueros de la justicia, y que el mismo Parlamento que privó á los vasco-navarros de sus leyes, se las devuelva haciéndolas extensivas á todas las Españas.

Interin llega tan fausto dia, recorramos el hermoso y pinto-

resco país de los últimos iberos, y pronto nos hemos de convencer de que si las alabanzas de sus amigos son tal vez algo exageradas, son injustas é inmerecidas las diatribas de sus enemigos. En todas partes hallaremos corazones abiertos; en todas partes nos dispensarán una franca y cordial acogida. Además, en el valle y en la montaña, en el campo y en la ciudad, en todas partes, descubriremos los vestigios que han dejado las dos inestimables cosas que hemos perdido recientemente: la libertad y el *self government*.

Recorramos el país de los últimos iberos. Estudiemos los trajes pintorescos, las antiguas costumbres, las danzas milenarias; vaguemos entre las solitarias ruinas de las antiguas casas fuertes; busquemos las huellas de las damas y caballeros de los tiempos pasados y recojamos las viejas leyendas de amor y de odio, de festines y de combates, de vino y de sangre, que como la hiedra viven adheridas al torreon ruinoso y al medio derruido ajimez, al cual ya nadie se asoma como no sea la trepadora lagartija ó el pintado colorin de melodioso canto; penetremos en la fresquísima gruta de cuyo techo penden caprichosas estalactitas, y avanzando por entre las maravillosas é imponentes estalagmitas de que está erizado el suelo, lleguemos hasta el frigidísimo arroyo que privado de la luz del sol muge furiosamente entre los peñascos; tal vez sorprendamos allí, entregada al placer del baño, á alguna hermosa ninfa que nos cuente las consejas del antro que le sirve de morada. Recorramos los risueños valles, los elevados montes y las selvas seculares donde á todas horas se escuchan los gorjeos de los alados músicos del aire; visitemos las ciudades y las aldeas, recogiendo al paso sus tradiciones y recuerdos y registrando sus anales gloriosísimos; naveguemos en ese anchuroso golfo de Vizcaya, tan risueño en la bonanza como terrible en la tempestad; de Bayona, la *nunquam polluta*, hasta la humilde Pobeña, hagamos escala en todos esos lindísimos puertos del Labourd, de Guipúzcoa y de Vizcaya; y luégo, desembarquemos en Mundaca, y pasando por las anti-

quísimas repúblicas de Pedernales, Axpe de Busturia, Murueta y Fórua, vayamos á sentarnos á la sombra del santo roble de Guernica, y á pedir á Dios que los retoños de este árbol sagrado de los últimos iberos, trasplantados á todas las demas regiones de la moderna Iberia, lleven á ellas la paz y el progreso, la justicia y la libertad.

# OCHOA DE MÁRMEX.

AL SEÑOR

D. JOSÉ MARÍA DE GOIZUETA,

*Dedica esta leyenda*

EL AUTOR.

# OCHOA DE MÁRMEX.

---

UIÉN es el gallardo jinete que baja con majestuosa lentitud por la estrecha senda que conduce á la fuente?

No aparta de él los ojos la hermosa jóven que sentada junto al abundante y cristalino manantial espera que el cántaro se llene.

No aparta de él los ojos; pero los baja, pudorosa, cuando el caballero llega junto á ella, y clava en su angélico rostro su dulce y penetrante mirada.

—¡Guárdete Dios, doncella hermosa! ¿Sabes hácia que lado está la torre de Lamíndano?

—Detras de ese monte, sobre una loma que domina el valle. Esta angosta vereda os conducirá á ella.

—¿Conoces por ventura á sus moradores? Dicen que Rodrigo Urtiz de Lamíndano tiene una hija muy hermosa.

—No mienten los que tal dicen: Alida de Lamíndano es la más bella jóven de estos contornos.

—En ese caso no deben faltarle amantes.

—Bastantes tiene; pero ninguno es tan noble, ni tan rico, ni, segun dicen, tan gentil como su prometido, que en breve

debe llegar á la torre donde le esperan con grande impaciencia.

—¿Y ama la hermosa Alida á ese caballero?

—Mal puede amarle, pues jamás le ha visto. Rodrigo de Lamíndano y su íntimo amigo Iñigo de Mármex concertaron el enlace pocos meses despues del nacimiento de Alida. El novio, Ochoa de Mármex, apénas contaba entónces nueve años. Desde aquel dia el señor de Mármex y su hijo han estado ausentes de su país; D. Iñigo estaba al servicio del rey de Castilla, y sin duda habrá llegado á vuestros oidos la fama de sus hazañas. En la reciente guerra contra los moros aún se ha distinguido más el hijo que el padre, pero por desgracia éste ha sido muerto en uno de los últimos combates. Terminada ya la guerra y vencida la morisma, el huérfano volverá muy pronto á Vizcaya para casarse con Alida de Lamíndano.

Miéntras hablaban el caballero y la doncella el cántaro se habia llenado y el agua estaba rebosando: la jóven lo nota, y poniendo el cántaro en la cabeza, saluda graciosamente á su gentil interlocutor, y toma por la vereda que conduce á la torre de Lamíndano. El jinete va tras ella, diciendo:

—Me alegro de que tomes el camino que yo debo seguir; porque de ese modo podremos continuar hablando.

—Voy á la torre de Lamíndano, pues en ella vivo con mi tio Rodrigo, y mi prima Alida.

—¿Es posible? ¡Tú sobrina del señor de Lamíndano!

—Eso os parece increible porque me veis tan pobremente vestida y con el cántaro en la cabeza; pero es la verdad. Me llamo Graciosa de Lamíndano, y mi padre era hermano de Rodrigo Urtiz.

—¡Ah! ¡El señor de Lamíndano trata de ese modo á su sobrina, y Alida es capaz de consentirlo! ¡Debes ser bien desgraciada, pobre niña!

—No tanto como imaginais, pues los servidores y las gentes de armas del castillo me quieren mucho y me tratan con la mayor dulzura. Por otra parte yo amo el trabajo, y sería

feliz enteramente si mis tios y mi prima me mostraran algun cariño; pero no tienen para mí más que palabras duras, y miradas más duras aún.

—Entónces, ¿por qué no los dejas? En cualquier parte estarías mejor.

—¿Y adónde iré si no tengo otros parientes? Mi pobre madre murió al darme á luz; á mi padre le mató á disgustos su hermano Rodrigo, quien, no contento con arrebatarle sus bienes, envenenó su existencia de mil maneras. Pero cuando quedé huérfana me recogió en su casa, para hacer alarde de generosidad, y de buenos y cristianos sentimientos.

—¡Qué rasgo tan sublime! ¡Cuánto te compadezco, pobre niña! Por fortuna eres más bella que un serafin, y es de esperar que ántes de mucho tiempo algun honrado mancebo de estos valles se case contigo y te libre de tan odiosa esclavitud.

»No te sonrojes y contéstame con franqueza. Si tu prima tiene tantos amantes, por fuerza debes tambien tú tener alguno.»

—No lo creais. Cuando alguno de los jóvenes que frecuentan la torre es cortés y atento conmigo, ó me muestra el más leve interes, no tardan Alida y mis tios á darle á entender que su presencia es importuna y que no debe volver á poner los piés en la casa. Dicen que no necesito mejor novio que Joanes el corcovado.

—¡Joanes el corcovado! ¿Quién es ese hombre? ¿Un corcovado para ti que eres tan derecha y tan airosa?

—El pobre Joanes es un infeliz y contrahecho idiota, más feo que una pesadilla; por eso se complacen en decir que me casarán con él, creyendo que de ese modo me afligen.

—Harías mal en afligirte. No te faltarán amantes sin corcova; pero hasta con Joanes el idiota serías más feliz que con tus parientes, que segun veo tienen tan horrible corcova en el corazon.

La jóven no contesta. Camina por el escabroso sendero

tan gallarda y desembarazadamente como si en lugar del pesado cántaro no llevara sobre sus dorados cabellos más que una ligera guirnalda de flores.

El mancebo cabalga á su lado, y no se cansa de contemplar el dulce y hermoso semblante de la niña.

De ese modo llegan á la torre. El caballero admira la grandeza y solidez de la fábrica, que es de forma rectangular; la muralla exterior y los cubos de sus cuatro ángulos, el cuerpo saliente ochavado que ocupa el centro de la cortina que mira al Sur, los grandes ajimeces abiertos en los espesos muros del edificio, y los adarves coronados de almenas y saeteras.

Como el rastrillo está alzado, tendido el puente y abierta la puerta interior, el caballero y la jóven penetran en la fortaleza: otro muro almenado como el primero se ofrece á sus ojos, y por la gran puerta ojival en él abierta entran en la anchurosa plaza de armas, en el centro de la cual se alza la torre de Lamíndano.

—Te ruego, amable jóven—dice el caballero,—que des noticia á tu tio de mi arribo á su casa. Dile que Ochoa Iñiguez de Mármex desea verle.

—¡Ochoa Iñiguez de Mármex!—repite la jóven. Y despues de mirar al caballero de un modo indefinible, sube la ancha escalera de marmóreos peldaños que conduce á la puerta principal. ¡Qué pesarosa está la doncella de haber sido tan franca con el forastero!

Al cabo de un momento, Rodrigo Urtiz aparece en el umbral seguido de algunos servidores. Uno de estos lleva á la cuadra el caballo del señor de Mármex, y entretanto el de Lamíndano saluda cortesmente al recien llegado, baja á recibirle al pié de la escalera, y le conduce al salon principal del castillo.

Allí esperan la señora de Lamíndano y Alida su hermosa hija; y tan ansioso está el de Mármex de ver á su novia, que no se fija en el ancho friso de roble primorosamente tallado, ni en los tapices que cubren las paredes, ni en el artesonado techo que es una maravilla de arte, de gusto y de paciencia.

Bella, muy bella es en verdad la heredera de Lamíndano, casi tan bella como su prima; pero en su rostro no se ven retratados, como en el de Graciosa, el candor, la bondad y la dulzura, que son el mejor adorno de su sexo.

Su madre, la esposa de Rodrigo Urtiz, no es más que unos cuantos huesos envueltos en amarillo y arrugado pergamino; pero tiene, sin embargo, una descomunal nariz que parece el pico de una ave de rapiña, y unos ojos brillantes que miran con repulsiva expresion de maldad, de dureza, de desmedido orgullo.

Rodrigo de Lamíndano presenta á las damas el caballero; ellas le reciben cortesmente, y el de Mármex entabla una animada conversacion con la momificada esposa de su huésped.

Alida le mira á hurtadillas, y parece satisfecha del resultado de su exámen. Verdad es que Ochoa de Mármex es un muy gentil mancebo, y que el lujoso traje negro y las brillantes armas realzan la belleza de su rostro y la majestad de su continente.

—¿Y cómo es, mi noble amigo—exclama el señor de Lamíndano,—que habeis venido enteramente solo? ¿Cómo es que no os acompaña ni un simple escudero?

—He dejado á mis servidores en casa de mi deudo Gonzalo de Idokiliz, donde habitaré hasta el dia de las nupcias.

—No estoy muy bien con D. Gonzalo, y siento bastante que os hayais hospedado en su casa.

—Ninguna noticia tenía yo de vuestras desavenencias, ó hubiera escogido una morada que fuera más de vuestro agrado. Como el de Idokiliz es deudo y amigo mio, y como sabia que su torre no estaba léjos de la vuestra, me pareció que sería acertado hospedarme en ella. Don Gonzalo ha querido darme un servidor que me condujese aquí; pero no he aceptado, y le he pedido me dijera qué camino debia tomar, pues prefería venir solo. Y como he tenido la torpeza de extraviarme, tal vez andaría aún vagando por esos montes á no

haber encontrado á vuestra linda sobrina, con quien he venido desde la fuente.

En estas y otras pláticas llega la hora de comer. Se sientan á la mesa, y Graciosa les sirve con aire triste pero resignado.

Todos hacen debido honor á la abundante y bien sazonada comida, ménos Alida, á quien la alegría ha quitado el apetito. Piensa en la envidia que tendrán sus amigas cuando la vean acercarse al altar con aquel gallardo mancebo.

Graciosa escancia con profusion la deliciosa sidra y el generoso vino; la pobre niña acude á todo con presteza y esmero. Ni necesita que se le haga la más ligera advertencia, pues parece adivinar los deseos de todos.

Ochoa de Mármex está muy alegre. Hablando del dia en que debe celebrarse el matrimonio, exclama dirigiéndose al señor de Lamíndano:

—Espero que cuidareis de que aquel dia no veamos á nuestro lado ningun rostro triste.

»Disponed de cuanto poseo, disponed de ello á vuestro talante para alegrar al infortunado, para socorrer al menesteroso.

»Que aquel dia vea yo la risa en todos los semblantes, la alegría en todos los corazones. No seré feliz si no lo son todos los que nos rodean.

»Espero que hasta vuestra linda sobrina, que tan triste parece, cambiará de semblante para aquel dia. No creo que sea imposible hacer desaparecer su tristeza y trocarla en la más viva alegría.

»Su tristeza me parece tristeza de doncella casadera á quien no agrada ya la libertad, y que suspira por las dulces cadenas del himeneo.

»Jóven y linda es, á fe mia, y no será difícil encontrar algun noble y gallardo mancebo que la quiera por esposa.»

El de Mármex ha pronunciado las últimas palabras en tono chancero, y en el mismo tono le dice la señora de Lamíndano, sin dar á su esposo tiempo para contestar:

—No necesita esa jóven que nadie se tome el trabajo de buscarle amante. Há ya mucho tiempo que lo tiene.

—Pues si ella le ha escogido, antójaseme que no le faltarán nobleza, virtud y gallardía.

—Todas esas prendas—exclama Alida sonriendo malignamente,—y aún otras no ménos preciosas, reune Joanes el corcovado.

—¡Joanes el corcovado!—dice riéndose el señor de Mármex.—El nombre no da muy buena idea de la persona. ¡Un amante con corcova! ¿Tendrán razon los que dicen que los corcovados ejercen sobre las mujeres una singular fascinacion?

Alida, el señor de Lamíndano y su esposa, acogen con estrepitosa risa estas palabras del mancebo; la horrible vieja deja ver al reir sus desmesurados colmillos.

A la infeliz Graciosa le tiemblan las piernas. Le sorprende y aflige profundamente la crueldad del caballero, y apénas puede contener las lágrimas que humédecen su bellos ojos.

¿Lo habrá notado Ochoa de Mármex? ¿Se habrá compadecido de la pobrecilla? Lo cierto es que abandona su tono zumbon, y dice, dirigiéndose al de Lamíndano:

—Puesto que el dia de las nupcias está tan cercano, creo de mi deber, mi noble huésped, haceros una advertencia importante, á fin de que jamás os llameis á engaño.

»¿Os acordais de Sancho de Emaldi, señor? ¿Habeis conocido jamás un mozo más sano, más robusto, más alegre?

»Pues bien, si ahora le vierais, no le reconoceríais. Triste, pálido, demacrado, macilento, ni sombra es ya de lo que fué un dia.

»Dotado de un carácter débil y de un corazon demasiado bondadoso, no tuvo desde que se casó más voluntad que la de su esposa, á quien amaba con ternura: así es que ésta ha llegado á dominarle enteramente, á ejercer sobre él la más odiosa tiranía, á tratarle como á un vil esclavo.

»Sancho de Emaldi no tiene ya fuerzas para romper la pe-

sada cadena que le oprime, y que acabará por ahogarle. Por nada en el mundo quisiera verme jamás en tan triste situacion, y fuera gran locura no tomar oportunamente medidas para evitarlo.

»Yo amaré á mi esposa y no le daré ninguna rival; ella poseerá entero mi corazon, pero en cambio deberá hacer en todo mi voluntad, humilde y alegremente.

»Para que se acostumbre á considerarme como á su absoluto señor y dueño, quiero que á lo ménos durante algunos años estén encomendados á ella los más humildes quehaceres de mi casa; ella traerá agua de la fuente, lavará la vajilla, y cuidará del aseo de la cocina. Sólo de tiempo en tiempo, cuando esté satisfecho de su conducta, la honraré permitiéndola servirme á la mesa.»

Alida y su madre no saben qué pensar de las palabras del caballero. Al de Lamíndano le parece la chanza harto pesada, y no acierta á contestar.

Sin embargo, al cabo de algunos instantes exclama tratando en vano de encubrir su enojo:

—Bien sé que os chanceais, pues no os creo capaz de imaginar que Alida de Lamíndano se rebajaría jamás hasta el punto de ocuparse en cosas tan viles.

—Estoy muy léjos de chancearme; por el contrario, hablo de todas veras, y si no os agrada lo que he dicho, si quereis para vuestra hija un marido que se parezca á Sancho de Emaldi, tendreis que buscarlo en otra parte, pues el hijo de mi padre no está dispuesto á dejarse gobernar por ninguna hembra.

—¡Por Santa María!—exclama Rodrigo Urtiz levantándose y apartando violentamente la silla.—Tanta insolencia es ya insoportable. La hija de un patan y no la de un caballero conviene á quien tan groseramente se conduce.

La señora de Lamíndano y su hija dejan tambien la mesa; la primera se deshace en denuestos contra el de Mármex, y Alida, la orgullosa Alida, trata en vano de aparecer fria y desdeñosa.

Sólo el jóven conserva su calma, sólo él permanece frio y sosegado.

Se levanta de la mesa reposadamente, y exclama con tono de sorpresa.

—No sé cómo mis sencillas palabras, mi franqueza digna de agradecimiento, han causado aquí tan grande conmocion.

»¿Creeis acaso que sólo la hija de un rústico debe ocuparse en esas faenas que tan viles os parecen? ¿Por ventura era un patan grosero vuestro hermano, el padre de Graciosa de Lamíndano?

»Acercaos, hermosa niña, y nada temais. Yo os tomo bajo mi proteccion.

»Decidme, ¿no haríais de buen grado lo que he dicho, y aún más, por un marido que amárais y que os amara?

»Pero no; otra cosa he de preguntaros. Si os dijera que os amo, que vuestra dulzura y vuestra resignacion me han subyugado, que deseo tomaros por esposa, ¿aceptaríais mi mano?

»¿Y haríais por mí, que os amo tanto, lo que haceis por los que tanto os aborrecen?

»Responded, os suplico; nada teneis que temer, pues estoy aquí para defenderos. ¿Aceptais mi proposicion?»

Un *sí* casi imperceptible se escapa de los trémulos labios de Graciosa. Al oirlo, la vieja, loca de furor, redobla sus injurias, haciendo esta vez blanco de ellas á su sobrina, y tambien Alida empieza á denostar á la pobre niña; el de Lamíndano da algunos pasos hácia ella con ademan amenazador; pero Graciosa se refugia al lado del de Mármex, semejante al tímido polluelo que al ver al gavilan que se acerca, corre á ocultarse bajo las alas de su madre.

Ochoa de Mármex la tiende una mano para infundirla valor, y extiende la otra para impedir que Rodrigo Urtiz se llegue á la doncella.

El de Lamíndano, vivamente irritado, lleva la mano al cinto buscando la empuñadura de su espada, mas no encontrándola, aprieta los puños y lanza un rugido de impotente

furor. ¿Qué no diera él en aquel momento por estar armado, por tener un puñal ó una espada para matar á su enemigo?

Este desenvaina la suya, y da un paso hácia el de Lamíndano, sin soltar la mano de Graciosa.

—¡Ah! ¡Quereis asesinarme!—aulla D. Rodrigo;—pero os tengo en mi poder y no os escapareis.

—Estoy en vuestro poder, es cierto; pero os juro por el alma de mi padre, que si no me dejais partir libremente, si llamais á vuestras gentes, si haceis el más leve movimiento sospechoso, os he de matar sin compasion.

»Reportaos, pues, señor, y haced que se reporten esas damas. Reflexionad lo que os conviene hacer.

»Vuestros criados podrian quitarme la vida, pero vos moriríais primero; y por otra parte, aliados y deudos tengo que no dejarían de vengarme.

»¡Ah, mirais á la puerta! ¡Desdichado de vos si álguien atraviesa el umbral para venir en vuestra ayuda! Antes que nadie se llegue á mí os he de atravesar el corazon con la espada.

»Fuerza es que me dejeis partir libremente con vuestra sobrina; pero como sois muy capaz de enviar tras nosotros á vuestros hombres de armas, quiero que vos mismo nos acompañeis hasta la torre de Idokiliz. Con vuestra vida respondereis de nuestra seguridad en el camino.

»Andad, señor, andad; guiadnos á la morada de mi deudo Gonzalo de Idokiliz. Iremos á pié, pues la distancia es corta, y guardareis mi caballo hasta que yo mande por él; espero que lo entregareis al que lo pida en mi nombre, y que no me obligareis á poner sitio á la torre para recobrarlo.

»Y tú, Graciosa, amor mio, no tiembles así. Apóyate en mi brazo y nada temas. Te amo tanto que me siento con fuerzas para defenderte contra el mundo entero.

»Que no te atriste tampoco el pensar que más bien que la esposa vas á ser la esclava de Ochoa de Mármex. No te pareces tú á Alida de Lamíndano ni á la esposa de Sancho de Emaldi, y no serás tratada como ellas merecen serlo.

# LOS HIJOS DE AMÁNDARRO.

## I.

UÉ hermosa mañana de primavera! El cielo es de un azul purísimo: tan sólo hácia Oriente vénse algunas nubecillas, cuyos bordes tiñe de púrpura el sol que acaba de salir y se eleva lentamente; un suave y fresco vientecillo templa el ardor de sus rayos.

Inusitada animacion reina en la noble villa de Ochandiano (1). Numerosos grupos de peones y jinetes, armados estos de lanzas y aquellos de ballestas ó alabardas, discurren por sus calles conversando alegremente, y deteniéndose á menudo á conversar con las doncellas que topan en el camino, ó con las que atraidas por la curiosidad se asoman á ventanas y balcones. Los muchachos se agolpan al paso de los guerreros, haciendo en voz alta sencillas observaciones acerca de sus armas y caballos; miéntras que los ancianos, en pié á la puerta de sus viviendas, contemplan los marciales grupos con complacencia mezclada de pesar, pues recuerdan los dias, ya lejanos, en que tambien ellos eran mozos y aptos para la

(1) Ochandiano tenía en aquel tiempo muchos más habitantes, más extenso caserío, y mayor importancia que en nuestros dias.

guerra, en la que habian tomado no escasa parte. Fraternalmente confundidos con los soldados se ven muchos hombres de tiznado rostro y de ennegrecido traje: algunos llevan tambien ballestas, guisarmas ó alabardas; pero casi todos van armados de una gran barra de hierro, arma que en sus nervudos brazos debe ser formidable. Son los joviales herreros de Ochandiano, que han abandonado sus faenas por seguir á los soldados; así es que no se oye el incesante martilleo de otras veces. Pero si todas las fraguas de la villa están silenciosas, en cambio grande es la bulla y algazara en los mesones y tabernas; óyense las canciones, los alegres gritos y las carcajadas de los soldados, y es de presumir que por abundante que sea la provision de sidra y de vino, no bastará para apagar la séd de tantos forasteros.

En la plaza, que ocupa el centro de la poblacion, la concurrencia y el bullicio son aún mayores que en las calles. Multitud de soldados, entre los que se ven tambien muchos herreros blandiendo sus terribles barras, se codean con gentes de la villa de todas edades y condiciones; miéntras que los jinetes, que no pasarán de ciento y que no pueden pasearse por estar la plaza llena de bote en bote, permanecen inmóviles junto á las casas. Esto en cuanto á los simples soldados; pues los jefes y los otros guerreros de distincion se han desmontado, y reunidos en el centro de la plaza conversan animadamente. Algunos de ellos, que tienen en la villa amigos ó deudos, han ido á verlos á sus casas; pero ya van volviendo uno tras otro, para deliberar acerca de la mejor manera de llevar á feliz término la empresa que meditan, y muy pocos vuelven solos, pues sus amigos y parientes se han apresurado á ceñirse la espada y á acompañarlos. Multitud de albogues, dulzainas y panderetas suenan á un tiempo desconcertadamente, y por todos lados se oyen cantos amorosos y guerreros, lo que no es de extrañar en un pueblo que siempre se ha distinguido por su aficion á la música; y el rumor de mil conversaciones, los acordes de los instrumentos, los cantos

guerreros y amorosos, y el continuo relinchar de los caballos, forman un conjunto más fácil de imaginar que de describir.

## II.

Todos los jefes se hallan ya reunidos en el centro de la plaza, para tratar de lo que deben hacer. Algunos soldados mantienen á la multitud á respetuosa distancia.

Pero como á nosotros nadie osará estorbarnos el paso, acerquémonos á los caudillos, y escuchando su conversacion pronto sabremos qué los ha traido á Ochandiano.

¡Cosa extraña! No todos estos caballeros son tenidos por aliados; no todos han militado en un mismo bando en las contiendas civiles de Vizcaya. Unos son oñacinos y otros gamboinos, y sabido es que entre ellos hay un mar de sangre. ¿Por qué estos caballeros de carácter tan tenaz é implacable, estos terribles banderizos, considerados hasta ahora como enemigos irreconciliables, departen amistosamente, á lo ménos en apariencia? Por lo que se ve, Oñez y Gamboa (1) han hecho las paces, ó han concertado una tregua.

Sin embargo, es de notar que fáltan los principales jefes de los bandos de Vizcaya. Ni Billela, ni Butron, ni Mujica, ni Abendaño, ni otros de los más famosos caudillos están en el grupo de caballeros; mas no por eso faltan entre ellos poderosos señores, guerreros valientes y experimentados, y mancebos gallardos y hermosísimos.

Entre estos últimos descuellan por su gallardía y su hermosura dos nobles hijos de Ochandiano, dos hermanos, Alonso é Iñigo de Amándarro. Nacidos en un mismo dia, se han tenido siempre, como casi todos los mellizos, un afecto entrañable, afecto que la edad no ha entibiado en lo más

(1) Nombres de los famosos bandos que afligieron al país vascongado en los siglos medios.

mínimo; así es que dicen en la comarca que si los separaran moririan. Diríase que aunque en apariencia son dos séres distintos, sólo forman en realidad un solo y único sér. La semejanza de sus rostros es casi perfecta; pero en cambio es muy distinto su carácter, pues al paso que Alonso es fogoso, irascible y violento, Iñigo es tierno y dulce como una doncella.

Su padre, el anciano señor de Amándarro, viudo há ya mucho tiempo, cifra en ellos todo su amor y todo su orgullo: ellos son el consuelo de su viudez y la alegría de su hogar. Una sola cosa desea el buen viejo, y es ver casados á sus hijos y poder acariciar á sus nietezuelos ántes de morir; así es que aunque el matrimonio de Alonso é Iñigo debe celebrarse en el próximo otoño, parécele el plazo en extremo largo, y seguramente hará cuanto pueda por acortarlo, aunque á la verdad tiene poca esperanza de conseguirlo.

Las prometidas esposas de los hijos de Amándarro son dos bellísimas jóvenes de la noble progenie de Andicona, uno de los más antiguos y preclaros linajes de Ochandiano. Hace aún pocos meses que Luisa y Blanca han perdido á su padre á quien amaban con ternura, y por esa razon la boda, que debia verificarse á la entrada de la primavera, se ha dejado para el otoño, con gran sentimiento del señor de Amándarro. En cambio este retraso ha reanimado algun tanto las ya perdidas esperanzas de Ruy Diaz de Albina, rico mancebo de la villa y desdeñado amante de Blanca.

Ese mismo mancebo es el que en este momento toma la palabra para contestar al más anciano de los jefes, que ha encarecido la necesidad de decidir prontamente lo que se ha de hacer, sin perder el tiempo en vanas discusiones.

—En cuanto á mí—exclama Ruy de Albina con cierta petulancia,—soy de parecer que sin perder un instante nos dirijamos hácia Legutiano (1), para esperar al enemigo en campo

(1) Nombre antiguo de Villareal de Álava.

raso en el punto que parezca más conveniente. El prelado y los suyos pensarán que hemos tenido miedo si les aguardamos dentro de los muros.

—Nadie pensará tal cosa de nosotros ni de los que siguen nuestros pendones—contesta el anciano.—¿Quién ha dudado jamás de la bravura de los hijos de Vizcaya? Guardémonos de comprometer locamente el éxito de nuestra empresa, por hacer un inútil alarde de temeridad.

Pocos, muy pocos jefes piensan como el anciano, y sin embargo, todos, ménos el jóven Ruy, se inclinan profundamente en muestra del respeto que les merece su opinion. Y es que el octogenario Sancho de Arandia, uno de los mejores caballeros de Ochandiano, más aún que por su edad avanzada es venerable por su grandeza de ánimo, su nobleza de corazon y su austera integridad. En otro tiempo fué el rayo de los combates; hoy es el primero en el consejo, y á pesar de sus años no es el último en la pelea.

—Bien sabeis,—prosigue el anciano despues de una corta pausa,—bien sabeis lo que os dije en Villanueva de Tabira (1), y eso mismo he de repetir ahora. No debemos salir de Vizcaya, sino esperar tranquilamente al invasor en un lugar á propósito para la defensa. ¿Quién sabe si entre tanto el mal aconsejado obispo abandonará su imprudente determinacion?

—No lo espereis;—replica Rodrigo de Marzana.—De un momento á otro debe llegar á Legutiano al frente de una lucida hueste, y si no penetra en Vizcaya no dejará por lo ménos de intentarlo. ¿Por ventura habeis olvidado cuán arrogantemente contestó á Pedro de Ripa y García de Arcocha?

—¿Quién sabe si ellos provocaron la cólera del prelado?—exclama Diego de Axpe.—¿Quién sabe si ellos fueron los primeros en mostrarse arrogantes y desdeñosos, sin tener en cuenta el sagrado carácter de la persona á quien se dirigian? Ya conoceis á García de Arcocha.

(1) Nombre antiguo de Durango.

—Sí, García de Arcocha es altivo y arrebatado,—replica el de Marzana;—pero no fué él quien habló al obispo, y me extraña que lo hayais olvidado. Quien habló al de Calahorra fué Pedro de Ripa, y nadie ignora con qué cortesía y moderacion se produce siempre. Le dijo que noticiosos muchos caballeros, escuderos ó infanzones vizcainos de que se proponia visitar algunas villas y lugares del Señorío, le rogaban encarecidísimamente que no lo hiciera; pues si lo hacia, era de temer que el pueblo, celoso guardador de las leyes, se alborotara al ver conculcado el Fuero que próhibe la entrada en Vizcaya al obispo y sus vicarios (1). Añadió que tanto él, como García de Arcocha, como aquellos cuyos enviados eran, se estremecian al pensar en los peligros que podia correr la preciosa vida de un prelado tan virtuoso, si persistia en realizar su viaje; y que de nuevo le rogaban que no entrara en Vizcaya, á lo ménos en tanto que los vizcainos de comun acuerdo no resolvieran recibirle. ¿Y qué contestó el obispo? Que como ellos habian osado ir á Calahorra sin previamente obtener su vénia, así tambien él iria á Vizcaya sin pedir la de los vizcainos; pero que no iria solo, sino que llevaria consigo todo un ejército, y daria una ruda leccion á aquellos salvajes é insolentes montañeses. García de Arcocha estaba rojo de ira; pero, aunque á duras penas, pudo contenerse y no desplegó los labios. Entónces Pedro de Ripa, sin inmutarse en lo más mínimo, iba á reiterar su súplica; pero el prelado no le dejó acabar, y con altanero ademan le señaló la puerta de la estancia.

—A pesar de todo, y por más que no parezca probable,—dice Tristan de Licona,—el de Calahorra puede todavía abandonar su inconsiderado proyecto. Amigos tenemos en Legutiano que seguramente no dejarán de aconsejarle en ese sentido; pero aunque con sus razones consigan mover al obispo, si éste ve que en son de guerra salimos del Señorío á

(1) Véase el *Apéndice*.

buscarle, se irritará justamente, y no querrá ya escuchar palabras de paz. Que la provocacion no parta de nosotros; esperemos tranquilamente en Ochandiano, y si el prelado osa atacarnos, mostrémosle cómo sabemos defender nuestra tierra.

—Dice muy bien el noble Licona,—exclama á esta sazon el de Arandia;—no salgamos de la villa, y de ese modo podrá el obispo oir los consejos que se le den, y reflexionar con calma sobre su temeraria resolucion. ¡Ojalá logren convencerle los buenos vecinos de Legutiano! De ese modo nos ahorrariamos el penoso deber de tener que medir nuestras armas con las del prelado. Además, debemos ser muy circunspectos, ya que obramos por nuestra propia cuenta. Otra cosa sería si los vizcainos congregados so el Árbol (1) nos hubiesen ordenado tomar las armas, y si nos mandara el Señor de Vizcaya, nuestro legítimo caudillo. Entónces nos limitaríamos á obedecer y á pelear como buenos.

—Siempre creí—dice el de Axpe,—que de ese modo, y sólo de ese modo, debimos ponernos en campaña.

—¡Desmemoriado estais hoy, el de Axpe!—contesta Rodrigo de Marzana.—Debeis saber que tan pronto como llegó á nuestros oidos la noticia de que el prelado pensaba venir á Vizcaya, solicitamos la inmediata convocacion de la Junta. ¿Qué culpa tenemos nosotros de que los diputados generales con su morosidad, con su vacilacion, con su pesadez nos hayan obligado á obrar? Si hubiéramos seguido esperando, el obispo hubiese tenido tiempo de visitarnos y de volverse á Calahorra ántes de que se congregaran los vizcainos. Y en cuanto al señor de Vizcaya, ¿cómo ha de acaudillarnos si se halla enfermo y ausente del Señorío?

—Paréceme que estamos perdiendo el tiempo inútilmente,

(1) So el Árbol de Guernica, donde desde tiempo inmemorial se han celebrado las Juntas Generales de Vizcaya, hasta la reciente abolicion de las seculares instituciones que hoy lloran todos los vascongados.

—dice Lope de Mendilibar.—Si hay álguien que se arrepiente de haber venido, retírese en buen hora, y volemos los demas al encuentro del enemigo.

—De mí sé decir,—exclama Gaspar de Elguezabal,—que aunque os fuerais todos, dejándome solo con mis ballesteros, no por eso dejaria de disputar el paso al orgulloso prelado que ha pretendido repartir mis patronazgos, y los de otros vizcainos, entre una turba de famélicos clérigos y legos, hechuras suyas, y que, no contento con eso, se atreve á menospreciar la ley que le veda la entrada en Vizcaya. No nos detengamos un instante; corramos en su busca, y no permitamos que ponga la planta en nuestro territorio.

—¡Bien hablado, Gaspar!—contesta el de Marzana.—Corramos al combate, y que los insensatos que acompañan al de Calahorra vean pronto cuán necio es el cordero que intenta penetrar en la guarida del lobo.

—Y que el que quiso arrebatarnos nuestros patronazgos pague con su sangre el agravio que nos ha inferido,—añade Lope de Mendilibar.

—Amigos mios,—dice con reposado acento el de Arandia; —olvidemos nuestro interes particular y nuestros resentimientos personales cuando se trata de la salud de la patria. No nos dejemos cegar por la cólera. El de Calahorra es un prelado virtuosísimo, y hartas pruebas dió de ello miéntras no tuvo á su lado á los malos consejeros que todos conocemos. Léjos, pues, de nosotros la idea de verter su sangre; al contrario, ántes de empezar el combate debemos ordenar á nuestras gentes que respeten la vida del obispo. Mostrémonos generosos y magnánimos; no pensemos en que por su causa se va á derramar mucha preciosa sangre, y contentémonos con vencerle.

Todos aplauden con más ó ménos calor y espontaneidad, ménos el de Mendilibar, que hace un gesto de disgusto.

—Por lo demas,—prosigue Sancho de Arandia,—me parece, como lo he dicho ya, que debemos seguir el consejo del

noble Tristan de Licona, y esperar en Ochandiano el ataque de los castellanos (1); tanto más cuanto que ántes que éstos lleguen vendrán probablemente á reforzarnos nuestros buenos amigos de Arratia y Aramayona (2).

—Pero,—arguye tímidamente Juan de Guerena,—¿cómo podemos permanecer en un pueblo cuyo alcalde mira con tan malos ojos nuestra empresa, que ni se ha dignado salir á recibirnos, y que por no tener con nosotros comunicacion alguna se ha encerrado á piedra y lodo en la Casa Consistorial?

—Poco importa que el alcalde nos sea hostil,—replica el de Arandia,—pues, como veis, los buenos moradores de Ochandiano nos son adictos, y nada puede contra nosotros Gonzalo de Indusi.

—Pero, decidme,—exclama Rodrigo de Marzana,—decidme, ¿qué ventaja vamos á reportar con permanecer en inaccion dentro de los muros?

—A mi entender,—interrumpe Fortun de Aldásolo,—donde debemos esperar á los calagurritanos es en Gomillaz; es decir, en el confin del Señorío, pues no podemos permitir que el obispo pise el suelo vizcaino.

—En cuanto á mí,—dice el de Elguezabal,—no creo conveniente esperar en Gomillaz al enemigo. Éste, al acercarse á la frontera, caminará con recelo y con grandísimas precauciones, y, por tanto, será mucho más difícil vencerle. Paréceme que lo que debemos hacer es atacar al obispo ántes de que llegue á Legutiano. Le esperaremos ocultos en los espesos bosques que se extienden al Mediodía de aquella villa,

(1) El glorioso reino de Castilla y el antiquísimo Señorío de Vizcaya, aunque casi siempre estrechamente aliados, no se unieron bajo un mismo cetro hasta que el infante D. Juan, que, como hijo de doña Juana Manuel, era legítimo señor de Vizcaya desde 1371, heredó en 1379 la corona de Castilla.

(2) El valle de Aramayona, que hoy pertenece á Álava, era en aquel tiempo de Vizcaya.

caeremos sobre él de improviso, y nos será muy fácil vencerle, pues le cogeremos desprevenido; porque hallándose todavía en país amigo, se creerá al abrigo de toda agresion.

—Amigos nuestros son los de Legutiano,—exclama Florestan de Sopelana;—pero no sé qué pensarian si tal hiciéramos. Su deber en ese caso sería defender al obispo.

—Guardémonos de seguir el consejo de Gaspar de Elguezabal,—dice el de Arandia.—Sería hacer á nuestros buenos hermanos de Álava un ultraje tan grande como el que el prelado quiere inferirnos penetrando en nuestro territorio. Además, la victoria no sería tan fácil como presume el noble Elguezabal. El de Calahorra trae numerosa y lucida caballería que le será preciso despedir en Legutiano, pues aquellos caballos no están, como los nuestros, acostumbrados á andar sobre resbaladizas rocas, por el borde de los precipicios, ó por el escabroso fondo de las barrancas. En Ochandiano ó en Gomillaz sólo tendremos que habérnoslas con los peones; pero si atacamos al obispo en la llanura, de ello se felicitará el de Calahorra, pues podrá emplear contra nosotros su incomparable caballería, y aunque no dudo que al fin venceriamos, sería á costa de mucha sangre.

—Puesto que los unos quieren permanecer en la villa y los otros desean avanzar hasta más allá de Legutiano,—dice Alonso de Amándarro,—creo que debemos adoptar un término medio; esto es, esperar al enemigo en Gomillaz, como aconseja Fortun de Aldásolo.

Despues de un ligero debate, esta opinion es la que prevalece; y Sancho de Arandia, con la autoridad que le dan los años y la experiencia, dice:

—Ahora debemos tratar de establecernos convenientemente en Gomillaz y sus cercanías ántes de la llegada del enemigo. La mayor parte de nuestra gente debe permanecer oculta en los bosques y fragosidades de ambos lados del camino, miéntras que el resto aguarda á pié firme en el alto de Itesasi, sobre Gomillaz, la embestida del enemigo. Para no

infundirle recelo, al principio la resistencia tiene que ser muy tenaz; pero debe ir aflojando poco á poco, y al fin los nuestros deben simular un terrible pánico y una fuga desordenada, una completa dispersion. Entónces los contrarios, creyendo alcanzada la victoria, avanzarán decididamente, dirigiéndose á Ochandiano, y se internarán en la angosta cañada que conduce á la villa; pero de pronto saldrán de los bosques cercanos los que en ellos estaban ocultos, y los embestirán denodadamente por los flancos; y al mismo tiempo retrocederán los que huian y volverán á atacarlos de frente. Entre tanto, otros de los nuestros se habrán corrido hácia el Sur y habrán ido ocupando los puntos atravesados por los de Calahorra en su movimiento de avance, esto es, el monte de Itesasi y la espesa selva de Ibarbalz; y cuando, viendo los enemigos que sólo en la huida pueden hallar la salvacion, emprendan desesperada fuga hácia Legutiano, una nube de guerreros caerá sobre ellos, cual terrible avalancha, de la empinada cumbre de Itesasi; y casi en el mismo instante, para poner el colmo á la confusion y al espanto de los calagurritanos, los fornidos herreros de Ochandiano y Ubidea, ocultos hasta entónces en la espesura de Ibarbalz, se arrojarán sobre ellos y diezmarán sus filas con sus pesadas barras de hierro. Pocos, muy pocos lograrán llegar á la llanura que se extiende delante de Legutiano; pero los que lo logren se encontrarán con nuestros valientes jinetes que, emboscados en una lejana selva al empezar la batalla, habrán ido acercándose poco á poco, y llegarán á tiempo oportuno para coronar dignamente la victoria. El corazon me dice que la alcanzaremos; pero aunque fuéramos vencidos y el enemigo penetrara en Ochandiano, no por eso lograria internarse en Vizcaya, pues, como sabeis, numerosa y aguerrida hueste guarda, de Urquiola á Gorbea, todos los pasos de las montañas.

—¿Y quién nos guiará al combate, señor?—pregunta Iñigo de Amándarro, que hasta ahora ha permanecido silencioso.

—En adelante no podremos, como hasta aquí, reunirnos á

cada momento para determinar lo que se ha de hacer, perdiendo de ese modo un tiempo precioso que pueden utilizar nuestros contrarios. Que el más hábil y experimentado de nosotros se encargue de dirigirnos; contentémonos los demas con obedecer y pelear.

—¡Ay, hijo mio!—contesta el de Arandia.—¡Cuánto debemos dolernos de que los implacables odios, las insensatas rivalidades que los separan, hayan impedido á Butron, y á Billela, y á Salazar, y á tantos otros valientes capitanes, acompañarnos en esta empresa! Con cualquiera de ellos á la cabeza, ¿quién hubiera dudado del triunfo? Pero, afortunadamente, buenos capitanes hay tambien entre vosotros; elegid al que juzgueis mas idóneo, y quiera el cielo concederle el lauro de la victoria.

—¿Y qué mejor capitan que vos mismo, señor?—exclama Alonso de Amándarro,—¿qué mejor capitan que Sancho de Arandia? ¿Quién no combatirá alegremente á las órdenes del noble anciano que durante sesenta años ha sido el rayo de las batallas? ¿Quién no dará gustoso la vida por poner sobre sus blancos cabellos la verde corona de laurel, símbolo de la victoria? Acaudillanos, pues, noble anciano; desnuda tu gloriosa espada, y guíanos al triunfo ó á la muerte.

—¡Oh, no!—contesta el de Arandia.—Mi vista es débil, mi cuerpo ha perdido su vigor, y mi voz, en otro tiempo sonora y poderosa, más serviria hoy para excitar la risa que el valor de los combatientes. El viejo, á pesar de su edad, no será de los últimos en la pelea; pero no puede ser vuestro caudillo.

—Entónces, amigos mios,—exclama Ruy de Albina—traed un juego de dados, y que la suerte decida quién ha de ser nuestro jefe. O mejor, pidamos á esos buenos herreros una de sus pesadas barras, y que el que aventaje á todos á lanzarla sea el que nos conduzca al combate.

El de Arandia, el de Axpe, el de Licona, los hijos de Amándarro, y algunos otros, protestan enérgicamente contra una

proposicion tan poco razonable; pero, como es aceptada con entusiasmo por el mayor número, se ven obligados á resignarse.

Una sonrisa de triunfo se dibuja en el semblante del jóven Ruy: diestrísimo en el juego de la barra, no sin fundamento espera ser bien pronto caudillo de los vizcainos.

## III.

Ruy de Albina toma de manos de un fornido herrero una gran barra de hierro provista de acerada y agudísima punta, y va á presentarla respetuosamente á Sancho de Arandia.

Pero el anciano se niega á tomarla. ¿Cómo puede él, un pobre viejo, competir con tantos gallardos y briosos jóvenes? Además, ¿no ha dicho ya que no quiere ser jefe, sino soldado?

Empero sus amigos le instan, el de Albina insiste, y al fin, el viejo, vencido por los ruegos, empuña resueltamente la barra.

Como un rayo corre por la plaza y por la villa la singular noticia de que los guerreros van á jugar á la barra y á tomar por caudillo al vencedor, y la multitud se agolpa en el centro de la plaza, ganosa de presenciar el interesante espectáculo. Los soldados que en torno de los jefes están encargados de contenerla, son muy débil valla para tan impetuosa ola de gente, y se ven casi enteramente arrollados; pero, en el mismo momento, Sancho de Arandia se adelanta, blandiendo la barra, y la multitud se aparta, se estrecha, se estruja, dejando un gran espacio descubierto.

El anciano es un hombre de elevada estatura, ligeramente encorvado por los años; su frente es ancha, la nariz aguileña, los ojos grandes y rasgados y todavía no enteramente desprovistos de brillo; poblada y larguísima barba blanca como la nieve cubre casi enteramente su enjuto y arrugado

rostro; y sus luengos y abundantes cabellos, más blancos aún, si cabe, que la barba, caen sobre sus hombros en desordenadas guedejas. Su avanzada edad, su noble aspecto y la bondadosa expresion de su rostro, interesan vivamente á los circunstantes. Apénas habrá entre todos ellos uno solo que no desee el triunfo del viejo; pero, desgraciadamente, tampoco puede haber ninguno que se atreva á esperarlo. ¡Es tan viejo, tan viejo, y tiene tantos competidores jóvenes y vigorosos!

—Hace más de medio siglo que no he lanzado la barra,—dice el de Arandia sonriendo;—recuerdo, sin embargo, que hubo un tiempo en que pocos me aventajaban en este ejercicio, y eso que los jóvenes de entónces no eran ménos diestros y vigorosos que los de hoy en dia. Pero el tiempo pasa, y los troncos más robustos se vienen al suelo carcomidos por los años.

Dichas estas palabras, el anciano, para dar soltura á las articulaciones y elasticidad á los músculos, por dos veces consecutivas extiende el brazo armado de la barra, como si fuera á lanzarla; luégo, á la tercera vez, la arroja con maestría incomparable y con extraordinaria violencia. Asi es que la barra recorre una distancia enorme.

La multitud aplaude gozosa; las frases *¡aiton suarra! ¡aiton maitea! ¡aiton ederra!* ¡abuelo valiente! ¡abuelo querido! ¡abuelo hermoso! resuenan por todas partes.

A su vez, Juan de Guerena empuña la pesada barra de hierro; pero, aunque cuenta veinte años ménos que el de Arandia, no llega, ni con mucho, adonde éste ha llegado.

Despues del de Guerena lanzan la barra Diego de Axpe, Gaspar de Elguezabal y otros caballeros; pero muy pocos aventajan al anciano.

¿Quién es el que ahora se adelanta con la barra en la mano? ¡Qué poco se parece á los que le han precedido! Es un hombre de baja estatura, encendido como una amapola, robusto y redondo como un tonel. La multitud acoge con estrepitosas carcajadas el ridículo contrincante.

Pero Martin de Ibárburu no se inmuta ni se ofende por tan poco; al contrario, se rie alegremente de su propia obesidad y de sus pesados movimientos, y de ese modo se capta las simpatías de la muchedumbre.

El de Ibárburu apénas sabe manejar la barra. En la pelea es bravo entre los bravos; pero más que estos juguetes le agradan el jarro de sidra, el odre de vino, y el sabroso pernil del puerco montés.

Tratando de imitar á los que le han precedido, extiende el brazo por dos veces lenta y acompasadamente, y á la tercera, con decidido ademan, lanza la barra; pero con tan poca destreza, que en lugar de lanzarla hácia adelante, la lanza hácia atrás, y bien cerca por cierto, en medio de las risas y de los burlescos aplausos de los espectadores.

El mismo Ibárburu se rie estrepitosamente, y saludando á la multitud, cede el puesto á otro de los competidores.

Por fin ya sólo quedan los cuatro más jóvenes: Florestan de Sopelana, Ruy Diaz de Albina y los dos hijos de Amándarro. Hasta ahora, Fortun de Aldásolo es el que ha aventajado á todos.

La multitud acoge á Florestan de Sopelana con un murmullo de admiracion. Sus facciones correctas y hermosas, su elevada estatura, su noble porte, y su gallardía y desembarazo, cautivan á todo el mundo.

El hercúleo brazo de Florestan lanza la barra con una fuerza prodigiosa, y Fortun de Aldásolo ve defraudadas las esperanzas que habia llegado á concebir.

La multitud aplaude entusiasmada, y entre tanto Ruy de Albina empuña la pesada barra, y va á ocupar el puesto de Florestan.

Ya sea por su aire de vanidad é insolencia, ya por otra causa cualquiera, es evidente que el jóven Ruy, á pesar de sus prendas físicas, no tiene las simpatías de los circunstantes. La fria acogida de éstos no deja de turbarle algun tanto; pero se repone bien pronto, seguro como está de lanzar la

barra más léjos que todos, y de excitar la admiracion y provocar los aplausos de los mismos que se muestran tan desdeñosos.

Pero aunque la sonrisa brilla en su semblante, la tempestad ruge en su corazon. No le irrita tanto la indiferencia de los extraños como el glacial silencio con que le contemplan sus convecinos los ochandianeses.

Tan encolerizado está, con tanta violencia quiere lanzar la barra,—cual si con ella intentara derribar la villa y aplastar á sus moradores,—que, por la primera vez en su vida, se muestra hoy acelerado y torpe; el pesado hierro se le escapa de la mano, y va á parar á pocos pasos de distancia.

La multitud se rie de Ruy de Albina aún más estrepitosamente que del buen Ibárburu; se oyen algunos burlones bravos, y el jóven, furioso y avergonzado, reniega de su precipitacion y torpeza.

Pero Iñigo de Amándarro, su generoso rival, el prometido esposo de Blanca de Andicona, se acerca á él comedidamente y le ofrece de nuevo la barra.

—Todos han visto—le dice—que el hierro se os ha escapado de la mano. Lanzadlo, pues, de nuevo, como es justo; y puesto que podeis hacerlo como pocos, dejad bien sentada la reputacion de los ochandianeses, siempre famosos en estos varoniles ejercicios.

El de Albina avanza de nuevo con la barra en la mano, en medio de las protestas de la multitud.

El generoso proceder de Iñigo, ¿habrá conmovido al jóven Ruy? ¿Habrá penetrado en su corazon el agradecimiento? ¡Ah, no! El lobo de la montaña es más sensible á un beneficio que el hombre envidioso y ruin.

Ruy de Albina se detiene, escuchando impávido las vociferaciones del gentío, y esta vez lanza la barra como un rayo con una soltura incomparable.

El pesado hierro cae algunas pulgadas más léjos que cuando fué lanzado por el nervudo brazo de Sopelana. Ruy de Al-

bina no cabe en sí de gozo; pero la multitud no aplaude, y se escuchan, por el contrario, murmullos de disgusto.

Pero hé aquí que Alonso de Amándarro se adelanta lentamente con la barra en la mano, y en el mismo instante los murmullos de disgusto se cambian en ruidosas aclamaciones.

Tan halagüeña acogida no se debe solamente al hermoso rostro y gallarda apostura del de Amándarro, sino tambien á la gran popularidad de que el jóven goza en la villa, y á la esperanza que al verle concibe la multitud de que Ruy de Albina, á quien ha cobrado tal aversion, no quede vencedor en el juego.

El jóven lanza la barra con tanta facilidad y desembarazo como si para ello no necesitara hacer esfuerzo alguno; y, sin embargo, el pesado hierro va á caer una vara más léjos que cuando fué arrojado por Ruy de Albina, y abre en el suelo un profundo surco.

La multitud prorumpe en gritos de entusiasmo, y los guerreros felicitan al jóven calurosamente. El de Albina no puede reprimir un gesto de despecho.

Por fin le llega el turno al buen Iñigo, á quien los espectadores dispensan tan lisonjera acogida como á su hermano.

El jóven, del mismo modo que todos los que le han precedido, extiende varias veces el brazo, armado de la barra, como si fuera á lanzarla, y al fin el pesado hierro parte volando como una saeta; pero esta vez queda clavado en el suelo, precisamente en la marca que hiciera al caer lanzado por Alonso de Amándarro.

El entusiasmo de los espectadores llega á su colmo; los gritos de alegría y las ruidosas aclamaciones llenan el ámbito de la plaza.

Entre tanto los guerreros se inclinan respetuosamente ante los dos afortunados mancebos, y Sancho de Arandia declara en alta voz que los hijos de Amándarro son los caudillos de la vizcaina hueste.

## IV.

Todavía resuenan en el espacio las palabras del de Arandia y las aclamaciones de la multitud, cuando un anciano de venerable aspecto sale de la suntuosa casa inmediata al Consistorio, y se dirige lentamente al centro de la plaza.

Es el señor de Amándarro, el padre de Alonso é Iñigo, y uno de los mejores caballeros de la buena villa de Ochandiano.

Cuando algunas horas ántes Fortun de Aldásolo y Florestan de Sopelana se habian presentado en su casa y se habian llevado á sus hijos, el pobre viejo nada habia dicho, sin duda por no ofender á aquellos señores; pero en cuanto quedó solo se puso á reflexionar acerca de los acontecimientos, y determinó oponerse por cuantos medios estuvieran á su alcance á que sus hijos tomaran parte en la batalla que se iba á dar contra el obispo. Parecíale una iniquidad, que á sus ojos la ley no era bastante á justificar, recibir á un príncipe de la Iglesia á lanzadas y saetazos; y, por otra parte, un secreto presentimiento le decia que aquella guerra sería fatal á alguno de sus hijos, y tal vez á ámbos. Ocurriósele, pues, que lo más acertado sería alejarlos de Ochandiano con cualquier pretexto; y por eso ha salido de su magnífica casa-torre, y se dirige al centro de la plaza, en donde espera hallar á Alonso é Iñigo.

Estos corren á su encuentro en cuanto le ven acercarse; y el viejo, despues de llevarlos bastante léjos del grupo de los jefes, les habla de este modo:

—Hijos mios: una mala noticia ha venido á entristecer á vuestro padre. Mi deudo Ochoa de Aurminza, vuestro tio, el hermano de mi amada esposa, que está en la gloria, se halla gravemente enfermo, y desea ver á sus sobrinos ántes de morir. Ya sabeis cuánto os ama el pobre anciano, y cuán triste y

solo está desde que perdió á su único hijo, y desde que su esposa, tan anciana y achacosa como él, no puede dejar el lecho. Apresuraos á partir; Lemóniz (1) está léjos, y pudiérais llegar demasiado tarde. No os detengais un instante; corred al lado de vuestro tio, y endulzad con vuestra presencia sus últimos momentos. ¡Ah! si mi edad y mis achaques me lo permitieran, tambien yo iria á Lemóniz con vosotros.

El viejo no dice la verdad. Ochoa de Aurminza no está enfermo ni ha mandado llamar á sus sobrinos; pero lo que el de Amándarro quiere á toda costa es alejar á éstos de Ochandiano, y poco le importa que la superchería se descubra cuando lleguen á Lemóniz á casa de su tio, tanto más cuanto que está seguro de que éste celebrará un engaño que le proporciona el placer de ver á los hijos de su hermana.

Iñigo, dotado de singular penetracion, adivina la verdad del caso; pero Alonso, que ha creido al pié de la letra cuanto acaba de oir, replica:

—Señor, nosotros deploramos vivamente la enfermedad de nuestro buen tio, y ¡ojalá pudiéramos partir para Lemóniz en este mismo instante! Pero los vizcainos acaban de aclamarnos como jefes, y de un momento á otro debemos conducirlos al confin del Señorío, á esperar al osado invasor que se acerca. Hoy ó mañana venceremos al obispo, y despues, nuestro primer cuidado será ir á Lemóniz al lado de nuestro tio.

—Pero será demasiado tarde, Alonso. Es preciso partir en seguida, si quereis recoger su último aliento.

—¿Y qué se diria de nosotros si en este momento nos fuéramos; si en este momento abandonáramos á nuestros hermanos? ¡Oh, no, no! ¡Es imposible! ¿Cómo puede el capitan abandonar á sus soldados cuando va á empezar la batalla?

—Pero tú no eres el capitan; otros jefes tienen los vizcai-

(1) Anteiglesia de la merindad de Uribe, situada en la costa del golfo de Vizcaya, al Oeste de Plencia.

nos más hábiles y experimentados que tú. Por fuerza estás loco, hijo mio.

—No, no estoy loco, señor. Los vizcainos nos han tomado por caudillos á Iñigo y á mí, aunque no por nuestro valor ó nuestros méritos, sino de una manera harto singular.

Y el jóven refiere á su padre de qué manera han procedido los guerreros vizcainos para darse un jefe.

—Entónces los locos son ellos,—dice el viejo cuando Alonso ha terminado.—¿Cuándo se ha oido que el mejor capitan es el que está dotado de mayores fuerzas? Ó que basta saber lanzar la barra para poder conducir un ejército? Pero en fin, sea de esto lo que quiera, vosotros no podeis quedar aquí; el deber, un sagrado deber os llama á Lemóniz. Dejad, pues, que ellos elijan otro jefe, y partid sin demora á cerrar los ojos á vuestro tio.

—¡No, padre mio, no!—exclama Alonso con firmeza.—Perdonadme; pero no puede ser. Iñigo y yo no nos pertenecemos en este momento: somos de la patria. No podemos partir.

—¿Y si yo os lo mandara? ¿Osariais desobedecer á vuestro padre?

—Nuestro padre no puede desear la deshonra de sus hijos. Nuestro padre no nos puede mandar que nos cubramos de oprobio abandonando á nuestros hermanos en el momento del peligro.

—Pero vuestro padre puede mandaros retroceder si ve que vais por el mal camino; vuestro padre puede y debe retiraros del borde del abismo en que vais á caer. Ochoa de Aurminza goza de buena salud, á Dios gracias, y cuanto os he dicho iba solamente encaminado á alejaros de aquí; pero aborrezco la mentira y la disimulacion, y prefiero hablaros con franqueza. No quiero que peleis contra el obispo de Calahorra. ¡Cuán grande sería mi dolor y vuestro remordimiento, si el bendito prelado llegara á perder la vida en el combate!

—Señor,—dice Iñigo, que hasta ahora ha permanecido en

silencio,—la vida del obispo va á ser respetada. Así lo hemos decidido há un momento, y ántes de empezar el combate, nuestros soldados recibirán órdenes severas en ese sentido.

—Pero, ¿por ventura todos vuestros soldados conocen al obispo? Y aunque así fuera, ¿no puede alcanzarle una saeta extraviada? Además, entre los vuestros hay muchos que le odian de muerte por la cuestion de los patronazgos, y no querrán desperdiciar tan buena ocasion de vengarse. Como lobos hambrientos se arrojarán sobre el santo pastor de Calahorra, sin tener en cuenta el augusto carácter de que está revestido.

—¡Ah, señor!—exclama Alonso.—El pastor se ha convertido en lobo y quiere devorar á sus propias ovejas. ¿Olvidais que el obispo no viene armado del báculo pastoral, sino de la espada; que no viene rodeado de sus clérigos, sino en son de guerra, capitaneando numerosa hueste?

—Nosotros no vamos contra el prelado,—añade Iñigo.—Sabemos que la frontera está amenazada, y corremos á defenderla. ¿No es ese el deber de los buenos vizcainos?

—¡Ay, hijos mios!—exclama el viejo.—Mi corazon está lleno de tristes presentimientos. Yo, que tantas veces os he visto marchar al combate sin estremecerme, me estremezco ahora no sé por qué. ¡Ah! ¿Qué sería de vuestro anciano padre si perecierais en esa fatal jornada? ¿Qué sería de vuestro pobre padre, que no tiene á nadie más que á vosotros en el mundo?

—Desechad esos pueriles temores, señor,—dice Alonso.—Pronto nos vereis volver victoriosos, y no tendreis que llorar la muerte de vuestros hijos, ni la del prelado.

—Pero ¿partireis sin ver á Luisa y á Blanca? ¡Pobrecillas! No las amais como ellas os aman, ó no querriais marcharos sin abrazarlas.

—Es imposible, padre mio. El tiempo urge, y ademas, las lágrimas de esas mujeres podrian hacernos perder el valor y resolucion que tanta falta nos hacen en estos momentos.—

Pero nuestros amigos estarán ya impacientes, y no podemos detenernos ni un momento más. Quedad con Dios, señor, y rogadle que nos dé la victoria.

—Y decid á Blanca,—añade Iñigo,—que volveré pronto á su lado; pero que si no vuelvo, habré espirado pronunciando su nombre.—Pero no os aflijais, padre mio; dadnos vuestra bendicion, y no dudeis que el que todo lo puede nos volverá sanos y salvos á vuestro lado.

A Iñigo le ahoga la emocion y no puede proseguir; Alonso, aunque hondamente conmovido, permanece sereno, en apariencia, é inclina la cabeza para recibir la bendicion de su padre. Éste bendice á sus hijos solemnemente, elevando al cielo los ojos arrasados de lágrimas, y los jóvenes parten presurosos, despues de besarle respetuosamente la mano.

## V.

El señor de Amándarro, con los brazos cruzados sobre el pecho é inmóvil como una estatua, no aparta la vista de sus hijos que se alejan. Insensible á cuanto pasa á su lado, no advierte que la multitud le contempla con piedad y asombro, creyendo, por su actitud y por la expresion de su semblante, que el pobre viejo ha perdido el juicio.

La algazara producida en la villa por el arribo de algunas mesnadas de Arratia y Aramayona, viene á sacarle de su enajenamiento; y casi en el mismo instante, el agudo y estridente sonido de los clarines que llaman á los soldados, hiere sus oidos de un modo desagradable. Entonces el anciano, huyendo de los empellones de la multitud, se dirige lentamente á la puerta de su casa, y de pié en el umbral, contempla con inmóviles ojos el animado cuadro de la plaza, llena de bote en bote.

Entre tanto, los soldados, obedeciendo al toque de los clarines, corren á sus puestos; y la numerosa hueste está en bre-

ves instantes reunida en correcta formacion, ocupando la plaza, las principales calles de la villa, y un gran trecho del camino de Legutiano, y sólo espera la órden de partir.

¡Qué diversidad de gentes! Ahí están los hijos de la noble Mundaca, cuna y asiento de la nacion vizcaina; los de la anciana Bermeo, que, sentada al pié del majestuoso Sollube, baña sus plantas en el golfo de Vizcaya; los que vieron la luz en la tierra sagrada que nutre al roble de Guernica; los que se alimentan con la sabrosa pesca que se cria en las límpidas aguas del rio de Lequeitio; los que persiguen al gamo y al puerco montés en las fragosidades de la sierra de Oiz; los que beben las trasparentes aguas del Artibas; los que cultivan los fértiles campos de Tabira y Amorebieta; los que moran al pié de los gigantes peñascos de Udala y Amboto; los que labran los preciosos mármoles de Mañaria; los honrados hijos de la agreste Arratia, cuyo territorio guarda el alto Gorbea, casi siempre cubierto de nieve; los belicosos orozcanos (1); los hijos de la nobilísima Orduña; los que habitan las risueñas márgenes del Butron; los que cazan becacinas y patos silvestres en las pintorescas orillas del Asua; los que pueblan las floridas vegas que fertiliza el Ibaizabal; los que se bañan en el correntoso Salcedon; los pastores y carboneros de la antigua Finestrosa (2); los que en Somorrostro extraen de los montes el más útil de los metales; los intrépidos hijos de Castro (3), y otros muchos que sería prolijo enumerar.

(1) El valle de Orozco estaba separado del Señorío desde los primeros años del siglo XI, por haberlo dado los vizcainos á D. García Sanchez, hijo de Sancho Lopez, V.° Señor de Vizcaya de la segunda línea, y no se reincorporó hasta el año de 1785; pero los orozcanos estaban íntimamente unidos á los vizcainos, y tomaban parte en todas sus empresas.

(2) Nombre antiguo de Lanestosa.

(3) En aquella época la villa de Castrourdiales era de Vizcaya. Ésta ha perdido, además de esa villa, otros muchos territorios que ántes le pertenecieron; como, por ejemplo, el que se extiende entre la ria de Deva, en Guipúzcoa, y los

Pero todos son hijos de la misma raza; por las venas de todos ellos corre la noble sangre ibera, la sangre del viejo Aitor, del Gran Patriarca. Sus antepasados fueron los primeros pobladores de la gran península occidental, y ocuparon en las Galias, en Italia, en Asia y en el Norte de África vastísimos territorios; ellos fueron los mejores aliados de Aníbal, y el terror de la soberbia Roma.

Por fin, Alonso de Amándarro da la señal de partir, y en el mismo instante se vuelve á oir el penetrante sonido de los clarines, mezclado esta vez con el estruendoso redoblar de los atabales, y la lucida hueste se pone en marcha por el camino de Legutiano. Delante va Rodrigo de Marzana, con un pequeño cuerpo de ballesteros y algunos pocos herreros de Ochandiano y Ubidea; sigue luego la caballería, mandada por el noble Licona; viene despues Juan de Guerena al frente de sus soldados; en pos de él avanzan Diego de Axpe, Lope de Mendilibar, Gaspar de Elguezabal, Ruy de Albina y otros caballeros, guiando sus respectivas mesnadas; cabalgan despues los hijos de Amándarro, rodeados de Fortun de Aldásolo, Florestan de Sopelana, Martin de Ibárburu, Diego de Bolibar y otros señores, y seguidos de numerosísima falanje de peones, unos armados de ballestas y de tremendos cuchillos de monte, y provistos otros de grandes alabardas, de formidables clavas ó de afiladas hachas de guerra; y por fin, cerrando la marcha y rigiendo un brioso corcel de batalla, viene el anciano señor de Arandia, en medio de los fornidos herreros de Ochandiano, armados de sus pesadas barras de hierro.

De trecho en trecho se ven banderas de variados y vistosos colores; mas como la guerra no se hace en nombre de Vizcaya, no está entre ellas su glorioso pendon, ni los de las an-

---

actuales límites occidentales del Señorío; la tierra de Ayala; los valles de Aramayona, Oquendo, Llodio, Mena y Villaverde; la villa de Limpias y otros pueblos de las montañas de Santander.

teiglesias, concejos, villas y ciudad del noble Señorío. Los pendones que ondean al suave soplo del viento son los de los parientes mayores que toman parte en la empresa, y muy difícil, si no imposible, sería describirlos todos; tan numerosos son, y de tan diversas formas y colores, y tan distintos y complicados los emblemas heráldicos que en ellos se ostentan. Ese estandarte jaquelado de verde y oro, con orla roja, es el del señor de Marzana; en el centro se ve el escudo de la casa, que es de gules, con dos llaves de oro puestas en sotuer, y esta divisa en lengua euskara: *Beti guertu*. La enseña del de Axpe es roja, y las armas un unicornio de gules en campo de oro; la del de Mendilibar es tambien roja, y el escudo de oro, con el cuartel franco de armiño. El pendon de Albina es azul, y el escudo acuartelado, con los cuarteles primero y cuarto de gules, con una media luna de plata, y el segundo y tercero de plata, con una torre de sable. Ochoa de Aritza, otro ochandianés, lleva estandarte morado, y por armas parlantes un roble y un lobo cebado en un cordero (1). Ese pendon blanco con orla azul es el de la casa de Alen; el escudo es de azur con cinco panelas, y el jefe de oro con un leon naciente de gules. Este vistoso pendon amarillo con orla roja es el pendon de Iguengona; las armas son una galera de plata en campo de gules, con este lema: *Deus mihi adjutor*. Aquella bandera roja es la del linaje de Amándarro; el escudo es de oro con un grifo de gules.

¿Quién es ese imberbe mancebo que en sus manos tremola unidos el pendon blanco de Oñez y el negro estandarte de Gamboa, en muestra de la tregua concertada entre oñacinos y gamboinos? Es Hernando de Ereza; no ha cumplido diez y seis años, y no conoce aún el fragor de los combates. Sólo él ha sido juzgado digno de llevar unidos los dos estandartes, porque sus manos no se han teñido todavía en sangre vizcaina. Pero hoy correrá la suya, y su jóven madre esperará

(1) Ochoa significa *lobo*, y Aritza *roble*.

en vano su regreso, y enloquecerá al saber que le ha perdido para siempre.

Casi todo el ejército está ya fuera de Ochandiano. En este momento salen de la villa Sancho de Arandia y sus valientes herreros, que son los que forman en la retaguardia. El anciano sonrie satisfecho de la muestra de amor y veneracion que le han dado aquellos honrados artesanos eligiéndole por su jefe. Ellos, orgullosos de marchar á las órdenes de un capitan tan famoso, entonan en honor del anciano una cancion marcial y patriótica. Es una singular melodía, un himno solemne, difícil de retener, y cuyo compas recuerda vagamente el martilleo de las herrerías. Escuchad, escuchad la cancion de los joviales herreros de Ochandiano:

¿Quién tan alegre como el herrero?
Toda la vida riendo está;
y á la rojiza luz de la fragua,
de los martillos canta al compas.

Jarros tremendos de sidra ó vino
sin tambalearse sabe apurar;
y aunque toneles haya vaciado,
siempre está pronto á beber más.

No hay en la danza quien le aventaje,
y en lid de amores no tiene igual;
pues las doncellas todas le adoran
porque es alegre, bueno y leal.

Nadie en reyertas jamás le vido,
que es dulce y manso como el que más;
y tiene un pecho tan compasivo,
que ni á un insecto puede dañar.

Mas si la patria se ve en peligro,
si el extranjero se acerca audaz
á nuestros lares en son de guerra,
¿quién su fiereza podrá igualar?

Airado empuña pesada barra
y al enemigo corre á buscar;
miembros destroza, cráneos magulla,
al santo grito de *¡libertad!*

¡Ved cuán resuelto marcha al combate!
¿Quién hoy su esfuerzo resistirá,
hoy que el guerrero más venerable
á la batalla le va á guiar?

Viejo es el noble Sancho de Arandia;
pero su cuerpo derecho está,
cual fuerte roble que inhiesto aguanta
la furia loca del vendaval.

Si de su barba los hilos de oro
hilos de plata se han vuelto ya;
si cual de Amboto la altiva cumbre
ya su cabeza nevada está;

Hincha sus venas sangre de fuego
que nunca el tiempo pudo enfriar,
y hoy, como siempre, su fuerte brazo
del enemigo terror será.

¡Viva mil años nuestro caudillo!
Nadie hasta ahora supo igualar
ni sus bondades, ni sus virtudes,
ni su osadía y ardor marcial.

Sancho de Arandia, buen caballero,
honra y orgullo de este solar,
con los herreros marcha al combate.
al grito santo de *¡libertad!*

Hoy la victoria sobre su frente
verde diadema colocará,
y en honor suyo los *coblakaris* (1)
himnos sublimes entonarán.

---

(1) Improvisadores.

¡Jovial herrero! ¡La barra empuña!
¿Quién hoy tu esfuerzo resistirá?
¡Vizcaya viva! ¡Viva el de Arandia!
¡Sus! ¡á la guerra! ¡sus! ¡á lidiar!

## VI.

Ya se han ido los guerreros, dejando en la villa sólo algunos pocos soldados para vigilar al desafecto alcalde; ya los moradores de Ochandiano han vuelto á sus casas ó han entrado en los templos (1) á orar por los que van á combatir por la patria, ó han seguido al ejército, deseosos de presenciar la batalla que se va á dar, tal vez muy pronto, en las inmediaciones; en una palabra, la villa ha recobrado su aspecto ordinario, y, sin embargo, el anciano señor de Amándarro continúa todavía de pié en el umbral de su suntuosa casa de la plaza.

El pobre viejo tiene un enorme peso sobre el corazon; una negra tristeza le oprime. Piensa en sus hijos, y se arrepiente de haberlos dejado partir. ¿Volverá á verlos jamás?

De pronto, dos mujeres, dos jóvenes hermosísimas, aparecen ante el anciano. Son Luisa y Blanca, las hijas de la viuda de Andicona, las prometidas esposas de Alonso é Iñigo de Amándarro.

Ambas son altas y esbeltas, de formas verdaderamente escultóricas, y ámbas tienen el rostro oval, la frente ancha, las cejas arqueadas, largas las pestañas, la nariz aguileña, delgados y rojos los labios, frescas y coloradas las mejillas, y admirablemente contorneada la barba; pero Luisa tiene ojos y cabellos castaños, al paso que son negros los cabellos de Blanca, y negros tambien sus brillantes y rasgados ojos.

(1) Entónces, como ahora, habia en Ochandiano una iglesia parroquial y varias ermitas.

Hasta ahora las dos jóvenes han permanecido en casa; pues aunque habian querido salir á ver á sus novios, su madre no se lo permitió, por ahorrarles el dolor de la despedida. Pero la buena anciana ha permitido que vengan á hacer compañía al pobre viejo, á quien suponen desconsolado por la partida de sus hijos.

—¿Qué haceis aquí, señor?—exclama Blanca al notar la perfecta inmovilidad del anciano y la dolorosa expresion de su semblante.—¿Por qué no subís á vuestra casa?

—¡Mi casa!—contesta el anciano como uno que despierta de un penoso sueño.—¿Creeis acaso que álguien me espera en ella? Pues os engañais. Mis hijos se han ido, y no volverán; de hoy más, el anciano vivirá enteramente solo, y no tendrá más ocupacion que llorar.

—¡Oh, no digais eso!—exclama Luisa.—No mueren todos los que pelean, y Dios os devolverá vuestros hijos.

—¡No, Luisa, no! Dios no protege á los que combaten contra él. ¿No sabes que van á pelear con un sacerdote, con un obispo?

—No con el obispo—replica con firmeza Blanca,—sin dar á su hermana tiempo para contestar,—no con el obispo, sino con el extranjero que viene en son de guerra á robarnos nuestra independencia y reducirnos á la esclavitud. Vuestros hijos son vizcainos y no pueden ménos de combatir por Vizcaya; vos hicierais lo mismo si fuerais jóven.

—Tal vez tienes razon, hija mia, y sin embargo, no apruebo esta guerra, porque no se han hecho á mi entender todos los esfuerzos posibles para evitarla. ¡Cuánta sangre generosa se va á derramar, que fácilmente se hubiera ahorrado! ¡Cuántos jóvenes llenos de vida y de esperanza bajarán al sepulcro! No sé por qué no puedo pensar en mis hijos sin estremecerme. ¿Por qué he desoido la voz interior que me decia que no los dejara partir? No puedo desechar los horribles temores, los negros presentimientos que me atormentan. Mucho temo que este dia sea dia de luto para nosotros.

—¡Oh, no hableis así, señor, por piedad!—exclama Blanca.—¿No veis qué daño hacen vuestras palabras á la pobre Luisa?

—Sí, hija mia; he sido muy cruel, y ademas debiera avergonzarme de mostrar tanta debilidad, cuando tú me das tan noble ejemplo de fortaleza; cuando tú, que eres casi una niña, estás tan serena y animosa. Dios es bueno y misericordioso, y no querrá privar á dos pobres doncellas de sus novios, y á un pobre anciano del báculo de su vejez. Pero... dame el brazo, Blanca... y tú, Luisa... Así... Y ahora vamos á la iglesia, á orar por Alonso é Iñigo, miéntras ellos corren al encuentro de los calagurritanos. ¡Quiera Dios que el choque no sea muy cruento, y que tras él venga una completa y duradera paz!

Y el anciano, apoyado en las dos hermosas doncellas, se dirige á la iglesia parroquial, de la advocacion de Santa Marina (1), que se encuentra á la salida de la plaza, en *Artecalle* (2).

## VII.

El señor de Amándarro acaba de entrar en el templo, y ha ido á arrodillarse sobre la tumba de su familia, entre Blanca y Luisa de Andicona.

Largo tiempo permanecen los tres de rodillas orando fervorosamente; pero al fin les vence la fatiga y se sientan, las jóvenes sobre el pavimento y el anciano en su gran sitial de roble.

Sobre el sitial habia un voluminoso libro que el anciano ha tomado al sentarse, y que ahora hojea maquinalmente; es su psalterio, primorosamente escrito en caractéres góticos de diversos colores.

---

(1) No el templo actual, que data del siglo XVI, sino el antiguo, que existió en el mismo sitio, y del que tenemos muy pocas noticias.

(2) *Calle del Medio.*

Al cabo de algunos instantes el anciano cierra el libro y queda sumido en profunda meditacion. Ya para él no existen los objetos que le rodean; ya no ve lo que pasa á su lado; ya no ve á las hijas de Andicona, ni á las demas personas que oran en el templo. Luisa y Blanca, ocupadas con sus propios pensamientos, parecen tambien haber olvidado al anciano.

Este, á pesar de todos sus esfuerzos, no ha logrado dominar los temores y los presentimientos que la partida de sus hijos hiciera nacer en su corazon. Teme que los vizcainos sufran una sangrienta derrota, en la que perezcan los principales caballeros, inclusos sus dos hijos, pues no cree que Dios puede estar al lado de los que pelean contra el obispo. Verdad es que éste viene en són de guerra, seguido de un ejército numeroso, y que los vizcainos tienen que defender el territorio; pero ántes de dejar que las cosas llegaran á este extremo debieron apurar todos los medios de conciliacion. Ademas, la ley misma que prohibe al obispo la entrada en Vizcaya, ¿no es una ley inicua?

Pero la ley es la ley,—se contesta á sí mismo el viejo, ansioso de encontrar algo que justifique la conducta de sus hijos,—y miéntras no se derogue, todos, grandes y pequeños, deben acatarla.

¡Oh! ¿Qué no diera el anciano por saber si Dios aprueba la conducta de los vizcainos? ¿Qué no diera él por saber si sus hijos han incurrido ó no en el enojo del Señor? Su corazon está lleno de tristeza; el temor y la duda atormentan su alma. Pero ¿no tiene allí su psalterio? ¡Cuántas veces ha sido aquel precioso libro el bálsamo de sus heridas y el paño de sus lágrimas! ¿Cuándo sus penas no han hallado el consuelo, ó á lo ménos un dulce lenitivo, en los sublimes cantos del rey poeta? ¿Por qué no recurrir á ellos tambien ahora? Tal vez leyéndolos se calmará su agitado espíritu y se disiparán sus temores y sus dudas.

El viejo abre el libro á la ventura, y lee á la cabeza de la página:

«Nolite tangere christos meos: et in prophetis meis nolite malignari» (1).

*No toqueis mis ungidos; y no hagais mal á mis profetas.*

¡Oh, ya no es posible dudar! Dios ha hablado; Dios no quiere que nadie toque á los hombres consagrados á su servicio; que nadie ofenda ni maltrate á sus profetas y á sus sacerdotes. Los vizcainos serán vencidos, y su sangre correrá á torrentes, porque han osado alzar la mano contra el ministro del Señor. El viejo Amándarro puede ya dar por muertos á sus hijos y por extinguida su noble raza; queria morir entre los suyos; queria morir rodeado de hijos y nietos, pero morirá solo, abandonado, y un extraño le cerrará los ojos.

¡Qué dolor tan punzante el del anciano! ¡Qué horrible angustia la suya! De nuevo abre el libro maquinalmente, y esta vez sus ojos se fijan en estas palabras, que al anciano le parecen referirse claramente al obispo y á sus enemigos:

«Manus enim mea auxiliabitur ei: et brachium meum confortabit eum.

»Nihil proficiet inimicus in eo, et filius iniquitatis non apponet nocere ei.

»Et concîdant à facie ipsius inimicos ejus: et odientes eum in fugam convertam» (2).

*Porque mi mano le socorrerá: y mi brazo le confortará.*

*Nada podrá el enemigo contra él, y el malvado no podrá hacerle daño.*

*Y acuchillaré delante de él á sus enemigos: y á los que le aborrecen los pondré en fuga.*

El de Amándarro no puede seguir leyendo. Un vértigo perturba sus potencias y entorpece sus sentidos; parécele que las letras cambian de sitio, se entrechocan y giran con rapidez maravillosa; luégo, todos los objetos que le rodean empiezan á dar vueltas en torno suyo, y se siente desfallecer.

(1) Salmo 104, versículo 15.

(2) Salmo 88, versículos 22, 23 y 24.

A este vértigo sucede un entorpecimiento general semejante al letargo, y el anciano permanece largas horas inmóvil en su sitial de roble. Entretanto la pobre Luisa, abrumada de dolor, no sabe dónde está ni qué es de ella; los temores del viejo, tan inoportunamente expresados, han hecho terrible mella en su tierno corazon, y le parece que ya no volverá á ver á su Alonso. Blanca, más animosa, no cesa de rogar á Dios por los hijos de Amándarro, y de pedirle la victoria de los vizcainos y el restablecimiento de la paz.

A la caida de la tarde el viejo empieza á salir de su extraño sopor; al principio mira en torno suyo, como si no pudiera darse cuenta de lo que le sucede; pero poco á poco vase despejando su cabeza, y al fin lo comprende todo al ver sobre sus rodillas el *Libro de los Salmos* que todavía permanece abierto. Los ojos del anciano se detienen casualmente en dos versículos escritos en caractéres de color de sangre, y lee estas palabras:

«Tu autem Altissimus in æternum, Domine.

»Quoniam ecce inimici tui Domine, quoniam ecce inimici tui peribunt: et dispergentur omnes, qui operantur iniquitatem» (1).

*Mas tú, Señor, eres eternamente el Altísimo.*

*Pues hé aquí que tus enemigos, Señor, hé aquí que tus enemigos perecerán: y serán disipados todos los que obran iniquidad.*

El anciano piensa en sus hijos, en los caudillos del ejército que ha ido á pelear contra el obispo. ¿No se refiere á ellos el libro sagrado? ¿No son ellos los enemigos del Señor, los obradores de iniquidad? ¡Ah! sus huestes se disiparán como el humo; ellos y los que pelean á sus órdenes perecerán en la batalla, y torrentes de sangre irán á engrosar la corriente del Urquiola.

Así piensa el viejo; y en el mismo instante parécele que el

(1) Salmo 91, versículos 9 y 10.

rumor del combate llega á sus oidos, y cree ver á los vizcainos batiéndose desesperadamente con los del obispo.

¡Qué horrible espectáculo! ¡Qué nubes de saetas, qué alaridos, qué confusion, qué espantosa carnicería! Los de Vizcaya pelean con inconcebible denuedo sobre los montones de muertos y heridos que cubren el campo; pero, aunque lentamente, los de Calahorra van ganando terreno, y poco á poco la resistencia de los vizcainos empieza á flaquear. Por fin toman el partido de huir, y los calagurritanos corren tras ellos, acuchillándolos despiadadamente.

El anciano, horrorizado, cierra los ojos y oculta el rostro entre las manos; al mismo tiempo tiembla como un azogado, y parece que su corazon va á estallar de dolor. Pero en medio de su mortal congoja acude al Señor con fervorosa plegaria; gruesas lágrimas ruedan por sus arrugadas mejillas, y su agitado espíritu empieza á calmarse.

De nuevo recurre al libro sagrado; pero esta vez lo abre por la primera página, y empezando por el *Beatus vir*, lee versículo tras versículo, y salmo tras salmo, y poco á poco los incomparables cantos del pastor de Belén derraman en su corazon un consuelo inefable.

## VIII.

Inquieta la viuda de Andicona viendo que es ya de noche y que sus hijas no vuelven, ha enviado á buscarlas á casa del de Amándarro, con gran sorpresa de los criados de éste, que habiéndole visto partir en compañía de las dos jóvenes, le creian en casa de la viuda. Por fin, despues de recorrer algunas de las principales casas de la villa, el servidor encargado de buscar á Luisa y Blanca las ha encontrado en la iglesia, y les ha dicho que su madre las espera desasosegada é impaciente. Sólo entónces se han apercibido las jóvenes de que ha cerrado ya la noche por completo, tan abismadas estaban en sus pen-

samientos; y despues de ayudar al anciano á levantarse de su sitial, los tres se han dirigido á la puerta del templo. Pero apénas han atravesado el umbral, cuando se detienen ante el doloroso espectáculo que hiere sus ojos. Por todas partes se ven grupos de herreros y de soldados conduciendo heridos en angarillas; algunos de estos infelices lanzan continuamente desgarradores gritos de dolor, pero tal vez es más lastimosa la situacion de muchos de los que se dejan conducir en silencio. La larga *calle del Medio* está llena de curiosos, y algunas mujeres lloran á la vista de los heridos; otras, ménos tiernas pero más iracundas, maldicen en alta voz á los calagurritanos.

A la puerta de la casa inmediata á la iglesia, un soldado de los que han venido conduciendo heridos refiere á un grupo de curiosos los acontecimientos de que acaban de ser teatro Gomillaz y sus inmediaciones. Las palabras del guerrero llegan clara y distintamente á los oidos de las doncellas y del anciano, quienes escuchan con profunda atencion el interesante relato.

—Antes de que saliéramos de aquí,—dice el soldado,—nuestros jefes habian tenido cuidado de enviar á Legutiano algunos campesinos encargados de esparcir ciertas noticias á propósito para infundir confianza al enemigo y facilitar por consiguiente su vencimiento. Que éramos pocos, mal avenidos y peor armados; que nos mandaban dos mancebos inexpertos; que el alcalde y el pueblo de Ochandiano nos eran hostiles, y que la mayoría de los vizcainos reprobaba nuestra conducta; hé aquí las noticias que los de Calahorra habrán recogido á su arribo á Legutiano. No es extraño, pues, que nos hayan atacado con tanta resolucion, y que hayan avanzado con tanta confianza. Nuestra vanguardia habia apénas llegado al confin del Señorío, cuando recibimos aviso de que estaban entrando en Legutiano las tropas del obispo, y de que éste se proponia encaminarse inmediatamente á Ochandiano, despues de dar á su gente un pequeño descanso. No habia un momento que perder. La mayor parte de los nues-

tros fueron á emboscarse en los lugares que de antemano se les habian designado, en las selvas que se extienden á ambos lados de la angosta encañada por donde pasa el camino que de nuestra villa conduce á Legutiano; y Lope de Mendilibar, con sus soldados y con los de Juan de Guerena y Ochoa de Aritza, fué á esperar al enemigo en el alto de Itesasi, sobre Gomillaz. Las huestes del obispo no se hicieron esperar mucho tiempo, y fueron recibidas valerosamente por Mendilibar y los suyos, quienes por dos veces las rechazaron con grandísimo vigor. Volvieron á embestir los calagurritanos con admirable denuedo, y una de las primeras víctimas de este ataque fué Lope de Mendilibar, que cayó con el corazon atravesado por una saeta enemiga. Casi en el mismo instante los vizcainos empezaron á cejar; y los de Calahorra, creyendo asegurada la victoria, avanzaron con intrepidez y lograron apoderarse del pendon de Aritza, que tomaron por el del Señorío, al ver en el escudo el roble y el lobo cebado, sin tener en cuenta que son dos los lobos cebados que campean en el escudo de Vizcaya. Juan de Guerena, que habia reemplazado al de Mendilibar al frente de los vizcainos, ardia en deseos de recobrar el perdido estandarte; pero como eso hubiera sido trastornar el plan de batalla de antemano combinado, dió la señal de retroceder. Pronto la retirada se convirtió en desordenada fuga, y atribuyéndola los de Calahorra á la pérdida del pendon y del caudillo, penetraron en la encañada que conduce á Ochandiano, y se adelantaron resueltamente, creyendo que ya nada se opondria á su entrada en la villa. De ese modo llegaron sin obstáculo alguno casi hasta sus mismas puertas; pero, de pronto, una multitud de guerreros, saliendo de los bosques cercanos, se arrojó sobre ellos por los flancos con furia indecible, y en el mismo momento retrocedieron los que huian, y volvieron á atacarlos de frente. Terrible fué el pavor de los calagurritanos al verse así súbitamente embestidos por todas partes; mas pronto lograron rehacerse, y léjos de retroceder, avanzaron audazmente, resueltos á entrar en

Ochandiano, ó á morir en la demanda. Entretanto, muchos de los nuestros que hasta entónces habian permanecido en inaccion, se dirigian, al mando de Gaspar de Elguezabal, á ocupar el alto de Itesasi, para cortar la retirada al enemigo; y con el mismo objeto, Sancho de Arandia y Rodrigo de Marzana iban á situarse con los herreros de Ochandiano y Ubidea y bastantes ballesteros en el intrincado bosque de Ibarbalz, á la orilla del Urquiola. Pero á las puertas de la villa la fortuna se mostraba indecisa, y tan pronto avanzaban con irresistible denuedo los de Calahorra, como retrocedian ante el vigoroso empuje de los valerosos vizcainos, hasta que por fin vióse claramente que éstos no podrian resistir ya mucho tiempo á la muchedumbre de los calagurritanos, cuyos brios y osadía parecian crecer por momentos. Afortunadamente los hijos de Amándarro, que hasta entónces habian permanecido en el alto de San Bernabé dirigiendo la batalla, pero sin tomar parte activa en ella, comprendieron que la situacion era apurada, y que era preciso acudir con gente de refresco en ayuda de los ya casi exhaustos vizcainos; así es que cuando éstos, abrumados por el número, iban ya á dejar paso á los de Calahorra, vieron que de hácia San Bernabé venía en su auxilio numerosa hueste capitaneada por los hijos de Amándarro, Fortun de Aldásolo, Florestan de Sopelana y otros señores, que habian echado pié á tierra, y que con las espadas desnudas en la mano avanzaban rápidamente. No vacilaron por eso los valientes hijos de Calahorra; ántes bien recibieron vigorosamente la arremetida de sus nuevos enemigos. Terrible fué el encuentro, y la sangre corrió á torrentes; pero al cabo, despues de prolongada y tenaz resistencia, los del obispo se vieron obligados á ceder, y emprendieron precipitada fuga hácia Legutiano, perseguidos de cerca por los nuestros, que lanzaban gritos de triunfo. Pero ¡cuál fué el espanto de los fugitivos cuando, al llegar al pié de Itesasi, vieron descender de lo alto del monte la numerosa hueste de Gaspar de Elguezabal, dirigiéndose hácia ellos rápidamente, á manera de ter-

rible avalancha que aplasta cuanto encuentra á su paso! En el mismo instante, los ballesteros del de Marzana, emboscados al otro lado del camino que seguian los de Calahorra, lanzaron sobre ellos espesísima nube de saetas; y para poner el colmo al terror de los calagurritanos, los fornidos herreros de Ochandiano y Ubidea, saliendo de la espesura de Ibarbalz, se arrojaron sobre ellos de improviso con furia irresistible, y diezmaron sus filas con sus pesadas barras de hierro. Bien pronto el campo quedó cubierto de cadáveres; por todas partes se veian charcos de sangre, entrañas palpitantes, miembros rotos y cráneos magullados. Por fin, los de Calahorra, aterrados, jadeantes y casi enteramente extenuados, lograron á duras penas llegar al llano, aunque muy reducidos en número; pero ¡ay de ellos si Tristan de Licona, que por otro lado acababa de llegar al mismo sitio, los hubiera acometido con sus jinetes! Pero el magnánimo Licona, movido á piedad al ver la fatiga, el terror y la desesperacion de los fugitivos, aunque no sin trabajo, contuvo á sus soldados, que estaban ganosos de probar la solidez de las astas y el temple de los hierros de sus lanzas.—¿Creeis que la batalla habia terminado?—Pues os engañais. Aún faltaba lo mejor. Cuando siguiendo á los de Calahorra desembocamos en la llanura,—imprudencia que pudo costarnos muy cara,—un inesperado espectáculo se ofreció á nuestros ojos. Delante de Legutiano habia, formando un vasto semicírculo, una multitud de jinetes armados de grandes lanzas y revestidos de brillantes armaduras. Era la caballería que el prelado habia traido consigo sólo por hacer ostentacion de poderío y de riqueza, y que habia quedado en Legutiano, donde debia esperar el regreso del obispo para acompañarle á Calahorra. Todos aquellos hombres habian creido que el prelado venceria sin gran esfuerzo la resistencia de los vizcainos y entraria triunfante en Vizcaya; pero al recibir la inesperada nueva de la rota de su señor, se habian armado apresuradamente, y se disponian á atacarnos. Nunca habia yo visto tantos jinetes juntos, ni hom-

bres de armas tan espléndidamente equipados. Era un magnífico espectáculo; pero, desgraciadamente, la luz del crepúsculo, ya muy amortiguada, no daba realce á la escena. De pronto empezó á moverse aquella lucida hueste, y vimos que se dividia en dos partes muy desiguales; y miéntras que la menor iba á encararse con Tristan de Licona, la mayor se dirigia á nosotros, con la bandera desplegada y las lanzas en ristre. Entónces nosotros, con la rapidez del pensamiento, formamos una masa compacta y nos preparamos á rechazar el ataque con intrepidez. Los de la primera fila estábamos con una rodilla en tierra, un poco agachados los de la segunda, y todos dispuestos á recibir á los caballos con los hierros de las alabardas. El choque fué terrible; pero nosotros permanecimos firmes en nuestros puestos, miéntras que caballos y jinetes rodaban por el suelo. Del mismo modo rechazamos varias sucesivas cargas, teniendo siempre buen cuidado de inmolar con nuestras alabardas á todos los jinetes desmontados. Entretanto Licona peleaba denodadamente al otro extremo del campo, y llevaba tambien la mejor parte. Pero los peones fugitivos, envalentonados con el auxilio de la caballería, volvieron á atacarnos ansiosos de venganza, y el combate se hizo general. ¡Qué espantosa carnicería! Seguramente desde los dias de Illenzelay no han visto estos contornos batalla tan reñida, ni ha corrido la sangre en tanta abundancia. Allí cayó el obispo, causa de tanta desventura; pues aunque nuestros jefes habian ordenado que nadie le hiriera en el combate, una saeta extraviada le robó la vida. Allí Íñigo de Amándarro mató por su propia mano al caudillo de los enemigos, sobrino del prelado y jóven gallardísimo, que por cierto habia dado más pruebas de valor que de prudencia. Por fin, los calagurritanos, cansados de pelear sin obtener la menor ventaja, se pusieron en desordenada fuga; y miéntras que los unos iban á buscar refugio á Legutiano, los otros seguian adelante, con trazas de no parar hasta Calahorra. Pero ¡qué cara habíamos comprado la victoria! Multitud de soldados y muchos

de nuestros principales jefes yacian en el campo. ¡Qué bien habia sabido elegir sus víctimas la muerte! Habia desdeñado herir á los viejos, y por eso el de Arandia, el de Guerena y otros ancianos salieron ilesos; pero en cambio se habia ensañado contra los más jóvenes, los más fuertes, los más gallardos. Fortun de Aldásolo, Florestan de Sopelana, Hernando de Ereza, Leonel de Iguengona y otros jóvenes, la flor de nuestros guerreros han caido hoy segados prematuramente por su segur terrible. Pero lo que más hemos sentido es la pérdida de nuestros caudillos, de los nobles mancebos á cuya bravura debemos principalmente el vencimiento; lo que más ha amargado el placer de la victoria, y lo que á Sancho de Arandia ha hecho llorar como un niño, es la muerte de Alonso é Iñigo de Amándarro.

¿Quién podrá pintar el efecto que las últimas palabras del soldado producen en el anciano señor de Amándarro y en las dos infelices doncellas? El viejo quiere interrogar al guerrero, saber dónde han caido sus hijos, correr al campo de batalla, á estrechar entre sus brazos sus inertes cuerpos, y besar sus rostros ensangrentados. El mismo deseo anima á Luisa y Blanca; pero asustada ésta al ver el aspecto del viejo, y al notar que apénas pueden sostenerle sus piernas, le toma por el brazo, y dirigiéndole palabras de consuelo le lleva hácia su casa, á pesar de la resistencia del anciano, ayudada por la pobre Luisa, que, sobreponiéndose á su horrible congoja, saca fuerzas de flaqueza y toma el otro brazo del señor de Amándarro.

Así llegan enfrente de la casa del anciano, y éste fija los ojos en el gran escudo de armas que se ve sobre el dintel de la puerta, deteniéndose y exclamando con dolorido acento:

—¡Amándarro! ¡Amándarro! ¡Tu raza se ha extinguido; tu nombre se ha borrado; el huracan ha desgajado los lozanos vástagos del árbol, y el carcomido tronco no tardará á venirse al suelo!

Luégo da algunos pasos hácia la puerta; pero se detiene de repente, diciendo:

—Pero ¿qué voy á hacer en mi casa? Por ventura, ¿me esperan mis hijos como otras veces? No; ya no tengo hijos, y mi casa está vacía y triste. ¡Oh, no quiero, no quiero entrar en ella!

—Entónces venid á la nuestra, señor—exclama Blanca con súbita inspiracion.—Si ya no teneis hijos, tampoco Luisa y yo tenemos padre, y vos lo sereis nuestro. ¡Venid, señor, venid!

Los ojos del anciano se llenan de lágrimas, y se deja conducir suavemente por las dos hermosas doncellas.

Al ir á poner la planta en el umbral de la casa-torre de Andicona, un ballestero se acerca á Blanca, y saludándola con profundo respeto, le presenta un anillo de oro que ella toma maquinalmente.

—Señora,—dice el soldado,—Ruy de Albina os envia ese anillo, que es un despojo del enemigo, y os hace saber que Iñigo de Amándarro ha muerto, pero que él vive para amaros y haceros dichosa.

Al oir estas palabras, Blanca, trémula de indignacion, arroja el anillo con soberano desden, y exclama dirigiéndose al ballestero:

—Di á Ruy de Albina que casi tanto como la muerte de mi amado Iñigo siento haber tocado su anillo con mis dedos. Y dile tambien que sería una profanacion albergar á Ruy de Albina en el corazon que ha albergado al noble Iñigo de Amándarro, y que Blanca de Andicona moriria mil veces ántes que cometer tal profanacion.

El soldado, confuso, va á recoger el anillo, que ha caido entre lodo, y el anciano y las dos jóvenes entran en la casa. En el mismo momento se oye la voz clara y vibrante de un herrero que pasa por la calle cantando, con la afinacion y el gusto de un verdadero hijo de Ochandiano, una cancion que

aún no han olvidado los vizcainos, y que se puede traducir de este modo:

Amándarro ha perdido
sus hijos en la guerra;
mas por ellos Vizcaya
su libertad conserva.

# ZAZPIKI

ó

# EL ENFERMO DE AMOR.

AL SEÑOR

D. JOSÉ MANTEROLA,

*Dedica esta leyenda*

EL AUTOR.

# ZAZPIKI Ó EL ENFERMO DE AMOR.

## I.

MADRE,—dice Zazpiki, que vuelve de caza,—haz fuego en el hogar, porque me siento transido de frio.

En la montaña he visto á María y la he besado... ¡Ay qué hermosa es! ¡Si la vieses!

Su talle es de mimbre, su fisonomía de ángel, sus ojos enloquecedores.

¡Pero no puedo ser su esposo!

Madre, el amor que por ella siento me hace languidecer. ¡Cuánto sufro!

¡Ay madre querida! ¡Ruega por el pobre Zazpiki, enfermo de amor!

## II.

—Madre,—dice Zazpiki que vuelve de caza,—aviva el fuego que arde en el hogar, porque el frio de la montaña se ha introducido hasta mis tuétanos.

He vuelto á ver á María, y la he besado por segunda vez... ¡Dios mio, qué bella es!

¡Si sintieses el aroma de su aliento, y oyeses el argentino timbre de su voz!

¡Qué desgracia que no pueda ser mi esposa!

Cada dia languidezco más; mis mejillas se van poniendo pálidas, y mis ojos se van secando á tanto llorar.

¡Ruega, madre mia, ruega por el pobre Zazpiki, enfermo de amor!

## III.

—Madre,—dice Zazpiki que vuelve de caza,—acércame ese banco para que me siente al lado del fuego, porque mis miembros están helados.

He besado á María por tercera vez, madre... porque la amo con toda mi alma.

La suya es grande y hermosa como la de una santa. Grande es asimismo su corazon, del cual brotan torrentes de ternura. Angel, y no mujer, es la vírgen que adoro.

¡Qué lástima que su padre se oponga á nuestro enlace!

Mi languidez es extremada; bien á las claras lo demuestran mis ojos hundidos, mis pálidas mejillas y mis cárdenos labios.

¡Eleva al cielo tus preces, madre; ruega por el pobre Zazpiki, enfermo de amor! . . . . . .

. . . . . .

Y Zazpiki calla, deja caer la cabeza sobre sus rodillas, lanza un hondo suspiro, y espira...

La madre le abraza, le besa, como loca de dolor; mas luégo se arrodilla, llora, y elevando sus ojos al cielo exclama:

—¡Vírgen María! ¡Recibe el alma de mi pobre Zazpiki, víctima del amor!

# EL BASOJAUN

Y

# LA MAITAGARRI.

AL SEÑOR

D. FERMIN HERRAN,

*Dedica esta leyenda*

EL AUTOR.

# EL BASOJAUN Y LA MAITAGARRI.

## I.

QUELLOS de mis lectores que estén dotados de un corazon sensible, y recuerden—si alguna vez dejaron su pueblo natal—la profunda emocion que sintieron al regresar á él, adivinarán fácilmente lo que en el fondo del alma experimentó el jóven Diego de Mendiola cuando de la falda del monte de Santa Marina contempló, despues de tres años de ausencia, el pueblo en que habia nacido; los objetos que le recordaban sus inocentes juegos, sus infantiles placeres y contrariedades; el verde y ameno valle y los elevados montes que lo cercan como terribles gigantes dispuestos á defenderlo; las blancas caserías diseminadas por el valle y las alturas; los numerosos molinos que se alzan á orillas del riachuelo; y en la colina de Zalduegui, en medio de un pequeño grupo de casas y descollando entre todas ellas su alta torre, la iglesia parroquial de la advocacion del apóstol San Andrés, patrono de la república de Zaldibar (1).

(1) Zaldibar, que tambien se llama Záldua, es una de las once anteiglesias de la merindad de Durango, y dista seis y tres cuartos leguas de Bilbao.

Los que, avezados á abandonar su país con más ó ménos frecuencia y á residir de tiempo en tiempo en países extraños, han experimentado muchas veces la emocion que todo hombre sensible experimenta al volver á ver la tierra en que ha nacido, habrán probablemente notado que esa emocion era cada vez ménos profunda, hasta convertirse en una impresion fugacísima, casi imperceptible, ó desaparecer tal vez completamente por la fuerza de la costumbre. Pero Diego no se hallaba en ese caso; Diego, que acababa de cumplir diez y nueve años, sólo una vez se habia ausentado de su pueblo natal, de donde no salió hasta la edad de diez y seis años, y volvia, despues de tres años de ausencia, ansioso de encontrarse de nuevo en aquel olvidado rincon del mundo, donde habia sido tan feliz y que tan á su pesar habia abandonado.

Por eso el jóven se estremeció de alegría al contemplar, de la ladera occidental del elevado Santa Marina, el humilde pueblo en que habia nacido; por eso su corazon latió ruidosamente, por eso se humedecieron sus ojos y aceleró el paso.

¡Cuántas y qué gratas memorias se agolparon en la mente de Diego! ¡Habia sido tan dichoso en aquella pobre, en aquella humilde, en aquella olvidada anteiglesia de Vizcaya!

Y sin embargo, el jóven no habia recibido las caricias de un padre; no habia conocido el amor de una madre, que es el amor de los amores.

Su padre, valiente marino lequeitiano, habia perecido en un naufragio ántes que Diego naciera; una persona imprudente habia comunicado la horrorosa nueva á la infeliz viuda que acababa de entrar en el noveno mes de su embarazo, y aquel terrible choque produjo un alumbramiento prematuro, del que fué víctima la madre, aunque se logró á duras penas conservar la vida del hijo.

Afortunadamente para el pobre Diego, que entraba en la vida bajo tan malos auspicios, su tio Antonio de Barázar, hermano de su madre, condolido de tanto infortunio, se pro-

puso amparar al huérfano y servirle de padre. Y como era viudo y sin hijos, cobró en breve tal cariño al hijo de su hermana, que llegaron á decir los campesinos de aquellos contornos, que en general son algo dados á la exageracion, que si á Anton le fuera dado poder para volver la vida al padre y á la madre de Diego, no habia de resucitarlos por temor de que le arrebataran aquel hermoso niño que hacia sus delicias, aquel niño que le daba el dulcísimo nombre de *padre*, y sin el cual la vida le hubiese parecido un árido desierto.

Hasta que Diego cumplió catorce años, su tio Anton fué enteramente feliz, pues el niño á nadie queria más que á él, y abandonaba gustoso sus juegos favoritos por hacerle compañía, con gran sentimiento de sus camaradas, para quienes sin él no habia diversion completa: tanto le querian por su genio alegre y expansivo. Pero á la edad de catorce años operóse en el carácter y en las costumbres de Diego una transformacion completa. Empezó á mostrarse frio, brusco y huraño con su cariñoso tio; dejó de acompañarle en sus paseos dominicales; huyó de la sociedad de los ancianos, á la que hasta entónces habia tenido gran aficion. Él, tan aficionado á los juegos de agilidad y destreza; él, que ni al marro, ni á los bolos, ni á la pelota, ni á lanzar la barra tenía rival entre los mozos de su edad, huia constantemente de estos saludables ejercicios. Antes hacia las delicias de sus compañeros refiriéndoles los innumerables cuentos de duendes y brujas que habia oido contar á los ancianos, exornándolos con episodios de su propia invencion, con graciosas observaciones y con frases gráficas que en pocos dias corrian de boca en boca por todo Zaldibar y por las repúblicas limítrofes; pero ya, si le pedian algun cuento, negábase á contarlo bajo cualquier pretexto, y si sus camaradas insistian, aseguraba que los habia olvidado todos y se marchaba, ó bien se ponia tan serio que ya nadie osaba importunarle.

¿Qué tenía Diego? ¿Cuál era la causa de aquella transformacion que tanto afligia á su buen tio?

Diego estaba enamorado, y, lo que es peor aún, estaba celoso. Diego amaba á Amelia de Ocháran, hermosa niña de su misma edad, pero Amelia no le correspondia; Amelia no pensaba mas que en su gallardo primo Martin de Ocháran, que tenía ya diez y seis años, y era sin disputa el mas hermoso mancebo de Zaldibar.

Diego era más generalmente querido, pero ni sus mejores amigos le daban por sus prendas físicas puesto más elevado que el segundo entre los muchachos de la anteiglesia; el primer puesto pertenecia sin disputa al orgulloso Martin de Ocháran. Sin embargo, algunas personas, y entre ellas el tio de Diego, aseguraban que ántes de tres ó cuatro años sería éste más gallardo y hermoso que Martin.

Amelia oia decir á todos que ella era la más linda jovencita del pueblo, y por eso sin duda acogió con agrado las muestras de cariño de Martin, pues le parecia muy justo que la niña más agraciada tuviera por novio al más hermoso de los mancebos. Apénas tenía la vanidosilla otra razon para amar á su primo, quien, aparte de la belleza física, no estaba adornado con ninguna de las prendas que hacen amable á un muchacho de su edad.

Amelia, alma noble, inteligencia despejada, corazon tierno y apasionado, se ponia á veces de mal humor y sentia hácia su amante algo parecido al desprecio al verle enteramente insensible, ó poco ménos, á todo aquello que á ella le producia tan honda impresion. Cuando por cualquier causa el entusiasmo, la alegría ó el dolor se apoderaban de su sér, ella hubiese querido ver á Martin participar de su entusiasmo, su alegría ó su dolor; pero, desgraciadamente, Martin no parecia capaz de sentir, y mucho ménos de sentir con intensidad como Amelia deseaba.

El mal humor de Amelia duraba tres ó cuatro dias y á veces más; pero nunca pasaba del domingo. Y es que al bailar con Martin en la verde pradera á los acordes del tamboril y de la vasca tibia, al ver que todas las doncellas admiraban

la gallardía de su novio, al oir decir á los ancianos que no habia en toda la merindad una pareja tan linda ni mejor proporcionada, la sonrisa volvia á iluminar su hermoso rostro, y ya sólo se acordaba de que ella era la más bonita jóven de Zaldibar, así como su novio era sin disputa el más hermoso de todos los mancebos.

Así pasaron algunos meses.

Entretanto Diego amaba en silencio y casi sin esperanza.

Los celos hacian sufrir tanto al pobre muchacho, que éste se figuraba que los tormentos del infierno serian mucho más soportables, á pesar de que tenía bien presente la terrorífica y espeluznante pintura que de ellos hacia de tiempo en tiempo el venerable párroco de la aldea.

Bien hubiera querido Diego decir su amor á la jóven, pero no se atrevia á ello, pues estaba seguro de que Amelia le rechazaria desdeñosamente.

Y sin embargo, Diego se sentia muy superior á Martin; estaba íntimamente convencido de que era mucho más capaz que éste de hacer la felicidad de la hermosa niña.

Un domingo por la tarde, en el momento en que los honrados moradores de Zaldibar se entregaban con más entusiasmo al placer de la danza, á la que tanta aficion tienen todos los habitantes de estas montañas, sobrevino abundante lluvia que les obligó á refugiarse en el átrio de la iglesia, de donde no pudieron salir hasta la hora de retirarse á sus hogares, pues la lluvia no cesó, sino que fué en aumento hasta el anochecer, que es cuando al toque del Ave María los campesinos vascongados suspenden sus honestas diversiones de los dias feriados, y se vuelven á casa donde les esperan la frugal cena y el humilde pero limpio lecho. Por fuerza han de acostarse temprano los que se levantan ántes que el alba y pasan todo el dia ocupados en las más penosas faenas.

Aquella lluviosa tarde tuvo lugar en el átrio de la iglesia de Zaldibar una escena en la que nadie se fijó entónces, pero

que debia ejercer grandísima influencia en el porvenir de Diego de Mendiola.

Entre los numerosos y alegres grupos que daban al ancho pórtico pintoresco y animado aspecto, habia uno compuesto casi exclusivamente de adolescentes de ambos sexos agradablemente entretenidos escuchando á uno de los primeros *contularis* (1) de la aldea, que con el acento de la más íntima conviccion les referia un cuento de duendes capaz de erizar los cabellos de un difunto.

Formaban parte de este hermoso grupo, verdadero ramillete de pimpollos, nuestros conocidos Diego de Mendiola y Martin de Ocháran, y la hermosa Amelia. No es necesario añadir que la jóven estaba al lado de su primo; en cuanto al pobre Diego, se habia colocado lo más léjos posible de la feliz pareja. Hubiera querido hallarse en casa; sentia en el alma haber accedido á los deseos de su tio, quien le habia suplicado que no pasara la tarde encerrado como un ermitaño.

Amelia escuchaba atentamente el maravilloso relato; los demas oyentes, á excepcion de Martin, que jamás prestaba atencion á cosa alguna, tampoco perdian una palabra del cuento.

Pero decimos mal: no era solo Martin el que no atendia. Habia en el grupo otro mancebo tan distraido que apénas sabia de qué se trataba. En efecto, Diego de Mendiola no oia ni veia al narrador; pensaba en Amelia y sólo á ella veian sus ojos.

Por fin el contulari terminó la espantable historia, y durante algunos momentos todo fueron aplausos y comentarios.

Cuando cada cual hubo dicho su opinion acerca del cuento que acababa de oir, álguien pidió al contulari otra narracion; pero éste se negó diciendo que quien debia contarles algo era Diego, que tantas lindas historias sabía.

(1) Cuenteros.

Diego oyó su nombre, pero sin comprender de qué se trataba.

Bastó sin embargo aquel nombre para sacarle de la penosa abstraccion en que estaba sumergido, y dirigió á sus compañeros una mirada interrogadora.

—¡Un cuento, Diego, un cuento!—decian todos.

El muchacho balbuceó un pretexto, y como sus amigos insistieran, él se negó rotundamente. Y de seguro hubiera persistido en su negativa, sino porque en aquel momento oyó una voz dulcísima que decia:

—¡Vamos, Diego, un cuentecito! Aunque sea el más corto que sepas.

Diego se estremeció. Aquella voz era la voz de Amelia. No hay que añadir que la resistencia del mancebo estaba vencida.

Permaneció silencioso algunos instantes, pasando revista á los numerosos cuentos que le eran conocidos, y reflexionando cual de ellos escogeria para referirlo á sus compañeros.

Por fin se fijó en una vieja tradicion del Duranguesado (1), en una historia de terribles combates, de hazañas portentosas, de sucesos estupendos, de esas que tanto agradan á los muchachos.

No era la primera vez que Diego contaba aquella historia; al contrario, habíala contado muchas veces. Pero la contó esta vez de un modo tan distinto, que á la mayor parte de sus oyentes les pareció una historia enteramente nueva.

En efecto, aunque el amor, un amor desgraciado, era el fundamento de aquella tradicion, la pasion que llevó la discordia entre los personajes que en ella figuraban, hasta entónces Diego se habia limitado siempre casi exclusivamente á referir los efectos, sin detenerse en las causas, contentándose con indicarlas someramente, por la sencilla razon de que no las comprendia. Era que todavía no habia amado; era que

(1) Una de las nueve merindades de Vizcaya.

aún no sabía lo que sufre el que ama y no es correspondido.

Esta vez habló poco, muy poco, de las hazañas del héroe, y mucho de su amor, de la belleza de su amada, de la felicidad de su odioso rival, de los tormentos del desdeñado amante, de sus horribles celos, de su desesperacion que llegó á rayar en locura y le hizo cometer tantos entuertos, tantos desafueros, tantos actos vandálicos.

Amelia escuchaba con vivo interes, sin apartar la vista de Diego, cuya móvil fisonomía expresaba admirablemente las sucesivas emociones del protagonista del cuento, más como actor que representa un drama que como simple narrador.

La niña se sentia atraida, subyugada; jamás habia oido historia alguna referida de aquella manera. La penetrante mirada de Diego, que apénas apartaba de ella los ojos, como si en el rostro de la doncella hubiese estado escrita la historia que contaba; su voz sonora y vibrante, sus dramáticas actitudes, su rostro que alternativamente expresaba los más encontrados afectos, y principalmente su sencilla, su candorosa elocuencia, ejercian sobre Amelia una irresistible fascinacion.

Diego se complacia en pintar el amor de su héroe. Tres ó cuatro veces interrumpió la narracion para hablar de ese amor, con gran sentimiento de la mayoría de sus oyentes, que querian sucesos de bulto, y no digresiones sentimentales para ellos casi enteramente incomprensibles.

¡Con qué elocuencia hablaba el pobre niño sobre aquel favorito tema! El héroe mismo de la lamentable historia no hubiera expresado sus propios sentimientos con tan conmovida voz, con tan sentidas frases, con tanta energía, con tanta vehemencia. Era que el narrador, al pintar el amor de otro, no hacia sino pintar su propio amor, el amor profundo, ardentísimo, que le habia inspirado la hermosa Amelia de Ocháran.

Bien podia decir el jóven, como Coleridge, el insigne *lakista*, en la mejor, en la mas conmovedora de sus baladas:

> The low, the deep, the pleading tone
> With which I sang another's love,
> Interpreted my own.

Y Amelia, que tenía demasiada penetracion para no haber sospechado más de una vez que Diego la amaba, vió confirmadas sus sospechas; adivinó lo que pasaba en el corazon del pobre muchacho, comprendió que éste no pintaba el amor del terrible guerrero héroe de la leyenda, sino su propio amor.

Acababa Amelia de llegar á esta conclusion, cuando á Martin de Ocháran se le ocurrió quejarse de la cachaza del narrador y de la extremada insipidez de su cuento. Diego no oyó la interrupcion; pero Amelia, en cuyos delicados oidos hicieron aquellas groseras palabras el efecto de un acerado taladro, dirigió á su primo una mirada tal, que á tener Martin más talento ó más sensibilidad, se hubiera sentido anonadado.

Desde aquel momento Diego de Mendiola ocupó en el corazon de Amelia el lugar que hasta entónces habia ocupado Martin de Ocháran; desde aquel momento la hermosa niña huyó de su estúpido primo y buscó la compañía de Diego, quien del más infeliz se trocó en el más dichoso de los mortales.

Entre Diego y Amelia no hubo declaracion alguna, se comprendieron sin necesidad de explicarse. Como por encanto vióse reinar entre ellos—que hasta entónces apénas se habian tratado—la más completa confianza, la más encantadora intimidad. Hubiérase dicho que estaban firmemente convencidos de que habian sido creados el uno para el otro, y de que amándose con todas sus potencias no hacian más que obedecer los decretos del destino.

La conducta de Amelia apénas afectó á Martin en lo más mínimo. Solamente, viéndose olvidado, empezó á enamorar á otra linda jóven de la aldea, y ya no pensó más en su prima.

Y es que Martin de Ocháran era uno de esos séres dichosos que en el mundo de las sensaciones apénas conocen más que las sensaciones físicas; uno de esos séres privilegiados (?), cuya olímpica serenidad nada es capaz de turbar. No volveremos á escribir su nombre.

¡Ah! El autor de esta historia no envidia el triste privilegio de esos séres, que de hombres no tienen más que la forma: la sensibilidad proporciona amarguras sin cuento, terribles angustias, desgarramientos dolorosísimos; pero á ella debemos tambien los mayores, los más profundos, los más inefables goces, goces que no pueden comprarse demasiado caros.

Como Amelia era de constitucion algo delicada, no querian sus padres que se ocupara en las faenas rurales, á las que nuestras campesinas se dedican con tanto ó más ardor que los hombres; así es que la hermosa niña pasaba el dia en casa, entregada á labores más propias de su sexo, miéntras que Diego trabajaba asiduamente al lado de su tio, en la heredad que éste cultivaba. Pero en las horas de descanso, y cuando el mal tiempo le obligaba á suspender sus rudas tareas, el jóven corria á casa de Amelia, que le recibia siempre con la sonrisa en los labios y el alborozo en el corazon, y le hacia sentarse á su lado junto al fuego si era en invierno y en el balcon ó bajo el emparrado del portal si era en verano. Estas entrevistas eran deliciosas, y aunque algunas veces fuesen bastante largas, parecian siempre cortísimas á los enamorados, que hubieran querido no tener que separarse nunca.

El domingo y los demas dias festivos, Diego y Amelia bailaban en la plaza del pueblo, ó en las romerías de los pueblos comarcanos, al son de la flauta y del tamboril; ó bien huyendo del bullicio de estas asambleas campestres, daban algun largo paseo por las floridas vegas de Zaldibar y Bérriz, ó subian á alguno de los elevados montes que las rodean y de cuyas cimas se descubren tan espléndidos panoramas.

Eran felices, muy felices, y sin embargo esperaban serlo

mucho más cuando llegaran á edad de contraer matrimonio, y recibieran la bendicion nupcial bajo la bóveda del templó de la aldea, al pié del altar de San Andres apóstol, del glorioso patron de la república de Zaldibar.

De ese modo pasaron dos años. Dies y seis contaba Diego y otros tantos iba á cumplir muy pronto Amelia, cuando un inesperado acontecimiento vino á turbar, tal vez á destruir para siempre, su felicidad.

Hacia más de veinte años que el único hermano del padre de Diego habia ido á América á buscar fortuna, y aunque durante mucho tiempo la suerte le fué desfavorable, empezó á sonreirle y no dejó ya jamás de serle propicia desde el dia en que el pobre lequeitiano tuvo la feliz idea de asociarse con un vasco-frances amigo suyo, á quien bien podemos llamar hijo mimado de la Fortuna: tan venturoso era en todo cuanto emprendia.

Los vascos de aquende y allende los Pirineos, como vástagos que son del mismo antiguo y nobilísimo tronco, fraternizan en todas partes y principalmente en los remotos países adonde les lleva su espíritu audaz, emprendedor y aventurero, y sin embargo aún entre ellos son raras amistades tan firmes y estrechas como la que unia al afortunado suletino—que en el condado de Soule habia visto la luz el socio de Mendiola—y al hijo de la agreste Busturia.

El parentesco debia estrechar los lazos formados por la amistad. Mendiola se prendó de la linda Teresa de Etchegaray, hermana de su socio, se casó con ella, y desde aquel dia los tres jóvenes formaron una sola familia.

Habian ya acumulado grandes riquezas, y sin embargo la fortuna no se cansaba de favorecerles; así es que, como por otra parte nada tenian que pudiera apesadumbrarles, se hubiesen creido los más felices de los mortales, si el cielo no hubiese negado á Mendiola y á su esposa el fruto de bendicion que tanto anhelaban. Con gusto habria dado cualquiera de los tres la mayor parte de sus riquezas porque la sonrisa

de un niño ó de una niña iluminara aquel hogar tan alegre, pero que se hacia más y más triste á medida que se iba desvaneciendo la esperanza en el corazon de los cónyuges y del cariñoso hermano. Desgraciadamente tan ardientes deseos no debian verse realizados. Dios, que les habia colmado de beneficios, no quiso concederles la suprema felicidad de verse renacer en sus hijos.

La prematura muerte de Etchegaray, ocurrida cuando su hermana habia ya perdido toda esperanza de llegar á ser madre, sumió á los dos esposos, pero principalmente á la pobre Teresa, en el mayor desconsuelo. Desde entónces la América les pareció odiosa; sus ojos se tornaron hácia su país, hácia la antigua villa de Mauléon (1), donde se habian deslizado los años de su infancia en compañía de sus buenos padres y del hermano querido cuyos ojos se habian ya cerrado para siempre. Y su esposo, cuyo mayor anhelo era complacer á su amada Teresa, realizó todos sus bienes de Ultramar, que eran muy considerables, y regresó á Europa, avecindándose con su esposa en la noble y vetusta capital del condado de Soule.

Entónces se acordaron de su sobrino Diego, y resolvieron prohijarle, si Antonio Barázar, su tio materno, que durante tanto tiempo le habia servido de padre, no se oponia á ello.

¡Ah! El buen Anton amaba demasiado á su sobrino para no estremecerse á la sola idea de verle partir; pero ¿tenía él el derecho de ponerse entre el hijo de su hermana y la Fortuna, que con los brazos abiertos le aguardaba sonriente al otro lado de los Pirineos? Verdad es que Diego, no ménos afligido que su tio, decia que si para ser rico era preciso dejarle, preferia ser labrador y no separarse jamás de su lado; pero ¿pensaria siempre lo mismo? Si entónces, por amor al hermano de su madre, no aceptaba las proposiciones de su

(1) *Mauléon-Licharre*, patria del insigne Oihenarte.

tio paterno más favorecido de la fortuna ¿no se arrepentiria de ello más tarde?

Por eso, Anton de Barázar, aunque idolatraba á su sobrino y sabia que la felicidad no consiste en las riquezas, como no queria merecer jamás los reproches de Diego, le aconsejó que aceptara la bondadosa oferta del indiano, y aún le obligó á ello.

Mucho, muchísimo trabajo le costó al mancebo decidirse á dejar su pueblo natal, su querido tio, sus compañeros, sus parientes, y principalmente la que amaba; y eso que, como es natural, se habia despertado en él con bastante viveza la curiosidad y el deseo de ver aquel país extraño adonde le llamaba su destino.

La despedida de los dos niños fué verdaderamente conmovedora. Ambos lloraron mucho, ambos prometieron amarse siempre, no olvidarse ni un solo momento, y unirse un dia con eternos lazos.

¿Cumplirian sus promesas? ¿Verian realizadas sus esperanzas?

Mendiola y su esposa cobraron en breve grandísima aficion á Diego, y á fin de poder atender mejor á su educacion, se trasladaron de las márgenes de Saison á las del Garona, de la humilde villa pirenáica á la populosa Burdeos.

Cerca de tres años hacia que Diego habitaba esta hermosa ciudad, entregado al estudio y á los placeres de las grandes poblaciones—acordándose mucho, aunque tal vez no tanto como debiera, de sus amigos de Zaldibar, y deseando volver á verlos, pero sin poder conseguir nunca, á pesar de haberlo solicitado muchas veces, que sus tios le permitieran ir á pasar algunos dias en su pueblo natal,—cuando el viejo Mendiola supo que una hermana que tenía en Ermua se hallaba enferma de gravedad, y no permitiéndole sus achaques ir á visitarla en persona, envió á Diego en su lugar, con gran placer de éste, que de ese modo podria ver á Amelia con frecuencia, pues como todos saben, la villa de Ermua no dista

de la anteiglesia de Zaldibar más que una legua escasa.

Circunstancias independientes de la voluntad del mancebo retardaron algun tanto su partida; así es que tuvo la buena fortuna de encontrar á su tia casi completamente restablecida, por lo que, despues de abrazar á la buena mujer y hacerla compañía durante algunas horas, se encaminó á Zaldibar á la caida de la tarde, ansioso de volver á ver á Amelia y á su tio Anton, en cuya casa pensaba pasar la noche.

## II.

Aquella tarde sentia Amelia un extraño desasosiego, una ansiedad inexplicable. Ella, tan laboriosa siempre, no podia hacer labor alguna; apénas podia permanecer sentada algunos momentos. Presa de una febril agitacion, recorria la casa en todas direcciones, asomándose con frecuencia á las ventanas, como si esperara la llegada de álguien. Y sin embargo, nada sabía la jóven acerca del viaje de Diego; bien léjos estaba ella de pensar que iba á ver á su amado aquel mismo dia.

Hácia la caida de la tarde, la agitacion de Amelia, sin que ella supiera explicarse la causa, se hizo mucho más viva y llegó á ser insoportable; entónces la jóven, casi sin darse cuenta de lo que hacia, salió de casa y tomó por el pendiente camino que de lo alto de la colina de Zalduegui baja al encuentro del arroyo que lame su base.

Amelia caminaba rápidamente, pero pronto las sombras de la noche la obligaron á aflojar el paso. No habia luna, y sendos nubarrones negros cubrian casi toda la bóveda celeste, privando á la tierra de la débil luz de las estrellas; la oscuridad era completa. Por eso la jóven tuvo que caminar con lentitud, pues no veia el camino, que era en extremo escabroso.

Buen trecho se habia ya alejado Amelia de la aldea, cuando sintió ruido de pasos de álguien que caminaba en opuesta di-

reccion. Eran seguramente pasos de hombre y éste estaba ya muy cerca, pero tal era la oscuridad, que la jóven no le veia. Sin embargo su corazon palpitó de un modo extraño. ¿Era tal vez un presentimiento?

El caminante, que sin duda estaba impaciente por llegar al término de su viaje, andaba con presteza, aunque tropezando á menudo; tal era su abstraccion, su profundo ensimismamiento, que no oyó los pasos de la jóven y tropezó con ella en el angosto camino. «*¡Gabon!* (¡Buenas noches!)» dijeron ambos á un tiempo; la jóven con voz trémula y no sin cierto sobresalto; él como avergonzado de su torpeza.

Pero ninguno continuó su camino. Ambos quedaron inmóviles y mudos de sorpresa; ámbos habian reconocido la voz que más deseaban oir; cada uno habia oido la voz del sér que le era más querido en la tierra.

Diego apoyó sus manos en los hombros de Amelia, y acercando su rostro al de la doncella, miróla fijamente.

—¡Ah! ¡Eres tú, Amelia!—le dijo:—¿Adonde vás por ahí? ¿Has soñado tal vez que Diego venía, y has querido salirle al encuentro? Si así es, tu sueño no ha sido engañoso; tu Diego viene á verte, ángel mio, porque se moria de tristeza léjos de ti.

Ella apénas pudo contestar; tan profunda era su emocion; y el jóven, cuyo corazon estaba rebosando de amor y de felicidad, la estrechó amorosamente contra su pecho.

Renuncio á escribir la conversacion que siguió entre los dos amantes, conversacion llena de amor, de ternura, de candorosa sencillez por parte de Amelia; de pasion, de entusiasmo que rayaba en locura, por parte de Diego.

Cuando hubieron dado algun desahogo á sus tiernos corazones, y despues de enjugarse los ojos, pues tambien se llora de placer, ámbos se encaminaron lentamente, muy lentamente, á casa de la jóven.

## III.

La familia de Amelia recibió á Diego con la mayor cordialidad; la ausencia no habia borrado el cariño que aquellas honradas gentes le mostraron en otro tiempo. Hiciéronle participar de su modesta cena, á la que añadieron, para celebrar su venida, el sabroso *inchaursalsa* (1) que tanto agrada á los campesinos vascongados. No hay necesidad de decir que todos mostraron excelente apetito, y que durante la cena reinó la alegría más expansiva; pues sólo rara vez se encuentran la inapetencia y la melancolía entre los honrados y laboriosos habitantes de nuestras montañas.

Terminada la cena, el abuelo paterno de Amelia, el anciano José Manuel de Ocháran, que á juzgar por su aspecto habia ya visto pasar por lo ménos setenta navidades, se sentó junto al fuego en el lugar de preferencia, y todos se apresuraron á imitarle; pues si bien el invierno tocaba á su fin, el frio era todavía bastante intenso. Antonchu (2), el único hermano de Amelia, niño de seis á siete años de edad, se sentó al lado del viejo, pues le divertian muchísimo los cuentos de éste; por otra parte, el abuelo estaba chocho con él, y no le hubiera permitido sentarse en otra parte. Pero como Antonchu, si queria tener á un lado á su abuelo, no deseaba ménos vivamente tener al otro lado á su madre, ésta, que se llamaba Luisa y que iba á cumplir treinta y ocho años, se sentó entre el niño y su esposo Chomin (3), que pasaba ya de los cuarenta. Inmediata á su padre tomó asiento la hermosa Amelia, y al lado de ésta se sentó Diego, en el otro lugar de preferencia, enfrente del abuelo.

(1) Bacalao condimentado con aceite, nueces y cebolla.

(2) Antoñito.

(3) Domingo.

Ya en aquel tiempo estaba generalizada en el país vasco la costumbre de rezar una parte de rosario todas las noches ántes de acostarse; así es que, despues de algunos momentos de agradable conversacion, el anciano José Manuel impuso silencio á Antonchu, que estaba como siempre muy locuaz, y persignándose devotamente dió principio al rezo pausada y solemnemente.

Los circunstantes contestaban en coro al anciano; la voz fuerte y un tanto áspera de Chomin, el tono reposado y grave de Luisa, la voz sonora y varonil de Diego, el argentino timbre de la de Amelia, y los infantiles acentos de Antonchu, se mezclaban formando una singular melodía llena de encanto.

Un tosco candil, suspendido de la ahumada campana de la chimenea, alumbraba tan débilmente, que la cocina hubiera estado poco ménos que á oscuras sino por los trozos de roble que ardian en el hogar despidiendo vivísima llama, que iluminaba con su rojizo resplandor la nevada cabeza y el venerable rostro del anciano, las rosadas mejillas y los brillantes ojos del niño, las nobles facciones de Diego, el dulce y bellísimo rostro de su amada, la bondadosa faz de Luisa, y el hermoso semblante de Chomin, que hubiera sido mucho más hermoso sin cierta expresion de dureza que estaba en consonancia con el carácter del padre de Amelia. Las rápidas y caprichosas ondulaciones de las llamas se retrataban fielmente en la batería de cocina, que era de bruñido cobre; los grandes jamones y las largas sartas de chorizos que pendian de las vigas del techo, estaban melancólicamente contándose sus penas y el terrible fin que les aguardaba, á la triste luz de la candileja, pues el resplandor del hogar no llegaba hasta ellos, por impedirlo la campana de la chimenea, cuya ancha boca descendia hasta pocos piés de distancia del pavimento.

Despues de la letanía de la Vírgen, el anciano rezó una interminable serie de avemarías á los santos de su especial devocion: á San Juan Bautista, á San Pedro y San Pablo, á

San Antonio, al Angel de la guarda; y otra no ménos larga serie de avemarías por las ánimas del purgatorio, por los enfermos, por los caminantes, por los marinos, por la paz, por la conversion de los pecadores, y por la felicidad eterna de todos los hombres.

¡Ah! Ninguna plegaria debe ser tan grata al Sér Supremo, como la del hombre que olvidando sus propias penas, sus propios deseos, le ruega por sus semejantes, sin excluir á sus enemigos más irreconciliables. ¿Cuántos al orar no se acuerdan más que de sí propios! ¡Cuántos piden riquezas, honores, felicidad, aunque sea á costa de la desdicha ajena! ¡Y cuántos llevan su obcecacion al extremo de pedir la infelicidad, la ruina, la muerte de sus hermanos!

Terminado el rezo, Diego se despidió de sus amigos y se fué á casa de su tio Anton de Barázar, á quien la llegada del mancebo á quien tanto amaba sorprendió agradablemente.

## IV.

Más de dos meses habian trascurrido desde que tuvo lugar la escena que hemos descrito en el capítulo anterior, y todavía Diego no daba señales de pensar en volver á Burdeos. Era que el jóven se hallaba muy á su placer en Zaldibar.

El amor llenaba su existencia. Amelia le mostraba cada dia un afecto más tierno, más profundo, más ardiente; y él, por su parte, sentia tambien crecer de dia en dia su amor á la jóven.

Diego pasaba casi todo el dia en casa de Amelia en sabrosas pláticas con la jóven, quien no por eso dejaba de hilar ó coser, y áun á veces, cual otra Onfale, hacia tambien trabajar á su amante, haciendo que la ayudara á devanar la lana, á plegar las sábanas para guardarlas en el armario, ó á mantener estirada la pieza de paño cuando se trataba de cortarla.

Pero el domingo ya era otra cosa. Acompañaba Diego á

Amelia á la misa del alba, y luego daban por los alrededores un largo paseo, aunque no tan largo como el paseo de *algunas* tardes—pues muchas veces, por rendir culto á las costumbres de la localidad, tomaban parte en el baile y regocijo públicos,—paseo que empezaba despues de comer, y no terminaba hasta el toque de la oracion vespertina.

¡Cuántas protestas de amor eterno, cuántas cariñosas frases, cuántos dulces epítetos se dirigian los amantes, discurriendo lentamente por las frescas márgenes de los innumerables arroyos de Zaldibar, por las verdes laderas del Santa Marina, por el alto de San Agustin, por la feraz vega de Bérriz, por las deleitosas orillas del Láriz, del Arría y del Cengoitia, y por las estribaciones de la soberbia sierra de Oiz!

Anton de Barázar se regocijaba interiormente al contemplar el amor que se tenian los dos jóvenes, porque abrigaba la esperanza de que Diego tomaria á Amelia por esposa y se fijaria en la aldea, donde á su parecer seria cien veces más feliz que en la ciudad. Algo de egoismo habia tambien sin duda en el deseo del buen Anton, pues empezaba á envejecer y le halagaba la idea de pasar los últimos años de su vida rodeado de su amado sobrino, de la dulce Amelia, y de media docena de gruesos y sonrosados niños.

En cuanto al padre de Amelia, tampoco veia con desagrado aquellos amores. Á fuerza de constancia, laboriosidad y economía, habia logrado reunir una suma suficiente para comprar la casa que habitaba con su familia y la habia comprado recientemente; esperaba tambien ántes de muchos años convertirse, por el mismo procedimiento, de arrendatario en dueño de las tierras que cultivaba; y el casamiento de Diego y Amelia, que ya daba por seguro; hacia que á los ojos del honrado labrador se presentara el porvenir bajo los más brillantes colores.

De la madre de Amelia nada tenemos que decir. Era madre, y, como es natural, veia por los ojos de su hija; sentia

y pensaba, no con el corazon y cerebro propios, sino con el corazon y el cerebro de su hija. Así es que amaba ya á Diego tanto como Amelia por lo ménos, aunque de otra manera.

## V.

La inocencia de Amelia sólo puede compararse á la del tierno infante que apénas acierta á balbucear el dulce nombre de madre; la vírgen de Zaldibar se entregaba dulcemente y sin el menor recelo al amor de Diego, cual cándida azucena que presenta confiada, al suave soplo del aura, su airoso tallo, sus purísimos pétalos y sus dorados estambres, sin imaginar que aquel ligero soplo puede convertirse en viento impetuoso, en huracan desencadenado que la tronche despiadadamente.

Por desgracia, Diego no era ya el sencillo é inocente mancebo de algunos años ántes. Durante su estancia en Burdeos el jóven no se habia dedicado exclusivamente al estudio; no faltó quien le iniciara en ciertas cosas, y habia empleado gran parte de su tiempo en perseguir á las lindas *griseïas* y á las graciosas *señoritas de trastienda* de aquella capital, viendo coronados sus esfuerzos por muchas fáciles conquistas. Eran, pues, peligrosas para Amelia sus relaciones con Diego; porque aunque éste la amaba verdaderamente, se hallaba en una edad en que por lo general la razon no es capaz todavía de refrenar el ímpetu de las pasiones.

Diego amaba á Amelia con todo su corazon, Diego abrigaba sin duda los más generosos sentimientos, los más nobles propósitos; pero ¿era capaz de resistir siempre victoriosamente á las tentaciones que tan frecuentes debian ser, gracias á las diarias entrevistas de los amantes y á sus largos paseos por la soledad de los campos? ¿Podia Diego responder de sí mismo en un instante de enajenamiento?

Sucedió lo que era de presumir. El jóven luchó; pero fué

vencido. Un dia, ofuscado por la pasion, Diego, en un momento de locura, abusó de la inocencia de Amelia; y aunque es verdad que despues se arrepintió de ello, el mal estaba ya hecho.

Pero en honor del jóven debemos añadir que estaba dispuesto á repararlo en lo posible; estaba decidido á tomar á Amelia por esposa.

## VI.

Era el último dia de Mayo.

El campo estaba vestido de gala. Los vastos robledales y castañares de las cercanías se hallaban en toda su lozanía, en toda su hermosura; millares de silvestres rosas adornaban los setos vivos que marcan los lindes de las heredades; en los verdes collados, en las risueñas vegas, á orillas de los arroyos, en el borde de las sendas, en todas partes, en fin, veíanse el lirio de los valles, los lindos pensamientos, la vellosa borraja, la fragante cardámina, la encendida colleja, el trébol de los prados, y otras innumerables flores, cuya jugo libaban con delicia las laboriosas abejas y las pintadas mariposas. Oíase el zumbido de los regocijados insectos, y osaba el grillo mezclar su monótono canto con el de los pájaros; pero las ranas, toscas náyades de los pantanos, se bañaban silenciosas, reservando sus *melodiosos* cantos para la noche.

Diego y Amelia, fatigados por un largo paseo, se habian sentado en los peñascos que coronan una de las estribaciones del Santa Marina; pero estaban demasiado preocupados para fijarse en las bellezas del espléndido panorama que de allí se descubre. Extendíase á sus piés, sobre las pendientes laderas del monte, un frondoso bosque de robles, castaños y otros árboles; á sus espaldas y á su izquierda veíase otro bosque mucho mayor y más espeso, que cubria casi todo

el Santa Marina, llegando hasta muy cerca de la cumbre; enfrente tenian el collado de Zalduegui, coronado de casas agrupadas en torno de la iglesia; las risueñas vegas de Zaldibar y Berriz; los inmensos castañares que se extienden al mediodía; y más lejos el elevado monte de Udala, llamado en otro tiempo Babilonia; los blancos y enormes peñascales de Amboto, Mañaria, Urquiola y Gorbea, monstruosos gigantes de piedra apostados de trecho en trecho para defender la fronteras del solar vizcaino; y á su derecha veíase á lo léjos la grandiosa sierra de Oiz, imponente masa verdinegra que no es dable contemplar sin admiracion.

Diego estaba triste y meditabundo, pues al dia siguiente debia salir para Francia, donde le esperaban sus tios, y le dolia separarse de su Amelia. Esta, con la cabeza caida sobre el hombro y los bellos ojos fijos en el suelo, parecia la estatua del desaliento, de la desesperacion.

A veces Diego hacía un violento esfuerzo para ahuyentar la profunda tristeza que sentia, y hablaba, hablaba copiosamente, estrechando al mismo tiempo de un modo febril las manos de su amada, jugando con su sedosa cabellera, ó acariciando sus pálidas mejillas. El jóven decia á Amelia que la amaba con toda su alma, que la amaria siempre, que volveria pronto á su lado, con el consentimiento de su tio, ó sin él si fuera preciso, y que muy pronto tambien serian esposos y no tendrian que volver á separarse. Pero á todas estas promesas contestaba Amelia con triste sonrisa, y no era que la infeliz dudase de las palabras de su amante, las que creia con tan firme fe como las de su madre, sino porque un amargo, un inexplicable presentimiento oprimia su corazon, y le hacia ver el porvenir bajo los más sombríos colores.

Sin embargo, las palabras del jóven lograron al fin calmar algun tanto el dolor de Amelia; reclinó su hermosa cabeza sobre el pecho del mancebo, y pareció decirle con su dulce sonrisa, que como hasta entónces habia confiado en él, en él seguiria confiando; que ponia su suerte en sus manos, sin

temor ni recelo. Luégo cerró los ojos, como para expresar mejor que esperaba resignadamente la dicha ó la infelicidad que el destino la deparase, y permaneció largo rato en tan encantadora actitud.

Y como la pobre niña estaba muy fatigada por la emocion, como las últimas noches habíalas pasado llorando, no es extraño que el sueño aprovechara aquellos momentos de relativa calma para apoderarse de ella: Amelia se durmió.

Entre tanto fuese gradualmente debilitando detrás de la sierra de Oiz la suave claridad crepuscular, y la tierra quedó envuelta en el tupido velo de la noche. Una tras otra fueron apareciendo en el cielo las centelleantes estrellas.

Al principio el sueño de Amelia fué apacible; pero luégo empezaron, sin duda, á turbarlo tormentosas visiones, pues la jóven se agitaba febrilmente, movía los brazos, y pronunciaba palabras ininteligibles. Diego la contemplaba con inquietud.

De pronto lanzó Amalia un terrible grito y despertó. Pero la vision que la atormentara no habia desaparecido, pues la jóven tendió la mano hácia la vecina selva de Santa Marina, exclamando:

—¡Se va! ¡se va sola! ¡No ha logrado arrebatarme mi Diego!

»¡Oh, qué hermosa es! Temo que al fin Diego se decida á seguirla.»

—¿Qué dices, Amelia?—dijo el jóven besándola en la frente.—¿Qué miras en el monte con tanta atencion? ¿No estás conmigo? ¿No sabes que tú serás siempre mi único amor?

Amelia fijó en él una mirada de asombro.

—Has dormido y has soñado;—continuó Diego:—Una engañosa vision te ha atormentado. Mira otra vez hácia la selva, y no verás ya en ella más que los robles y los castaños; las hayas, los fresnos y los alisos que la pueblan.

—¡Oh, no!—contestó la jóven volviendo á fijar la vista en la falda del vecino monte, cubierta de frondosos árboles.—¡La

veo! se aleja lentamente; á veces se detiene y nos mira sonriendo. Sin duda no ha perdido la esperanza de que me abandones por ella.

»Te he visto caminar á su lado. La contemplabas amorosamente, y ella, apoyada en tu brazo, no cesaba de decirte ternezas.

»Habia venido á buscarte, y huias con ella dejándome dormida en la montaña.

»Yo hacia inútiles esfuerzos por despertar, pues queria correr tras de ti y recordarte tus juramentos.

»He visto á esa mujer besarte en el rostro, y entónces he salido de mi letargo.

»¿Por qué no has ido con ella? Pero sin duda volverá pronto en tu busca, y te marcharás para siempre de mi lado.»

—Tú deliras, Amelia;—dijo Diego tristemente.—No he visto á mujer alguna, ni me he movido de tu lado.

»Has dormido con la cabeza reclinada en mi pecho, y no he cesado de acariciar tus mejillas y de besar tus cabellos.»

—Te digo que veo á esa mujer, Diego; te digo que la veo alejarse lentamente como á pesar suyo.

»Sus dorados cabellos caen en bucles sobre las desnudas espaldas; su finísima túnica, más blanca que la nieve, es tan trasparente que permite ver el bellísimo cuerpo que envuelve, del mismo modo que las límpidas aguas del arroyo dejan ver las lustrosas guijas que yacen en el fondo.

»Camina lentamente; pero sin que sus piés toquen al suelo, y sin que los espesos argomales, ni las ramosas zarzas, ni los troncos mismos de los robles, la obliguen á cambiar de direccion. Su cuerpo, tan hermoso, debe ser tan sutil como el de las brujas que danzan el sábado en la pelada falda de Memaya.

»¿No la ves, Diego? De nuevo se detiene á mirarnos, y me parece que te llama con la mano.»

Entónces pasó una cosa extraña.

Diego miró hácia el lugar que indicaba la jóven, y vió, ó

creyó ver, aunque sólo por un momento, en el extremo meridional de la vecina selva, una mujer alta y airosa, de hermosísimo y sonriente rostro, y de abundante cabellera de oro. Su escultórico cuerpo irradiaba un resplandor vivísimo que iluminaba la selva de un modo fantástico. Movia la mano lentamente; mas no era fácil saber si con aquel ademan llamaba al jóven ó se despedia de él.

Diego cerró los ojos como ofuscado por aquella maravillosa vision, y cuando los abrió al cabo de unos instantes, el fantasma habia desaparecido.

Tampoco Amelia lo veia ya; pero no por eso cesaba de delirar de un modo alarmante.

Diego estaba asombrado, asombrado de lo que habia visto demasiado distintamente para creerse víctima de una alucinacion. Lo más admirable era que, á pesar de hallarse tan léjos el fantasma, el jóven lo habia visto tan perfectamente como si lo hubiera tenido á dos pasos de distancia.

Pero si es verdad que Diego estaba asombrado, aún estaba más inquieto.

Amelia no cesaba de hablar, y sus palabras eran cada vez más extrañas é incoherentes. Diego temia que la infeliz hubiera perdido el juicio por completo.

Como en su desvarío Amelia hablaba incesantemente de la mujer misteriosa que ámbos acababan de ver, Diego, despues de algunos instantes de meditacion, creyó que para calmar á la jóven convenia ante todo explicar lo ocurrido de la manera más favorable que posible fuese. Y creyó que Amelia prestaria más atencion y crédito á su explicacion, si sabía fundarla diestramente en las tradiciones, en las creencias, en las supersticiones del pueblo euskaro.

Por eso, mirando á la jóven tiernamente y estrechando sus manos con cariño, le dijo:

—Tranquilízate, Amelia. Esa vision que tanto te ha afligido, debe al contrario colmarnos de alegría.

»Esa mujer, esa hada que ha venido á vernos, es la va-

porosa *maitagarri* (1) que habita en lo más espeso de la selva.

»¡Dichosos los amantes de quienes ella se deja ver! Es señal de que los ha tomado bajo su proteccion.

»Si esa hada benéfica ha venido á vernos es porque quiere proteger nuestro amor; ella allanará cuantos obstáculos se opongan á nuestra dicha.

»La maitagarri premia á los amantes fieles y castiga horriblemente á los que quebrantan la fe jurada.

»Bien sabes, Amelia, que te amaré siempre; pero si fuera capaz de olvidarte, quiero no volver á ver jamás el esplendente rostro de la maitagarri, quiero que la benigna hada de la selva castigue con horribles dolores, con tormentos indecibles, mi ingratitud y mi perjurio.

»Mañana parto para Francia; pero mi ausencia será corta. Muy pronto podré darte el dulce nombre de esposa.

»¿Cómo dudar del porvenir, Amelia mia, si la maitagarri nos protege?»

## VII.

A pesar de las repetidas promesas de Diego, su partida dejó á Amelia sumida en el más profundo dolor. Negros presentimientos atormentaban el tierno corazon de la jóven.

La sonrisa huyó de sus labios, y se marchitaron las rosas de sus mejillas. ¡Qué triste le parecia Zaldibar desde que su amante ne estaba allí! ¿Volveria jamás á alegrarlo con su presencia?

Al principio Diego escribia con bastante frecuencia, y en todas sus cartas prometia volver pronto al lado de su amada; pero como pasaban las semanas y los meses y el jóven no volvia, aumentaban la tristeza y los temores de Amelia. Poco á poco fué creciendo el intervalo entre una y otra carta, hasta que éstas se hicieron muy raras, y cesaron al fin por completo.

(1) Hada que habita las florestas, los lagos y las altas cimas cubiertas de nieve.

Amelia decaia visiblemente. Como la planta que privada de los benéficos rayos del sol pierde cada dia algo de su verdura y lozanía, así la pobre jóven, privada de la vista de su amante y hasta de la esperanza de volver á verle, perdia rápidamente su lozanía y su hermosura.

Chomin de Ocháran veia con profunda pena la creciente languidez y el creciente abatimiento de su hija, y aunque sabia que debia atribuirlo á la ausencia de Diego, creia que la niña acabaria por olvidarle y recobraria la alegria y la salud perdidas. No veia el buen hombre toda la extension de su desdicha.

Pero la madre comprendia que el mal no tenía remedio; sabía que la jóven no podria olvidar jamás al que tanto habia amado; y por otra parte, para colmo de desdichas, habia descubierto señales evidentes de que la infeliz Amelia llevaba en el seno el fruto de sus amores.

La pobre madre no se atrevió á tener una explicacion con su hija, por temor de afligirla y empeorar su estado; y ménos aún osaba comunicar la terrible noticia á su esposo, cuyo carácter irascible conocia.

Por aquel tiempo se recibió en Zaldibar una carta del viejo Mendiola, anunciando el casamiento de su sobrino Diego con una rica y linda señorita de Burdeos.

## VIII.

Era una oscura y triste noche de otoño. Grandes nubarrones cubrian el cielo, soplaba el viento con furia, y los árboles gemian lastimeramente, inclinándose ante el cruel que les azotaba sin piedad para despojarlos de su hermoso ropaje.

Los habitantes de Zaldibar dormian profundamente, como duermen los que se dedican á las rudas faenas del campo; algunos perros, á quienes el viento no dejaba dormir, ladraban sin cesar.

De pronto, un resplandor vivísimo iluminó la aldea, como si la luna hubiese asomado su brillante disco por entre los negros nubarrones; y momentos despues oyéronse gritos de terror y de alarma, y el pueblo todo se puso en movimiento.

La casa de Chomin de Ocháran estaba ardiendo. El viento habia avivado el mal extinguido fuego del hogar que, comunicándose á algunas ropas lavadas y á varios haces de leña puestos allí á secar, tomó en breves instantes proporciones gigantescas. El fuego se extendió al establo, y las vacas y los bueyes encerrados en él lanzaban mugidos de terror.

Los habitantes todos de la aldea hicieron esfuerzos verdaderamente heroicos para apagar el incendio; y seguramente hubieran conseguido dominarlo si no lo hubiera estorbado la impetuosidad del viento, que soplaba incesantemente.

Por fortuna, Chomin y su familia pudieron ser salvados, aunque no sin gran dificultad y peligro.

En cambio, la mayor parte del ganado pereció en las llamas ó sofocado por el humo, y del ajuar sólo pudieron salvarse un viejo armario de roble, una cama de nogal y algunos colchones medio quemados.

## IX.

De la casa de Chomin de Ocháran no quedaban al amanecer más que las paredes. Los escombros amontonados entre ellas seguian ardiendo.

La casa más próxima era la del viejo labrador Uriondo, quien se habiá apresurado á ofrecérsela á los infelices que habian quedado sin hogar; y por eso junto á la puerta de la humilde morada del caritativo anciano se veian los miserables restos del ajuar de Chomin de Ocháran. Tambien éste y su desconsolada familia estaban allí, rodeados de muchos vecinos del pueblo, que se esforzaban por alentarles, dándoles pruebas del más vivo interés.

Chomin, que durante la horrible noche habia dado las mayores muestras de valor y sangre fria, estaba ahora muy abatido; y aunque trataba de disimularlo por no aumentar la afliccion de su familia, todos sus esfuerzos eran vanos. Llenábansele los ojos de lágrimas al contemplar los colchones chamuscados, la cama rota, y el viejo armario, que era todo lo que le quedaba de su hacienda, y al considerar que despues de trabajar afanosamente durante tantos años, habia perdido en una sola noche el fruto de sus sudores, y se encontraba aún más pobre que el primer dia.

Su padre, el viejo José Manuel, sentado en un poyo y con los ojos fijos en las humeantes ruinas, parecia petrificado. No léjos de él, anegada en llanto, estaba la infeliz Luisa, la esposa de Chomin, á quien su hija Amelia trataba en vano de infundir valor, resignacion y esperanza.

Antonchu no cesaba de llorar. El pobre niño, aunque incapaz todavía de comprender el rudo golpe que la fortuna habia descargado sobre su familia, lloraba porque veia á todos tan afligidos. En vano algunas compasivas doncellas de las vecinas caserías le tomaban en brazos, le hacian mimos, le besaban y le decian mil cosas amables; Antonchu apénas callaba un momento.

A medida que avanzaba el dia, iban llegando curiosos de Bérriz, de Mallábia y de los otros pueblos comarcanos; todos traian una moneda, un vestido ú otra ofrenda para los desdichados, á quienes tampoco regateaban palabras de compasion y de consuelo.

Empero una voz discordante vino á mezclarse á aquel concierto de bondadosas frases que demostraban los excelentes sentimientos de los campesinos.

Habia entre los circunstantes una solterona, que á su fealdad y aspereza de carácter debia el no haber tenido jamás un amante, y que por esa razon odiaba á todas las que, por ser más lindas y más amables que ella, eran adoradas de los mancebos, y principalmente á Amelia, que sin disputa era entre

todas la más linda y la más amable. No es, pues, de extrañar que esta envidiosa y despechada criatura no diera socorro alguno á la infeliz familia; pero no contenta con eso, como una amiga suya le motejara su falta de compasion y de generosidad, le contestó en alta voz, sin duda para que oyeran todos los presentes:

—¿Qué necesidad tienen de lo que yo puedo darles? Diego de Mendiola es rico, y aunque es verdad que se ha casado con otra, no dejará de socorrer á su querida y al hijo que ella va á darle pronto.

Estremecióse Chomin al oir el brutal insulto, y miró maquinalmente á su hija, que cubierto el rostro de rubor y con los ojos fijos en el suelo, parecia la estatua de la confusion. Cayósele al pobre padre la venda de los ojos, y se sintió morir al horrible choque de aquella nueva desgracia.

Pero trató de disimular é hizo como que no habia comprendido las palabras de la insolente. Algunos la denostaron con aspereza; pero como el mal ejemplo es tan contagioso, hubo varios que se pusieron á cuchichear, comentando maliciosamente la atrevida exclamacion de la solterona.

Por fin, poco á poco fuese retirando la gente, y Chomin y su familia subieron á la habitacion que se les habia preparado en casa de Uriondo, á descansar de las fatigas de aquella espantosa noche. En la misma habitacion fueron colocados los efectos salvados del incendio.

## X.

El viejo Uriondo y los suyos habian ido á trabajar al campo, quedando solos en la casa Chomin y su familia.

El dolor y la cólera de Chomin de Ocháran, largo tiempo comprimidos, estallaron entónces de un modo terrible. Lanzóse á su hija como un loco furioso, y Dios sabe lo que hu-

biera sucedido á no haberse interpuesto el anciano José Manuel, defendiendo á la jóven con su cuerpo.

Luisa imploraba perdon para su hija, y Antonchu, que ya se habia callado, rompió á llorar de nuevo.

—¡La mataré! ¡La mataré!—decia el irritado padre.

—No, Chomin, no la matarás,—contestó el anciano.—La infeliz es más digna de compasion que de castigo. ¿No te parecen bastantes las desgracias con que Dios se ha servido afligirnos? ¿Por qué deseas acrecentarlas cometiendo un crímen horroroso?

—Os digo que la mataré; sí, la mataré, porque nos ha deshonrado. Todo el mundo se mofa de nosotros, todos nos señalan con el dedo; ya no podré, como otras veces, presentarme ante las gentes con la cabeza erguida. ¡La mataré! ¡La mataré sin compasion!

—Sí, la matarás; pero á tí te matará el verdugo, tu mujer y tu padre morirán de dolor y de vergüenza, y tu hijo, tu inocente hijo, será llamado el hijo del ajusticiado.

Chomin quedó algunos instantes pensativo, y luégo exclamó:

—Pues bien, no la mataré; pero que se quite de mi presencia, que vaya á ocultar su vergüenza léjos de mí, que no la vuelvan á ver mis ojos. ¡Yo la maldigo!

El viejo se cubrió el rostro con las manos; Antonchu, aterrado, cesó de llorar y se refugió al lado de su madre, que se habia desmayado al oir la terrible imprecacion.

Amelia corrió á su madre, y miéntras que el viejo trataba en vano de calmar á Chomin, la hizo volver en sí, y despues fué á postrarse sollozando á los piés de su padre, implorando perdon. Sin embargo, Chomin se mostró inflexible, y aunque el abuelo y la madre unieron sus ruegos á los de la hija, todo fué inútil.

Esta penosa escena se prolongó bastante; pero al fin Amelia comprendió que la resolucion de su padre era inquebrantable, y tomó animosamente su partido.

Abrazó una y diez veces á su madre y á su hermanito, saludó á su padre con profundo respeto, y dijo dirigiéndose al anciano José Manuel:

—¡Adios, querido *aitona!* (1) Cuidad de mi madre y de Antonchu, y pensad algunas veces en vuestra pobre Amelia.

Y dió algunos pasos hácia la puerta.

—¡Qué!—exclamó el anciano con voz trémula de emocion y con los ojos arrasados de lágrimas.—¿Te parece que tu abuelo te dejará partir sola? El viejo tiene todavía sanos los brazos y el corazon entero, y ciertamente no te faltarán su proteccion y amparo miéntras Dios le deje vivir.

Y despidiéndose de todos bruscamente, como si no osara prolongar tan desgarradora escena, siguió á su nieta fuera de la estancia.

Tambien la infeliz madre dió algunos pasos hácia la puerta, pero cayó al suelo sin sentido.

## XI.

El cielo seguia encapotado; pero el viento habia cedido considerablemente, y parecia que el tiempo iba á continuar abonanzándose.

El anciano y la jóven habian tomado el camino de Ermua, último pueblo de Vizcaya por este lado. Pasando por aquella villa, pero sin detenerse en ella, pensaban entrar en Guipúzcoa, donde José Manuel tenía una hija casada con un labrador acomodado.

Caminaban en silencio. Se siente á veces tan profundamente, que hablar es imposible.

A veces la jóven volvia la cabeza y miraba tristemente hácia la aldea; el viejo no se atrevia á hacer lo mismo, por no afligir á su nieta.

(1) Abuelo.

Cuanto más se alejaban, la jóven parecia más triste y ménos animosa; y el abuelo, qué no dejó de notarlo, comprendió que era preciso tratar de infundirle valor y esperanza.

Hacía ya bastante tiempo que habian salido de Zaldibar. El viento continuaba calmándose gradualmente, aumentaba la transparencia de las nubes, y todo indicaba que no tardaria en verse el sol. El anciano y la niña atravesaban un espeso bosque. Aunque el otoño no estaba muy adelantado, veíanse ya en los árboles muchas hojas secas, y su color rojizo ó amarillento contrastaba admirablemente con el verde de diversos matices de las que todavía conservaban la savia. A la sombra de los árboles corria sobre un lecho pedregoso un bullidor arroyo, en cuyas orillas crecian la persicaria, la pirola, la yerba de Santiago y otras flores silvestres. La blanca y dorada matricaria, la vistosa milenrama, la linda flor de brezo de airoso tallo y los verdes helechos adornaban las próximas laderas; la hiedra, enroscada en los troncos cubiertos de musgo de los viejos robles, estaba más lozana y más florida que nunca, cual si á ella fluyera la savia que iba retirándose de las ramas.

—¡Hija mia—dijo el anciano—veo que la tristeza te agobia y que el desaliento se apodera de ti! Si tu padre no ha querido perdonarte, seguramente Dios te ha perdonado; y Él hará que tu padre te perdone un dia, despues que hayas expiado tu falta. No pierdas, pues, el valor; no te dejes abatir por el infortunio. Opon á la desgracia un corazon fuerte y animoso. Y ántes de seguir adelante, arrodillémonos aquí y oremos á Jaungoikoa (1) con todo el fervor de nuestros corazones. En Él encuentran siempre los desgraciados una fuente inagotable de consuelo y esperanza.

El abuelo y la nieta se hincaron de rodillas en el césped, y oraron largo rato en silencio.

---

(1) Dios, ó sea *el Señor bueno de lo alto.*

¿Qué pidieron á Dios los pobres desterrados del hogar? ¿Qué le pidieron arrodillados en el bosque, con la cabeza inclinada sobre el pecho y con los ojos llenos de lágrimas?

¡Oh, cuán sublime es la oracion que brota espontáneamente de un corazon dolorido ó gozoso, y se eleva hasta el trono del Altísimo, implorando misericordia ó en fervorosa accion de gracias! ¡Cuán sublime es la oracion! Está tan léjos del mezquino, rutinario rezo del que repite cien y cien veces maquinalmente, sin comprenderlas ni sentirlas, las palabras que aprendió de memoria, como el sol de la tierra, como el firmamento de las estrellas del inmundo muladar donde se arrastra asqueroso gusano.

Cuando, terminada la oracion, el anciano y la niña se levantaron para continuar su camino, podia verse retratada en sus semblantes la fe, la fortaleza, la esperanza, casi la alegría.

El sol acababa de mostrar su brillante disco por una abertura de las nubes.

## XII.

El anciano Mendiola y su esposa, que, como supondrá el lector, tenian noticia de los amores de Amelia y Diego, habian llamado á éste á Burdeos para alejarle de la jóven, pues no entraba en sus planes casar á su sobrino con una campesina, por bella y virtuosa que fuese.

La vida se le hacía insoportable á Diego léjos de su querida Amelia, y no cesaba de importunar á sus tios para que le permitieran casarse con ella; pero sus súplicas no lograban mover á Teresa ni á su esposo. Por fin les hizo saber que Amelia se hallaba en estado interesante; pero esa revelacion, léjos de producir el efecto que Diego esperaba, hizo que la jóven desmereciera en el concepto de sus tios, y que éstos se opusieran aún más decididamente á aquel matrimonio, aca-

bando por declararle que si se casaba con Amelia le abandonarian por completo, y tendria que volver á Zaldibar y ser labrador como en sus primeros años; al paso que si se casaba con la jóven que ellos le propusieran, seguirian considerándole como hijo, y le instituirian heredero de todos sus bienes.

Entónces cesaron las súplicas de Diego; no porque hubiese perdido toda esperanza de ablandar á sus tios, sino porque le pareció conveniente dejar pasar algun tiempo y esperar que se presentara alguna favorable oportunidad para renovar sus pretensiones.

Pero entre tanto corrian las semanas y los meses, y Diego, para combatir el fastidio y la tristeza que le oprimia, iba reanudando sus antiguas relaciones con las grisetas y las señoritas de trastienda; y como entre ellas habia muy lindas mozas, empezó á no echar tan de ménos á Amelia, y poco á poco la olvidó casi por completo y hasta dejó de escribirle.

El indiano y su mujer no cabian en sí de gozo; pero deseosos de que Diego se olvidara enteramente de Zaldibar y de todos sus moradores, resolvieron interceptar las cartas que la infeliz Amelia seguia escribiéndole, y las que de tiempo en tiempo le dirigia su tio Antonio de Barázar; así es que Diego, que ya no escribia á Amelia, dejó tambien de escribir á su tio. Además, para que la jóven perdiera toda esperanza de verse un dia enlazada á Diego, les pareció conveniente hacer creer en Zaldibar que éste estaba ya casado, y se apresuraron á escribir al bueno de Barázar, diciéndole que su sobrino acababa de contraer matrimonio. Sabian que el honrado labrador no dudaria de su veracidad y que comunicaria la fatal nueva á Amelia ó á su familia el primer dia que le pidieran noticias de Diego.

Ya hemos visto cuán firmemente creian todos en Zaldibar en el casamiento de Diego. ¡Ah! Si Chomin de Ocháran hubiera sabido que éste continuaba soltero, no habria dejado de obligarle, si era posible, á casarse con su hija; pero

creíale casado, y por consiguiente incapacitado para reparar su falta. Quedábale, es verdad, al infeliz padre el recurso de la venganza, y más de una vez habia acariciado la idea de lavar su deshonra en la sangre del seductor; pero se estremecia al pensar qué sería de su mujer y de su hijo si cometia el crímen que meditaba. Preciso era, pues, resignarse.

## XIII.

Agravábanse de dia en dia los achaques del viejo Mendiola, y como no queria morir sin ver ántes casado á su sobrino, decidió ocuparse de ello sin demora; pero apénas habia entrado en negociaciones con un rico amigo suyo, que tenía una hija que, además de ser única, era tambien muy linda, cuando la muerte vino á sorprenderle.

Este rudo golpe afectó de tal modo á Teresa que enfermó gravemente. De ese modo quedaron suspendidas las conferencias para concertar el proyectado enlace de Diego, con gran contentamiento de éste, á quien agradaba muy poco la señorita Aspasia Beauminois.

Por lo demas, en honor de Diego de Mendiola debemos decir que sintió profundamente la muerte de su tio, y que veló por su tia durante la enfermedad de ésta con una solicitud verdaderamente filial.

Por desgracia todos sus cuidados fueron inútiles. Teresa no tardó en ir á reunirse con el esposo á quien tanto habia amado.

## XIV.

El indiano hábia dejado todos sus bienes á su esposa, si bien con la obligacion de entregar á la hermana que tenía en Ermua una suma relativamente pequeña, pero que á aquella pobre mujer debia parecerle una gran fortuna; y Te-

resa, á su vez, despues de haber cumplido tan sagrada manda, instituyó heredero universal de sus bienes á su sobrino Diego, sin imponerle más obligacion que la de no desprenderse nunca de la humilde casería en que ella habia nacido en las inmediaciones de Mauléon, y no percibir jamás renta alguna de los actuales arrendatarios de la misma, ni de los que les sucedieran en el caso de que aquellos la abandonaran voluntariamente, pues de ningun modo ni por ninguna causa debia despedírseles.

Vióse, pues, Diego rico y libre á una edad en que las riquezas y la libertad son igualmente peligrosas, y sin pensar en el porvenir se entregó en cuerpo y alma á los placeres.

¿Cómo contar la historia de esta época de su vida? Amores más ó ménos profundos, más ó ménos fugaces; empresas amorosas, ya felices, ya desgraciadas, cuyo móvil era unas veces el amor, otras el capricho, y otras, no en pequeño número, el deseo sensual solamente; pero en las que, gracias á la sensibilidad del jóven y á su bondad innata, llegaba casi siempre á interesarse el corazon más ó ménos profundamente: interminable serie de aventuras, de placeres, de dolores y de desengaños.

A veces Diego, en los cortos momentos de reposo que le dejaba el torbellino de las desordenadas pasiones que hacian de él su juguete, ó en algunos instantes de amargura, de desaliento, se preguntaba á qué conducia aquella existencia consagrada, no á edificar, sino solamente á amontonar ruinas sobre ruinas. Durante años enteros habia derrochado pródigamente su fortuna, su juventud, su amor, ¿y para qué? Quedábale, es verdad, el recuerdo de algunos dias de sol; pero ¡ay! oscurecido por no pocos nublados y amargado por los remordimientos. A pesar de haber amado tanto se sentia en el más completo aislamiento, sin tener quien le amara como él queria amar, como él deseaba ser amado.

Entónces comprendia que para encontrar la verdadera felicidad era preciso amar á una sola mujer, unirse á ella

con el lazo que sólo la muerte puede desatar, verse renacer en sus hijos, concentrar en la familia, en el hogar, todo el calor del corazon, toda la energía del alma; cifrar en la dicha de la esposa y en el porvenir de los hijos toda la alegría, toda la felicidad, toda la esperanza.

¡Ah! Durante aquellos años de febril agitacion, bastantes ocasiones se le habian presentado de ser feliz si hubiera sabido ó querido aprovecharlas; mujeres habia conocido dignas de ser amadas y capaces de hacerle dichoso; pero desgraciadamente de las unas le habian separado obstáculos insuperables, y habia abandonado á las otras para correr en pos de nuevas aventuras, para dar su amor á quienes estaban muy léjos de merecerlo. Pero entre todas esas mujeres no habia una sola de la que conservara tan vivo recuerdo como de la inocente y hermosa Amelia de Ocháran. Ninguna memoria del pasado le causaba tan hondo pesar, tan profundo dolor, tan acerbo remordimiento como la memoria de sus primeros amores.

Por desgracia estas reflexiones no duraban nunca lo suficiente para hacerle tomar una resolucion firme y saludable y determinar un cambio de vida; muy pronto, impulsado por las pasiones, por su ardiente temperamento, por su amor á lo nuevo, á lo desconocido, volvia á ser presa del vertiginoso torbellino en que se habia agitado durante tanto tiempo, y que tan grandes estragos iba haciendo en su fortuna y en su salud como en su corazon.

## XV.

En uno de esos momentos de meditacion, amargura y desaliento, fué cuando Diego de Mendiola vió por primera vez á Adriana Boisvert.

Su gentileza y elegancia le atrajeron; encantóle su hermoso y alegre rostro, que parecia sonreir siempre; su voz

dulcísima le produjo un estremecimiento delicioso. Muy pronto la amó locamente.

Ella estaba muy léjos de ser una jóven virtuosa, pues habia tenido varios amantes; pero tal vez porque creia que lo que poco cuesta poco vale, resistió bastante tiempo á los halagos de Diego. Por fin cedió, y sin embargo el jóven no encontró junto á ella la felicidad que habia soñado.

Verdad es que Adriana parecia amarle, mas no agradaban á Diego su carácter frívolo y ligero, su vanidad extremada, su desmedido afan de brillar. En ninguna parte respiraba ella tan á su placer como en la atmósfera de los salones; allí estaba ella en su centro, rodeada de galanteadores y escuchando un incesante concierto de cumplimientos, de almibaradas frases, de estudiados conceptos. Era tan coqueta, gustaba tanto de aumentar el número de sus adoradores, de sus esclavos, que para todos, hasta para los más mentecatos pisaverdes, tenía cariñosas sonrisas y frases incitantes; así es que aunque á pesar de todo era fiel á Diego, como éste era muy celoso, sufria tormentos indecibles.

Más de una vez pensó en dejarla; pero la jóven ejercia sobre él una fascinacion tan irresistible, la amaba tanto á pesar de su ligereza, de su coquetería, que jamás pudo decidirse á ello.

## XVI.

En medio de la relajacion de sus costumbres, habia una cosa que Diego conservaba ilesa en el fondo de su corazon, y era el santo amor á la patria. Nunca pensaba sin emocion, sin enternecimiento, en los verdes valles, en los espesos bosques, en las altas montañas del país vasco, y en sus sencillos y honrados moradores. Y como siempre nos agrada que lo que queremos y admiramos sea tambien querido y admirado de aquellos á quienes amamos, Diego, que muchas veces se

habia complacido en pintar á Adriana su país natal, sus sábias leyes y sus antiquísimas costumbres, decidió visitarlo en su compañía, y gustar durante dos ó tres meses del dulce reposo, de la envidiable calma de la vida campestre, en algun apartado villorrio.

El proyecto pareció agradar á Adriana, y Diego no tardó á ponerlo en ejecucion. Sentíase el infeliz ebrio de gozo al ver que su amada estaba dispuesta á abandonar sin pesar y hasta con placer la ciudad en que cien galanteadores le prodigaban tan rendidos homenajes.

Despues de recorrer en varias direcciones el Labourd, el condado de Soule, la baja Navarra y parte del país vasco-español, Diego y Adriana se fijaron en una pequeña villa guipuzcoana, cuya encantadora situacion y bellísimos alrededores habian embelesado al jóven.

No necesitamos advertir que Diego se habia guardado muy bien de pasar por Zaldibar ni por sus inmediaciones, á pesar de los grandes deseos que tenía de volver á ver los lugares en que se habian deslizado los primeros y más felices años de su vida.

## XVII.

Hay hombres que cuando poseen una mujer hermosa no tienen más placer que verla engalanarse, no para ellos sino para el mundo, y conducirla de acá para allá, para que en todas partes se la admire, y para que todos envidien al poseedor de tan preciosa joya. Estos necios no tienen más pasion que la vanidad, pero una vanidad tan estúpida que raya en lo fabuloso: ni saben lo que es amor, ni comprenden el verdadero valor de la belleza. Sus mujeres debieran ser por lo ménos tan feas como ellos son tontos. Los infelices ignoran que la admiracion y los homenajes engendran la vanidad, y que la vanidad conduce á la deshonra; que no es prudente

despertar la codicia, y que el tesoro está más seguro cuanto más encondido. La antropología debiera ocuparse de estos séres extraños; los frenólogos debieran examinar cuidadosamente sus cráneos, seguros de encontrar en ellos alguna deformidad curiosa, alguna protuberancia desconocida hasta el dia. Nuestras particulares observaciones nos han enseñado que los individuos de que vamos tratando se distinguen por una excesiva dureza de mollera; pero no hemos llevado más adelante tan curioso estudio, que de nuevo recomendamos á nuestros craneólogos y á los craneólogos extranjeros.

Diego no era un mentecato de esa especie, y por esa razon estaba más contento que en la ciudad en su rústico retiro de Guipúzcoa. No necesitaba que otros admiraran á Adriana, pues podia él admirarla á sus anchas; nadie venía á turbar sus amorosos pensamientos, sus sabrosas pláticas y sus deliciosos paseos. Además Diego amaba la naturaleza, y los alrededores le ofrecian los sitios más agrestes y pintorescos, los más risueños paisajes, los más grandiosos panoramas.

Desgraciadamente Adriana no amaba la tranquilidad de la vida del campo, ni las excursiones, ni la ascension á los picos elevados. El más bello paisaje no la embelesaba tanto como un chal de la India, un encaje de Malinas, ó unos pendientes de París. La jóven se aburria en la aldea, y no trataba de disimularlo. Pero á pesar del fastidio que casi nunca la abandonaba y que hacia de ella una compañera poco agradable, á pesar de sus rebatos de mal humor, era á veces tan amable, tan cariñosa, que Diego se lo perdonaba todo. Mas no por eso era feliz. La mujer que ha de hacernos dichoso ha de tener nuestros mismos gustos, nuestras mismas inclinaciones; ha de amar lo que amamos, ha de sentir y pensar como sentimos y pensamos nosotros mismos.

## XVIII.

El tiempo pasaba, Diego no daba señales de volver á Burdeos, y como consecuencia de esto el aburrimiento de Adriana iba en aumento, y sus accesos de mal humor eran cada vez más frecuentes y más acentuados.

Hacía algunas semanas que Diego tenía proyectada una correría que debia durar siete ú ocho dias; pero iba retardándola poco á poco, porque no perdia la esperanza de que al fin Adriana, que en un principio se habia negado á ir con él, acabara por ceder á sus ruegos y se decidiera á acompañarle. Pero como la jóven persistia en su negativa pretextando las fatigas de una excursion tan larga y penosa, y como Diego no queria dejar de hacerla, hubo de decidirse á partir solo.

La despedida de los amantes fué muy afectuosa; el que hubiera presenciado los extremos que hizo Adriana en aquella ocasion, habria creido que en efecto amaba tiernamente á Diego y que la afligia el que éste se ausentara aunque fuera por tan pocos dias.

Partió, pues, Diego prometiendo á su querida apresurar su regreso cuanto le fuera posible; y en efecto, aunque para llevar á cabo con alguna comodidad la excursion proyectada se necesitaba por lo ménos una semana, el jóven estaba ya de vuelta al finalizar el quinto dia.

Pero el infeliz encontró la jaula vacía. El pájaro habia volado; Adriana había vuelto á Burdeos.

En su habitacion encontró Diego una carta en la que la jóven le decia que la vida del campo la aburria; que si permanecia allí por más tiempo sería víctima del fastidio y de la melancolía; que aunque le amaba tiernamente se veia obligada á separarse de él, pues no podian ser felices siendo como eran sus gustos enteramente opuestos; que tornaba á Burdeos, pero que jamás le olvidaria.

Difícil sería pintar la sorpresa, el dolor y la cólera que sintió Diego al leer aquel malhadado billete. Leyólo una, dos y tres veces, como si no creyera á sus ojos; lo estrujó luégo entre sus crispados dedos, lo rasgó hasta hacerlo trizas, y lo arrojó por la ventana.

Aquel billete probaba que Diego habia sido necio en creer en el amor de Adriana; pues ésta no le amaba ni le habia amado jamás.

El jóven quedó algunos momentos sumido en honda y penosa meditacion; luégo, como su cabeza ardia y como su agitacion y desasosiego no le permitian reposar, se paseó largo rato en su habitacion, y despues salió al campo y vagó de un lado á otro á la ventura.

## XIX.

Más de dos horas hacia que Diego caminaba sin rumbo determinado, y entretanto la noche habia cerrado por completo. Densos nubarrones habian ido poco á poco invadiendo el cielo, y la oscuridad era ya tal que el jóven no distinguia los objetos á dos pasos de distancia; así es que aunque andaba con gran lentitud y precaucion, tropezaba á menudo y á cada punto estaba á pique de rodar por el monte ó despeñarse en algun abismo. Como apénas veia la estrecha senda casi enteramente cubierta de hierba, muchas veces se separaba de ella, costándole luégo gran trabajo volver á encontrarla. Entónces Diego, á quien la oscuridad y los tropiezos del camino habian despertado de su profunda abstraccion, pensó en volver á su casa; pero por desgracia no sabía en qué direccion debia caminar, pues no conocia el lugar en que se hallaba, y era de todo punto imposible orientarse en una noche tan oscura.

No le quedó, pues, otro recurso que no apartarse de la estrecha senda, que indudablemente debia conducir á alguna

habitacion; pero despues de haberla perdido y encontrado varias veces, perdióla definitivamente y fueron inútiles todos sus esfuerzos para volver á dar con ella. Esperaba, sin embargo, Diego que caminando á la ventura no tardaria en encontrar alguna aldea ó alguna solitaria casería donde pasar la noche.

El jóven pensaba partir para Burdeos el dia siguiente al amanecer, para entregarse de nuevo allí á la vida de disipacion y de libertinaje de que se habia apartado por amor á Adriana.

El país que tanto amaba, la pintoresca Guipúzcoa que tan hermosa y alegre le pareciera ántes, parecíale sin Adriana un triste desierto. ¿Cómo podria recorrer de nuevo los sitios en que habia sido tan feliz, y que le eran odiosos desde que sabia que el amor de Adriana era fingido, y falsas sus caricias y sus palabras?

Era imposible quedarse. Volveria á Burdeos, y ahogaria su dolor sumergiéndose de nuevo en un mar de aventuras. La quietud de los campos es para los hombres felices, ó para los que se dejan vencer por el dolor y la melancolía.

Él no queria dejarse abatir por el dolor; él queria sacudir la melancolía que le agobiaba, no pensar jamás en la ingrata que le habia engañado, buscar en los placeres del mundo el olvido de sus penas.

Cuando Adriana le viera regresar á Burdeos, creeria sin duda que iba á buscarla, que no podia vivir sin ella; pero pronto se convenceria de lo contrario.

Rico, jóven y hermoso, seguramente no le faltarian queridas tan bellas como Adriana, y sería con ellas tan generoso, tan pródigo, las engalanaria de tal modo, que Adriana, que amaba tanto el lujo, no podria ménos de rabiar de envidia.

Pero no volveria á amar á mujer alguna. Como Adriana le habia engañado, así engañaria tambien él á todas las mujeres con quienes tropezase en su camino.

En adelante lo mismo se burlaria de la más cándida vírgen

que de la más infame cortesana. Sabria fingir amor para de ese modo lograr inspirarlo, y se mofaria luégo de la infeliz víctima, contestando con sardónica risa á sus dulces palabras, y rechazando bruscamente sus tiernas caricias.

La mentira, la seduccion, el perjurio, serian en adelante la norma de sus acciones.

El amor no proporciona más que angustias, dolores y desengaños. El único placer verdadero está en los goces materiales.

Por eso queria olvidar hasta el nombre del amor, por eso queria pasar el resto de su vida en medio de espléndidos festines, rodeado de mujeres hermosísimas, sumergido en lúbricos placeres.

Así discurria Diego. Y al pensar en las hermosas mujeres de orillas del Garona, en las delicias que le aguardaban en sus brazos, un extraño frenesí se apoderó de él, y aceleró el paso como si fuera en seguimiento de una vision fascinadora.

Entretanto la oscuridad habia disminuido considerablemente; las nubes se habian separado en muchas partes descubriendo el azul firmamento y las brillantes estrellas. Empezaba á percibirse hácia Oriente el resplandor que precede á la salida de la luna.

Diego podia, pues, ver el lugar en que se hallaba y los objetos que le rodeaban.

Atravesaba un frondoso bosque de corpulentos robles y gigantescas hayas, bosque vastísimo cuyo fin no se alcanzaba á ver por ningun lado. El terreno, ligeramente ondulado, descendia algun tanto hácia el Este, y hácia el Este dirigió Diego sus pasos, esperando hallar en el valle algunas habitaciones.

La calma era completa. Hasta las hojas de las ramas más elevadas permanecian inmóviles, y sin embargo, habia en el aire un no sé qué que causaba inquietud y malestar, un no sé qué que presagiaba una inminente y espantosa borrasca.

## XX.

De pronto se sintió, sin oirlo apénas, un tímido soplo de viento, que fué seguido de otro algo más vigoroso. Diego experimentó un inexplicable estremecimiento.

Hubo entónces un instante de calma, y luégo, de repente, una furiosa ráfaga de aire recorrió, bramando horriblemente, todo el ámbito de la selva; gimieron las ramas, y cimbráronse como débiles cañas los corpulentos troncos de las hayas.

Aquella soberbia ráfaga no fué, sin embargo, más que el preludio del huracan más espantoso que imaginarse puede.

No parecia sino que los vientos todos habian roto sus cadenas, y que escogiendo la frondosa selva para teatro de sus esfuerzos, trataban de sobrepujarse en violencia.

A su invencible embate tronchábanse las ramas más lozanas y los troncos más vigorosos; los más flexibles se salvaban de un fin seguro inclinándose humildemente, como se inclina la mies azotada por el vendaval.

Al encontrarse los vientos redoblaba la furia de sus formidables rugidos, y arremolinándose formaban irresistible torbellino, que desarraigaba las hayas más gigantescas y los más añosos robles, los que al caer destrozaban los árboles vecinos.

Diego estaba aterrorizado. Veia desgajarse las más fuertes ramas, encorvarse los mayores árboles, caer en torno suyo los más robustos troncos, y no dudaba ya de que alguno le aplastaria en su caida. El jóven creia llegado el último dia de su vida. El viento le habia derribado en tierra varias veces; y magullado, jadeante, apénas tenía ya fuerzas para andar.

Entónces se acordó del *basojaun*, del genio de las selvas que, cuando ruge el huracan, sale de la oscura caverna cuya entrada cierran la madreselva silvestre, los helechos y las zarzas, y recorre el bosque en todas direcciones sem-

brando el terror por do quiera que pasa. Esperaba verle á cada instante.

De pronto oyó Diego ruido de pasos á sus espaldas y volvió la cabeza para ver quién era el que se acercaba.

Un horrible temblor recorrió todo su sér.

El que se acercaba no era un caminante extraviado como él en la selva, y cuya compañía le hubiera sido muy grata en aquellos angustiosos momentos: el que se acercaba era el basojaun; el temible, el espantoso basojaun.

Su estatura era colosal y sus formas verdaderamente hercúleas; su cuerpo estaba cubierto de largo y lácio vello de color rojizo; sus enmarañados cabellos descendian hasta la mitad de las espaldas; su larguísima barba, su encrespado bigote, su desaforada nariz y sus saltones ojos daban á su feísimo rostro una expresion salvaje y terrorífica. El gigante llevaba en la mano un nudoso baston, pero caminaba rápidamente sin apoyarse en él.

¡Cuántas veces Diego, al hablar en sus cuentos del basojaun, se habia reido interiormente de la credulidad de sus sencillos oyentes, que creian firmemente en la existencia de aquel sér misterioso y terrible! Y sin embargo, el basojaun no era una creacion fantástica de alguna imaginacion enferma; el basojaun estaba allí, á pocos pasos de él, y no tardaría en alcanzarle.

Esta horrible idea aumentó el terror de Diego, y aunque estaba agobiado de fatiga, redobló el paso para huir del monstruo que le perseguia.

Pero todo fué en vano; cada paso del gigante equivalia á dos ó tres pasos del jóven; así es que le alcanzó muy pronto.

Entónces el basojaun se colocó al lado de Diego y acortó el paso, como si ya no quisiera separarse de él. El jóven, mudo de terror, no apartaba los asombrados ojos del horrendo semblante del basojaun.

El gigante sólo miraba á Diego raras veces, y siempre de

soslayo; pero cada mirada le helaba la sangre en las venas, y le hacía tambalearse de espanto.

Un sordo é incesante rugido brotaba del pecho del basojaun, y de tiempo en tiempo un viento tan potente, tan soberbio y tan ensordecedor como los que estaban haciendo tantos estragos, salia de su desmesurada boca, y derribaba como endebles cañas de maíz las gigantes hayas y los seculares robles que se oponian á su paso, abriendo en la selva corredores larguísimos.

¿Quién podria pintar la horrible tortura del jóven? Lo que aumentaba su sufrimiento era el pensar que lo que le pasaba no era mera casualidad, sino castigo de la Providencia. ¿Por ventura no estaba llena hasta el borde la copa de la iniquidad?

¡Cuántas pobres jóvenes seducidas y abandonadas! ¡Cuántos años, los mejores de su vida, empleados en revolcarse en el cieno; en buscar falsos y efímeros goces, alejándose más y más de la verdadera dicha!

El atribulado Diego elevó del fondo de su corazon al excelso Jaungoikoa una ardiente plegaria pidiéndole misericordia y perdon.

El Muy Alto no desoyó la oracion del jóven, pues en el mismo instante se ofrecieron á sus ojos dos pequeñas y peladas colinas, entre las que se extendia una estrecha hendidura, á manera de zanja, que ofrecia seguro abrigo contra el viento, y en la que no se corria el riesgo de ser aplastado por los corpulentos árboles que en la selva venian incesantemente al suelo.

Allí se refugió de un salto Diego, no sin gran temor de que le siguiera su espantable compañero el basojaun.

Afortunadamente el gigante no le siguió á la zanja. Despues de algunos momentos de vacilacion, empezó á correr de un lado á otro como un loco, pero sin alejarse de aquel sitio y sin perder de vista al jóven.

El huracan no cejaba.

## XXI.

La hendidura del terreno, en la que Diego se habia refugiado, se extendia de Este á Oeste entre las dos pequeñas colinas; así es que, si miraba hácia el Norte ó hácia el Sur, el jóven no veia más que las laderas de esas colinas. En cambio, al Oeste tenía la frondosa selva en la que el basojaun continuaba corriendo y haciendo las más singulares extravagancias; y hácia Oriente ofrecíase á sus ojos un dilatado horizonte, pues aunque la selva era por lo ménos tan espesa como por el otro lado, el terreno descendia rápidamente, formando un ancho y profundo valle limitado á lo léjos por una alta montaña, por detrás de cuya cumbre iba á aparecer bien pronto la luna.

Pero lo que sobre todo llamó la atencion de Diego, por la semejanza que tenía con la barriada de Zalduegui en Zaldibar, fué la aldeita que se veia al pié del monte y coronando un cerro, aldeita formada de veinte ó treinta casas apiñadas en torno de una iglesia de alta torre.

Esta circunstancia hizo que el jóven se pusiera á pensar en su pueblo natal.

¡Cuán profundamente lo habia olvidado!

Y sin embargo, sólo allí habia sido verdaderamente feliz. En ninguna parte habia hallado corazones tan bondadosos; en ninguna parte le habian amado tan desinteresadamente.

¡Cómo se reprochaba su ingratitud! ¿Qué pensarian de él Antonio de Barázar, que le habia amparado en su orfandad, y Amelia de Ocháran, que le habia amado tan tiernamente, y á quien tantas veces habia jurado amor eterno?

¡Amelia! ¡Pobre niña! La habia seducido, la habia hecho madre, y despues, no sólo la habia olvidado, sino que hasta habia olvidado sus deberes para con el inocente fruto de su amor. ¿Vivia éste? ¿Era niño ó niña? ¿Vivia su infeliz ma-

dre, ó habia sucumbido al darlo á luz? Nada sabia Diego; de nada se habia informado. Arrastrado por el torbellino de los placeres sensuales, habíase olvidado completamente de la pobre azucena de Zaldibar; de la pobre azucena que habia marchitado con su aliento y hollado con sus piés, despues de libar con torpe lengua el delectable licor que encerraba en su cáliz.

¡Qué proceder tan inicuo! Habia obrado como el más vil de los hombres, y ciertamente no era digno de perdon.

Tal vez algun otro hombre habia amado á Amelia y la habia hecho su esposa; ¿pero podia ella ya ser enteramente feliz? ¿Su marido sería tan generoso que no le reprochara nunca su falta? Y el solo recuerdo de ésta, ¿no bastaba para acibarar la existencia de la jóven?

¡Qué horror le causaria el recuerdo del infame autor de su desgracia! ¡Cuántas veces le habria maldecido! Y si vivia su hijo, si vivia el fruto de su desgraciado amor y le habia enseñado el nombre de su padre, seguramente no se lo habria enseñado para bendecirlo, sino para execrarlo.

Diego estaba hondamente apenado, hondamente arrepentido. ¡Qué infame habia sido! ¡Qué infame y qué necio al mismo tiempo! Por Amelia debiera haberlo dejado todo, puesto que á su lado hubiera sido feliz. Si era preciso, por ella debiera haber renunciado á las riquezas de su tio, porque ¿qué valen las riquezas sin la felicidad? ¿Para qué quiere riquezas el que es feliz?

¡Oh! Estaba firmemente resuelto á reparar su falta si aún era tiempo para ello. Si Amelia se habia casado la colmaria de beneficios y colmaria de beneficios á todos los suyos, pero de modo que no les fuera dado averiguar, ni sospechar siquiera, quién era el bienhechor. Si permanecia soltera iria á arrojarse á sus piés, le pediria perdon, y si lo obtenia le ofreceria su mano y la consagraria el resto de su vida.

Estaba seguro de obtener el perdon de Amelia. ¡Era tan buena, tan compasiva, tan generosa!

Seis años y algunos meses habian trascurrido desde la do-

lorosa entrevista que tuvo con ella en Zaldibar la víspera de su partida para Francia.

¡Ah! No eran vanos los presentimientos de Amelia en aquella ocasion; no fué engañosa la vision que turbó su sueño.

Para infundir valor á la pobre niña, Diego le habia dicho que el fantasma de Santa Marina era la maitagarri, la hada benéfica que habita en las espesas florestas, la hada que vela por los amantes finos y persigue con encarnizamiento á los que quebrantan la fe jurada.

Para mostrar á Amelia la sinceridad de sus palabras y la intensidad de su pasion, Diego habia jurado amarla siempre, y con singular vehemencia habia expresado el deseo de ser horriblemente castigado si no cumplia su juramento.

«Si fuera capaz de olvidarte,—habia dicho,—quiero no volver á ver jamás el esplendente rostro de la maitagarri; quiero que la benigna hada de la selva castigue con horribles dolores, con tormentos indecibles, mi ingratitud y mi perjurio.»

¿Habia oido sus palabras la hermosa ninfa de los bosques? ¿Era ella la que en castigo de su perjurio le habia enviado tantas amarguras, tantos dolores, tantos desengaños?

Y si era ella la que con tanto encarnizamiento le perseguia ¿no se aplacaria su enojo al verle sinceramente arrepentido? ¿no le mostraria su radiante faz, nuncio de esperanza? ¿no le otorgaria al fin, despues de tantas borrascas, la paz y la felicidad?

## XXII.

Las reflexiones de Diego fueron interrumpidas por el basojaun, quien cansado ya sin duda de correr y de hacer extravagancias, se dirigió de pronto con ademan amenazador al lugar donde estaba el jóven. Este se creyó perdido.

Pero en el mismo instante un resplandor vivísimo inundó

el profundo valle y la frondosa selva; el basojaun se estremeció, y llevando las manos á los ojos como deslumbrado, lanzó un espantoso bramido y huyó con la rapidez del relámpago, derribando á su paso con su potente soplo los más añosos robles y las más derechas y robustas hayas. Muy pronto desapareció á lo léjos, dejándose de oir al mismo tiempo el ensordecedor y potente soplo que salia de su desmesurada boca.

El huracan habia cesado.

## XXIII.

Diego volvió los ojos hácia la cumbre del monte, que era de donde venía la vivísima luz que habia ahuyentado al basojaun, y una exclamacion de sorpresa y asombro se escapó de sus labios.

De pié en lo más alto de la soberbia montaña, veíase, en una actitud llena de gracia y majestad, una mujer de elevada estatura, de hermosísimo y sonriente rostro, de largos y dorados cabellos, de dulce y penetrante mirada. Una corona de lozana hiedra ceñia su frente; veíase su bellísimo cuerpo á través de fino y flotante cendal tan trasparente como las aguas del más límpido arroyo; sus lindos piececitos estaban encerrados en primorosas chinelas de musgo; en la mano derecha tenía un fresco ramo de tojos y hepáticas, heliotropos y amapolas; y extendia la derecha hácia Diego en ademan protector. De los grandes ojos azules de la hada, de su admirable rostro, de su cuerpo todo, salian los torrentes de luz que inundaban el monte, el valle y la frondosa selva.

A pesar de la inmensa distancia que los separaba, Diego veia la maravillosa aparicion tan distintamente como si la tuviera á pocos pasos. Y luégo, cuando aquella mujer hermosísima empezó á hablar, el jóven oía sus palabras tan clara y distintamente como si las pronunciara en sus mismos oidos.

## XXIV.

—Yo soy la maitagarri de Santa Marina de Zaldua,—dijo la ninfa con voz dulcísima;—tengo mi morada en lo más espeso del bosque, á la orilla de un límpido arroyo, y desde allí velo solícita por los habitantes de la aldea. Yo hago nacer el amor en el corazon de los mozos y de las doncellas; yo protejo á los amantes fieles, y persigo incesantemente á los que faltan á sus juramentos.

»El divino Ariel (1) llenó la tierra euskara de séres benéficos que protegieran á sus habitantes y contribuyeran á su felicicidad.

»Él puso en el hogar de sus hijos predilectos la hermosísima *benzoia*, la diosa de la paz, del amor y de la felicidad, para que derramara en torno suyo sus inestimables dones; en las peladas cumbres, en las profundas barrancas, en los áridos desiertos, la bondadosa *sorguiña*, para que socorriera al viajero extraviado y restaurara sus fuerzas con portentosos brebajes; en los espesos bosques el gigantesco *basojaun*, para defender al leñador y al carbonero de los hambrientos lobos y de los temibles osos que los pueblan; en el proceloso mar la encantadora *lamia*, para avisar á los pescadores y navegantes de la proximidad de las borrascas, y para conducir á los pobres náufragos á la playa sobre sus nacarados hombros; en los azules lagos, en las verdes florestas, en las selvas umbrosas, la reina de las hadas, la vaporosa *maitagarri*, para hacer germinar el amor en los corazones más duros, para recompensar la fidelidad, y castigar el perjurio de los amantes.

»Pero de todos esos séres, sólo la hermosa benzoia no ol-

(1) Genio tutelar de los vascos.

vidó jamás el fin para que fué creada; sólo ella ha cumplido fielmente la benéfica mision que el divino Ariel le impusiera. La sorguiña atrajo al incauto viajero á los tristes lugares donde mora, enfermóle con maleficios, y trastornó su razon con detestables jaropes; el basojaun hizo pacto con los vientos, para destruir los árboles seculares orgullo de los bosques, y para aterrorizar á los hombres; la hermosa lamia, cuando la tempestad era inminente, dejó oir sus más melodiosos cantos para distraer á los marinos é inspirarles confianza, y luégo contempló con cruel sonrisa cómo los infelices se estrellaban contra las rocas; la maitagarri ardió en impuro fuego por los más gallardos mancebos, robó el amante á la amada, condújole á la umbrosa glorieta del bosque ó á la espléndida gruta del fondo del lago, y túvole allí oculto, entregándose con él á los placeres sensuales que enervan el cuerpo, enfrian el corazon y oscurecen la inteligencia, y luégo, cuando el infeliz no era ya ni sombra de lo que habia sido, le puso en libertad para tomar otro amante que estuviera en toda la lozanía, en toda la hermosura de la juventud. Los nobles hijos de Aitor (1) no sólo tuvieron que luchar con los elementos y con las calamidades inherentes á la humana naturaleza, sino tambien con esos espíritus depravados que el divino Ariel debia aniquilar en castigo de su rebeldía.

»Afortunadamente no todas las maitagarris olvidaron su hermosa mision; no todas se rebelaron contra el poderoso y benéfico sér á quien debian la existencia. Yo soy una de las que, fieles al divino Ariel, son la providencia de los amantes finos, y el azote de los que obran con falsía.

»Tengo mi morada en el umbroso bosque de Santa Marina, y están encomendados á mi cuidado los mancebos y las doncellas de Zaldibar y Berriz.

«Durante el dia permanezco casi constantemente encer-

(1) El Gran Patriarca, el padre de la raza indo-atlántica.

rada en mi agreste retiro; pero así que llega la noche, salgo á recorrer el florido valle, las verdes colinas y los montes elevados; penetro en las moradas de los campesinos, y pongo en el corazon de los dormidos mancebos y doncellas el inestimable gérmen del amor.

»De ese modo hice que amaras á Amelia de Ocháran, y que Amelia de Ocháran te amara. Queriendo hacer la felicidad de la jóven, sólo conseguí labrar su desventura.

»Yo envié á tu amada, la víspera del dia en que debias ausentarte de Zaldibar, la tormentosa vision que la afligió tan profundamente.

»Yo esperaba que al verla tan triste, tan temerosa del porvenir, no serías tan cruel que te alejaras de su lado; pero me equivoqué. Ningun poder tuvieron sobre ti los suspiros y las lágrimas de la infeliz jóven. ¡Ah! No son tan duras las rocas de Amboto, que se ablandan y quiebran á las lágrimas del cielo y á los suspiros de los vientos, como el corazon del hombre egoista é ingrato.

»Te alejaste del país natal dejando á tu amada sumida en llanto, y lo que es mil veces peor, la olvidaste ántes de mucho tiempo, dando entrada en tu corazon á otros amores.

»Entónces me propuse vengar á la infeliz jóven olvidada, labrándote un porvenir tristísimo. ¿No querias que la maitagarri te castigara si quebrantabas tus juramentos? Pues la maitagarri iba á castigarte, y á castigarte horriblemente.

»Ella te lanzó en una vida de disipacion, de locura, de torpes placeres, que debia en poco tiempo minar tu salud y destruir tu fortuna; así es que ántes de llegar á la edad viril ibas á verte pobre, enfermo, perdida la hermosura, la lozanía y la fuerza de la juventud; despreciado de todos, avergonzado de tu pasada vida, y sin consuelo en el presente ni esperanza en el porvenir.

»Tu arrepentimiento, aunque tardío, te ha librado de la horrorosa existencia que te aguardaba.

»Esta noche estaba yo bañándome á la luz de las estrellas

en uno de los frescos riachuelos que riegan la florida vega de Berriz, en el argentado Cengoitia, cuando ví llegar, montada en un gamo más ligero que el viento, á una de las ninfas que me sirven, y á quien he confiado la mision de seguirte á todas partes y tenerme al corriente de todo cuanto te suceda.

»Venía á decirme que el huracan y el basojaun se habian unido contra ti, y que si yo no iba en tu ayuda perecerias irremediablemente, escapando de ese modo á mi venganza.

»No habia un momento que perder.

»Por fortuna gozo el privilegio de poder salvar instantáneamente las mayores distancias; así es que al momento me trasladé aquí, y pude ver tu terror, tu desesperacion, tu agonía; te ví horrorizado, jadeante, correr por la selva como un loco al lado del espantoso basojaun, miéntras que el huracau rugía, derribando en torno vuestro los más robustos y gigantescos árboles.

»Sufrias tanto, lo que te pasaba era tan horroroso, que á pesar de tu crímen me inspiraste compasion; por eso ví con placer que te refugiabas en una hendidura del terreno, y que ya no habia necesidad de mi intervencion para librarte de una muerte segura.

»Entónces te has acordado de tu pueblo natal y de la infeliz Amelia; entónces el arrepentimiento ha penetrado en tu alma; entónces has pensado en la maitagarri y has implorado su perdon.

»Y la maitagarri, que es compasiva y generosa, no ha permitido que el basojaun se llegue á ti, porque te hubiera conducido al oscuro antro que le sirve de morada, y hubieses tenido que servirle de esclavo, de perro, durante el resto de tu vida.

»Cuando el horrible monstruo de los bosques se dirigia hácia ti lanzando espumarajos de rabia; la maitagarri ha arrojado el tupido velo que la envolvia, ocultándola á vuestros ojos, y el resplandor vivísimo que irradia su cuerpo ha hecho huir al gigante y enmudecer al huracan.

»¡Ay de ti si olvidas el inmenso beneficio que debes á la maitagarri! ¡Ay de ti si no perseveras en tu arrepentimiento! ¡Ay de ti si no te apresuras á reparar tu falta! La venganza de la maitagarri te perseguirá hasta el sepulcro.

»Aún puedes ser feliz. Aún puedes ser feliz si logras que Amelia te perdone y te devuelva su amor.

»Lo que Amelia no podrá devolverte son tantos años de tu juventud malgastados en locas aventuras y torpes placeres; tantos años durante los cuales podias haber gozado en su dulce compañía las inefables alegrías del hogar.

»¡Qué necio es el hombre que encuentra la felicidad en su camino, y huye de ella ó la deja deslizarse de sus manos! ¡Qué necio es el que encuentra una mujer amante y digna de ser amada, una mujer capaz de hacerle feliz, y la abandona por estúpidas razones de conveniencia, de rango, de fortuna, ú otras semejantes! Todo debe sacrificarse á la felicidad; todo ménos el deber y el honor.

»No se la encuentra todos los dias, y el que una vez la despreció puede no volver á encontrarla jamás. Aunque tarde, comprenderá su insensatez; y el pesar amargará su existencia, y hará más insufrible la triste soledad de su alma.

»¡Dichoso tú que aún puedes remediar tu falta y ser feliz! Amelia de Ocháran languidece léjos de ti; pero el amor la reanimará. El amor volverá la alegría á su corazon; el amor hará que sus pálidas mejillas recobren el suave sonrosado de otros tiempos. Del mismo modo la opaca nubecilla se tiñe de púrpura á la vista del astro del dia.»

## XXV.

Así habló la maitagarri.

Diego cayó de rodillas. Jamás su falta le habia parecido tan enorme; jamás la vergüenza y el remordimiento torturaron tanto su corazon. Afortunadamente, el recuerdo de la

infeliz Amelia y la generosidad de la maitagarri le enternecieron, y las lágrimas brotaron de sus ojos. ¡El llanto es á veces tan necesario!

El jóven, con el rostro oculto entre las manos, sollozaba amargamente; y poco á poco íbase calmando el tumultuoso mar de su corazon.

Por fin alzó los ojos y miró á la cumbre del monte, deseoso de volver á ver la seductora faz de la ninfa.

Pero ésta habia desaparecido.

En cambio la luna llena iba elevándose lentamente, y mostraba su redondo y anchuroso rostro por entre dos espesos nubarrones.

## XXVI.

La aldea estaba léjos y Diego se sentia muy fatigado; y como por otra parte la temperatura era agradable y delicioso el ambiente que en la selva se respiraba, el jóven determinó pasar en ella el resto de la noche.

Tendióse, pues, sobre la verde hierba, con la cabeza apoyada en uno de los troncos derribados por el huracan, y no tardó en quedarse dormido.

## XXVII.

Para cuando despertó Diego ya el sol habia salido, disipando las nieblas y alegrando con su espléndida luz el alto monte, el valle profundo y la frondosa selva. Sólo algunas plateadas nubes encubrian una pequeña parte de la bóveda azul. Los pájaros cantaban alborozados.

Diego llevó la mano á la frente, como si le causara trabajo coordinar los recuerdos de aquella horrorosa noche. Veía pasar ante sus ojos, girando en rápido torbellino, á la ingrata Adriana, al espantoso basojaun, á la resplandeciente maita-

garri; y atormentábale un fuerte zumbido de oidos, semejante al eco del huracan que habia rugido algunas horas ántes.

¿Habia soñado? ¿O habia visto realmente á la hermosa ninfa y al horrible gigante? ¿Era verdad que en las frondosas selvas, en los límpidos arroyos, en las argentadas lagunas, en las profundas barrancas, y en las oscuras cavernas, moraban esos séres maravillosos? Hasta entónces habia creido firmemente que sólo existian en la imaginacion de las gentes crédulas y supersticiosas.

Pero sin duda habia soñado. No podia ser de otro modo. Sólo en sueños habia visto al basojaun y á la maitagarri. ¡Y sin embargo, parecía que todavía resonaban en sus oidos los dulces acentos de la ninfa de los bosques!

Sólo una cosa era indudable: Adriana se habia marchado; él, no dejándole reposar el dolor y la cólera, habia vagado por el campo á la ventura, habíase extraviado gracias á su profunda abstraccion y á la oscuridad de la noche, le habia sorprendido el huracan, y luégo, rendido de fatiga, se habia dormido en la selva.

Al despertar habia creido Diego que el huracan mismo no habia sido más que un sueño, una pesadilla espantosa; pero los troncos caidos y los árboles mutilados que veia por todas partes le mostraron que se engañaba.

El jóven se habia salvado milagrosamente de una muerte horrorosa. ¿Qué le importaba á él que hubiera ó no en el bosque ninfas y genios amigos ó enemigos de los hombres? ¿No estaba sobre todos los hombres y sobre todos los espíritus el Gran Espíritu, el excelso Jaungoikoa, el Dios omnipotente que desde las edades más remotas adoran los hijos de Aitor? ¿Y el excelso Jaungoikoa, no le habia librado de una muerte horrible? ¿No habia hecho brotar en su alma el arrepentimiento? ¿No le habia devuelto la esperanza, que consideraba para siempre perdida, de ser feliz sobre la tierra?

Diegó inclinó la cabeza, y adoró al Señor potente y misericordioso.

## XXVIII.

¡Qué mejor templo que la risueña llanura, el alto monte ó el bosque secular! ¡Qué mejores columnas que los derechos troncos de las viejas hayas, y qué techo más hermoso que la bóveda de zafir que ellas sustentan! ¡Qué lámpara más brillante que el sol! ¡Qué banderas y qué colgaduras mejores que los festones de sedoso musgo, lozana hiedra y verdes helechos! ¡Qué pinturas más hermosas que los paisajes que por todas parte se descubren! ¡Qué mejor alfombra que la verde hierba! ¡Qué incienso más odorífero que el perfume de las flores! ¡Qué música más deliciosa que el soplo de la brisa, el murmurio de los arroyos y de las hojas, el canto de los pájaros, y los mil rumores de la naturaleza! ¡Y qué mejor libro, qué mejor ara, qué mejor sacrificio que un corazon contrito y humillado!

## XXIX.

Diego se encaminó á la aldea.

Aunque es verdad que nunca comen ni beben los personajes que figuran en la mayor parte de las novelas y leyendas que se escriben en el dia, lo cierto es que el jóven sentia grandísimo apetito y deseaba satisfacerlo cuanto ántes. No es, pues, extraño que acelerara el paso.

Habia salido de la selva y estaba ya muy cerca de la aldea, cuando apercibió á un hombre cavando en una heredad. Dirigióse hácia aquel lado con ánimo de hablar con el labriego, y averiguar cómo se llamaba el lugar y si habia en él algun meson.

¡Cuál fué su sorpresa al reconocer en el trabajador al abuelo de Amelia, al anciano José Manuel! Su enjuto y arrugado

rostro tenía una expresion de tristeza infinita. Por debajo del pañuelo que cubria su cabeza asomaban algunos mechones de pelo blanco como la nieve. Estaba muy encorvado por la edad, y levantaba trabajosamente la azada que tenía en la mano. Tenía que detenerse y descansar con frecuencia. Era penoso, muy penoso, ver trabajar á aquel pobre anciano. ¿Acaso no tenía hijos que trabajaran en su lugar? ¿No habia trabajado bastante en su juventud y en su edad viril? ¿Sólo en la tumba hallaria el reposo á que le daba derecho su ancianidad?

Diego se acercó al viejo y le saludó respetuosamente, y éste le devolvió el saludo y continuó trabajando. No le habia reconocido, lo que no es de extrañar si se tiene en cuenta que hacia más de seis años que no se habian visto, y que durante ese tiempo el jóven habia dejado crecer la barba.

—¿No me reconoceis?—dijo Diego:—¿no reconoceis á Diego de Mendiola?

El viejo se estremeció, miró fijamente á Diego, y al reconocerle la cólera se pintó en su semblante, y levantó la azada para herirle.

Diego inclinó humildemente la cabeza para recibir el golpe.

## XXX.

La humildad de Diego de Mendiola aplacó la cólera del abuelo de Amelia.

Dejó la azada en el suelo, y esperó tranquilamente que el jóven se explicara.

Este le manifestó entónces, en breves pero elocuentes palabras, que estaba profundamente arrepentido de su comportamiento con Amelia; que ansiaba arrojarse á sus piés implorando perdon; y que, si aún era tiempo, estaba dispuesto á reparar su falta. Pero ¿dónde estaba la jóven? ¿Se habia

casado? ¿Por qué él se habia ausentado de Zaldibar? ¿No estaban ya allí Chomin y su familia?

Entónces el anciano le refirió su lastimosa historia, y la lastimosa historia de su nieta, desde la terrible noche del incendio.

La pobre niña expulsada del hogar y el débil anciano que era su único guía y protector, pasaron á Guipúzcoa y fueron cariñosamente acogidos en casa de la hija de José Manuel.

Pero desgraciadamente ésta murió á los pocos meses, y su marido, hombre débil y apocado, contrajo segundas nupcias con la más dominante, envidiosa é insensible de las mujeres.

Desde aquel dia el viejo y Amelia tuvieron que ganar con el sudor de sus frentes el desabrido pan que comian amasado con lágrimas.

El abatimiento y la tristeza de Amelia eran tan grandes que hacian temer por su razon y por su vida; pero cuando tuvo en los brazos el tierno sér que habia llevado en su seno, comprendió que era preciso tener valor y resignacion, que era preciso vivir para velar por aquel ángel que bajo tan malos auspicios entraba en la vida.

Era una niña, una niña rubia y sonrosada, y por ella soportaba Amelia pacientemente todos los trabajos, todas las privaciones, todos los disgustos. Ella hacia la delicia de su bisabuelo, que la habia tenido en la fuente bautismal y la idolatraba.

La madre de Amelia habia descubierto el paradero de ésta y venía á verla de tiempo en tiempo; pero no podia, ni llevarla á su casa, que no lo hubiera permitido su marido, ni proporcionarle recursos para vivir con más sosiego y holgura, pues desde el incendio de su casa, el pobre Chomin, ántes tan afortunado, no habia logrado levantar cabeza.

Ultimamente, Amelia, agobiada por el trabajo, los pesares y los disgustos que le proporcionaba la perversa ama de la casa, cayó gravemente enferma.

Gracias á Dios su estado no inspiraba ya inquietud; pero estaba todavía muy débil, y no podia dejar el lecho.

## XXXI.

Diego quería ver en seguida á Amelia, pero el viejo se oponia á ello. Y era que José Manuel, aunque no dudaba del arrepentimiento del jóven, temia que sólo fuese pasajero.

—No permitiré que veas á Amelia—le dijo,—hasta que esté convencido de que tu arrepentimiento es firme, y de que realmente deseas hacerla tu esposa. Pero áun entónces deberás empezar por obtener el perdon de su padre, si quieres obtener el suyo y el mio.

Dichas estas palabras el viejo volvió á tomar la azada y continuó penosamente su trabajo.

Diego quiso quitarle la azada de la mano y trabajar en su lugar, pero el viejo no lo consintió.

—El abuelo—dijo,—hará lo que no han hecho el padre ni el novio. El abuelo trabajará por su querida nieta hasta caerse muerto de fatiga y de vejez.

## XXXII.

Diego entró en la aldea y empezó por restaurar sus fuerzas con un suculento almuerzo. Luego se quitó la barba, vistióse de campesino, y se presentó en casa del que habia sido yerno de José Manuel, pidiéndole trabajo. Creemos inútil añadir que no dijo su verdadéro nombre, á fin de que no llegara á oidos de la enferma.

El aspecto del jóven agradó muchísimo al labrador, y como exigia una muy corta retribucion por su trabajo, se apresuró á aceptar sus servicios, y dándole una azada le mandó que fuera á acompañar al viejo, que estaba trabajando al extremo de la heredad, casi en el mismo sitio que aquella mañana.

Diego atravesó lentamente el campo con la azada al hombro, y cuando estuvo cerca del anciano le saludó como le habia saludado algunas horas ántes, y se puso á cavar á su lado.

El viejo le miraba sorprendido.

—¿Pensabais que no volveria?—dijo Diego.—Aquí me teneis trasformado en mozo de labranza, y decidido á trabajar á vuestro lado hasta que creais en mi arrepentimiento y me concedais perdon.

## XXXIII.

Desde entónces José Manuel y Diego trabajaron juntos, pero el jóven iba á comer y á dormir á la aldea.

El anciano le daba todos los dias noticias de Amelia, pero no le permitia ir á verla.

En cambio la niña, que tenía entónces seis años y era lindísima, iba con frecuencia adonde estaban trabajando á distraerles con sus travesuras y con su encantadora media lengua.

Cada vez que la veia, Diego hubiera querido comerla á besos; pero temia llamar la atencion del *casero* (1) y su mujer, que casi siempre estaban á la vista; así es que, aunque con gran dificultad, contenia sus impulsos.

Sin embargo, era muy cariñoso para con la niña, quien le amó en breve tanto ó más que á su abuelito.

Así pasaron algunas semanas.

Por fin un dia, en el momento de separarse al anochecer para dirigirse á su respectivo alojamiento, el anciano tomó afectuosamente la mano del jóven, y le dijo:

—Estoy satisfecho de ti, y no quiero ya retardar tu felicidad. Mañana mismo puedes partir para Zaldibar, á implorar el perdon de mi hijo y pedirle la mano de Amelia.

---

(1) Colono ó arrendatario.

Diego no volvió aquella noche á la aldea sin pedir ántes á su amo permiso para ausentarse por algunos dias.

## XXXIV.

Llegado que hubo á Zaldibar, el jóven se dirigió á casa de su tio Antonio de Barázar. Este, que habia ya perdido toda esperanza de volver á verle, le recibió con los brazos abiertos, llorando de alegría.

Diego lloraba tambien; pero sus lágrimas eran, no sólo de placer, sino tambien de arrepentimiento.

Cuando ámbos se hubieron serenado un poco, el jóven refirió á su tio los sucesos que acabamos de narrar, y le dijo el objeto que le llevaba á Zaldibar, que era obtener el perdon de Chomin y pedirle la mano de su hija.

Pero Antonio de Barázar no creia prudente que el jóven se presentara en casa del padre de Amelia. Despues de lo que habia sucedido y dado el carácter impetuoso é irascible de Chomin, era de presumir que la sola presencia de Diego le causaria un acceso de cólera, y todo acomodo sería tal vez imposible. Mejor era encomendar el asunto á otra persona, y ¿quién más á propósito para llevarlo felizmente á cabo que el cura de la aldea? D. Félix de Echeguren era un excelente sacerdote, y al mismo tiempo el más bondadoso y complaciente de los hombres; y como por otra parte era muy querido y venerado en casa de Chomin, se podia responder del buen éxito de su mision.

Á Diego le pareció muy acertado el consejo de su tio, y como no queria perder tiempo fué inmediatamente á verse con el digno sacerdote.

## XXXV.

Era D. Félix de Echeguren un anciano venerable, que no tenía más preocupacion que el bienestar moral y material de sus feligreses. Predicaba el amor, la humildad, la mansedumbre, la paciencia, la generosidad y el perdon; consolaba á los desgraciados, socorria á los menesterosos, y hacía que les consolaran y socorrieran sus convecinos; exhortaba á los malos, protegia á los buenos, reconciliaba las familias, y era, en fin, la providencia de la aldea. Habia ejercido en ella su elevado ministerio por espacio de más de cuarenta años; y aunque en varias ocasiones se le ofrecieron ascensos en premio de sus virtudes, jamás quiso marcharse de Zaldibar, jamás quiso abandonar á los que él consideraba como hijos. ¡Qué noble, qué hermosa, qué sublime es la obra del sacerdote que comprende su mision, y tiene bastante corazon y bastante virtud para cumplirla!

D. Félix recibió al jóven afectuosamente, oyó con paciencia la historia de sus extravíos, le reprendió severamente, pero sin aspereza, le hizo ver lo necio y reprensible de su conducta, celebró su arrepentimiento, elogió su determinacion, y se encargó de obtener el perdon de Chomin. Difícilmente se podia encomendar al buen anciano una mision que le fuera mas agradable.

## XXXVI.

Era ya de noche cuando Diego salió de la casa rectoral.

Millares de estrellas brillaban en el cielo, como lámparas de topacio suspendidas de una bóveda de zafir. La hermosa Venus, la adúltera esposa del dios de las fraguas, iba á acostarse en su lecho de flores sin esperar al rojo Marte, su fogoso

amante; brillaba Aldebaran en el ojo del celeste Toro; Casiopea no apartaba la vista de su hija de cuya belleza estaba tan orgullosa; el formidable Orion ostentaba, suspendida del brillante tahalí, la rica espada de oro; y Sirio, el resplandeciente Sirio, hacia palidecer de vergüenza á las estrellas que le rodeaban.

¡Con qué embeleso, mezclado de curiosidad, contemplamos los centellantes y temblorosos luminares de la noche! ¡Qué mundo de ideas despierta en nuestra mente la vista de las estrellas! ¿Por qué no podemos elevarnos en el espacio hasta la misteriosa region en que ruedan los astros, flotar en el océano de luz que irradia la Luna, sumergirnos en el éter, vagar de estrella en estrella, y recorrer de ese modo la inmensidad del universo?

Miró al cielo Diego como buscando en él al Dios que le habia perdonado y que iba á devolverle la felicidad y la paz del alma, y al ver el estrellado firmamento, no pudo ménos de preguntarse por qué no era dado al hombre conocer la verdadera esencia de las cosas, descifrar el enigma de la naturaleza, descubrir el secreto mecanismo de los mundos, ver de cerca las maravillas que pueblan la inmensidad del espacio? Una cosa le parecia indudable, y era que la atraccion, es decir el amor, gobierna el universo y mantiene el equilibrio de las esferas.

El jóven volvió lentamente á casa de su tio.

## XXXVII.

Como era de esperar, Chomin de Ocháran cedió á los ruegos del buen sacerdote, y le dijo que estaba dispuesto á perdonar á Diego y Amelia, pero que no se presentaran ante él sin haber primero reparado su falta por medio del matrimonio.

El honrado labrador no habia olvidado á su hija, y si trabajaba con tanto ardor era principalmente para poder mejorar la posicion de la infeliz Amelia; pero, por desgracia, la suerte no le era propicia, y las enfermedades, las malas cosechas y todo género de desgracias le habian impedido hacer el más insignificante ahorro. Su mujer iba de tiempo en tiempo á Guipúzcoa y le traia noticias de Amelia; pero como hacia algunos meses que la madre no habia visitado á la hija por habérselo impedido sus ocupaciones, nada habia sabido Chomin de la enfermedad de la jóven, pues de otro modo él mismo, dando al olvido lo pasado, habria ido á velar junto al lecho de la enferma. ¿Por qué no le habian avisado? decia Chomin. Pero Amelia, que temia contristar á sus padres, habia encargado á su abuelo que sólo en un caso extremo les hiciera saber el estado en que se hallaba.

## XXXVIII.

Amelia acababa de levantarse, y se habia asomado á la ventana de su cuarto.

El dia era hermosísimo. El sol brillaba en un cielo sin nubes. Un pardillo, posado en la mas alta rama de un manzano, cantaba alegremente.

La jóven tenía deseos de pasearse. Habia salido por primera vez el dia anterior, apoyada en el brazo de su abuelito, y sentia que éste no estuviera allí para acompañarla.

La convaleciente estaba flaca y pálida; pero una sonrisa de esperanza brillaba en su rostro. Su abuelo, que era incapaz de engañarla, ¿no le habia hablado de Diego? ¿No le habia dicho que el jóven la amaba todavía? ¿No le habia advertido que podia llegar á cualquier instante á pedirle perdon y ofrecerle su mano? Motivos tenía, pues, la hermosa jóven, para sonreir y para esperar.

La rubia Marichu (1) vino á distraerla de sus pensamientos.

Estaba radiante de alegría. *Su amiguito* habia vuelto. Acababa de verle hablando con el abuelo.

Amelia, que estaba muy léjos de imaginar que era Diego el que la niña designaba con el nombre de *amiguito*, le dijo que queria pasearse y le ordenó que llamara al abuelo para acompañarla.

—No, al abuelo no;—dijo la niña.—Voy á llamar á mi amiguito, que tiene más fuerza y te sostendrá mejor.

Y ántes que su madre pudiera detenerla, Marichu salió corriendo de la alcoba.

## XXXIX.

Diego se presentó á Amelia con la niña en brazos.

¿Tratarémos de pintar aquella escena?

No; pues no hay colores en nuestra paleta, ni palabras en nuestro idioma, capaces de dar una idea cabal ni aproximada de ella.

Las almas sensibles podrán imaginar lo que pasó entre la jóven abandonada y el seductor arrepentido; y en cuanto á los que tienen un corazon duro, un alma egoista ¿de qué les serviria cuanto yo pudiera decir?

Ni escribo, ni quiero escribir para ellos.

## XL.

El amor y la felicidad apresuraron el completo restablecimiento de la jóven. ¿Qué médicos obraron jamás mayores prodigios?

(1) Mariquita.

En pocos dias recobró Amelia las fuerzas perdidas, y con ellas la belleza de su rostro, el color de sus mejillas, y hasta la redondez de sus esbeltas y elegantes formas. Más que una mujer de veintiseis años parecia una doncella de diez y ocho.

¡Qué hermosa estaba! Bien podia Diego enorgullecerse de la que amaba. ¡Cuántos le tendrian envidia cuando la condujera al altar!

Llegó por fin el suspirado dia, y Diego y Amelia recibieron la bendicion nupcial en la iglesia parroquial de la aldea.

## XLI.

El sol se habia puesto. La parte del cielo por donde acababa de pasar el astro estaba todavía inundada de luz, y veíanse en ella algunas nubecillas que parecian islas de oro en un mar de azur. No léjos de este fantástico archipiélago empezaba una cadena de enormes y negras nubes, que apoyada sobre las cumbres de los lejanos montes, se extendia hácia el Sur á considerable distancia, como una cadena de montañas. La semejanza era maravillosa. En aquella cordillera de vapores veíanse grandes bosques de árboles gigantescos, cimas erizadas de peñascos, y negros castillos de altas torres almenadas cimentados al borde de abismos insondables. El resto del cielo era de un azul purísimo.

A la puerta de una humilde casita de la anteiglesia de Zaldua, estaban Chomin de Ocháran, su mujer Luisa y su hijo Antonchu, que era ya un gallardo mancebo de trece á catorce años de edad. La madre hilaba; Chomin y su hijo estaban haciendo abarcas, calzado favorito de nuestros campesinos.

Ya puede imaginar el lector que la conversacion versaba sobre Amelia, Diego y el abuelo, y sobre su próximo regreso á la aldea.

Chomin y Luisa no trataban de disimular su contento, y

Antonchu, á quien por ocultarle la vergüenza de su hermana, se le habia siempre dicho hasta entónces que ésta habia muerto, parecia loco de alegría.

De pronto vióse aparecer á lo léjos, por la senda que conducia á la casa, un grupo de gente que se acercaba.

Eran los desterrados que volvian.

Al verlos, el padre, la madre y el muchacho lanzaron una exclamacion de alegría, y se apresuraron á salirles al encuentro.

Venian en primer término Diego y su esposa, y seguíanles á corta distancia el viejo José Manuel y el buen cura D. Félix de Echeguren llevando á la niña de la mano.

Los viajeros, en muestra de reconocimiento, se habian apeado en el presbiterio, y D. Félix habia querido acompañarles á la casa paterna.

Cuando los dos grupos estuvieron uno cerca del otro, Chomin corrió á abrazar á su hija, quien se arrojó en sus brazos llorando. Luégo la jóven fué á echarse en brazos de su madre y de su hermano.

Entre tanto Diego se habia acercado á su suegro é iba á postrarse á sus piés para pedirle perdon; pero el buen labrador no se lo permitió, y le estrechó cariñosamente en sus brazos. Entónces Diego, miéntras Chomin se dirigia hácia su anciano padre, avanzó hácia el hermoso grupo que formaban Amelia, su madre y su hermano. La niña se habia acercado al mismo grupo, y acababa Luisa de tomarla en brazos. Antonchu volvió á abrazar á su hermana, y despues fué á saludar á su abuelo.

Chomin se habia echado á sus piés y abrazaba sus rodillas. El anciano puso las manos sobre la cabeza de su hijo y le dió su bendicion. Luégo le hizo levantarse, y padre é hijo se confundieron en un estrecho abrazo. El cura contemplaba con los ojos llenos de lágrimas aquella conmovedora escena.

En cuanto Chomin se hubo separado de su padre, el mu-

chacho, que estaba impaciente por abrazar á su querido *aitona*, saltó al cuello del anciano, lanzando un grito de alegría.

José Manuel estrechó á Antonchu contra su pecho, y abuelo y nieto permanecieron algunos instantes abrazados.

Pero entónces pasó una cosa terrible; de pronto José Manuel se tambaleó como un beodo, soltó á su nieto, y cayó al suelo como una masa inerte.

Todos corrieron al anciano y trataron de hacerle volver en sí.

¡Vanos esfuerzos! José Manuel estaba muerto. Si es verdad que mata el dolor, tambien la alegría mata algunas veces.

Diego y Chomin contemplaban mudos de dolor el cadáver del anciano. Amelia se habia arrodillado junto á él, y besaba llorando su amarillo rostro y sus cabellos de plata. Antonchu y Luisa sollozaban amargamente; la niña llamaba con lastimera voz á su bisabuelo.

El anciano sacerdote no quiso turbar aquella primera y natural expansion del dolor, y permaneció algunos instantes silencioso. Luégo, con dulce y persuasivo acento, exclamó:

—¡Calmaos, hijos mios! Más motivos teneis para regocijaros que para llorar. Ese buen anciano, abrumado por el peso de los años, por las fatigas y los sufrimientos, ha muerto de alegría en medio de los suyos, y el Señor le ha acogido en su seno. Egoista sería querer retenerle en la tierra y retardar para él la hora del supremo descanso, de la suprema felicidad. José Manuel de Ocháran habita ya la mansion de los justos. ¡Bienaventurados los que como él no viven más que para el amor y el sacrificio!

# Á ORILLAS DEL URUMEA.

AL SEÑOR

D. JUAN V. ARAQUISTAIN,

*Dedica esta leyenda*

EL AUTOR.

# A ORILLAS DEL URUMEA.

UÉ hermosas son las doncellas de Guipúzcoa! ¿Quién no admira sus rosadas mejillas, sus carmíneos labios, sus dulces y expresivos ojos, su despejada frente, su sedosa cabellera, su flexible y esbelto talle, sus movimientos llenos de gracia y gentileza?

¡Qué hermosas son las doncellas de Guipúzcoa! ¿Quién puede resistir á sus encantos? Con una mirada, con una sonrisa encadenan la voluntad más firme, avasallan el corazon más orgulloso.

Y entre las hijas de Guipúzcoa, no son ciertamente las ménos bellas, las ménos graciosas, ni las ménos seductoras las vírgenes de Donostía (1), de la antigua Izurun, de la blanca paloma que, posada al pié de la verde colina de Urgull (2), á orillas del cristalino Urumea, duerme al monótono arrullo del mar de Cantabria.

¡Pobre Pedro de Lartaun! Aún hace pocos meses era el más jovial, el más feliz de los mancebos; aún hace pocos me-

(1) Nombre vascongado de la ciudad de San Sebastian.

(2) O *Monte Orgullo*, como dicen otros.

ses su rostro estaba siempre risueño y sus mejillas siempre coloradas. Pero ¡ay! un dia sus ojos azules se encontraron con los ojos castaños de la más linda jóven de Donostía; la mirada de aquellos ojos dulcísimos le causó una sensacion profunda, inefable, y desde aquel dia el pobre Pedro se volvió pensativo, taciturno; desde aquel dia enflaqueció visiblemente; desde aquel dia huyó el color de sus mejillas y la calma de su corazon.

¡Miradle! Más que un hombre parece un espectro; más que un jóven lleno de vida, parece un difunto que ha salido de la tumba, donde no le dejaran descansar sus pecados.

Y no es que María de Loidi le haya rechazado; no es que María de Loidi no le ame. Le ama, y se lo ha dicho mil veces.

Pero Pedro es un pobre huérfano sin parientes, sin amigos, sin porvenir, y la avaricia del padre de María se opone á su felicidad; para colmo de desdichas, el demonio de los celos atormenta el sensible corazon del mancebo.

El infeliz Pedro ha perdido toda esperanza, y ha resuelto dejar su país, huir al otro lado de los mares, poner entre él y la que ama la inmensidad del Océano.

¡Pobre insensato! Imagina que ausentándose de su patria recobrará la calma que en ella ha perdido; mas para recobrarla le fuera preciso huir de su propio corazon, y eso es imposible.

Adonde quiera que vaya, dentro del pecho llevará el torcedor de su dicha; al desembarcar en las risueñas playas de América dejará detrás el mar tempestuoso, pero llevará consigo el no ménos tempestuoso mar de su corazon.

¡Pobre Pedro de Lartaun! Lentamente, como á pesar suyo, y haciendo inútiles rodeos, se dirige al puerto, donde debe embarcarse; no va de peor talante el condenado que marcha al lugar del suplicio.

Solitarias y silenciosas están las calles de la ciudad; todos sus moradores se han trasladado al muelle, á decir un triste

adios á sus parientes, á sus amigos, á sus convecinos, á sus paisanos que parten para Ultramar.

—¡Qué triste está la ciudad!—exclama Pedro.—Casi tan triste como mi corazon.

»¡Loco de mí! María me miraba con buenos ojos y su padre se mostraba bondadoso conmigo; eso me infundió valor y me hizo concebir engañosas esperanzas.

»Me atreví á declarar mi amor, y María me confesó el suyo. ¡Oh! Se engañan los que dicen que tambien se muere de placer, pues á ser cierto, yo hubiera muerto entónces.

»¡Qué porvenir tan risueño soñé en aquel dichoso momento! Me parecia que todos los hombres debian envidiar mi suerte.

»Pero ¡qué poco duró mi felicidad! Aquel mismo dia oí hablar de la avaricia del padre de María; aquel mismo dia llegó á San Sebastian ese extranjero, ese bayonés, ese odiado Luis de Bidarray.

»El padre de mi amada le recibió con agasajo, le colmó de atenciones; las riquezas del extranjero habian despertado la codicia del anciano. Comprendí que deseaba unir á su hija con Luis de Bidarray.

»María seguia amándome, ó por lo ménos así me lo decia todos los dias. Pero al mismo tiempo trataba con agrado al extranjero, parecia encantada de sus obsequios, le sonreia con dulzura, era con él mucho más complaciente que conmigo.

»Los celos me martirizaban; mi corazon era un infierno.

»Yo no podia vivir así. Deseoso de acabar de una vez, pedí á Machin de Loidi la mano de su hija, y Machin de Loidi me la negó rotundamente.

»Entónces, en un momento de locura, propuse á María un matrimonio clandestino; la rogué que dejara su hogar y me siguiera á un país extraño, donde nadie se opondria á nuestra dicha.

»Pero me respondió que no queria dar pábulo á la male-

dicencia; que jamás faltaria á sus deberes; que no daria á su familia tan grave disgusto; que no sería mi esposa sin el consentimiento de su padre.

»¡Ay! aunque hubiese querido seguirme no la habria yo arrancado del hogar paterno, donde es feliz y donde nada le falta; no habria yo querido unir su suerte á la de un desgraciado, cuyo porvenir es tan poco risueño. Pero, si me amaba de veras, ¿me habria dado tan cruel contestacion?

»Verdad es que lloró cuando le dije que iba á marcharme á América; pero ¿debió contentarse con llorar?

»Si me amaba de veras hubiera tratado de detenerme, ó me hubiera prometido permanecer soltera hasta qué yo lograse hacer fortuna en Ultramar y volver á mi país.

»La esperanza de poseerla me habria dado fuerzas, y con el favor de Jaungoikoa, ántes de mucho tiempo habria sido rico, mucho más rico que Luis de Bidarray. Entónces habria regresado á mi país, habria llenado de oro las gavetas de Machin de Loidi, y me hubiera llevado á su hija, más preciosa á mis ojos que todos los tesoros de la tierra.

»Pero ¡ay de mí! María no me ama; María ama á Luis de Bidarray.

»Los franceses son muy galantes, tienen una lengua muy melosa, menudean las lisonjas que tan gratas son á las mujeres, y no me maravilla que ese francés haya ganado el corazon de la hija de Machin de Loidi.»

En este momento, el desgraciado jóven entra en la calle donde vive María, y á pesar de su mal humor, dirige una tímida mirada á la ventana del cuarto de la doncella. Siente marcharse sin contemplar una vez más aquel rostro de ángel.

Al notar que la ventana está cerrada, y no ver á nadie en las demás ventanas y balcones de la casa, el jóven baja los ojos, suspirando tristemente.

Pero al bajarlos, se estremece de placer porque apercibe á la hermosa María de Loidi de pié en el umbral de la puerta. Está esperándole.

Pedro tiembla como una hoja agitada por el viento. A medida que se acerca á la jóven, su corazon late con mayor violencia. Mil encontrados afectos batallan en su corazon.

Al llegar á la puerta de la morada de Machin de Loidi, el mancebo se detiene; mas es tal su emocion, que no acierta á saludar á su amada. Ésta, mirándole con una expresion indefinible, exclama:

—¿Por qué deja su patria el *euskalduna?* (1) ¿Dónde hallará un país tan hermoso como el que el excelso Jaungoikoa creó para que sirviera de morada á los afortunados hijos de Aitor?

—Al otro lado de los mares hay una tierra cien veces más hermosa que el brumoso país de los vascos. Los árboles de aquella region deliciosa producen fragantes ananas, guayabas sabrosas y otros exquisitos frutos; no como los de aquí, despreciables endrinas y agrias manzanas.

—Las despreciables endrinas y las agrias manzanas son gratas al paladar de los hijos de esta tierra. Y ¿qué importa que haya agreza en los frutos si no la hay en los corazones?

—Allí crece el loto de incomparable belleza; los rododendros y las amorfas adornan las inmensas praderas; las magnolias perfuman el ambiente, y el nenúfar se mece graciosamente en la ondulante superficie de los lagos.

—Más que esas soberbias flores amo yo las blancas campanillas que adornan los verdes y lozanos setos de Guipúzcoa; más me gustan la dorada celidonia, la purpúrea dedalera y el oloroso alelí; prefiero los helechos, la retama y el brezo de nuestras montañas.

—Allí hay árboles gigantescos; vastísimas selvas, donde abundan pájaros de brillante plumaje.

—En nuestros bosques de corpulentos robles y gigantes hayas se oyen á la caida de la tarde los dulces acentos del

(1) El vascongado.

pardo ruiseñor. Prefiero nuestro negro mirlo al más pintado papagayo.

—Allí hay llanuras inmensas como el Oceáno; la vista descubre un ilimitado horizonte que en nada se parece al de nuestros angostos valles.

—Las grandes llanuras son tristes. Yo amo la verde y estrecha vega, encerrada entre altos montes y regada por trasparente rio que corre á la sombra de frondosos castaños.

—Los rios de aquella region no se parecen al Urumea, desde cuya orilla podemos, sin esforzar mucho la voz, conversar con los habitantes de la orilla opuesta; el agua toda del Urumea que se vertiera en uno de aquellos grandes rios, no aumentaria su caudal de un modo más sensible que una gota de agua vertida en la Concha (1) á la hora de pleamar.

—¡Ay nuestros claros rios! ¡Ay nuestro manso Urumea que baja de las montañas de la hermosa Navarra, á besar las plantas á Hernani, Astigarraga y Donostía! Él ha bebido las lágrimas de alegría y las lágrimas de dolor de cien generaciones de euskaldunac; nuestros guerreros vigorizaban su cuerpo bañándose en sus ondas, en sus ondas tantas veces teñidas en sangre euskara. El Urumea es un rio sagrado para nuestra raza.

—Allí hay grandes montañas; gigantescas moles coronadas de volcanes, que escupen al cielo torrentes de encendida lava.

—Hermoso es nuestro Jaizkibel, á cuyos piés se estrellan furiosas las impotentes olas; hermosa es la triple corona del Aya iluminada por los últimos rayos del sol poniente; y mucho más hermosa es la altiva cumbre del Hirnio, medio velada por blanca neblina. ¿Qué importa que no tengamos volcanes? El fuego de éstos no sirve para calentar el corazon;

(1) Nombre de la bahía que se extiende al Oeste de la ciudad.

sólo puede calentarlo el alegre fuego del hogar de la casa paterna.

—Allí las riquezas son el premio del trabajo; aquí el pobre nunca deja de serlo, por más que riegue con su sudor la ingrata tierra.

—¡Oh, no! Esta tierra no es ingrata. Tambien aquí enriquece el trabajo, ó por lo ménos proporciona un modesto bienestar.

—El euskalduna intrépido no debe permanecer toda su vida pegado al terruño como tímida doncella cosida á las faldas de su madre. ¡Cuántas veces, sobre las verdes ondas de la bahía de Zurriola (1), se me ha aparecido sonriente sirena, invitándome con voz dulcísima á seguirla á través del Oceáno, y ofreciéndome un risueño porvenir!

»Quiero obedecer á la hermosa ninfa del mar; quiero seguir las huellas de tantos atrevidos vascongados que ántes que yo han cruzado los mares y han vuelto cargados de tesoros.»

—Esa sirena falaz engaña con su dulce sonrisa, con su melodioso acento y con sus mentidas promesas á los crédulos euskaldunac. ¡Cuántos por haberla escuchado yacen en los insondables abismos del mar! Y de los que lograron pisar la tierra prometida, ¡cuántos arrastraron en ella una existencia miserable! ¡Qué pocos adquirieron las riquezas que habian soñado! Pero hasta los más afortunados ansían volver á su patria.

—¿Es posible echar de ménos un país tan triste? Allí todo respira alegría; la atmósfera es siempre diáfana, el cielo azul, el sol de fuego.

—Yo amo los vapores blanquecinos que se elevan de nuestros rios, la densa niebla que envuelve las crestas de nuestros montes, la lluvia que hincha los torrentes é inunda las vegas,

(1) Así se llama la bahía situada al Este de la ciudad, en la desembocadura del Urumea.

la nieve que cubre los campos y las montañas, el pálido sol que nos calienta sin quemarnos. Así el cuerpo está ágil, fresca la sangre, despejada la cabeza.

—Y frio el corazon, ¿no es verdad? Las mujeres de aquellos climas saben amar apasionadamente, y cuando una vez han dado su corazon, aunque sea al más humilde de los hombres, ya no le olvidan por otro más favorecido de la fortuna; sobre todo, no agasajan al nuevo amante en presencia del amante olvidado.

—¡Ah! ¡Bien adivino tu malicioso pensamiento; bien sé lo que quieres decir! Pero ¿deben las doncellas vascongadas faltar á los deberes de la hospitalidad? ¿Deben poner mal semblante al extranjero? Y si es fuerza recibirle con agrado, ¿cuánto más acreedor á una buena acogida no es el hermano que visita nuestro país? Porque Luis de Bidarray no es extranjero; Luis de Bidarray es un hermano. Sangre euskara corre por sus venas; al lado de los nuestros pelearon sus padres en los desfiladeros de Roncesvalles, donde fué abatido el orgullo de los francos.

—Las mujeres que nacen bajo el ardiente sol de los trópicos no son frias como las de nuestros climas; aman ardientemente y se burlan de todos los obstáculos.

—¡Ve, ve, pues, á ese país maravilloso! ¡Te amará una de esas mujeres, y serás tan feliz!

—¡Feliz! ¡Oh, no! ¡Jamás seré feliz! Apoyado en la regala del buque que va á conducirme á América, no apartaré un momento los ojos de la costa, y cuando desaparezcan á lo léjos el islote de Santa Clara y el faro de Igueldo, la tierra querida donde podia haber sido tan dichoso, fuera lo mismo que vivo me pusieran en la tumba, pues ya ningun objeto contemplaré con placer, ya para siempre habrá huido de mi corazon la última vislumbre de felicidad.

—¡Lloras, te estremeces, y, sin embargo, quieres partir! ¡Necio, ciego, insensato! Apénas mereces que te compadezca.

»Pero te amo con toda mi alma, y moriria de dolor si te fueras. No quiero, no, que me dejes.

»Dame la mano y ven. Mi padre te espera. El anciano es algo duro; pero no de roca, como tú crees sin duda.

»Tanto le ha rogado mi querida madre, que el buen viejo, que siempre te ha tenido afecto, ha acabado por enternecerse, y ha cedido. Desea casarnos sin pérdida de tiempo.

»¡Ven, Pedro, ven! Yo haré que nada te importe la palidez de nuestro sol ni la frialdad de nuestro clima, prestándote el calor de mi corazon.»

—¡Oh, perdóname María, ángel mio! ¡Perdóname! ¡Estaba loco!

—Sí; pero olvidemos lo pasado, y no pensemos más que en nuestra dicha.

»Loado sea el misericordioso Jaungoikoa que ha hecho encuentres la felicidad á orillas del manso Urumea, á la sombra de los árboles que presenciaron tus infantiles juegos, en la tierra bendita donde reposan los huesos de tus padres.»

# EL BARDO DE URIBE.

AL SEÑOR

D. HERMILIO OLÓRIZ,

*Dedica esta leyenda*

EL AUTOR.

# EL BARDO DE URIBE.

## I.

IRÍASE, Ivan de Basábil, que vuelves de un funeral, y no de las fiestas de Bilbao, tan animadas y alegres. Estás más serio que el sepulturero de Gatika, que no se ríe jamás, y en lugar de apresurarte á contarme lo que has visto y lo que has hecho en las fiestas, á mí que no he podido asistir á ellas, contestas á mis preguntas con monosílabos, dando así á entender que mi curiosidad te molesta. Héme alegrado de encontrarte creyendo que sin hacerte de rogar me darias cuantas noticias te pidiera, pero veo que me he engañado, y que nada sabré hasta que vuelvan de Bilbao nuestros amigos Ochoa de Dolara y Rodrigo de Zangróniz. ¿Y quién me asegura que ellos no volverán tan trastornados como tú, y con la lengua tan entorpecida y perezosa como la tuya?

Así decia el jóven Leonel de Terlíguiz á su amigo y compañero de la infancia Ivan de Basábil, más conocido en la comarca por el *versolari* (1) de Uribe (2). Y como éste, ha-

(1) Poeta, improvisador. Lo mismo que *coblakari*.

(2) La anteiglesia de Górliz, de donde Ivan de Basábil era natural, es una de las 37 anteiglesias que forman la merindad de Uribe.

ciendo un esfuerzo para salir de su profunda abstraccion, contestara que estaba dispuesto á complacerle, haciendo la descripcion de las fiestas, que verdaderamente habian sido brillantes, Leonel añadió:

—Dime ante todo por qué estás tan triste y tan pensativo. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Acaso no han gustado tus versos? Si así es, haces mal en apesadumbrarte por tan poca cosa. Pero más bien creo que estás enfermo, y enfermo de gravedad. Tu rostro está más pálido que el de un difunto, y tal vez harias bien en apresurarte á hacer las endechas que las doncellas de Górliz han de cantar el dia de tu entierro: no sea que te falte tiempo para componerlas. ¡Qué trasformacion tan asombrosa! Apénas me atrevo á dar crédito á mis ojos. ¿Eres tú el *versolari* de Uribe, el alegre, el expansivo, el decidor Ivan de Basábil?

—Sí, tus ojos no te engañan; yo soy Ivan de Basábil, á quien aún hace pocos dias viste tan alegre y tan feliz, pero que ahora es el más desgraciado de los mortales. ¡Ah Leonel! Tú te mofas de mí, pero ¿quién sabe? tal vez un dia sufras como yo, y entónces te acordarás del pobre Ivan.

—Empiezo á creer, amigo mio, que hay una mujer de por medio, pues sólo á los enamorados se les antoja que todo el mundo se burla de ellos. ¡Vamos, Ivan! No seas necio, confíame tus penas, y si es posible juntos trataremos de remediarlas. Confiesa en primer lugar que estás enamorado.

—¿Y por qué habria de negarlo? ¿Ha habido jamás secreto alguno entre nosotros? ¿No eres tú mi amigo, mi compañero, mi hermano?—Acostumbrado á darte á conocer mis más íntimos pensamientos ¿cómo podria ocultarte los que ahora me agitan y me atormentan? ¡Ah! Muchas veces he tratado de pintar en mis canciones los sufrimientos de los que aman sin esperanza, pero ¡cuán léjos estaba de imaginar que pudieran ser tan íntensos! ¡Desdichado de mí! ¿Por qué he ido á esas malhadadas fiestas? Si, como tú, me hubiera quedado en Górliz, no sufriria ahora lo que sufro, ni me pareceria odiosa

é insoportable la existencia. No te engañas, Leonel, estoy enamorado; pero mi amor es una locura, porque la que amo es la única hija de un rico y poderoso caballero, y tiene cien pretendientes tan ricos y poderosos como él. El pobre cantor de Górliz debe olvidarla. No es dado al ánade que se baña entre juncos y espadañas en la cenagosa agua del marjal, volar á la altísima region donde se cierne el águila, reina de las aves. Otro mortal más afortunado que yo la llamará suya; en cuanto á mí, debo apresurarme á arrancar del corazon este amor que me consume. ¿Pero cómo olvidarla, Dios mio? ¿Cómo borrar su bellísima imágen, que no se aparta de mis ojos desde que la ví por primera vez? ¡Oh! Deja, Leonel, que recuerde aquel supremo momento, aquel momento que bendigo y bendeciré siempre, aunque este amor que nació entónces me quite la vida.

»Era á la caida de la tarde. Habilísimos bailarines llegados de Berriatúa en Busturia, habian dado principio á sus graciosas y complicadas evoluciones, bajo la direccion de un gallardo mancebo de la casa de Arancibia. La multitud se agolpaba en torno de los danzantes, ganosa de admirar su agilidad y destreza, que eran en verdad maravillosas. Yo, que amo extraordinariamente esas antiguas danzas, porque al contemplarlas me creo trasportado á la edad remotísima en que nuestros padres vinieron á establecerse en estas montañas y ejecutaron por primera vez en su nueva patria sus danzas nacionales, no apartaba los ojos de los bailarines. Acababan éstos de ejecutar con admirable precision una complicada figura, y por todas partes resonaban los aplausos de la multitud, cuando hirió agradablemente mis oidos una voz de mujer, la voz más límpida y más argentina que he escuchado en mi vida, el acento más dulce que imaginar se puede, la pronunciacion más correcta y cadenciosa posible. Aquella voz hizo vibrar de un modo extraño, pero gratísimo, todas las fibras de mi corazon. Las palabras no me hicieron impresion ménos agradable, pues encerraban un caluroso elogio de los baila-

rines que tanto me habian entusiasmado. Volvíme, pues, para ver quién era la dama que habia hablado, que por fuerza debia ser muy hermosa, y apercibí á mi derecha, á tres ó cuatro pasos de distancia, una jóven como de veinte años de edad, en compañía de una dueña que seguramente pasaba de los cuarenta. Poco miré á ésta, pues sus encantos, si algunos tuvo en otro tiempo, habian desaparecido por completo, no dejando más que un cuerpo larguirucho y desgarbado, que parecia formado únicamente de huesos, un rostro descarnado y pálido, una nariz interminable, y un cuello flaco y amarillo, en el que se ostentaba una nuez poco ménos larga que la nariz. En cambio la jóven, que era la misma cuya voz me habia causado impresion tan profunda, era hermosísima; así es que, olvidado enteramente de los bailarines, ya no pensé más que en contemplarla á mi sabor. Era un poco alta y á primera vista parecia delgada, pues su rostro era poco lleno, su cintura estrechísima y flexible, y la esbeltez de su cuerpo verdaderamente incomparable; pero los armoniosos contornos de su levantado pecho, sus gruesos y bien torneados brazos, y la graciosa curva de sus fuertes caderas, mostraban que la jóven habia llegado ya á la plenitud de su belleza física, y que no era delgada ni gruesa, sino admirablemente proporcionada. Veíase, empero, que su rostro, bello como el de los ángeles, ganaria aún en hermosura el dia en que fuera un poco más lleno, pues formaba un óvalo algo prolongado. Las mejillas eran ligeramente rosadas, y lo demas del rostro de una blancura sin igual. Los cabellos eran negros y sedosos; ancha y tersa la frente; risueños los ojos, que eran negros, rasgados y brillantes; las pestañas largas y lustrosas; las cejas ligeramente arqueadas; la nariz grande y recta; la boca pequeña y graciosa; rojos y delgados los labios; blancos, pequeños y bien alineados los dientes; la barba un poco prolongada, y las orejas encendidas y muy pequeñas. ¿Quién era? ¿Cómo se llamaba? Yo ardia en deseos de conocerla y de hablarla. Otros jóvenes que, más afortunados que yo, la conocian,

trabaron conversacion con ella, y entónces noté que la llamaban Lucía. Ese nombre, tal vez el más lindo de todos, y que siempre me ha gustado muchísimo, jamás me pareció tan lindo como desde aquel momento. Comprendí que estaba enamorado, perdidamente enamorado, y que aquel amor haria mi felicidad ó labraria mi desgracia. Verdad es que esto último me parecia lo más probable.

»Desde aquel dia fuí la sombra de la hermosa jóven. Seguíala á todas partes y no me cansaba de contemplarla, así es que pronto se apercibió de ello, y debió comprender que la amaba. Pero para que no le quedara duda alguna del dulce y profundo sentimiento que me habia inspirado, compuse una cancion en honor suyo, é hice que llegara á sus manos.

»La jóven no fué insensible al delicado homenaje del pobre bardo, pues desde entónces noté que me miraba con cierto interés, y hasta parecia que deseaba hablarme; así es que empecé á concebir algunas esperanzas.

»Un dia, acababa yo de acercarme á un grupo de curiosos ocupados en examinar las baratijas de un buhonero que se habia estacionado cerca de la puerta de Iberi, cuando acertó á pasar por allí la gentil y hermosísima Lucía, en compañía de otras damas. Ella me vió en seguida, y acercándose á mí hasta apoyar en mi espalda su levantado pecho, se puso á contemplar el objeto que yo tenía en la mano, y cuyo precio estaba debatiendo con el quinquillero. Aquel contacto me hizo estremecer, y ella debió notarlo, porque se apartó un poquito de mí; yo me hice á un lado para que pudiera adelantarse y examinar de más cerca, y con más comodidad, los objetos cuya singular bondad y baratura no se cansaba de pregonar el quinquillero. Entónces hablamos por primera vez. Me dijo que me conocia hacia mucho tiempo, que preferia mis canciones á cualesquiera otras, y me dió las gracias por la que en honor suyo habia compuesto. Yo estaba ébrio de placer.

»Despues de ese dia nos vimos y hablamos varias veces. Ella me trataba con la mayor cordialidad y franqueza, cual

si fuéramos antiguos amigos, y bien se echaba de ver que no habia adivinado mi amor, y que atribuia mis versos á simple galantería, y mis miradas á la admiracion que me causaba su hermosura, y nada más. Yo contribuia á fortificar esa creencia, pues me mostraba reservado y frio con ella, porque habia averiguado á qué alta y poderosa familia pertenecia, y no queria ponerme en ridículo á sus ojos, dejándola adivinar mi insensato amor. La idea de que ella podia reirse de mí casi me volvia loco. Por eso disimulé miéntras pude, y no fuí para Lucía más que un amigo atento y respetuoso.

»Pero un dia que ella me pareció más amable y encantadora que nunca, olvidé por un instante la frialdad y la reserva que me habia impuesto, y dejé escapar algunas palabras que bastaron para que Lucía adivinara lo que pasaba en mi corazon. Ella no se dió por entendida, pero ví claramente que el descubrimiento que acababa de hacer la habia sorprendido y apenado. Sin duda se compadeció de mí y se propuso, para ahorrarme mayores dolores, quitarme en seguida toda esperanza; pues, despues de hablar algunos momentos de cosas indiferentes, se puso á hacerme la historia de su familia. Habló con calor de su padre, á quien amaba con ternura, y sus ojos se llenaron de lágrimas al hacerme el retrato de su adorada madre, cuyo fallecimiento era todavía reciente. La jóven habia deseado siempre tener un hermano, y Dios, que no quiso concederle esa dicha, habíale dado en cambio una hermana encantadora, á quien ella amaba más tiernamente aún, si cabe, que á sus padres. Pero, por desgracia, aquella jóven, que por su hermosura, por su buen humor, y por su natural gracejo hacia las delicias del hogar, se enamoró perdidamente de un hombre á quien la familia toda profesaba una aversion profunda, aunque meramente instintiva, pues aquel hombre era, al ménos en apariencia, un cumplido caballero. Irritada la jóven de lo que le parecia una injusta prevencion, y viendo que sus padres estaban firmemente decididos á oponerse á la realizacion de sus deseos, huyó de la casa paterna

en compañía de su amante, con quien se habia casado en secreto. La pobre niña tuvo que arrepentirse bien pronto de su inconsiderado proceder. El esposo que habia elegido no tardó en arrojar la máscara y en mostrarse tal cual era: un hombre indigno, de desordenadas costumbres, de viles sentimientos; un hombre manchado con todos los vicios. Hasta los hombres más corrompidos suelen conservar en su corazon algun resto de piedad que se muestra en algunas, aunque raras ocasiones; pero aquel hombre malvado y cruel vió con la mayor indiferencia á su jóven y tierna esposa languidecer de dolor de dia en dia, y acercarse á pasos agigantados al sepulcro, en donde por fin halló el reposo por que suspiraba. Su infeliz madre no pudo resistir á tan tremendo golpe, y no la sobrevivió más que algunas semanas. La atribulada dama, inquieta por el porvenir de Lucía, le rogó ántes de morir que jamás tomara por esposo un hombre que no agradara á su padre, pues estaba segura de que éste no contrariaria su voluntad, siempre que el objeto de su amor fuese digno de ella; y Lucía, deseosa de calmar la afliccion de su madre, habia jurado que en lo relativo á su matrimonio, como en todo lo demas, se dejaria guiar por su padre. Y parecia que éste habia ya encontrado un yerno á su gusto, pues hacia poco tiempo que la habia anunciado su propósito de casarla muy pronto.

»Ya ves, Leonel—prosiguió Ivan de Basábil despues de una corta pausa—que no podia la jóven decirme más claramente que debia abandonar toda esperanza.»

—¿Y quién es esa jóven?—dijo Leonel.—Porque todavía no me has dicho su apellido. Seguramente debo conocerla yo.

—Se llama Lucía de Artibay, y no ignoras que el señor de Artibay es uno de los más ricos y poderosos señores de la comarca.

—¡Lucía de Artibay! Sí, es cierto, y no sé como no lo he adivinado, pues la historia que acabas de contarme no me era desconocida.—En verdad, Ivan, te compadezco con toda mi alma. No hay de Castro-Urdiales á Aramayona, ni de Mo-

trico á Lanestosa, una jóven cuya mano sea tan solicitada como la de la hermosa heredera de Artibay, y desgraciadamente no basta para obtenerla ser galan y apuesto, tener un bello rostro y una rizada cabellera, y saber componer lindas canciones. ¡Ah, pobre Ivan! No es lo mismo enloquecer á una sencilla campesina, como domeñar el altivo corazon de una orgullosa rica-hembra.

—¿Por qué me dices eso, Leonel? ¿A qué viene ahora esa maliciosa alusion á la pobre Rosa de Gaminiz? ¿Acaso no se ha borrado todavía tu injusto resentimiento?

—No es eso, amigo mio. Bien sabes que mi injusta, mi ridícula cólera, fué tan pasajera como violenta, y que desde entónces no ha habido entre nosotros la más leve disension. Pero no sé por qué me he acordado en este momento de la infeliz Rosa. Yo la amaba tan ardientemente como tú amas á Lucía, pero ¡ah! ella no daba oido á mis palabras, y permanecia insensible á mis sufrimientos. Todos saben en Górliz, y en diez leguas á la redonda, cuántos esfuerzos hice por ganar su amor. Pero todo fué en vano. ¡Cuánto no dió que hablar la última locura que hice por ella! La víspera de la fiesta del pueblo hice construir, durante la noche, un emparrado de flores y follaje, que se extendia desde la puerta de la casa de la ingrata campesina hasta la entrada principal de la iglesia, á pesar de la distancia, que pasa de una legua, y de las escabrosidades del terreno. Rosa, la blanca y delicada Rosa de Gaminiz, pudo, pues, el dia siguiente, que fué muy caluroso, ir al templo sin que los rayos del sol la ofendieran en el camino, y aspirando el perfume de las rosas, de los claveles, y de los alelíes que, entrelazados con guirnaldas de sedoso musgo y florido tomillo, pendian de la frondosa enramada.

»Bien sabia yo que no faltaria quien dijera á la jóven el nombre del autor de tan galante demostracion, é imaginaba que un obsequio que hubiera encantado á muchas doncellas de más elevada clase que la suya, no dejaria de hacer alguna

impresion en la hasta entónces insensible Rosa. Esperaba, pues, que ésta me mostraria de alguna manera su agradecimiento, pero me equivoqué. Se mostró más fria y desdeñosa que nunca, y hasta se negó á bailar conmigo, pretextando hallarse algo enferma. Verdad es que la misma respuesta dió á cuantos la invitaron, y que sus mejillas, más pálidas aún que de costumbre, parecian confirmar sus palabras. Sin embargo, hácia la caida de la tarde, la jóven se animó un tanto, y cediendo á las súplicas de sus compañeras, tomó parte en el *esku-dantza* (1) con que las doncellas dieron digno fin á la fiesta.

»¿Te acuerdas, Ivan? Estábamos juntos. Habias estado ausente durante algunos dias, y acababas de llegar hacia algunos instantes. Más tarde comprendí que tu llegada era lo que tán súbita é inesperadamente habia animado á Rosa de Gaminiz. Sí; tu presencia habia desarrugado su ceño, y habia hecho brillar en su rostro, hasta entónces tan triste, la más seductora de sus sonrisas.

»Multitud de curiosos se agruparon en torno de las bailarinas, y á duras penas conseguimos colocarnos en primera fila. Más de treinta jóvenes, casi todas hermosas, formaban la cadena, cuyo primer eslabon, si así puedo expresarme, era Rosa de Gaminiz. En efecto, la blanca rosa de Górliz ocupaba el primer puesto (2), y era *atzesku*, ó última mano, una lindísima jóvencilla de la república de Sopelana.

»Rosa parecía impaciente, y no apartaba la vista del tamborilero, quien, léjos de darse prisa, se habia puesto á hablar con algunos de los circunstantes.

»Por fin el locuaz tañedor fué á ocupar su puesto, oyéronse los alegres acordes del tamboril y de la tíbia vasca, y la jóven se adelantó con gentil desembarazo, seguida de sus compañeras, saltando cadenciosamente, y haciendo con sus dimi-

(1) *El baile de las manos*, que tambien se llama *zertziko*, *aurresku*, y *baile real*.

(2) *Aurresku* ó primera mano.

nutos piés, con nunca vista ligereza y con gracia inimitable, mil caprichosas figuras. Lisonjeros murmullos, gritos de entusiasmo y atronadoras palmadas, mostraron la complacencia y la admiracion de los mirones.

»Llegó el momento en que Rosa debia elegir su pareja, y las dos bailarinas encargadas de ir en busca del afortunado mortal que la jóven designara, se acercaron á ella para recibir sus órdenes. Una mirada que Rosa dirigió en aquel momento hácia donde nosotros estábamos, me hizo creer que yo iba á ser el escogido, en premio, sin duda, de mis continuos y señalados obsequios.

»Pero ¡qué desencanto! Las lindas mensajeras no se acercaron á mí, sino á Ivan de Basábil; aquella dulce mirada que yo habia sorprendido no fué para mí sino para el *coblakari* de Uribe. Este, es decir tú, fuiste conducido en medio de las dos gallardas mensajeras ante la hermosa jóven que te habia honrado escogiéndote entre tantos apuestos mancebos, y el baile continuó, y redoblaron los aplausos de los espectadores.

»Al principio imaginé que Rosa te habia elegido solamente con el propósito de mortificarme, más pronto comprendí, observándola atentamente, que la blanca flor de Górliz al elegirte no habia pensado en mí para nada: te habia elegido por que te amaba. Tú, sin esfuerzo alguno, sin soñar siquiera en ello, habias cautivado su corazon, miéntras que yo, que me habia desvivido por ganarlo, no habia obtenido más que desdenes; yo, que tantas pruebas de amor le habia dado, sólo habia conseguido ponerme en ridículo á los ojos de mis convecinos; y ser el hazme reir de la comarca. Estaba ebrio de furor.

»Bien sabia yo que tú no amabas á Rosa, que nada habias hecho por ganar su amor, y que estabas muy distante de adivinar el tierno sentimiento que involuntariamente habias hecho nacer en su corazon, y sin embargo, de tal modo nos ciegan, y tan injustos nos hacen los celos, que estuve á punto de arrojarme sobre ti como un tigre furioso, turbando de ese

modo el pacífico esparcimiento de los honrados habitantes de Górliz. Pero, aunque á duras penas, pude contenerme.

»Mas cuando, al toque de oraciones, la gente, lanzando alegres y estridentes *ujujús*, se encaminó á sus hogares y quedamos enteramente solos en la espaciosa campa, entónces, dando rienda suelta á mi injustificado enojo, te dije, en los términos más duros y ofensivos que pude encontrar, que eras un obstáculo á mi felicidad, que traidoramente me habias robado el corazon de Rosa de Gaminiz—¡como si alguna vez me hubiese pertenecido!—y por fin, que te aborrecia de muerte. De tal modo supe manejarme que dí al traste con tu moderacion y tu paciencia, y salieron á lucir las espadas.

»Pocos momentos te bastaron para desarmarme, y entónces, en vez de quitarme la vida, como pudiste y debiste hacer, dejaste que fuera por mi espada que, con un tremendo golpe de la tuya, habias lanzado á más de quince pasos de distancia.

»Tú, creyendo el negocio terminado, ibas á envainar el acero, cuando con redoblada furia me arrojé sobre ti, sin darte apénas tiempo para ponerte en guardia. Renovóse, pues, el combate, pero esta vez la fortuna te fué adversa.

»Al verte caer en tierra bañado en sangre, comprendí lo odioso de mi proceder y la enormidad de mi crímen, y aunque tú me has perdonado, seguramente yo no me perdonaré jamás.

»La herida era gravísima y te puso al borde del sepulcro; pero, gracias á Dios, se curó más pronto y más fácilmente de lo que esperábamos. Mas no por eso me libré del estigma de homicida, de asesino debiera decir, pues la pobre Rosa de Gaminiz enfermó del sobresalto al tener noticia de lo acaecido y del peligro que corria tu vida, y sucumbió á los pocos dias.

»Yo la maté, Ivan; yo la maté hiriéndote á ti, á quien ella amaba tanto; á ti que me habias amado siempre como á un hermano. ¡Y sin embargo me preguntas si aún dura mi resentimiento! Si álguien debiera estar resentido, ese eres tú,

Ivan; pero el resentimiento no cabe en el generoso corazon del bardo de Uribe.

»¡Ojalá Lucía de Artibay te ame tan profundamente como la blanca flor de Górliz, y ojalá encuentres á su lado la felicidad que mereces! Pero no quiero ocultarte que los obstáculos que tienes que vencer me parecen insuperables. Y pues me has hablado con tanta franqueza acerca de tu amor, justo es que yo á mi vez te diga lo que sé sobre el próximo enlace de la heredera de Artibay.

»Muchos, y muy ricos y poderosos señores, han pretendido la mano de Lucía; pero aunque la noticia te sorprenda, la verdad es que el señor de Artibay no ha dado aún á nadie una contestacion decisiva. Su invariable respuesta á todos es, que su hija, afectada por la muerte de su madre, y por el trágico fin de su hermana, no piensa por ahora en casarse, y que si algun dia cambia de modo de pensar, entónces pueden ellos renovar su pretension, pues él no quiere de manera alguna contrariar la voluntad de su hija.

»Pero, para mí, eso no pasa de ser un bien imaginado pretexto para rehusar lo solicitado sin ofender á los solicitantes. Yo creo que el señor de Artibay no se atreve á decidirse por ninguno de esos pretendientes, porque conoce el carácter orgulloso é irascible de muchos de ellos, y sabe que serían sus enemigos irreconciliables, y enemigos irreconciliables del que él hiciera su yerno, el dia que se vieran desairados. El de Artibay, aunque no ménos valiente que sus belicosos antepasados, aborrece la guerra, y teme encenderla disgustando á los poderosos señores que quieren emparentar con él, pues no ignora que muchos de ellos, mal avenidos con la paz que de algun tiempo á esta parte disfrutamos, aprovecharian gozosos el menor pretexto para renovar las sangrientas guerras de los bandos.

»Por eso, sin duda, el señor de Artibay ha imaginado una singular manera de dar esposo á su hija, aunque mucho habrá contribuido tambien á ello su bien conocida aficion á todo lo

original y extravagante. Pocas, muy pocas personas tienen todavía noticia de la extraña determinacion que el padre de Lucía ha tomado en asunto para él de tanta importancia, pero pronto la harán pública en todo el país, y en los países vecinos, los emisarios que el buen hidalgo se propone enviar en todas direcciones.

»El señor de Artibay va á levantar un circo en la confluencia del Ibaizabal y del Salcedon, en la extremidad de la lengua de tierra que se extiende entre estos dos rios, y en ese circo deben presentarse cuantos aspiren á obtener la mano de Lucía, para mostrar en él su destreza en el manejo de las armas, sus habilidades de cualquier clase que sean, y la ciencia que atesoren. La mano de la jóven será concedida al que en concepto de los jueces sea el más digno de obtenerla, y la misma Lucía colocará, sobre la frente del agraciado, una corona de florido mirto por sus propias manos formada.

»Serán jueces los tres ancianos de más edad que haya en todo el Señorío, y permanecerán en el circo de sol á sol, durante tres dias consecutivos, para presenciar los ejercicios de los pretendientes. Bastará obtener el sufragio de dos de los jueces para ganar la mano de la jóven, pero en el caso de que cada uno de ellos designe una persona diferente, Lucía de Artibay podrá con toda libertad elegir esposo, no sólo entre los tres caballeros designados por los ancianos, sino entre todos los que durante los tres dias se hayan presentado en el palenque; pues como dice el señor de Artibay, el desacuerdo de los jueces probaria su falta de tacto para aquilatar el mérito de las personas, por lo cual no se debia hacer caso de su opinion.

»Podrá entrar en liza cualquier natural de Vizcaya, Guipúzcoa, Alava, alta y baja Navarra, Labourd, y condado de Soule; y en cuanto á los naturales de otras comarcas tendrán que probar, ántes de ser admitidos, que son hidalgos, y que no corre por sus venas ni una sola gota de sangre de moros ó judíos.

»¿Qué te parece, Ivan, del proyecto del señor de Artibay? La verdad es que no sería enteramente disparatado si sólo se tratara de un torneo, en el que el premio fuera para el más diestro y esforzado; pero ya has visto que no se trata de eso. Por lo demas, yo creo que el señor de Artibay procurará ganar á los jueces, y hacer que éstos le elijan el yerno que él designe, pues tengo para mí que el padre de Lucía ha puesto ya los ojos en alguno de los más poderosos infanzones de Vizcaya. Lo que se puede asegurar sin temor alguno de equivocarse, es que si los jueces están en desacuerdo, Lucía de Artibay, que es una hija tan sumisa, elegirá por esposo al hombre que su padre haya de antemano designado.

»Ya ves, Ivan, de qué se trata, y yo te aconsejaria que tomaras parte en la liza, pues eres, como pocos, diestro en el manejo de las armas; pero estoy seguro de que no obtendrán el premio el valor, el esfuerzo y la destreza, sino la riqueza y el poderío. No me cabe la menor duda de que si, lo que no es probable, los jueces se pronunciaran por algun caballero pobre, aunque como tú fuese vástago de una familia ilustre, el de Artibay hallaria algun especioso pretexto para obviar el cumplimiento de su fallo.

»No te diré, sin embargo, que no te presentes en la justa. Aunque no ganar el galardon, lograrás por lo ménos mostrarte digno de él, y ostentar, á la vista de la que amas, tu valor, destreza y gallardía.»

Así habló el de Terlíguiz, y miró á Ivan esperando su respuesta. Pero el bardo de Uribe, profundamente abstraido, no se daba prisa para contestar. Hubo, pues, un momento de silencio, durante el cual no se oyó más que el murmurio del Butron, y el susurro de las hojas de los álamos, agitadas por la brisa de la tarde.

Por fin Ivan dijo de este modo:

—Yo no soy hombre de guerra, Leonel, y no tomaré parte en el torneo. Cierto es que he peleado por mi patria, y que pelearia por ella cuantas veces fuera preciso; pero jamás

desenvaino la espada en tiempo de paz, como no sea para defenderme en caso de agresion, y nunca he tomado parte en nuestras discordias intestinas, como esos feroces banderizos, esos buitres voraces que van á disputarse la tímida paloma de Artibay.

»Yo no soy hombre de guerra, sino *coblakari*, y, si me presento en el circo, como *coblakari*, y no como hombre de guerra, he de presentarme.»

Al oir estas palabras Leonel de Terlíguiz lanzó una estrepitosa carcajada. Tan ridícula le parecia la idea de querer conquistar la mano de la doncella de Artibay, componiendo coplas, como si se tratara de ganar un *makila* (1) de níspéro, ó una faja de lana, en un concurso de *versolaris*.

—Haces bien en reirte, Leonel—dijo el poeta.—Renaldo de Artibay no dará su hija á un pobre cantor, así es que, como no me vuelva loco, no he de presentarme en la liza.

Aquí llegaba la conversacion de nuestros amigos, cuando fueron alcanzados por un honrado vecino de Górliz, que, como Ivan de Basábil, volvia de las fiestas de Bilbao.

El recien llegado, que era uno de los hombres más locuaces de la merindad, estaba ansiosísimo de contar lo que habia visto en la villa de D. Diego (1), así es que, en cuanto supo que Leonel de Terlíguiz no habia asistido á las fiestas, se puso á hacer, á su manera, una descripcion de aquellas, descripcion que no pondremos aquí por no fatigar al lector.

La garrulidad de aquel buen hombre permitió á Ivan de Basábil abismarse en sus pensamientos; así es que apénas desplegó los labiós en el resto del camino, con gran contentamiento del hablador, que pudo así despacharse á su gusto.

---

(1) Baston.

(2) D. Diego Lopez de Haro, el Grande, señor de Vizcaya, fundó en 1300 la villa de Bilbao, con consentimiento de todos los vizcainos, y su carta de poblacion fué confirmada más tarde por su sobrina Doña María la Buena, cuando, muerto D. Diego en el cerco de Algeciras, entró esta señora en posesion del Señorío.

## II.

Por si alguno de mis lectores lo ignorase, lo que en verdad nada tendria de extraño, debo decir, ántes de pasar adelante, que el bardo de Uribe, ó sea el héroe de esta tan singular como verídica narracion, era hijo primogénito de Tristan de Basábil, poseedor de muchas tierras y de innumerables ferrerías en la merindad de Uribe, en la de Arratia y en el Duranguesado, y uno de los más poderosos señores de la comarca. Tenía además el de Basábil otro hijo, que, si no estamos mal informados, se llamaba Hurtun, y era dos ó tres años más jóven que Ivan.

Este mostró desde sus primeros años gran aficion al cultivo de la poesía, y apénas entrado en la adolescencia era ya habilísimo en el arte de hacer canciones, para las que casi siempre componia él mismo la música, adaptándolas sin embargo algunas veces á los antiguos aires populares que de más favor gozaban en el país en aquella época. Era su mayor delicia asistir á todas las fiestas, romerías y regocijos de sus compatriotas, á todas esas alegres y bulliciosas, pero al mismo tiempo ordenadas reuniones al aire libre, que tan frecuentes han sido siempre en nuestro amadísimo solar euskaro; y allí, rodeado de una multitud ebria de entusiasmo, recitar ó cantar baladas amatorias ó bélicas, religiosas ó patrióticas, compuestas expresamente para cada ocasion particular, ó improvisadas con facilidad maravillosa. Antes de cumplir veinte años habia ya vencido en cien justas poéticas á los más afamados versolaris de la comarca, y tal era el renombre de que gozaba, que de Álava, de Guipúzcoa, de Navarra, y hasta del remoto condado de Soule, cuna de tan dulces cantores, venian á escucharle y aplaudirle.

En aquella época Ivan era felíz, tan felíz que no hubiera trocado su suerte por la del más orondo abad, ni por la del

monarca más poderoso. Pero, desgraciadamente para el coblakari de Uribe, su padre, que era ya de edad muy avanzada, contrajo segundas nupcias con una mujer de carácter tan áspero y dominante, y al mismo tiempo tan extravagante y caprichosa, que, para vivir en buenos términos con ella, se necesitaba la docilidad del viejo y ya achochado Tristan de Basábil, ó la condescendencia, la humildad y la mañosa adulacion de Hurtun; así es que Ivan, que era franco y altivo como el que más, ajeno á toda disimulacion, é incapaz enteramente de fingir lo que no sentia, se captó prontamente el aborrecimiento de su madrastra, quien, tal era el imperio que tenía sobre su esposo, consiguió que éste nombrara su heredero á Hurtun, desheredando á Ivan y expulsándole de la casa paterna. En la época en que comienza nuestra historia, Hurtun, que habia ya perdido á su padre y á su madrastra, estaba, gracias á la flexibilidad de su carácter y á haber sabido con tanta maña plegarse á los caprichos de aquella harpía, estaba, repito, en pacífica posesion del vínculo de Basábil, y de la soberbia casa solar de la familia, situada en la anteiglesia de Górliz, y de la cual no queda ya, ó por lo ménos no he podido encontrar, el menor vestigio.

Ivan, que idolatraba á su padre y que amaba tiernamente á su indigno hermano, sufrió muchísimo al verse tratado por ellos con tanta crueldad como injusticia, y triste hubiera sido la situacion del jóven, privado de todo recurso, si una tia suya, viuda sin hijos, no le hubiera recibido en su casa, muy modesta ciertamente, pero en la que no faltaba nada de lo necesario. Aquella bondadosa señora, que era hermana de la madre de Ivan, y que como el viejo Tristan de Basábil residia también en Górliz, empezó por confiar á su sobrino la administracion de sus escasos bienes y la direccion de un martinete que poseia en Arratia, y más adelante, encantada de la conducta del jóven y del cariño y agradecimiento que le mostraba, le prohijó é hizo testamento en su favor. Para la época en que comienza nuestro relato, ya la tia de Ivan, sin-

tiéndose achacosa y pesándole mucho la soledad en que vivia, habia arrendado ó enajenado —que en esto no están acordes las crónicas—el establecimiento fabril de que acabamos de hablar, y habia hecho venir á su sobrino á su lado.

Sentados ya estos antecedentes, tan necesarios como poco atractivos, podemos continuar nuestra narracion con todo desembarazo.

Volvemos á encontrar á Ivan de Basábil la víspera del dia en que debia abrirse el singular concurso que el señor de Artibay habia ideado para dar esposo á su hija Lucía.

Era la hora en que ya casi completamente extinguida la luz crepuscular, empiezan á aparecer en el cielo una tras otra las fulgurantes estrellas; todavía no adornaban la bóveda azul más que Júpiter, Arturo, Altair, Vega y algunas otras, entre ellas las tres más brillantes de la gran Osa boreal, que, atada con invisible pero inquebrantable cadena, pasea eternamente en torno del polo. El coblakari de Uribe, sentado en la extremidad de un rocoso promontorio, término ordinario de sus paseos vespertinos, y cerca del cual se extendía una selva intrincadísima, como ya van quedando pocas en nuestras montañas, contemplaba alternativamente la inmensidad estrellada del espacio y la inmensidad del mar, en cuyas aguas, que de tiempo en tiempo iluminaba fosforescente fulgor, rielaban los astros de la noche. En ambas inmensidades reinaba en aquellos momentos la más apacible calma, pues no habia un soplo de viento y la ondulacion de las aguas era apénas perceptible. La naturaleza entera parecia dormir profundamente, descansando de sus fatigas y preparándose para nuevos esfuerzos.

No así el corazon de Ivan, del cual la calma parecia haber huido para siempre desde el dia en que la imágen de la bellísima Lucía de Artibay se grabó en él de una manera indeleble. El pobre jóven veía con profundo dolor acercarse el momento en que la que amaba iba á unirse á otro hombre con lazos indisolubles. Durante los tres dias siguientes, todos los

que aspiraban á obtener la mano de la rica heredera iban á disputársela en el grandioso circo erigido por Renaldo de Artibay en la república de Abando. ¿Quién obtendria el premio? ¿Qué frente ornaria Lucía de Artibay, ante un centenar de abatidos y envidiosos rivales, con la hermosa corona de florido mirto, obra de sus manos?

Aunque, como el lector habrá visto en el anterior capítulo, Ivan de Basábil dijo á su amigo Leonel que no tomaria parte en el singular, y casi estamos por decir extravagante concurso ideado por Renaldo de Artibay, á fuerza de pensar en ello, y despues de muchas vacilaciones, acabó por mudar de propósito, y resolvió presentarse en la liza en su calidad de versolari. Asi, aunque ni remotamente esperaba obtener el premio, mostraria al ménos á su amada que no era un amante pusilánime, incapaz de hacer esfuerzo alguno para lograr la realizacion de sus deseos. No tomar parte en el concurso, ¿no sería reconocer tácitamente la superioridad de sus rivales, y confesarse indigno de obtener el alto premio que aquellos se aprestaban á disputarse? Así creia Ivan, y por eso habia determinado presentarse en el circo del valle del Ibaizabal como uno de tantos aspirantes á la mano de la rica heredera. Pensaba ponerse en camino á la mañana siguiente ántes de rayar el alba, y su amigo Leonel, que deseaba presenciar el singular espectáculo que se preparaba, habia prometido acompañarle.

Si el jóven no hubiera estado tan abismado en sus pensamientos, habríase apercibido seguramente de que álguien se acercaba, pues, tal era el silencio de la noche, que hácia la parte de tierra se oía distintamente ruido de pasos y de ramas que cada vez parecia más próximo, y que indicaba que una ó varias personas venian por la vecina selva en direccion al promontorio, abriéndose paso con las manos á través de la espesura. Luégo el ruido cesó de repente, y no se oyó más que el suave murmullo del mar, y á lo léjos el monótono *clin clon* de algun filarmónico sapo.

Largo tiempo permaneció todavía el jóven ocupado con sus pensamientos ó absorto en la contemplacion del en apariencia ilimitado mar, de aquél móvil espejo en el que parecian mirarse con complacencia las rutilantes estrellas; pero, por fin, viendo que era ya bien entrada la noche, levantóse y se encaminó lentamente hácia la espesa selva que tenía que atravesar para volver á su casa, no sin dirigir ántes una indefinible mirada al inmenso golfo que dejaba á sus espaldas, golfo dormido entónces pero proceloso casi siempre, y en cuyos abismos yacen enterrados tantos pobres pescadores, tantos marinos valerosos.

Pero apénas habia entrado en la selva, que no distaba mucho de la extremidad del promontorio, cuando cuatro hombres en ella ocultos se arrojaron de improviso sobre el pobre Ivan sin darle tiempo para defenderse, le maniataron fuertemente, y, despues de vendarle los ojos, le condujeron de grado ó por fuerza á través del bosque, con toda la rapidez que permitia lo intrincado de éste, lo accidentado del terreno, y la oscuridad que era casi completa.

En vano el coblakari de Górliz pedía á los que le llevaban explicacion de aquel inesperado acto de violencia. ¿En qué les habia ofendido? ¿Adónde le llevaban? ¿Obraban por cuenta propia, ó eran mandados por alguna otra persona? Como obedeciendo á una consigna, ó á un plan de antemano adoptado, ellos nada contestaban á estas ó parecidas preguntas que el desgraciado Ivan les dirigia, ya en tono de amenaza, ya en tono de súplica. Si al fin uno de los cuatro salió de su obstinado mutismo, fué sólo para decirle que cesara de hacer preguntas, pues no obtendria contestacion alguna. Empero el jóven ensayó todavía el medio que con cierta clase de gente suele ser el más eficaz; esto es, les ofreció oro, tanto oro como él pudiera darles, si le dejaban en libertad, ó por lo ménos le decian por órden de quién y adónde le llevaban; pero, ó ellos eran muy fieles, ó esperaban ser mejor pagados por el que les empleaba que por el pobre coblakari, pues tambien ese

medio, verdaderamente heróico, resultó inútil. Entónces Ivan dió tregua á sus súplicas, á sus amenazas y á sus promesas, y caminó en silencio, siguiendo el ejemplo de sus conductores, quienes sólo de tiempo en tiempo se dirigian algunas breves frases insignificantes, que ninguna luz podian dar al perplejo y atribulado Ivan.

Por fin, despues de larga y penosa marcha por senderos escabrosos y casi impracticables, el cantor de Uribe y los que le conducian llegaron al pié de una altísima torre, que sentada en una colina, señoreaba un vallecito angosto, poblado de castaños y nogales, pero en el que no se veia ninguna otra habitacion. Un hombre que esperaba á la puerta de la torre hizo entrar en ésta á los recien llegados, y condujo á Ivan á la estancia que le estaba destinada, situada en el más alto piso del vetusto edificio. Allí el jóven fué desembarazado de la venda que cubria sus ojos y de las ligaduras que sujetaban sus manos, despues de lo cuál el carcelero, que así podemos llamarle, le dejó solo, no sin decirle ántes que muy pronto volveria trayéndole algunos suculentos y reparadores manjares, y un vinillo alegre que contribuiria poderosamente á hacer más llevadera su situacion.

En cuanto Ivan se vió solo, corrió á la única ventana del aposento, pues deseaba vivamente conocer el lugar en que se hallaba; pero experimentó un gran desencanto al ver que aquella ventana, que estaba defendida por gruesas barras de hierro, daba á un espacioso patio, y no al campo, como él habia imaginado.

El carcelero, fiel á su promesa, no tardó en presentarse con la cena de su prisionero; pero en vano este trató de hacerle hablar por cuantos medios le sugirió su imaginacion, pues aquél, como si temiera que le ablandaran los ruegos, le aseguró que nada le diria, y salió de la estancia, cerrando tras él la pesada puerta de roble, y corriendo cuidadosamente los cerrojos.

El bardo de Uribe no acertaba á explicarse lo que le es-

taba sucediendo. No recordaba haber ofendido á nadie, y no tenía, ó creia no tener, enemigo alguno. ¿Quién, pues, le habia privado de su libertad, y qué móvil le habia impulsado á ello? Por un momento imaginó que alguno de los pretendientes de Lucía de Artibay habria preparado el secuestro para impedirle tomar parte en el concurso; pero pronto rechazó esta idea, que le pareció absurda. En efecto ¿á quién podia poner en cuidado un rival tan humilde?

Sin medio alguno de evadirse, y sin saber siquiera dónde se hallaba ni á quién debia su inesperado é inoportuno encierro, la única esperanza que le quedaba era que su tia ó su amigo Leonel descubrieran su paradero y lograran devolverle la libertad.

## III.

El buen trato que Ivan recibia en la torre le convenció muy pronto de que únicamente se trataba de mantenerle alejado de las justas de Abando, y por eso mismo el jóven ardia en deseos de asistir á ellas. Así es que el infelíz se desesperaba viendo pasar las horas y los dias sin que Leonel ni su tia, con quienes habia contado, se presentaran á abrirle las puertas de la prision. Habia ya amanecido el tercero y último dia de justas, é Ivan de Basábil habia perdido toda esperanza de asistir á ellas.

Empero una persona con quien no contaba se habia puesto á trabajar en su favor.

Este auxiliar inesperado era una sobrina del alcaide de la torre, que habiendo tenido la desgracia de quedar huérfana, habia venido á vivir con su tio, en cuya casa desempeñaba las funciones de criada, bajo la férula de su amante tia, que era la mujer de peor índole y de carácter más áspero, dominante y destemplado que imaginar se puede. Se necesitaba toda la paciencia y toda la dulzura de la pobre Lilia para su-

frír el irritante despotismo y los crueles tratamientos de aquella mujer sin entrañas.

En medio de su triste existencia, tenía la sobrina del alcaide algo que la ayudaba á soportarla, y que mantenia en su corazon la esperanza de dias mejores. La hermosa niña amaba á un gallardo mancebo de las inmediaciones, y aunque el padre de éste, por ser ella pobre, no la queria por nuera, no era probable que resistiese siempre á las súplicas de un hijo adorado, cuya felicidad no podia serle indiferente.

Esta jóven, tan buena y dulce como hermosa, y por la que de seguro se interesa ya el lector, fué la que, compadecida del desgraciado Ivan, se propuso ponerle en libertad. Su tia, curiosa como una verdadera hija de Eva, habia logrado que su marido le dijera quién era el preso y con qué objeto se le habia encerrado, y luégo, como por lo ménos era tan locuaz como curiosa, se lo contó todo á su sobrina en uno de sus raros momentos de buen humor, á pesar de que su esposo le habia recomendado el mayor secreto. De ese modo supo Liliá que el prisionero era Ivan de Basábil, el renombrado versolari de Uribe, á quien Leonel de Terlíguiz, uno de los pretendientes de Lucía de Artibay, habia hecho encerrar para que no pudiera realizar su proyecto de tomar parte en el concurso de Abando.

La hermosa Lilia, que era una de las más entusiastas admiradoras del bardo de Uribe, pudo, no sin trabajo, al oir la relacion de su tia, reprimir la indignacion que le causaba el infame atentado de que aquél habia sido objeto; pero, en cuanto se halló sola, ya no pensó más que en la manera de ayudar al jóven, y de burlar las maquinaciones de su rival. Y como no habia tiempo que perder, pues era ya llegado el tercero y último dia de justas, corrió á casa de su amante á participarle lo que sucedia, y rogarle que inmediatamente tratara de poner en libertad al incomparable improvisador que tantas veces les habia deleitado con sus canciones. A la jóven la cosa le parecia muy fácil, pues bastaba, segun ella,

divulgar en los alrededores la noticia de que el bardo de Uribe se hallaba preso en la torre, para que los campesinos la asaltaran y pusieran en libertad al que tantas veces les habia entretenido agradablemente con sus versos y con sus canciones; pero su amante, más cuerdo y ménos impetuoso que ella, desaprobó ese plan, porque la gente que habia en la torre era suficiente para defenderla durante muchos dias, y bastaba que la defendieran hasta la puesta del sol de aquel mismo dia para impedir que Ivan de Basábil asistiera á las justas. Era, pues, preciso obrar de otra manera, y el jóven, despues de prometer á su amada que no perderia el tiempo, y de asegurarla que tenía fe en el éxito de su empresa, la aconsejó que se volviera á la torre lo ántes posible, para evitar, si aún era tiempo, que su irascible tia la echara de ménos.

Volvió, pues, Lilia á la torre, miéntras que su amante, deseoso de complacerla y de servir al bardo más popular de la comarca, buscaba un medio rápido y seguro de ponerle en libertad.

Poco tiempo empleó el jóven en meditar. Reunió unos cuantos amigos, quienes, en cuanto conocieron su proyecto, prometieron secundarle con la mayor decision; y proveyéndose de suculentas viandas y de excelente sidra, artículos que les aseguraban un cordial recibimiento, se encaminaron á la torre donde el buen versolari estaba preso.

El alcaide, que siempre recibia bien al novio de su sobrina, le dispensó en esta ocasion una acogida más afectuosa si cabe que otras veces, al verle llegar en tan alegre compañía y con tan abundantes y apetitosas provisiones. ¡Cuán léjos estaba él de sospechar lo que se tramaba!

Rindiéndose á los deseos de su presunto sobrino, el alcaide dispuso que todos los hombres que guarnecian la torre tomaran parte en el improvisado banquete, sin exceptuar los que guardaban la puerta de la estancia del prisionero. ¿Qué habia que temer? La puerta era sólida, excelente la cerradura,

gruesos y fuertes los cerrojos, de modo que el preso no podia evadirse, como no fuera por el agujero de la llave; pero áun entónces tendría que pasar, para salir de la torre, por el anchuroso vestíbulo que servía de comedor, y que iba á ser la escena de la orgía que se preparaba.

Ocupó el alcaide un extremo de la mesa, á cuyo otro extremo se sentó Lasarte, que así se llamaba el novio de Lilia; miéntras que los soldados de la torre se sentaban sin el menor recelo, á pesar de su inferioridad numérica, mezclados con los gallardos y fornidos jayanes que el jóven habia traido consigo.

El apetito del alcaide y de los suyos sólo era inferior á su sed, que parecia inapagable: de tal modo trasegaban la deliciosa sidra á sus insondables estómagos. En cambio, Lasarte y sus amigos, deseosos de conservar todas sus facultades, bebian con mucha templanza, aunque aparentando hacerlo tan copiosamente como la gente de la torre.

Pronto el alcaide, que habia estudiado para clérigo pero que no llegó á recibir las órdenes por habérselo impedido las sugestiones de la carne, empezó á hablar en un latin macarrónico; los soldados, que no conocian el idioma del Lacio, hablaban una lengua extraña, que, por lo incomprensible, pareció, á alguno de los compañeros de Lasarte, árabe ó griego mezclado con algunos, aunque pocos, vocablos euskaros. Evidentemente el zumo de las manzanas habia dado el don de lenguas á aquellos iletrados, que tambien el dios Baco, con ser dios de mentirillas, suele hacer de cuando en cuando algunos milagros.

Lo peor del caso era que todos aquellos iluminados hablaban á un tiempo, y que cada cual esforzaba la voz para dominar las de sus compañeros; así es que se formó una algarabía infernal é indescriptible.

El preso, á cuyos oidos llegó aquella estruendosa vocería, estaba tan triste, tan abismado en sus pensamientos, que apénas prestó atencion á lo que oia, pareciéndole de ninguna

importancia para él; pero luégo, de pronto, la bacanal se convirtió en acaloradísima reyerta, oyéronse gritos de cólera, recriminaciones y juramentos, y entónces Ivan de Basábil se acercó á la puerta de la prision, y escuchó con vivo interés, ansioso de oir alguna palabra que le explicara el orígen de la contienda, y no sin alguna esperanza de que la desunion de los que le guardaban le proporcionara la libertad.

Al cabo de algunos momentos, el jóven oyó en la escalera ruido de pasos precipitados, ruido que cesó á la puerta de la estancia que le servia de prision. ¿Venían á asesinarle, ó á ponerle en libertad?

Ivan oyó dar vuelta á la llave y descorrer los cerrojos; luégo la pesada puerta giró lentamente sobre sus goznes, y apareció Lasarte, saludando respetuosamente al poeta.

El honrado jóven, ayudado por sus compañeros, habia agarrotado fuertemente al alcaide y á los soldados, y venía á poner en libertad al cantor de Uribe.

—Sois libre—le dijo,—pero si deseais tomar parte en las justas de Abando, no teneis tiempo que perder; es preciso que os pongais en camino inmediatamente. Yo os acompañaré, si me lo permitís, y gracias á mi perfecto conocimiento de todas las sendas y pasos de las montañas, tal vez lleguemos á tiempo, aunque mucho lo dudo, pues la distancia es larga y ya sabeis que á la puesta del sol se cierra la liza.

Ivan, despues de pronunciar algunas frases de agradecimiento, quiso saber á qué feliz circunstancia debía el que una persona que le era enteramente desconocida se interesara por él tan vivamente; pero Lasarte no le dejó hablar, y le rogó que le siguiera, asegurándole que en el camino le daria cuantas explicaciones juzgase necesarias.

El amante de la bella Lilia cumplió su palabra refiriendo minuciosamente al bardo de Uribe todo lo que habia sucedido, pero sería inútil poner aquí su narracion, pues el lector conoce ya todos los hechos verdaderamente necesarios para la inteligencia de esta historia.

¡Cuán grandes fueron el dolor y la sorpresa de Ivan de Basábil al saber que el fautor de la violencia cometida con él era su amigo Leonel de Terlíguiz! Entónces se convenció de que, como lo habia sospechado más de una vez, éste le guardaba rencor desde lo sucedido con Rosa de Gaminiz; y en efecto, si Leonel deseaba obtener la mano de Lucía de Artibay, no era porque la amara, sino por vengarse del que sin esfuerzo alguno habia ganado el corazon de la blanca flor de Górliz, siempre con él tan desdeñosa.

¡Qué desencanto para el pobre Ivan que tenía á Leonel por su mejor amigo! Pero el jóven no podia quejarse, puesto que, en cambio del perdido amigo, el destino le habia deparado tan oportunamente uno de cuya sinceridad y de cuyos nobles sentimientos no era posible dudar ni un instante. En efecto, el honrado Lasarte, no contento con darle la libertad y con servirle de guía por aquellos riscos y vericuetos, habia enviado á Górliz á uno de sus amigos á tranquilizar á la tia de Ivan acerca del paradero de su sobrino.

A la verdad, el segundo de estos servicios no tenía importancia alguna para Ivan, quien, por decirlo así, conocia el país palmo á palmo y no tenía necesidad de guía; pero, en su actual estado de ánimo, no le desagradaba tener un compañero de viaje á quien comunicar sus impresiones, así es que se guardó muy bien de no aceptar el ofrecimiento de Lasarte, principalmente cuando supo que éste deseaba ver la terminacion de las justas de Abando. Por desgracia la tarde estaba ya bastante avanzada, y tenían poca, muy poca esperanza de llegar ántes de la puesta del sol á la república de Abando.

Lasarte, como la mayor parte de los enamorados, se complacia en hablar de su amada; y su compañero de camino, que á ella principalmente debia la libertad, no le escuchaba con menor complacencia. Para Lasarte no habia en el mundo entero una doncella tan linda, ni tan graciosa, ni tan dulce, ni tan buena, como su adorada Lilia, y se hubiera ya casado con ella á no ser por la tenaz oposicion de su padre, que no

queria por nuera una jóven enteramente desprovista de bienes de fortuna. Decia el viejo Lasarte que su novia, además de sus prendas físicas y morales, habia aportado al matrimonio una buena bolsa repleta de monedas de oro, las cuales contribuyeron poderosamente á su felicidad, y que por esa razon queria que la novia de su hijo tuviese tambien algunas doblas, que dieran mayor realce á su virtud y á su hermosura. Desgraciadamente, nada poseia Lilia, y aunque su tio, que era un hombre bondadoso, hubiese querido dotarla, no lo hubiera permitido su esposa, que, como ya hemos visto, detestaba á su infeliz sobrina. Sin embargo, el enamorado Lasarte esperaba que á fuerza de perseverantes ruegos conseguiria vencer la resistencia de su anciano padre, tanto más cuanto que para lograrlo podia contar con la valiosa ayuda de su madre, que adoraba á la bella y cariñosa Lilia. Lasarte era, pues, mucho ménos desgraciado que Ivan de Basábil, para quien no habia en el porvenir la menor vislumbre de esperanza, y sin embargo el pobre bardo compadecia sinceramente á su libertador, y hubiera hecho cualquier sacrificio por contribuir á su felicidad.

—Si yo fuera rico—le dijo—mi primer cuidado sería dotar liberalmente á la hermosa Lilia, para que vuestro padre no se opusiera por más tiempo á la felicidad de dos personas tan estimables y á quienes debo eterno reconocimiento. Desgraciadamente el bardo de Uribe es pobre; en sus bolsillos, atestados de coplas, rara vez entra una moneda, y además, las que en ellos entran de tiempo en tiempo se trasladan prontamente á los bolsillos de séres más necesitados que él. Los verdaderos poetas no tienen nada suyo: son desprendidos y generosos, desprecian el oro, y por eso sin duda éste huye de ellos constantemente.

En estas y otras pláticas entretenidos, Ivan y Lasarte avanzaban con rapidez hácia Abando. De tiempo en tiempo el cantor de Uribe hacía un gesto de impaciencia al ver que el sol iba acercándose al ocaso y que era todavía considera-

ble la distancia que les quedaba por recorrer. Era de presumir que para cuando llegaran al término de su viaje estaria concluido el concurso, y habrian ya los jueces pronunciado su inapelable fallo.

Nosotros, que gozamos del privilegio de salvar en un instante las mayores distancias, haríamos muy mal en seguir acompañando á Ivan y Lasarte, á riesgo de no llegar á tiempo para contemplar el extraordinario espectáculo preparado por el excéntrico señor de Artibay. Trasladémonos, pues, en un abrir y cerrar de ojos al grandioso circo erigido en la anteiglesia de Abando.

## IV.

Cerca del lugar en que el correntoso Cadagua ó Salcedon, hijo del noble valle de Mena, mezcla sus aguas con las del orduñes Ibaizábal, habia hecho construir el señor de Artibay, con los robles y las hayas de las inmediaciones, el anfiteatro en que debian exhibirse los pretendientes de su hija, anfiteatro del cual ya no queda el menor vestigio, aunque nos han asegurado que hace todavía poco tiempo se veian en el barrio de Zorroza algunos de los grandes dados ó netos de piedra arenisca que lo sustentaron.

Pero penetremos en el vasto recinto, que no todos los dias es dado presenciar espectáculo semejante al que allí nos aguarda.

El circo era oblongo y de grandes proporciones. Abigarrada y bulliciosa multitud llenaba la inmensa gradería, y en los palcos se veian muchas hermosas y elegantes damas y no pocos apuestos caballeros. En el más lujoso de los palcos, y bajo riquísimo dosel de brocado carmesí con franjas de oro, de cuyo fleco, tambien carmesí, pendian doradas bellotas, estaban la hermosa Lucía y los venerables jueces que á su edad avanzada debian aquel honorífico puesto. Renaldo de

Artíbay, con objeto sin duda de mostrar que no queria ejercer influencia alguna en el ánimo de los jueces, presenciaba la fiesta desde otro palco.

El lector conoce ya á Lucía. La jóven estaba ricamente ataviada y radiante de hermosura. Sobre sus negros y hermosos cabellos veíase la linda corona de arrayan florido que ella misma debia colocar al fin del concurso sobre la frente del mortal afortunado que iba á ser su esposo.

Los jueces, que como ya sabe el lector eran los ancianos de edad más avanzada que habia en Vizcaya, eran tres y pertenecian á la clase de labradores, que en nuestras montañas alcanza generalmente una gran longevidad. Aquellos sencillos aldeanos asistian á la fiesta cuidadosamente endomingados con sus mejores vestidos, y bien peinadas las plateadas melenas que en ensortijados bucles caian sobre los hombros. En la mano tenian los primorosos makilas de níspero con puño de plata, regalo del señor de Artibay, y signo de la honrosa magistratura que estaban ejerciendo, á la que parecian llamados, aún más que por su respetable ancianidad y por sus blancos cabellos, por su majestuoso aspecto, y por la noble, bondadosa é inteligente expresion de sus rostros, que á todos inspiraban amor, respeto y veneracion.

El concurso tocaba á su fin. Pronto el sol iba á ocultarse tras los montes, cerrándose al mismo tiempo las puertas del circo, que no se volverian á abrir hasta que los jueces pronunciaran su fallo, y que la hermosa Lucía de Artibay ciñera la frente de su novio con la codiciada corona de mirto florido.

Muchos y muy valientes y muy nobles caballeros, tanto del país como extraños, habian tomado parte en las justas; habíanse roto muchas lanzas, y no pocos hechos de audacia, de fuerza y de destreza habian excitado la admiracion de los espectadores. Además, muchos notables artífices habian osado aspirar al premio presentando primorosas obras de sus manos: brillantes armaduras, escudos impenetrables, bien

templadas armas, lujosos vestidos, joyas riquísimas, y otros objetos cuya enumeracion sería prolija y fastidiosa. Ni faltó quien exhibiera toscos y humildes aperos de labranza, y me han asegurado, aunque yo no puedo creerlo ni debe creerlo el lector, que entónces fué cuando por primera vez se vieron las layas de dos puntas que hoy usan nuestros campesinos en lugar de las de tres que usaron sus antepasados.

Pero tambien hubo entre los pretendientes algunos que excitaron la risa ó el escarnio de la concurrencia.

El pastor Barinaga, de la sierra de Bizcargui, rechoncho de cuerpo, feo de rostro, y con la nariz, que era apénas perceptible, vuelta hácia arriba á manera de gancho, se presentó en el circo seguido de numerosos pollinos cargados de quesos que distribuyó entre los espectadores, sin que lograran desconcertarle las ruidosas carcajadas y los burlones aplausos que resonaban en el circo, ni las chanzonetas que de todas partes le dirigian. Este al ménos tuvo la satisfaccion de que la hermosa Lucía probara uno de sus quesos y dijera que le parecia excelente.

Narciso Choriburu, vecino de la noble villa de Bilbao, penetró en el circo lenta y mesuradamente, y se puso á pasear en él con la cabeza erguida, con una sonrisa boba en los labios, y contoneándose ridículamente. Hermoso como el Apolo de Belveder, pero necio sobre toda ponderacion, habia imaginado que sólo tenía que presentarse para ser elegido por aclamacion y ganar la codiciada corona de mirto. ¿Quién tan digno como él de partir con la bella Lucía el lujoso tálamo nupcial preparado en el mejor aposento del palacio de Artibay para la heredera de esta ilustre raza? Por eso su ademan era el de un conquistador á quien nada resiste y que sólo necesita mostrarse para vencer. Pero el mentecato vió fallidas sus esperanzas; la multitud, despues de un instante de sorpresa, casi de estupor, producido por el descarado atrevimiento del pisaverde, prorumpió en terribles vociferaciones, en atroces denuestos; y la reina de la fiesta, la her-

mosa Lucía de Artibay, no pudo contener una carcajada; así es que el bello Narciso, confuso y avergonzado, se dirigió á la puerta dando traspiés, y salió del circo como alma que lleva el diablo, no sin recibir ántes sobre la cabeza algunas manzanas y otros proyectiles semejantes.

La entrada en el circo de un anciano arpista de enjuto y arrugado rostro y de luenga barba blanca, produjo general hilaridad. ¿Era posible que aquel Matusalen, aquella momia, osara pretender la mano de la doncella de Artibay? Algunos le gritaban que se marchara, otros lanzaban exclamaciones de asombro, y no pocos, olvidando el respeto debido á la ancianidad, le dirigian groseros denuestos: sólo los viejos que habia entre los espectadores permanecian en silencio contemplando al recien llegado con admiracion, y diciéndose que tambien ellos habrian hecho como él si no les hubiera faltado el valor. El arpista, sereno, imperturbable, esperaba tranquilamente que el tumulto cesara para empezar á tañer su instrumento.

Cediendo á los ruegos de Lucía, uno de los jueces impuso silencio á la multitud alzando el makila y pronunciando con estentórea voz el expresivo *¡Zagoze ishilic!* de nuestra lengua, y entónces el viejo, despues de cerciorarse de que el arpa estaba bien templada, empezó á cantar acompañándose con ella. A las primeras notas se vió que era un tañedor incomparable. Su habilidad en el canto estaba léjos de ser tan grande; sin embargo, la voz, aunque bastante débil, era muy agradable. En cuanto á la cancion, no es fácil repetirla exactamente, habiendo desde entónces trascurrido algunos siglos; pero era poco más ó ménos como sigue:

EL AMOR DE LOS VIEJOS.

«La siempre verde hiedra no se enrosca al tierno arbolito, juguete de los vientos, y emblema de la voluble juventud, que

ya se inclina á un lado, ya al opuesto, cediendo al embate de las pasiones.

»La siempre verde hiedra se enrosca en el añoso tronco de rugosa corteza, que, siempre inhiesto é inmoble, se mofa de la furia de los vientos.

»El añoso tronco es el firme y seguro sosten de la débil planta, y ella en cambio le abraza fuertemente con sus innumerables brazos, y le defiende de la intemperie, prestándole calor en el invierno, frescura en el verano, y amor en todas las estaciones.

»Así estrecha y amorosamente unidos el árbol secular y la siempre verde hiedra, simbolizan el cariño sin límites, la ternura infinita, la constancia y la fidelidad.

»Lo que los jóvenes llaman amor es simplemente el hervor de la sangre, y se asemeja al huracan en que es de tanta menor duracion cuanto más impetuoso y violento.

»En cambio el amor de los viejos es el amor verdadero; el amor de los viejos es la ternura del corazon, el sublime sentimiento que hace que por la felicidad de un sér querido demos gustosos nuestra propia felicidad y nuestra propia vida.

»El amor de los viejos es constante, inalterable. El que á pesar de los sufrimientos y de los desengaños de una dilatada existencia no ha cerrado su corazon al amor, ese sólo es capaz de amar verdaderamente.»

Calló el anciano, y después de saludar á los jueces y al público inclinándose profundamente, se dirigió con lentitud hácia la puerta del circo en medio de atronadores aplausos: verdad es que, como tal vez habrá adivinado el lector, los que más ruido hacian eran los viejos. Pero hasta los jóvenes confesaban que el arpista habia tocado y cantado muy bien, y que si para ser un buen marido bastaba poseer esas habilidades, nadie era tan digno como él de casarse con la heredera de Artibay.

Despues del anciano cantor se presentó en el circo el opulento traficante Pascasio de Irati, más conocido en la comarca

por Pascasio Iscariote, porque, como decian las gentes, si el traidor Judas habia vendido á Cristo por treinta monedas de plata, él, aunque devoto y santurron, era muy avaro y capaz por otras treinta, y áun por veintinueve, de vender no sólo al hijo de María, sino tambien á las otras dos personas de la Santísima Trinidad y á todos los espíritus inmortales que rodean el trono del Muy Alto..... aunque sólo en el caso de no poder venderlos á más subido precio. El beatísimo Pascasio venía precedido de un criado que traia una gran mesa y seguido de otros cuatro ó cinco hombres cargados de enormes y al parecer pesadísimos talegos; y miéntras que el nuevo pretendiente saludaba á los jueces y al público en medio de la estupefaccion general, el que habia traido la mesa la plantó en medio del circo, y los otros vaciaron junto á ella en el suelo los pesados talegos, formando un gran monton de hermosas monedas de oro de varias formas y tamaños. Luégo el avaro se puso á edificar sobre la mesa, con aquellos preciosos materiales, muchas casas, palacios é iglesias en miniatura, hasta formar una pequeña ciudad defendida por dos castillos y por una muralla poligonal en cuyos ángulos se alzaban grandes cubos almenados. El objeto de Pascasio, pero sólo el objeto aparente, era hacer admirar su habilidad verdaderamente pasmosa; mas no se escapó al público el objeto real del avaro, que era mostrar sus riquezas, que á su parecer bastaban para hacerle digno de emparentar con Renaldo de Artibay. Sin embargo, tal era la maestría del singular arquitecto, que miéntras estuvo ocupado en su maravillosa obra los espectadores permanecieron como absortos, sin apartar la vista de la mesa en que aquél iba colocando su tesoro; pero cuando Pascasio, despues de terminada su tarea, se volvió hácia los jueces con aire de triunfo, oyéronse ruidosos murmullos de desaprobacion, y algunas frases mal sonantes fueron á herir los tímpanos del avaro. Este, visiblemente turbado, acabó de desconcertarse al oir que álguien pedia á voz en grito que en castigo de su atrevimiento le fuera confiscado el

oro que habia sobre la mesa, y ordenando á sus servidores que volvieran el dinero á los sacos, se puso él mismo á ayudarles azoradamente, en medio de la rechifla de los circunstantes. Luégo, cuando en el mismo órden en que habia entrado se encaminó con sus servidores hácia la puerta del circo, oyéronse gritos de burla, de cólera y de reprobacion, mezclados con ruidosas carcajadas, y en el mismo instante la hermosa Lucía arrojó desde su palco, á los piés del confundido Pascasio, una moneda de oro, en muestra de desprecio, como se arroja á los piés del juglar el precio de su trabajo. Detúvose Pascasio un momento sin saber qué hacer y con la vista fija en la moneda; pero luégo, vencido por la codicia, se arrojó sobre ella como el buitre sobre su presa, y, guardándola en la escarcela, corrió fuera del circo en medio de las vociferaciones de la indignada multitud.

Pero cerremos esta procesion de figurones. Baste apuntar que se presentaron en el circo no pocos entes tan necios y ridículos como Barinaga y Choriburu, y tan despreciables como Pascasio de Irati, pues desgraciadamente, entónces como ahora abundaban los unos y los otros.

Hemos dicho ya que el concurso tocaba á su fin, y podemos añadir que casi todos los presentes lo consideraban como terminado.

En efecto, declinaba la tarde, el sol iba á hundirse en el ocaso, hacía bastante tiempo que el público esperaba en vano la aparicion de algun nuevo competidor, y era de presumir que ya no se presentaria ninguno. Así es que muchos de los circunstantes, cansados de esperar, pedian en voz alta que los jueces diesen por terminado el concurso y pronunciasen su inapelable fallo. Pero era imposible acceder á tal peticion; las puertas del circo no debian cerrarse hasta que el resplandeciente disco del sol se ocultara detras de las montañas.

Sin duda las cosas no habian ido á gusto de Renaldo de Artibay, pues el anciano, que en compañía de algunas personas de su edad ocupaba un palco bastante próximo al de su

hija, no parecia nada satisfecho. En efecto, cuando el excéntrico padre de Lucía determinó la celebracion del singular concurso de que venimos ocupándonos, no lo hizo tanto por satisfacer un capricho extravagante y procurarse una agradable diversion, como por casar á su hija con quien él queria sin dar á entender su preferencia y por ende sin enemistarse con los demas pretendientes; pero los sucesos iban dando al traste con sus esperanzas. Simon de Bolibar era el marido que él deseaba para su hija, y habia imaginado el anciano que aquel caballero, el primer justador y al mismo tiempo el hombre más popular de Vizcaya, haría en el torneo el papel más brillante, y sería declarado vencedor por los jueces y por el pueblo; pero desgraciadamente, aunque el de Bolibar habia mostrado el valor y la destreza de otras veces y ganado muchos aplausos, tanto ó más que él se habian distinguido un todavía imberbe infanzon vizcaino y dos señores forasteros, navarro el uno y suletino el otro. Por otra parte, si el de Artibay habia escogido los jueces que sabemos, fué porque le pareció que siendo aquellos unos pobres campesinos le sería fácil, por medio de dádivas y halagos y ayudado de la inmensa popularidad de Simon de Bolibar, hacer que fallaran en su favor, pero tuvo el disgusto de ver que se habia engañado. Aquellos venerables ancianos, á quienes separadamente trató de ganar el de Artibay, le contestaron uno tras otro que no podian acceder á sus deseos comprometiéndose de antemano á fallar en favor de determinada persona, pues estaban firmemente resueltos á cumplir con su deber dando el premio al que en conciencia les pareciese más digno de obtenerlo.

Poca ó por mejor decir ninguna esperanza tenía el señor de Artibay de que Simon de Bolibar resultara elegido por los jueces, así es que era probable que aunque bien á pesar suyo tuviese que dar á su hija otro esposo. Sin embargo, podia suceder que cada uno de los jueces se declarara en favor de distinta persona, y estaba seguro el anciano de que su hija, que en tal caso sería llamada á decidir la cuestion eligiendo esposo

entre todos los que habian tomado parte en el concurso, se pronunciaria por Simon de Bolibar. En efecto, el de Artibay, que no quería violentar la voluntad de su hija, le habia hablado con entera franqueza, diciéndole que aunque él prefería á aquel caballero ella podia elegir á su antojo, siempre que su eleccion recayera en persona digna por sus virtudes, y por la pública estimacion, de emparentar con ellos; pero Lucía habia contestado que aunque no sentia amor hácia ninguno de sus pretendientes, preferia entre todos ellos al hidalgo de Bolibar, y que por él se pronunciaria, no siendo en el caso, poco probable á su ver, de que tomara parte en el concurso algun nuevo pretendiente que fuera más de su agrado. Y aunque en verdad el navarro y el suletino mencionados más arriba eran jóvenes gallardísimos, todavía les aventajaba Simon de Bolibar en varonil hermosura; así es que por ese lado estaba muy tranquilo el caballero de Artibay.

Una cosa afligia profundamente al anciano, que se asombraba de no haberla previsto, y era la actitud de los caballeros que habian tomado parte en las justas, y de los deudos y parciales que los acompañaban. En efecto, como era general la creencia de que el concurso estaba terminado, todos trataban de adivinar quién obtendria la codiciada corona de mirto, y cada cual ponderaba los propios merecimientos, ó los de los amigos y allegados; así es que aquellos diálogos, al principio corteses y reposados, se trocaron muy pronto en acaloradísimas disputas, que convirtieron el anchuroso circo en otro campo de Agramante. Por todas partes se oian coléricas imprecaciones y terribles amenazas; no pocos caballeros apretaban convulsivamente el puño de sus espadas, y la exaltacion de los ánimos, en lugar de calmarse, iba en aumento; así es que Renaldo de Artibay, que habia ideado aquel singular concurso para evitar la renovacion de las contiendas civiles que tanto habian afligido á Vizcaya, contemplaba con grandísima pena el espectáculo que tenía ante los ojos, pues se decia que de nuevo iban á asolar la tierra, y á llevar el luto á los hogares, las

implacables guerras de los bandos. No hay palabras para pintar la irritacion de gran parte de los circunstantes, y el ruidosísimo tumulto que en vano trataban de apaciguar, con sesudas y mesuradas razones, los jueces y otras personas respetables.

El alboroto iba en aumento y habian salido á lucir algunas espadas; iba á correr la sangre, y Lucía de Artibay, alarmada, se disponia á dejar su palco y á refugiarse en el de su padre, cuando dos jóvenes, con el rostro encendido y cubiertos de polvo y de sudor, penetraron apresuradamente en el circo. En el mismo instante cesaron como por encanto las disputas, desarrugáronse las frentes, volvieron á la vaina las espadas, y una unánime y atronadora aclamacion conmovió los cimientos del grandioso circo. Era que en uno de aquellos jóvenes, hermoso y gallardo sobre toda ponderacion, la multitud acababa de reconocer al primogénito de la ilustre familia de Basábil, al popularísimo bardo de Uribe. Uno solo de entre los circunstantes dejó de asociarse á aquel admirable movimiento de entusiasmo, á aquella lisongerísima manifestacion de cariño; uno solo, entre tantos miles de espectadores, se estremeció de furor, como los otros de alegría, al ver al noble Ivan de Basábil. No tenemos necesidad de decir su nombre, pues ya el lector habrá adivinado que se trata de Leonel de Terlíguiz. El jóven no apartaba la vista de Ivan, y apénas daba crédito á sus ojos. —¿Cómo habrá escapado de la prision?—se decia. —¿Me habrá sido infiel el encargado de custodiarle? ¡Ay de él si se confirman mis sospechas!

El bardo de Uribe, despues de saludar á los jueces y á la concurrencia, y de cruzar algunas palabras con su compañero Lasarte, fijó los ojos en el bello rostro de su amada como pidiéndole inspiracion, y luégo, en medio del más profundo silencio, cantó en lengua euskara lo siguiente:

LA BATALLA DE ILLUNDONA.

«El fragor de la guerra resuena en las faldas de Motrella y

Gastíburu, y torrentes de sangre van á enrojecer las límpidas aguas del murmurante riachuelo que baja de la escabrosa sierra de Oiz.

Los animosos vizcainos, los descendientes del pacífico ibero, pelean con los hijos de los feroces y sanguinarios galos que pretenden enseñorearse del país y esclavizar á sus moradores.

¡Con qué furia combaten los montañeses! Más que hombres parecen fieras irritadas. Seguramente, ni Arnaldo Papin ni los suyos se han visto jamás ante enemigos tan terribles.

Y es que los nobles hijos de Túbal, dulces é inofensivos en la paz como los mansos corderillos de sus valles, se vuelven furiosos leones cuando se ven acosados por el extranjero y peligra la libertad de su patria.

Pero el ejército de Arnaldo Papin es mucho más numeroso y está mejor armado que el de los vizcainos, así es que, aunque éstos no se cansan de matar, no por eso se aclaran las filas de sus enemigos. En cuanto un hombre cae bañado en sangre, parece que otro brota de la tierra para ocupar su puesto.

No esperan, pues, los vizcainos que la victoria corone sus esfuerzos. Pero tampoco pueden ser vencidos; ántes de rendirse ó de volver la espalda al enemigo caerán uno tras otro como valientes que prefieren la muerte á la deshonra y á la servidumbre.

¡Con qué bizarría pelea su noble jefe! ¿Dónde se vió jamás un guerrero comparable con Sancho de Madalbea? Loco de desesperacion al ver que la abrumadora superioridad numérica del enemigo hace inútiles los esfuerzos de sus soldados, se propone morir matando, y recorre en todas direcciones las apretadas filas de los contrarios, con la impetuosidad del huracan, arrollando cuanto encuentra á su paso. Tal es la rapidez de su carrera, que cuesta trabajo seguir con la vista la ondulante pluma negra de su bruñido casco.

A veces un importuno pensamiento atraviesa la mente del guerrero. ¿Por qué obró mal con Lope de Zubero y con Gra-

cian de Ibacax? Si no les hubiera ofendido, estos caballeros, tal vez los más poderosos de las inmediaciones, habrian obedecido á su llamamiento como los demas infanzones de la comarca, y le hubiera sido posible vencer al orgulloso Papin.

A este pensamiento, anúblase aún más la frente ya muy ceñuda de Sancho de Madalbea, y redobla el furor de que está poseido.

Ignora el valiente caudillo que aunque algo tarde, por no haber podido reunir ántes á sus parciales, Lope de Zubero y Gracian de Ibacax vienen en su ayuda, de mala gana el primero, pero lleno de entusiasmo el segundo.

Los dos nobles guerreros se adelantan rápidamente, cabalgando á la cabeza de lucida y numerosa hueste.

—Paréceme—exclama el de Zubero—que somos bien necios en acudir en ayuda de Sancho de Madalbea. ¿Has olvidado sus ofensas? En cuanto á mí, recuerdo harto bien las que me infirió hace todavía poco tiempo, y aunque me he puesto en campaña y he venido hasta aquí por complacerte, ganas me dan de volver á mi vieja torre, y dejar que Sancho se las haya como pueda con Arnaldo Papin y sus feroces soldados.

—No harás tal—contesta el de Ibacax.—Estoy seguro de ello. No serías tú el noble Lope de Zubero que yo conozco, y á quien desde mis más tiernos años amo como á un hermano, si antepusieras tus afectos personales á la salud de la patria. Entre tu corazon que clama venganza, y Vizcaya, que profanada por el extranjero implora piedad y socorro, ¿á quién debes escuchar? ¿Quieres la ruina de tu patria? ¿Quieres que Arnaldo Papin venza á Sancho de Madalbea y se enseñoree de esta tierra hasta ahora libre?

—Bien sabes, Gracian, que no porque Arnaldo derrote al de Madalbea podrá hacerse dueño de Vizcaya. No basta una victoria para imponer el yugo al pueblo que ni el árabe, ni el godo, ni el romano lograron sujetar.

—¿Pero no te duele el pensar que los vizcainos van á ser

derrotados por Papin? ¿No se nos ha dicho que la batalla está ya empeñada, y que nuestros desventurados hermanos llevan la peor parte en ella? ¡Cuántos habrán sido ya inmolados por el enemigo! ¡Cuántos yacen ya sin vida, ó agonizando en medio de horribles dolores, en los robledales de Murélaga y Arbácegui! ¿Y puedes permanecer insensible á tanto infortunio?

—No, querido Gracian; mil veces no. Cien vidas que tuviera daria gustoso por salvar la de un solo vizcaino, y sin embargo, si entre los muertos se halla Sancho de Madalbea, muy léjos de lamentarme, todavía he de dar gracias al cielo.

—No blasfemes, amigo mio. El furor te ciega, y hace que salgan de tu boca esas palabras, indignas de ti, y de las que te avergonzarás cuando sobre ellas hayas meditado un poco.

»Tú eres bueno, tu corazon es noble y generoso, y en él no puede ni debe albergarse un rencor eterno. Deja eso á las almas ruines que no conocen la inefable delicia que se encuentra en perdonar y olvidar las injurias.

»Tambien á mí me ofendió el de Madalbea; tambien á mí me ofendió más cruelmente que á ti, si cabe. Pero hace tiempo que le he perdonado enteramente. ¡Asi Dios perdone mis ofensas!

»Yo amaba á Fardomina, á la hermosa Fardomina, de la sangre real de Castilla, y la hermosa Fardomina me amaba. Aquellos fueron los más felices dias de mi vida.

»Pero aún soñaba un porvenir mas dichoso. Y mi sueño se habria realizado, si la fatalidad no hubiese puesto en mi camino á Sancho de Madalbea.

»Estaba ya fijado el dia de mi enlace con la bella Fardomina, y extasiábame yo pensando en la felicidad que iba á encontrar al lado de tan dulce y hermosa doncella, cuando el de Madalbea, que tambien la amaba, me perdió en su concepto y en el de sus parientes, haciendo llegar á sus oidos las más negras é infames calumnias; así es que el mismo dia señalado para mi enlace, mi amada se casó con Sancho de Ma-

dalbea. De tan inicuo modo me robó éste el corazon y la mano de la bella Fardomina.

»Tambien á ti te ha ofendido gravemente. Pero porque Sancho de Madalbea quebrante sus deberes de caballero ¿debemos nosotros quebrantar los nuestros? Tan aborrecible es emular las malas acciones, como justo y loable esforzarse en sobrepujar las buenas. Por nada en el mundo podemos tú ni yo faltar á lo que debemos á nuestra patria.

»Apresurémonos, amigo mio. Corramos á ayudar á nuestros hermanos, y vea Arnaldo Papin que los vizcainos olvidan sus disensiones cuando se trata de rechazar al extranjero.»

Así habla Gracian; y Lope de Zubero, que es en el fondo noble y generoso, se siente poseido de bélico ardor, y clava los agudos acicates á su brioso corcel de batalla. Su compañero le imita, y sus deudos, parciales y soldados, á quienes el ardor de sus jefes se comunica instantáneamente, lanzan el terrible grito de guerra, y corren á buscar al enemigo.

*
* *

¡Con qué placer, mezclado de sorpresa, contempla Sancho de Madalbea la lucida hueste á cuya cabeza cabalgan Lope de Zubero y Gracian de Ibacax!

Rodeado de enemigos, y extenuado de fatiga, el valiente Sancho va á sucumbir; pero sucumbirá alegremente, porque sabe que, gracias á aquella inesperada ayuda, no obtendrá Arnaldo Papin la victoria que ya consideraba segura.

Gracian de Ibacax que ve la apurada situacion del jefe de los vizcainos, corre á librarle de los enemigos que le acosan; miéntras que Lope de Zubero, seguido de sus gentes, embiste furiosamente á Arnaldo Papin, quien, ciego de coraje al ver el inesperado refuerzo que reciben sus contrarios, está haciendo estrago en torno suyo con su tremendo espadon digno de un gigante.

¡Desdichado Papin! Ni tú ni los tuyos sois capaces de resistir al vigoroso empuje de Lope de Zubero y de los valientes que siguen su nunca abatido pendon de guerra. ¿No ves cómo tus soldados, sobrecogidos de terror, corren como medrosas liebres ó como mansos corderillos? ¡Huye tambien tú, Arnaldo Papin, si no quieres dormir el sueño eterno léjos de tu país y de los tuyos, en la verde falda del Gastíburu!

¿Vacilas, insensato? ¿No ves cómo tus soldados ceden en todas partes?

En vano vuelves los ojos hácia el ala derecha, donde están tus mejores capitanes. Tambien allí la derrota es completa; Gracian de Ibacax y los suyos han salvado de una muerte cierta al jefe de los vizcainos, arrollando á sus contrarios y poniéndolos en desordenada fuga. Sancho de Madalbea, cansado de pelear, contempla con la sonrisa en los labios su inesperado triunfo.

¡Huye, Arnaldo Papin! ¡Huye! Un momento de vacilacion puede costarte la vida.

Pero ya veo que vuelves la espalda al enemigo, y que espoleas á tu caballo con el ardor de la desesperacion. ¡Haces bien, Arnaldo Papin! El que, como tú, no tiene honor que guardar, bien puede huir sin deshonrarse.

¡Corre, Arnaldo Papin! ¡Corre! Y si por ventura llegas á tu patria, dí á los tuyos que el euskaro en sus montañas es invencible.

*
* *

A la caida de la tarde, los vizcainos, hartos de carnicería, cesan de perseguir al enemigo, y vuelven al campo de batalla.

Entónces Sancho de Madalbea, que acaba de apercibir á Gracian de Ibacax y Lope de Zuberó, á quienes debe la vida y la victoria, se dirige hácia ellos apresuradamente, ansioso de mostrarles que no es ingrato.

—Noble y generosamente os habeis conducido conmigo—

les dice.—De hoy más seré, si me lo permitís, vuestro amigo más afectuoso. ¿Qué no haria yo para probaros mi agradecimiento?—En cuanto á vos, Lope de Zubero, el mal que os hice es reparable, y os juro por mi nombre que será reparado. —Á vos, Gracian, no puedo decir lo mismo: lo sucedido no tiene remedio. Pero tengo una hermana bella como los ángeles, y permitidme que os la ofrezca en cambio de la amada que perdísteis por mi culpa.

—Gracias, noble Madalbea—exclama el de Ibacax.—Vuestra amistad basta para recompensarme por lo que he hecho en vuestro servicio.

»¿Quién no se honraria emparentando con el ilustre Sancho de Madalbea?

»Pero yo no puedo aceptar el honor que quereis hacerme; no puedo aceptar la joya inestimable que me ofreceis.

»Vuestra hermana merece ser amada con amor infinito... y yo no puedo amar otra vez.

»Mejor dicho, mi corazon no es libre. Tengo otra amada, y sólo á ella juré amar cuando perdí la primera.

»¿Quereis oir su nombre, Sancho de Madalbea? ¿Quiéres oirlo tambien tú, Lope de Zubero?—Pues bien; mi amada, la que sola reina y reinará siempre en mi corazon, se llama—¿á qué no lo adivinais?—se llama... *Vizcaya.*»

*
* *

Calló Ivan de Basábil, y en el mismo instante todos los espectadores se pusieron en pié como enajenados, y atronadores aplausos llenaron el ámbito del circo. ¿Quién sería capaz de pintar aquella admirable explosion de entusiasmo?

Ivan habia logrado conmover profundamente á los circunstantes. Hablando del olvido de las injurias y del amor á la patria habia puesto el dedo en la llaga de aquella sociedad hondamente perturbada, de aquel pueblo dividido en parcia-

lidades que casi sin tregua se combatian con encarnizamiento, asolando el país y llevando el luto á todos los hogares.

El canto del bardo de Uribe habia despertado en todos los corazones, hasta en los más endurecidos, juntamente con el remordimiento, los más nobles sentimientos que honran á la especie humana; así es que los mismos que ántes estaban á punto de pasar á vías de hecho, se estrechaban las manos, se abrazaban y se daban otras cordiales muestras de cariño, jurándose al mismo tiempo no volver á empuñar las armas como no fuera para defender la independencia de la patria. Por eso el viejo Renaldo de Artibay no cabia en sí de gozo y bendecia al bardo de Uribe, cuya sola presencia habia bastado para disipar la tormenta, y cuyo patriótico canto habia hecho que toda aquella multitud, compuesta momentos ántes de enemigos al parecer irreconciliables, fraternizara tan venturosa é inesperadamente.

Pero todos piden otra cancion, y aunque el sol se ha puesto y están ya cerradas las puertas del circo, aunque ha llegado ya el momento de pronunciar el fallo, los jueces, por no contrariar á la multitud, dan al bardo de Uribe permiso para volver á cantar.

Esta vez Ivan de Basábil entona una cancion de amor, la cual produce en los concurrentes no ménos viva impresion que la primera. ¡Cuántos corazones palpitan ruidosamente! ¡Cuántos ojos se llenan de lágrimas! Los amantes se dirigen expresivas miradas; los mozos que no tienen novia y las doncellas que no han encontrado amante se proponen salir en seguida de tan triste y egoista soledad, y hasta los casi apagados ojos de los ancianos se iluminan al recuerdo de los amores de su juventud. En cuanto á las viudas, sollozan ruidosa y al parecer amarguísimamente; pero muchos dicen que aquel llanto es el llanto del cocodrilo.

No pondré aquí la cancion de amor del inspirado coblakari de Uribe. Mis bellas y sensibles lectoras se enternecerian demasiado, y yo no quisiera hacerlas llorar. ¡Plegue á Dios

que no lloren nunca, ó que si lloran no les falte un amante esposo que enjugue sus lágrimas con sus ardientes besos!

Pero no perdamos el tiempo en vanas digresiones. Hora es ya de que el humilde bardo de Abando termine la historia de Ivan de Basábil, del eximio bardo de Górliz, del más dulce de los cantores de nuestra hermosa merindad de Uribe.

*
* *

Ivan habia terminado su canto de amor, y habia ido á sentarse con Lasarte, lo más cerca que pudo del palco que ocupaba la reina de la fiesta.

El público esperaba con gran impaciencia el fallo de los jueces. Estos, despues de declarar cerrado el concurso, se habian retirado al fondo del palco y conversaban animadamente. Lucía no se movió de su puesto.

Por fin, despues de algunos momentos de ansiosa espectacion, uno de los jueces, al parecer el más anciano, se separó de sus compañeros y se acercó á la barandilla del palco, y en el mismo instante cesaron todas las conversaciones y reinó en el vasto anfiteatro un silencio verdaderamente sepulcral. Y era que á todos los presentes les importaba permanecer en silencio: á los de cerca para oir las palabras del anciano, y á los de léjos para que las oyeran los que estaban mejor colocados y pudieran luégo trasmitírselas.

El viejo dijo en alta voz de este modo:

—El premio altísimo ofrecido por el noble Renaldo de Artibay ha atraido al concurso que acaba de terminar la flor de la caballería de ésta y de las vecinas comarcas; así es que no debeis maravillaros de que mis compañeros y yo, á pesar de nuestro vivo deseo de pronunciar un unánime fallo, no hayamos logrado ponernos de acuerdo. Entre tantos y tan nobles caballeros, ¿es acaso fácil escoger el mejor?

»Sin embargo, yo daria la corona de mirto al gallardo Leo-

nel de Terlíguiz, porque aunque el más jóven de cuantos caballeros se han presentado en el palenque, ni una sola vez se ha tambaleado en la silla, y es el que más jinetes ha derribado.»

Oyéronse algunos, áunque poco nutridos aplausos, que cesaron inmediatamente en cuanto se vió que se disponia á hablar otro de los jueces.

—Yo creo—dijo,—que quien mejor merece emparentar con Renaldo de Artibay es el noble Arturo de Izalzu, ilustre infanzon de Bertizarana (1). Bien puede la hermosa Navarra, cuna de tan famosos guerreros, enorgullecerse de contarle entre sus hijos.

»Si no ha derribado á tantos jinetes como Leonel de Terlíguiz, en cambio ha vencido á los más diestros y renombrados campeones que se han presentado en la liza, y seguramente más honra al vencedor la calidad que el número de sus adversarios.»

Esta vez los aplausos fueron bastante generales. El valiente navarro habia logrado captarse las simpatías de una buena parte de la multitud.

—Si el valor, la destreza y la nombradía del vencido,—dijo el tercero de los jueces—hacen la gloria del vencedor, ¿quién mejor que Gaspar de Ostabat merece la corona de simbólico mirto? Además de vencer á los más distinguidos guerreros que han combatido con Arturo de Izalzu, ha peleado con un paladin insigne con quien aquel no ha medido sus armas; con el afamado Simon de Bolibar, sin disputa el primer justador de Vizcaya, y ha alcanzado sobre él alguna aunque pequeña ventaja. Nadie, pues, como el galante suletino que del remoto valle del Gaslon ha venido á honrar con

(1) Bertizarana es lo mismo que *el valle de Bertiz*. Por eso si dijéramos como muchos *el valle de Bertizarana*, hablaríamos tan incorrectamente como los que dicen *el monte de Ahuñemendi*, *el rio Guadalquivir*, *la ciudad de Kingston*, *el puerto de Newport*.

su presencia este concurso, merece ser públicamente coronado por la hermosa Lucía de Artibay.

Estas palabras fueron recibidas con estrepitosos y prolongados aplausos. Evidentemente Gaspar de Ostabat tenía más partidarios que Arturo de Izalzu y Lèonel de Terlíguiz.

La conducta de los jueces era muy comentada. Muchos creian que aquella divergencia de opiniones era fingida, y que sólo tenía por objeto dejar que Lucía de Artibay, que era la primera interesada, eligiera esposo á su gusto entre todos sus pretendientes, conformándose á la ley del concurso, en la que, como se ha dicho más arriba, estaba previsto ese caso.

Daba tambien pábulo á no pocas hablillas la circunstancia de que ninguno de los ancianos se hubiera declarado por Simon de Bolibar, á pesar del brillantísimo papel que habia hecho en las justas. Nosotros sospechamos que si ninguno de los jueces falló en su favor, fué por hacer alarde de independencia, ofendidos como estaban de las gestiones del de Artibay en pró de aquel caballero.

La multitud esperaba impaciente el fallo definitivo que debia ser pronunciado por la hermosa Lucía. Por eso todas las conversaciones cesaron cuando el más anciano de los jueces anunció que la jóven iba á hablar. Todos los ojos se volvieron hácia la heredera de Artibay.

Esta se puso en pié, y en el mismo instante recorrió el vasto circo un murmullo de admiracion. Tales eran la hermosura, la gracia y la majestad de la jóven, que, á no conocerla, hubiérasela tomado por una diosa que de la esplendente morada de los inmortales habia venido á alegrar con su presencia el triste mundo en que se agitan los míseros hijos de Adan.

—Noble y brillante es el ejercicio de las armas—dijo Lucía de Artibay;—natural es la admiracion y justa la alabanza que en todas partes encuentran el valor, el esfuerzo y la destreza de los guerreros. Pero cuando la justicia y el de-

recho se ven hollados y escarnecidos, cuando el extranjero viene en son de guerra y es preciso defender la libertad y la independencia, entónces y sólo entónces es posible comprender el alto valor de esas inestimables cualidades. ¡Lástima que no siempre sean bien empleadas!

»¿Cuánto valor, cuánto esfuerzo, cuánta destreza no malgastan los guerreros de todos los países en intestinas discordias? ¡El padre pelea contra el hijo, el hermano contra el hermano! Rotos los dulces lazos de la familia, el hombre parece un sér inferior al más salvaje de los irracionales.

»Noble y hermoso es el arte de la guerra; gloriosa es la victoria que se obtiene en defensa del débil, del oprimido, ó combatiendo por la libertad de la patria.

»Mas no por eso dejan de ser gloriosas y dignas de galardon las victorias que el hombre obtiene todos los dias en su lucha incesante con las necesidades de su cuerpo y de su espíritu, victorias en las que no han parado mientes los venerables jueces del concurso.

»Victoria gloriosísima es la del labrador que extirpa las plantas inútiles ó nocivas y arranca del seno de la tierra el alimento de los hombres; la del hábil artesano que vence la crudeza del tiempo, los rigores de las estaciones, haciendo nuestras casas y nuestros vestidos; la del que, no ménos hábil, trasforma las maderas de nuestros bosques, y los metales que en su seno guarda la tierra, en objetos destinados á embellecer la vida y á satisfacer nuestras necesidades y hasta nuestros caprichos; la del activo traficante que á pesar de los obstáculos que ofrece la diversidad de lenguas, las preocupaciones y los odios que separan á los pueblos, hace que éstos cambien sus productos, ayudándose y enriqueciéndose mutuamente. Para él no hay distancia que le parezca grande ni barrera que sea infranqueable: del mismo modo atraviesa una altísima cordillera, que las móviles montañas que forman la inmensurable superficie del Océano.

»Victoria gloriosísima es tambien la del que, lleno de abne-

gacion y de amor á sus semejantes, consume su vida en la meditacion y el estudio; la del que, en esta tierra en que vivimos y en el espacio inmenso donde brillan los astros, en el libro siempre abierto de la naturaleza, logra leer el orígen y los destinos de la humanidad.

»¿Pero qué victoria tan grande y tan gloriosa como la que Ivan de Basábil ha alcanzado sobre todos vosotros?

»Disputabais acaloradamente, y los nobles afectos del alma iban cediendo el lugar á los más feroces instintos; pero en el mismo instante en que, locos de furor, ibais á arrojaros unos sobre otros como furiosos tigres, se ha presentado el bardo de Uribe, y su presencia ha bastado para calmar la tempestad.

»Despues su canto ha despertado en vosotros los más nobles sentimientos. Habeis comprendido que la paz es el mayor beneficio que Dios puede otorgar á los mortales; que es aborrecible la guerra entre hermanos, y que debeis reservar todas vuestras fuerzas y todo vuestro ardor, todo vuestro entusiasmo, para rechazar en caso necesario la agresion del extranjero.

»A los inspirados acentos del bardo de Uribe han huido de vuestros pechos el orgullo, la envidia, el rencor y todas las malas pasiones; habeis comprendido que el amor es el mejor y el más sublime de los afectos, y enemigos al parecer irreconciliables se han abrazado con efusion.

»¡Gloria al bardo de Uribe! Él es el orgullo de Vizcaya. ¡Dichoso el pueblo que tenga muchos bardos como él, llenos de amor á la patria y á sus hermanos!

»¡Gloria al bardo de Uribe! Él ha alcanzado la mayor victoria, y para él es la emblemática corona de florido mirto tejida por mis manos.»

Así habló Lucía, y aunque grande, muy grande, fué la sorpresa de los circunstantes, todavía fué mayor el júbilo que casi todos ellos experimentaron al oir tan inesperado fallo. ¡Era tan amado el bardo de Uribe! Estrepitosas y prolongadas salvas de aplausos llenaron el ámbito del circo.

Hasta los caballeros que más esperanzas habian tenido de obtener el premio unian sus aplausos á los de la multitud. Y era que, de no ser ellos los preferidos, querian más que lo fuese aquel recien llegado, que cualquiera de los rivales á quienes habian considerado siempre como verdaderamente temibles. Sólo Leonel de Terlíguiz estaba grave y ceñudo.

En cuanto á Renaldo de Artibay, á pesar de sus esfuerzos por permanecer impasible, era evidente su satisfaccion. Ya que su hija no habia nombrado al que él preferia, esto es, á Simon de Bolibar, felicitábase de que hubiera elegido un jóven tan apreciable como Ivan de Basábil. Además, el bondadoso anciano no ignoraba que el bardo de Uribe habia sido injustamente desheredado por su padre, y alegrábase de que emparentando con él volviera á ocupar el puesto que le correspondia entre los más ricos y poderosos caballeros del Señorío.

—Acercaos, Ivan de Basábil—dijo Lucía en cuanto hubieron cesado los aplausos.—Venid á recibir el premio que os está destinado.

El bardo de Uribe se creia víctima de un engañoso sueño, y su turbacion era tal que aunque comprendió perfectamente las últimas palabras de la jóven, no se hubiera movido de su sitio á no haberle obligado á ello su compañero Lasarte.

—No puedo creer lo que me sucede—dijo Ivan.—Por fuerza estoy soñando, amigo Lasarte.

—No—contestó éste en voz baja.—No estais soñando. ¿No veis cómo todas las miradas están fijas en vos? Apresuraos, señor, que Lucía de Artibay os espera y podria irritarle vuestra tardanza.

—Si así es—repuso Ivan en el mismo tono;—si como aseguras no me engañan mis sentidos, quiero que participes de mi alegría. Regocíjate, amigo mio; la bella Lilia tendrá dote, y ya nada se opondrá á vuestra felicidad.

Dichas estas palabras, el vate de Uribe se dirigió lentamente hácia el pequeño tablado que habia delante del palco

de Lucía de Artibay. Las personas que ocupaban las gradas se levantaban para dejarle pasar y le saludaban cortesmente. El jóven, léjos de mostrarse engreido, parecia confuso y como abrumado por una recompensa que consideraba inmerecida; así es que la multitud, encantada de tanta modestia, se deshacia en elogios de su persona, aunque sin atreverse á vitorearle por no aumentar su confusion.

Ivan subió al tablado, y acercándose respetuosamente á la heredera de Artibay, que de pié y con la corona de mirto en la mano le esperaba apoyada en el antepecho del palco, hincó la rodilla en el suelo, bajando al mismo tiempo la cabeza en señal de profundo acatamiento.

—A ti, Ivan de Basábil—dijo Lucía;—á ti, noble bardo de Uribe, concedo el premio del concurso.

»¿Qué triunfo mayor que el tuyo? ¿No has acallado con tu canto la tempestad que rugía amenazadora en miles de corazones?

»El mio, mi corazon, que de hoy más ya no es mio sino tuyo, es como un tranquilo lago, rizado á veces dulcemente por la perfumada brisa que viene de sus floridas orillas; pero si algun dia se ve agitado por las ineludibles pruebas de la vida, si algun dia el huracan de la desgracia convierte en encrespado mar el dormido lago, sé que bastará una palabra de tu boca para calmarlo.

»Pueda yo hacerte tan feliz como tú mereces y yo deseo.»

Diciendo estas palabras, la hermosa jóven, radiante de hermosura y de felicidad, colocó sobre la augusta frente del bardo la emblemática corona de florido mirto, en medio de las aclamaciones de la multitud.

¡Que otros bardos más inspirados que yo canten las alegres bodas de Ivan de Basábil y Lucía de Artibay, y los altos hechos de sus preclaros descendientes!

# SANCHO MITARRA.

AL SEÑOR

D. FELIPE DE ARRESE,

*Dedica esta leyenda*

EL AUTOR.

# SANCHO MITARRA.

---

UÉ dulce es amar! ¡Qué grato sería poder consagrar al amor la vida entera!

Dícese que hay hombres que no han amado nunca y que son incapaces de amar. Yo no lo creo; pero si los hay ¡cuánto les compadezco!

En verdad os digo que los tales no tienen de hombres más que la forma. Son pesadas masas de carne y huesos, hasta las cuales no ha llegado aquel soplo divino al que debemos cuanto de bueno, y de bello, y de grande hay en nosotros.

Cuando más, esos séres sin nombre pueden sentir los brutales apetitos de la carne, y á eso es á lo que ellos llaman amor. ¡Desgraciados! De todos los placeres de la tierra, no conocen el único que es verdaderamente digno del cielo.

¡Qué dulce es amar! Cuando de la áspera corteza de los viejos robles empiezan á salir los tiernos renuevos cubiertos de rojas hojuelas; cuando los chopos revisten su verde ropaje y el espino albar se cubre de flores; cuando la vellorita y la clemátide empiezan á esmaltar las praderas; cuando en todas partes se oye el incesante trinar de los enamorados pajarillos,

¡qué grato es discurrir lentamente por el campo en compañía del objeto de nuestro amor!

Porque, de todas las estaciones, la primavera es la más favorable á los amantes. Así lo han dicho siempre los poetas, que no por serlo dejan algunas veces de decir la verdad.

La primavera es la estacion de los amores. Nadie hay tan ignorante que no lo sepa.

Sabíalo tambien sin duda Berta de Maurac, y eso que nació hace más de mil años. Sabíalo tambien, sin duda, Berta de Maurac, pues todas las mañanitas del Abril florido iba, seguida de un paje, á verse con su amante, que la esperaba á la orilla del Garona, en un sitio poblado de corpulentos y altísimos chopos. Allí, sentados en un mohoso tronco caido de vejez, se les pasaban las horas departiendo amorosamente. Sobre sus cabezas revoloteaban sin cesar los gorriones, ó cantaban meciéndose en las ramas; y á sus piés corria el rio mansamente, lamiendo los lozanos mimbres y las espadañas de la orilla.

Sería muy lindo añadir que los jóvenes se miraban en el espejo de las aguas; pero, á la verdad, ni Berta ni su amante pensaban en ello; y además, el Garona, casi siempre turbio, casi siempre cargado de limo, es un espejo bastante mediano.

¿Qué mejor espejo que las brillantes pupilas de Berta de Maurac? En ellas, sólo en ellas, se miraba su hermoso y gallardo amante.

Hermosas como un sueño de amor son las doncellas de Gascuña, y Berta pasaba por la más hermosa de todas.

El rostro era oval, blanco y sonrosado; los ojos y el cabello castaños; las cejas algo más oscuras y ligeramente arqueadas; largas las pestañas; ancha la frente; recta y fina la nariz; pequeña la boca; delgados y rojos los labios; blancos, diminutos y bien alineados los dientes; adorable la barba; mórbido el cuello; levantado el pecho; gruesos y bien torneados los brazos; breves las manos, afilados los dedos y rosadas las uñas. Los ojos eran vivos y alegres, el rostro risueño, la boca graciosa, la voz argentina. Además, todos los movimientos de la

jóven eran desembarazados y llenos de gracia inimitable.

Hablaba el galan. Su voz era sonora y dulce, su acento tierno y apasionado.

—¡Berta! ¡amada Berta!—decia.—¡Qué largas me parecen las horas léjos de ti! Y, por el contrario, con qué rapidez trascurren cuando estamos juntos! ¡Con cuánta impaciencia espero el regreso de tu padre, para pedirle tu mano, y enlazarme contigo, y llevarte á mi casa, y no apartarme jamás de ti, Berta mia! ¿Tendremos aún que esperar mucho tiempo?

—No lo creo,—contestó la jóven.—Mi padre no puede ya hacerse esperar muchos dias, y no me sorprenderia verle llegar hoy mismo.

—¿Pero qué hacer si, contra lo que esperamos, no quiere acceder á mi súplica, y se opone á nuestra felicidad?

—Imposible, amigo mio, imposible. El señor de Maurac ha dicho siempre que no contrariará la voluntad de su hija más que en el caso, poco probable en verdad, de que ella ponga los ojos en un hombre indigno de llevarla al altar. Y estoy segura de que no sólo no se opondrá á la realizacion de nuestros deseos, sino que se regocijará de emparentar contigo. Ya sabes que mi madre era euskalduna como tú, y que por eso el señor de Maurac tiene grandísimo apego á vuestra antigua raza. Además, me has dicho que nuestro duque te quiere y te distingue como á ninguno, y esa circunstancia pesará sin duda en el ánimo de mi padre, que, aunque no es ambicioso, está muy léjos de desdeñar los honores y la pública consideracion. Pero dime, Nuño. ¿Qué clase de hombre es el duque? Tengo vivos deseos de verle. ¿Es alto ó bajo, rubio ó moreno, serio ó alegre, expansivo ó circunspecto?

—El duque es un hombre de mi estatura y de mi color, grave y reservado cuando se trata de negocios importantes, pero franco y jovial como pocos en las horas que consagra á sus amigos y á sus placeres.

—¡Qué carrera tan gloriosa la suya! Hijo y hermano de

reyes; nombrado conde de los vascos de la Baja Navarra (1), de Labourd (2) y de Soule (3), en el *bilzar* (4) de San Juan de Pié del Puerto, ó de *Donibane* (5), como hubiera dicho mi madre; vencedor de los normandos que devastaban este hermoso país, y que ya no se atreven á salir de Bayona; aclamado duque de Gascuña; querido tanto y aún más que en su propio país en Burdeos, en Bearne, en Bigorre, en Armagnac, ¿quién no envidiará su suerte? Y sin embargo, dícese que aún le aguardan más altos honores y más preciados lauros. Dícese que no puede tardar en sentarse en el trono de Pamplona, y que los moros tendrán que habérselas muy pronto con ese rayo de la guerra. ¿Crees tú, Nuño, que se realicen esos vaticinios?

—Todo podria ser, Berta mia, pues el rey de Pamplona suspira por la quietud del claustro, y desea vivamente abdicar la corona en su hermano el duque de Gascuña. Pero te aseguro que éste vería con sentimiento tal abdicacion, pues siendo rey de Pamplona le sería forzoso morar casi siempre en aquella ciudad, y nadie ignora que no le gustan las ciudades. A duras penas logran los buenos habitantes de Burdeos que de tiempo en tiempo permanezca entre ellos durante algunos dias. El duque ama las hermosas montañas de su agreste condado vascon, y se holgara de no salir de ellas más que para combatir á los enemigos del Cristo y de su patria, á los adoradores de Odin y á los sectarios de Mahoma. Sólo en las montañas es el duque enteramente feliz. Por eso le llaman todos Sancho el Montañés.

—¿Y por qué tienen para él tanto atractivo las montañas? ¿Qué es lo que en ellas le agrada tanto? Yo creo que en los montes no hay más que objetos de horror y tristeza. ¿Quién

(1) En lengua euskara, *Naparroa Beera.*

(2) *Lapurdi.*

(3) *Suberoa.*

(4) Asamblea de ancianos. Lo mismo que *batzar.*

(5) *Donibane Garazi,* nombre euskaro de San Juan de Pié del Puerto.

se enamora de los feroces osos, de los lobos hambrientos, de las sierpes venenosas? ¿A quién pueden agradar las intrincadas y oscuras selvas, las empinadas cumbres, las puntiagudas rocas, los insondables precipicios, el mugidor torrente, la gigantesca y fragorosa cascada? ¡Cuánto más hermosas son nuestras risueñas llanuras de Gascuña! No sé cómo el duque puede tener tanto apego á esas horribles montañas.

—No lo extrañes, Berta. Los que han nacido en las montañas, jamás pueden dejar de amarlas. ¡Y las nuestras son tan hermosas! Seguramente, no las amo yo ménos que el duque, y en eso no sólo me parezco á él sino á todos los demas montañeses.

»¡Ah Berta mia! No hablarás así de las montañas cuando las hayas visto. Tambien tú las amarás, como las amo yo, y como las aman cuantos las ven.

»Tu padre, que las conoce y las ama, y tu madre que nació en ellas, han debido describírtelas muchas veces; pero á lo que veo, más crédito has dado á las falsas y apasionadas relaciones de los que jamás han salido de la llanura.

»Mas no importa: pronto verás las montañas y podrás juzgar por ti misma. En Burdeos el tedio me consume, y en cuanto seas mia iremos á morar al accidentado país de los vascos. Pronto has de amarlo tanto como yo.

»¡Qué felices seremos, hermosa Berta! A veces, es cierto, tendré que dejarte para ir á pelear contra el moro, ó contra los bandidos del Norte que de nuestra hermosa Bayona han hecho su guarida. Pero el resto del tiempo lo pasaré contigo en las montañas, y sólo me separaré de tu lado para perseguir por aquellos riscos y vericuetos al lobo y al oso, á la gamuza y al puerco montés.

»¡Qué felices seremos, amor mio! Verás la vieja Donibane sentada al pié de verdes y graciosas colinas que domina el rojizo monte de Arradoy, en el risueño valle donde mezclan sus aguas el arroyo de Arzubi y los correntosos rios de Lauribar, de Beherobia y de Arnegui. Allí fabricaremos nuestro

nido, y de allí saldremos todos los dias á recorrer aquella hermosísima comarca.

»¡Qué grato será discurrir contigo por las verdes y floridas vegas, por los umbrosos bosques, por las altas cimas donde, rodeada de helechos gigantes, se balancea graciosamente la linda flor de brezo!

»Ya siguiendo la orilla de algun manso rio, descansaremos de tiempo en tiempo á la sombra de los lozanos fresnos y de los siempre sedientos sáuces, y luégo subiremos al rústico puente medio cubierto de hiedra, para de allí mirarnos en el cristal de las aguas. Porque nuestros rios no van como el Garona cargados de cieno: á través de su límpida y trasparente linfa se ven los pececillos que en ella juegan, y hasta las más menudas guijas que yacen en el fondo.

»Ya sentados junto al tronco de centenario roble, contemplaremos el mugidor torrente que serpeando por la profunda y pedregosa barranca, y formando numerosas cascadas, desciende á fecundizar el valle. La curruca, posada en la más alta rama de algun endrino, mezclará sus claras notas con los suspiros del viento y con el murmullo del torrente.

»¡Qué grato será, en los calurosos dias del estío, visitar las frescas grutas de Isturitz y de Lecea, morada de los genios de la montaña, ó vagar á la sombra de las hayas y de los abetos de la selva vírgen de Achabar! No olvidaremos tampoco los bosques, no ménos hermosos, de Fagosu, de Ustaritz, de Faldaracon, de Mendibelza, y ménos aún la maravillosa selva de Irati.

»¡Qué supremas delicias nos aguardan! La cenicienta zorita, cuyo cuello de cambiantes verdes brilla á los rayos del sol, nos dará continuamente lecciones de amor; y el ruiseñor, meciéndose en el oxiacanto, celebrará con sus trinos nuestra union venturosa y nuestros placeres conyugales. Hasta las ninfas que á la salida de la luna se bañan en las frescas aguas del torrente de Uhaitxa, y cuyas argentinas carcajadas más de una vez han llegado á mis oidos repetidas por los ecos

de los montes; hasta las ninfas del Uhaitxa envidiarán nuestra felicidad. ¿Qué digo? La misma Maitagarri, la encantadora Maitagarri, que en la cima resplandeciente de Ahuñemendi tiene su palacio de plata, deseará cambiar su lago azul, y sus incalculables riquezas, y su inmortalidad, por uno solo de nuestros dias de ventura.

»¿No es verdad, hermosa, querida Berta, que seremos muy felices, y que amarás tanto como yo el montuoso país de los vascos?»

—¡No, Nuño, no! Esa pintura no me seduce. Moren en la montaña los záfios pastores y los toscos carboneros; los caballeros como tú, y las damas de elevada alcurnia, han nacido para brillar en los más suntuosos estrados, y para ser el mejor ornamento de las ciudades.

»Si es verdad que soy hermosa, quiero lucir mi hermosura donde haya gentes capaces de apreciarla; quiero que todos envidien al feliz poseedor de la perla de Gascuña.

»¿No es así como sueles llamarme, lisonjero? ¿Y quieres sepultar la preciosa perla en algun oscuro antro de tus montañas, cual si fuera un tosco y despreciable guijarro?

»Yo no puedo sufrir la soledad y el silencio de los campos, y aborrezco la rudeza de los campesinos. Gústanme el bullicio y las fiestas de las ciudades; agrádame ver á los apuestos y bien ataviados caballeros, departiendo galantemente con hermosas damas primorosamente vestidas y cubiertas de ricas preseas.

»¡Ah! ¡Si supieras cuánto he suspirado porque mi padre me llevase á morar en la ciudad! Sólo cesé de afligirme el dia en que tú, mi amado Nuño, me dijiste tu amor, pues creí que en Burdeos, y no en la montaña, querrias colgar nuestro nido.»

Así habló la jóven. Nuño, visiblemente contrariado, permaneció un instante silencioso; y luégo, con voz trémula de emocion, dijo:

—¿Es tanto el deseo que tienes de habitar la ciudad, que no puedas renunciar á ello por amor mio?

Berta no contestó.

—¿Es decir, Berta—añadió el jóven con creciente emocion,—es decir que no quieres seguirme á la montaña?

Todavía vaciló un poco la doncella ántes de contestar, pero al fin dijo:

—No puedo, amado Nuño, resolverme á pasar mi vida en la horrible soledad de las montañas, como los pastores y los eremitas.

»¿Y qué ganarias con que consintiera en seguirte á tu país? En breve me consumiria la tristeza, y en la flor de mis años me verias descender al sepulcro.

»No quiero, no, morar en la montaña; y espero que no querrás obligarme á ello. Más justo es que tú dejes la montaña á las gentes rústicas y groseras, y te resuelvas, en obsequio mio, á residir en la ciudad. Bien puedes, si es que me amas, hacer por mí ese pequeño sacrificio.»

—¡Oh Berta!—dijo el jóven cuyos ojos se arrasaron de lágrimas.—No sólo ese sacrificio, que tú llamas pequeño pero que sería grandísimo, hiciera yo gustoso por ti, si estuviese seguro de tu amor. Por ti, por amor tuyo, me resignaria á no ver ya jamás mis verdes montañas, á morar léjos de los mios, y hasta consentiria que mis huesos reposaran en país extranjero, léjos de los huesos de mis antepasados. Por ti renunciaria á mis sueños de gloria, y negaria á mis hermanos de España el apoyo de mi brazo para combatir al agareno y reconquistar nuestra hermosa península. Por ti cualquier sacrificio haria alegremente y todo me pareceria muy poco.

»Pero bien veo que no me amas, y que no podria ser feliz contigo. No eres tú la mujer que yo habia soñado.

»Quédate, pues, en tu rica y hermosa Gascuña, y sé feliz en ella, que en cuanto á mí, mañana mismo partiré para el pobre y montuoso país de los vascos. ¡Quiera Dios que el dolor no me mate ántes de ver las claras ondas del Adur y las verdes colinas de mi patria!

»¡Adios, hermosa Berta! De mi agreste retiro de Donibane velaré siempre por ti y por los tuyos, y nada habrá que yo no

haga gustoso por servirles y por servirte. Y ciertamente algun poder tengo en Gascuña y en los países vecinos.

»Porque mi nombre no es Nuño, ni soy, como tú crees, del noble linaje de Inthalatzia. Mucho más ilustre es la estirpe de que procedo, y si hasta ahora te lo he ocultado, ha sido porque deseaba que me amaras por mí mismo, y no por mi nombre, y mi poder, y mis riquezas.

»Soy Sancho el Montañés, duque de Gascuña, el mismo cuyo brillante destino envidiabas hace algunos momentos, y que otros muchos envidian como tú. ¡Cuán cierto es que los que más felices parecen son con frecuencia los más desgraciados! Malogrado mi amor, extinguida mi más cara esperanza, ¿qué valen para mí todas las grandezas y todos los honores de la tierra? Con gusto cambiaria mi suerte por la del más humilde pastor de mis montañas.»

Asi dijo, poco más ó ménos, el noble vástago de Garcia III de Navarra, el ilustre vencedor de los normandos. Porque era él, era el famoso Sancho Mitarra, ó *Menditarra*, Sancho *el Montañés*, conde de los vascos de Ultrapuertos, duque de Gascuña, y hermano y presunto heredero de Fortun, rey de Pamplona. Era el mismo Sancho que más adelante mereció, por una hazaña memorable, el glorioso sobrenombre de Abarca.

—Perdonadme, señor—exclamó Berta arrojándose á sus piés.—Dispuesta estoy á seguiros adonde querais conducirme.

—No, Berta, no—repuso el jóven con triste y casi imperceptible sonrisa.—El duque de Gascuña no podria hacerte más feliz que el humilde Nuño de Inthalatzia.

»Más vale que no salgas de tu país, y que te enlaces con algun habitante de la llanura, que ame como tú el bullicio y las fiestas de las ciudades.

»Pero no des tu mano á un hombre celoso, pues imagino que te agradarán los galanteos, y correrias el riesgo de que algun dia tu marido, ebrio de cólera, sepultase su puñal en tu corazon.

»¡Adios, hermosa Berta, adios! Sé feliz y no olvides el consejo de Sancho el Montañés.»

*
* *

¿Quién ignora el trágico fin de Berta de Maurac? Casada con un vasallo del rey de Francia Carlos el Simple, moró algunos años en Paris, siendo la envidia de las damas y el tormento de los galanes de aquella corte. Pero su celoso y colérico marido, no se sabe si con razon ó sin ella, la mató á puñaladas en el mismo alcázar regio, en presencia del rey y de todo lo más escogido del reino.

Asi se cumplió la profecía de Sancho Mitarra.

# LA LEYENDA DE LELO.

AL SEÑOR

D. RICARDO BECERRO DE BENGOA,

*Dedica esta leyenda*

EL AUTOR.

# LA LEYENDA DE LELO.

## I.

DÓNDE vás, Zara? ¿Por qué corres tan desaladamente? ¿Por qué á cada momento miras hácia atras, cual si temieras ser perseguido? ¿Acaso has cometido algun crímen horrible, y quieres huir de la venganza? ¡Insensato! La ligereza de tus piés podrá tal vez sustraerte á la cólera de los hombres; pero, por mucho que corras, aunque corras más que el gamo volador, aunque aventajes en la carrera al viento impetuoso, no podrás escapar de la cólera del cielo.

El viento ha arrebatado la redecilla de seda que sujetaba tus largos y abundantes cabellos, mas no ha podido enjugar el copioso sudor que inunda tu frente; estás fatigado, jadeante; empiezan tus piernas á flaquear, y los doloridos piés se niegan á seguir adelante, pues tus sandalias de cáñamo no son suficiente defensa para ellos en esa senda pedregosa.

Descansa un momento; no sea que caigas desfallecido de fatiga, y que cuando lleguen tus perseguidores no tengas fuerzas para defenderte ni para huir. Llama á la puerta de aquella pobre cabaña medio oculta entre el lustroso follaje de los tiernos y lozanos acebos que crecen en la márgen del torrente espumoso. Dicen que la habita una bruja; pero ¿quién sabe? tal vez se apiadará de ti, y, por muy pobre que sea,

siempre podrá ofrecerte una cama de heno y algunos sorbos de leche.

¿Por qué te detienes vacilante, no sabiendo si debes proseguir tu camino, ó ir á reparar tus fuerzas á la cabaña de la hechicera? Si continúas corriendo, bien pronto extenuado de fatiga no podrás dar un paso, y no en todas partes se encuentra fácilmente alimento y albergue.

Pero veo que en lugar de vadear el arroyo tomas la escarpada senda que por el borde del mismo conduce al frondoso acebedo, y vas á llamar á la puerta de la choza. Haces bien, Zara; un rústico refrigerio y algunos momentos de reposo te darán nuevos brios para huir.

## II.

Abrióse la puerta de la rústica vivienda, y apareció una vieja de horrible catadura, cuyos malignos ojuelos se fijaron atenta y recelosamente en el que habia llamado.

—Anciana—dijo éste despues de un momento de vacilacion causada sin duda por el repulsivo aspecto de la bruja,—durante muchas horas he caminado sin detenerme un instante y sin tomar alimento alguno, así es que estoy extenuado de hambre y de fatiga, y que ya no puedo dar un paso. Suplícote, pues, me des un poco de leche y me permitas descansar algunos momentos en tu choza. Como la yerba en el mes de Mayo (1) crecerán los bienes del que practica la hospitalidad.

La anciana hizo entrar al mancebo en la choza, é indicándole un gran banco de haya que habia junto al hogar, en el cual ardian algunos trozos de roble, le dijo:

(1) *Orrilla* ó sea *mes de la hoja*. Llámase tambien *mayatza*, *ostarua* y *baguilla*. Para los antiguos euskaldunas este mes empezaba el 20 de Abril y terminaba el 19 de Mayo.

—Siéntate ahí junto al fuego, muchacho; el frio es muy intenso, y sería nocivo dejar enfriar el sudor que cubre tu cuerpo. Si el tiempo no cambia, ántes de que *el mes negro* (1) se despida de nosotros habré consumido la provision de leña que debia bastar para todo el invierno.

Sentóse el jóven murmurando algunas palabras de agradecimiento, y la vieja le acercó una tosca mesita de nogal, puso sobre ella un gran trozo de pan de bellota, y tomando una vasija de barro salió de la cabaña, diciendo:

—Tendrás que esperar un poco, pues mi cabrita está al otro lado del arroyo, en el jaral de Araotz. Pronto vuelvo.

Poco, muy poco se hizo esperar la bruja, y sin embargo, tan impaciente y tan temeroso de ser alcanzado estaba el jóven Zara, que por dos ó tres veces se asomó á la puerta y estuvo tentado de volver á ponerse en camino, como lo hubiera hecho seguramente, á no ser tan grandes su extenuacion y su fatiga.

La llegada de la anciana calmó un poco la ansiedad de Zara, quien volvió á ocupar su banco al lado del fuego. La bruja puso en la mesita de nogal la vasija llena de leche junto al pan de bellotas que todavía permanecia intacto, y fué á sentarse enfrente del jóven en un banco más pequeño.

Pocos momentos bastaron al hambriento Zara para vaciar la vasija y devorar el grosero pan que era en aquellos remotos tiempos uno de los principales alimentos de los montañeses, y cuando hubo terminado su frugal refrigerio, la vieja le mostró un lecho de heno y hojas secas que en un ángulo de la estancia habia, y le invitó á descansar en él todo el tiempo que quisiera; pero el jóven no quiso aceptar, diciendo que estaba muy bien en el banco, y que por otra parte muy pronto iba á ponerse de nuevo en camino.

---

(1) *Ilbaksa* ó *beltzilla* (Enero). Llámase tambien *urtarilla* ó mes de las aguas. Este mes, y por consiguiente tambien el año de los antiguos euskaldunas, empezaban el dia 21 de Diciembre.

La bruja entónces se puso á arreglar el fuego que empezaba á languidecer, y el jóven aprovechó aquellos momentos para contemplarla á su sabor sin que ella se apercibiese de que era objeto de su exámen.

Una túnica floreada, que en otro tiempo habia sido de brillantes colores, pero tan descolorida ya como las cadavéricas mejillas de su propietaria, cubria la descarnada osamenta de la vieja, y abrigaba su cabeza una toca negra de tela grosera por debajo de la cual asomaban algunos mechones de cabellos blancos. El rostro de la vieja, pequeño y enjuto, debió ser casi enteramente redondo cuando habia carne debajo de su apergaminada piel; la frente, surcada de profundas arrugas, era deprimida y estrecha; de las cejas y pestañas apénas quedaban vestigios; pero en cambio los ojos, aunque verdes, redondos y pequeños, eran muy brillantes; llamaba la atencion la anchura y prominencia de los pómulos; la corva y larguísima nariz, como llevada por un amoroso impulso, avanzaba audazmente sobre la profunda sima de la hundida boca en busca de la barba, y ésta, obedeciendo á la irresistible atraccion de aquel órgano prodigioso, salia no ménos resueltamente á su encuentro, trazando un arco de los más atrevidos. Tan pequeña era ya la distancia que separaba á la nariz de la barba, que á poco que continuaran avanzando en direccion opuesta se juntarian formando un puente; sólo faltaba, por decirlo así, colocar la clave de aquella maravillosa estructura. Como hemos dicho, la boca, extraordinariamente hundida, parecia una sima insondable situada entre dos montañas altísimas; y, sin embargo, no era más que la entrada del abismo, como se echaba de ver cuando al abrirla la vieja, que bostezaba con frecuencia, mostraba aquella negra y horrible cavidad, aquella espantosa sima cuyos bordes formaban las desdentadas y repugnantes encías, y cuya entrada defendia un fenomenal y puntiagudo colmillo, capaz de infundir pavor en el corazon más animoso. La amorosa nariz derramaba gota á gota lágrimas de ternura sobre la barba, cual si quisiera

ablandarla y enternecerla, y del mismo modo que la gota de agua taladra la roca de granito, aquellas lágrimas han formado en la barba un hoyuelo en el que encajará la nariz cuando se alargue un poco más y llegue el momento de cerrar el arco. No se veian las orejas de la bruja, que estaban cubiertas por la toca; pero, aunque á costa de mucho tiempo y de muchos esfuerzos, he logrado averiguar que eran muy grandes y muy planas, y que adquirian un desarrollo pasmoso y le servian de alas cuando montada en su mugrienta escoba iba rasgando los aires al conventículo de los hediondos séres de su especie.

Pensaba Zara que tal vez no sería posible encontrar en toda la extension de la tierra un sér tan horrible y repulsivo como el que tenía delante, y que sin duda no mentian los que aseguraban que tenía tratos con los espíritus malignos, cuando vino á interrumpir sus reflexiones la voz cascada y desapacible de la vieja:

—¿Por qué estás tan impaciente, muchacho?—dijo la bruja volviéndose hácia Zara y mirándole con sus brillantes ojuelos. —¿Por qué no quieres dormir un poco ántes de proseguir tu camino? ¿Por qué no aceptas el lecho que te ofrezco, el mullido lecho de heno oloroso y de amarillentas hojas? Si partes en seguida, caminarás lenta y penosamente, y tal vez tendrás que volver á detenerte muy pronto; pero, si ántes de partir haces que un sueño reparador te devuelva las agotadas fuerzas, con la rapidez de tu marcha recobrarás bien pronto el tiempo perdido.

—Si gustara las dulzuras del sueño—contestó Zara—más penoso me sería luégo tener que abandonar el lecho tan pronto para proseguir mi viaje. No; no quiero acostarme ni cerrar los ojos miéntras no me sea dable dormir sin interrupcion desde el momento en que el sol se hunde en el ocaso, hasta que vuelve á mostrarse con nuevo brillo por detras de los montes. Yo agradezco tu bondadosa hospitalidad y quisiera poder seguir tu consejo; pero es imposible. Ya sólo puedo permanecer aquí muy cortos intantes.

—¿Por qué tanta prisa? ¿Acaso disputas á algun famoso andarin el premio de la carrera? ¿O por ventura te aguardan, despues de prolongada ausencia, una tierna madre, un padre bondadoso, ó una mujer amada á quien ansías estrechar en tus brazos?

—No, anciana. No aspiro á distinguirme por la ligereza de mis piés, ni me impulsa el deseo de volver á ver y abrazar á persona alguna. ¿Quién ha de aguardarme á mí, que soy huérfano y solo en el mundo? Pero no me preguntes por qué estoy tan impaciente; no quieras saber por qué, aunque rendido de sueño y de cansancio, voy á ponerme en camino en seguida sin aceptar el lecho que me ofreces y en el que, á ser posible, me tendiera de muy buena gana. Es un secreto que no puedo revelar.

—¡Un secreto! ¿Acaso hay secretos para la vieja Surchoa? Para ella no tiene sombras el pasado, ni incertidumbres el presente, ni enigmas el porvenir. Ella conoce los móviles de las acciones humanas, porque su penetrante y escudriñadora mirada llega hasta lo más hondo del corazon.

»Yo soy Surchoa, la vieja Surchoa, á quien los maliciosos llaman *Ontzá* (1), sin duda por la costumbre que tengo de salir de noche, y de permanecer casi constantemente encerrada en mi cabaña durante el dia. Más de una vez habrás oido referir ridículas patrañas en las que la execrada *Lechuza* figura siempre en primer término. ¿Cómo no se te erizan los cabellos al saber que la que te habla es la *sorguiña* (2) de Mendibalz?

»Para mí no hay secretos ni los ha habido nunca, y, aunque te he interrogado, no tenía necesidad de hacerlo. Sé por qué estás impaciente é inquieto, por qué te sobresalta el más leve rumor, por qué quieres proseguir tu viaje sin dar á tus fatigados miembros el descanso que tanto han menester.

»¿Qué importa que hayas nacido léjos de aquí, y que hoy te

(1) *La lechuza.*
(2) *Bruja.*

vean mis ojos por primera vez? Yo sé quién eres, y si no estuvieras tan impaciente, pudiera referirte dia por dia y hora por hora todos los sucesos de tu vida, sin olvidar el más insignificante.

»Tú eres Zara. Naciste en sólida vivienda cimentada sobre escarpado peñon cuya base azotan incesantemente las embravecidas olas; el mar con sus rugidos espantables arrulló tu sueño de niño, y parece que puso en tu corazon el gérmen de tempestades aún más terribles que las que agitan su profundo seno.

»Tú eres Zara. Naciste en un dia borrascoso que aún recuerdan con horror los moradores de estas montañas. Los ensordecedores bramidos del mar se mezclaban con el fragor del trueno y con los furiosos silbidos del viento, y en los cortos intervalos de calma oíase el monótono ruido de la lluvia que caia á torrentes; hincháronse los arroyos, desbordáronse los rios, y arrastraron al salado mar los árboles, las viviendas y los ganados.

»Eres Zara, el huérfano, el último de tu raza. Desde el inolvidable dia en que naciste, sólo veinte veces se han engalanado los valles y los montes con el florido manto del hermoso Mayo; pero no habia trascurrido la mitad de tan corto espacio de tiempo, y ya habias visto morir uno tras otro á tus padres, á tus hermanos, á todos tus deudos.

»Afortunadamente para ti, el viejo Zarika, antiguo camarada de tu padre, condolido de tu desgracia, te dió un puesto en su hogar entre sus hijos.

»Pero el salvaje lobezno, feroz y sanguinario por instinto, no puede vivir en armonía con los mansos corderillos; tú te complacias en atormentar de mil maneras á los hijos de Zarika, y éste te hubiera expulsado de su hogar sino porque el hijo que más amaba, el gallardo Mutileder, su primogénito, te habia cobrado un entrañable afecto, y no queria apesadumbrarle despidiéndote.

»Miéntras que todos sus hermanos te tenian miedo y te mi-

raban con profunda aversion, Mutileder te amaba más que á cualquiera de ellos; veíasele siempre contigo, y en tus frecuentes pendencias con sus hermanos y con los demas mancebos de la comarca, abrazaba siempre tu partido, exponiendo muchas veces su vida por salvar la tuya.

»Porque el manso, el dulce Mutileder, era en el combate valeroso como un leon, y tan ardiente, tan infatigable como el que más. Los más valientes temblaban en su presencia.

»Pero contigo el fiero leon se convertia en manso cordero; sufria con paciencia tus rudas palabras, tus frecuentes é inmotivados rebatos de cólera, y hasta tus malos tratamientos. Mutileder era tu esclavo; más aún, era el perro que lame cariñosamente la misma mano que le golpea sin compasion.

»Verdad es que á veces, á pesar de la dulzura de su carácter, no podia ménos de irritarse vivamente contra ti; pero su cólera era fugaz, y si en su corazon quedaba algun resentimiento, sabias hacerlo desaparecer en un instante con algunas buenas palabras ó alguna fingida prueba de cariño, y te reias interiormente de su imbécil credulidad.

»Esta mañana, cuando la blanca luz que precede á la aurora empezaba á luchar con las sombras de la noche, Mutileder y tú os internabais en un matorral espesísimo, y os poniais á explorarlo cùidadosamente, para ver si algun lobo habia caido en los lazos mañosamente tendidos por vosotros, ó si algun puerco montés, saliendo asustado de la espesura, os ofrecia ocasion de ejercitaros en el manejo del arco.

»Pero como el jabalí más medroso se convierte en un enemigo tan temible en cuanto la primera flecha horada su velluda piel y traspasa sus carnes, Mutileder llevaba, además del arco, su corta y ancha espada de dos filos, y tú no habias olvidado la formidable hacha de bronce, regalo de su padre. ¡Cuán léjos estaba el viejo Zarika de imaginar el uso que harias de ella!

»La fortuna no se os mostraba propicia. Ni un lobo, ni un raposo siquiera habia en las trampas ni en los lazos tan cui-

dadosa y hábilmente tendidos; y aunque recorriais el matorral en todas direcciones, ansiosos de levantar alguna res que sirviera de blanco á vuestras saetas, todos vuestros esfuerzos eran inútiles.

»Así es que estabas de muy mal humor, y, como de costumbre en semejantes casos, tratabas de desfogarte vejando de mil maneras á Mutileder. Pero éste, que al fin habia llegado á comprender cuán ignominioso era para él tu despótico yugo, estaba bien resuelto á sacudirlo y salir de tan vergonzosa abyeccion; así es que, pareciéndole propicio el momento, é irritado además con tus chanzas, ansiaba luchar contigo y domeñar tu orgullo. Vacilaba, sin embargo, y tal vez hubiera aplazado la ejecucion de su proyecto; pero una horrible, una sangrienta burla que profirieron tus labios, llenó la medida de su sufrimiento, y, lanzando un rugido de cólera, se arrojó sobre ti como un tigre furioso.

»Larga y empeñada fué la lucha. Ambos igualmente diestros y vigorosos, difícil era prever quién quedaria vencedor. Sin embargo, tú luchabas con alguna desventaja, por no haberte desembarazado del hacha que en vano tratabas de esgrimir contra Mutileder, quien con férrea mano sujetaba tu brazo.

»Por fin, tu adversario te derribó en tierra, te puso la rodilla sobre el pecho, y miéntras con una mano continuaba sujetándote el brazo armado de la formidable hacha de bronce, descargaba con la otra en tu rostro, con asombrosa rapidez, una tanda de tremendos puñetazos.

»Cada golpe desfiguraba un tanto los suaves contornos de tu cara, aplastando tus huesos cual si de blanda cera fueran formados. No de otro modo la barra de hierro candente cambia de forma á cada golpe que sobre ella descarga con su pesado martillo el herrero.

»Una última puñada, no ménos soberbia que las precedentes, magulló tu nariz é hizo brotar de ella un raudal de sangre; luégo, Mutileder, tomando la espada, apoyó su acerada punta en tu cuello y te dijo:

—Ya ves, Zara, que puedo matarte, y tal vez debiera hacerlo; pero te perdono. Vivimos bajo el mismo techo y estás bajo la proteccion de mi padre; así, pues, tu vida me es sagrada. Empero no vuelvas á olvidar que soy tu amigo, tu hermano, mas no tu esclavo.

»Dichas estas palabras, Mutileder se levantó lentamente; su ira se habia extinguido por completo, y creia que su magnánimo proceder impediria que le odiases por haberte vencido. Pero tú, con la rapidez del rayo, te pusiste en pié de un salto, y sin darle tiempo para ponerse en guardia, le diste un terrible hachazo en la cabeza.

»El infeliz Mutileder extendió los brazos y cayó bañado en sangre sin lanzar ni un gemido. Entónces tú arrojaste léjos de ti el hacha de bronce, regalo del padre de tu víctima, y corriste desaladamente á través del espeso matorral, ansioso de hallarte léjos, muy léjos, y de sustraerte así á la venganza de Zarika y de sus deudos.

»Bien ves que para mí no hay secretos; bien ves que la vieja Surchoa lo sabe todo. Tus manos, que tú crees limpias y enjutas, aparecen á mi vista bañadas en la sangre todavía humeante de tu hermano.

»Pero no tiembles, no temas. No es tan preciosa á mis ojos la sangre de los hombres, que te quiera mal por haber vertido la de Mutileder.

»Al contrario, Zara, al contrario. El crímen que has cometido, y los que cometerás todavía, te dan derecho á mi proteccion, pues yo aborrezco á los hombres y deseo su exterminio.

»Pero ¿adónde vas? ¿Dónde piensas refugiarte? ¿Dónde te ocultarás que no te encuentre el irritado Zarika?

»Más te valiera no haber huido. Si en lugar de huir hubieras vuelto á casa de tu padre adoptivo ¿quién hubiera imaginado que tú eras el asesino de tu amigo Mutileder? Ahora tu huida te condena; y si, lo que no es probable, hay álguien que crea en tu inocencia, la vista del hacha ensangrentada,

que por huir más rápidamente has abandonado á pocos pasos de tu víctima, le sacará de su error.

»Más te valiera no haber huido. ¿Adónde irás que no te alcance la venganza de Zarika?»

—¿Y cómo hubiera osado comparecer solo en su presencia? —exclamó Zara.—¿Qué noticias le habria dado de su hijo? El viejo nos vió salir juntos, y seguramente no hubiera dejado de pedirme estrecha cuenta de lo acaecido.

»Era preciso huir, y huir sin pérdida de tiempo. De ese modo, para cuando Zarika y sus hijos, inquietos por nuestra tardanza, se pusieran en nuestra busca y dieran con el cadáver de Mutileder, podia yo hallarme muy léjos; y aunque inmediatamente me buscarian por toda la comarca, tal vez podria yo ponerme fuera del alcance de su venganza ántes de que descubrieran mi paradero.

»Pronto empezará á declinar la tarde; pero, si no tengo una idea exagerada del vigor de mis piernas y de la soltura de mis rodillas, ántes que la noche tienda sobre la tierra su manto de sombras, y que el pálido *luminar de los muertos* (1) muestre su inexpresivo rostro y disipe la oscuridad, habré llegado al término de mi viaje. Si; ántes que la luna asome por detras de las negruzcas cumbres, habré llegado á Aréchaga y me habré mezclado con los guerreros de Lelo; y como deben partir esta misma noche, me parece que no sin fundamento espero escapar á la venganza de Zarika y de sus deudos.

»Porque ya sabes que Lelo, el insigne, el invicto Lelo, ha oido el grito de angustia de la noble Celtiberia, oprimida y vejada por los procónsules y los pretores romanos, y ardiendo en deseos de ayudarla á sacudir tan infame yugo, se apresta á dirigirse á aquella desgraciada region, seguido de multitud de valientes que, ganosos de pelear á las órdenes de un jefe

(1) Asi interpretan algunos etimologistas la palabra *illarguia*, nombre euskaro de la luna, que puede tambien interpretarse *luz apagada*, *luz que muere*, ó mejor aún *luz de cada mes*.

tan esclarecido, acorren de todas partes llenos de entusiasmo. Tambien los hijos de Zarika quisieran ir á Celtiberia; pero su valetudinario padre, que presiente su próximo fin, no permite que le abandonen.

»¡Ah, qué espantosa guerra se prepara! Otros muchos jefes van á seguir el ejemplo de Lelo, y pronto no quedarán en las montañas más que las mujeres, los ancianos y los niños. ¿Triunfarán las águilas de Roma, ó nuestro *lauburu* (1) sagrado? Roma tiene, es verdad, ejércitos innumerables: ella tiene hábiles capitanes y valientes legionarios; pero, en cambio, el mundo sabe de qué somos capaces, y por las venas de nuestros aliados los celtíberos corre, mezclada con nuestra sangre, la sangre de los belicosos celtas.»

Así se expresó el hipócrita Zara, maestro en el arte de fingir nobles y elevados sentimientos y patriotismo desinteresado y ardiente.

—¡Ah! ¡Quieres pelear á las órdenes de Lelo!—dijo la bruja con sonrisa diabólica.—Ese es, de todos los hombres, el que más aborrezco. Y mi aborrecimiento no es inmotivado.

»Miéntras haya hombres como él, no nos será dado el imperio de la tierra, que indefectiblemente debe pasar á nuestras manos el dia que extinguidos por completo el amor y la fraternidad, se enseñoreen de todos los corazones el rencor y la envidia.

»Hombres como Lelo retardan ese suspirado dia, porque con sus palabras y con su ejemplo impiden que los buenos salgan de la vereda de la virtud, y hacen que entren en ella los extraviados. Por eso en el país le aman tanto; por eso hablan todos de su bondad, de su dulzura, de su generosidad... y por eso mismo le aborrezco yo mortalmente. Y aunque son tantos los que le aman, más, mucho más que todos ellos juntos puede la vieja Surcoa, la execrada *sorguiña* de

(1) Así se llamaba el estandarte de los cántabros.

Mendibalz; así es que, sin que nadie sea capaz de impedirlo, Lelo será más ó ménos pronto víctima de mi saña.»

Calló la vieja, y apoyando el codo en la rodilla, la arrugada mejilla en la huesuda mano, y los largos y descarnados dedos en la prodigiosa nariz, quedó sumida en profunda meditacion.

Zara no apartaba de ella los ojos; contemplando su horrible fealdad trataba el jóven de ahuyentar el sueño que iba apoderándose de él, pues temia dormirse y quedar á merced de aquel monstruo; pero sus pesados párpados se cerraban continuamente, y costábale no poco trabajo mantenerlos abiertos por intervalos.

Al fin se durmió; pero ¡cosa extraña! no por eso dejó de ver á la vieja, sólo que ésta le parecia aún más fea y repugnante que ántes. Sus ojuelos verdes despedian un brillo satánico.

La bruja se habia levantado y parecia escuchar con mucha atencion un lejano rumor que iba acercándose rápidamente, rumor semejante al que produce el viento en los robledales de Bizcargui, mezclado con el desapacible murmullo de muchas voces chillonas y discordantes.

De pronto la cabaña se llenó de brujas montadas en mugrientas y cazcarriosas escobas. Tan sólo la más vieja y horrible de todas, que era sin duda la que regía aquel fantástico escuadron, cabalgaba en un cabron feísimo, un cabron tan viejo y tan horrible como ella misma. Un hedor insufrible se esparció por la estancia. Todas las brujas hablaban á un tiempo, en una lengua extraña en la que abundaban los sonidos guturales y ciertos silbidos agudísimos y penetrantes, y cada una trataba de esforzar la voz para dominar las de las demas y hacerse oir.

Nada más feo, nada más repugnante y repulsivo que aquellos inmundos séres, aquellas execrables *sorguiñas*. La fealdad de los rostros era tal que no admite encarecimiento; baste decir que la vieja Surchoa era, al lado de aquellas hembras abominables, un verdadero serafin. Las piernas y los brazos eran tan flacos, tan secos, que parecian enteramente momi-

ficados, y además, ó eran extraordinariamente cortos, ó de una longitud desmesurada. Todas tenian el cuello muy corto, las espaldas arqueadas, los pechos lacios y colgantes, el vientre tan abultado que parecian hidrópicas; la ausencia de las caderas era completa. Además, todas eran muy vellosas, y todas tenian el cútis moreno y aceitoso.

De repente callaron todas. La vieja Surchoa habia empezado á hablar dirigiéndose á la del cabron, y las brujas no querian perder ni una sola de sus palabras.

No ménos atentamente escucharon la respuesta de la del cabron. Tenía ésta un hablar lento, gangoso y desentonado en extremo desagradable.

La conversacion de aquellos vestiglos iba animándose poco á poco, pero sin que en ella terciara ninguna de las demas brujas. Nada comprendia Zara de aquella conversacion, pues la lengua en que se expresaban las viejarronas le era enteramente desconocida; pero, sin embargo, no dejó de notar que con frecuencia pronunciaban su nombre, y otros dos nombres que le eran conocidos: Lelo y Tota. Tota era la esposa de Lelo, tan celebrada en el país por su belleza como Lelo por su bondad.

Mucho tiempo necesitaron las dos horribles viejas para ponerse de acuerdo, pues la del cabron no se cansaba de oponer objeciones á los planes de su interlocutora, y á ésta no le era siempre fácil contestar á ellas victoriosamente. Pero por fin lograron entenderse, y la vieja Surchoa cerró el coloquio con un discurso al parecer muy elocuente y que debió agradar muchísimo á las brujas, á juzgar por sus atronadores aplausos y por sus extravagantes muestras de alegría.

Luégo aquellos horrendos séres se pusieron á bailar arrebatadamente, con un fuego y una animacion indescriptibles, girando con vertiginosa rapidez ya en un sentido ya en el opuesto, dando saltos y cabriolas y haciendo contorsiones ridículas y grotescas. La del cabron, que al efecto se habia apeado, y la vieja Surchoa, dirigian la diabólica danza.

Zara estaba admirado. —¿Cómo es—se decia—que unos séres tan deformes, tan contrahechos, tan barrigudos, tienen tanta agilidad y soltura? El mejor bailarin de las montañas se avergonzaria de su torpeza, viendo bailar á cualquiera de estas viejas hidrópicas.

Así discurria Zara. Pero vino á cortar el hilo de sus reflexiones una circunstancia que le heló de espanto. El cabron, el barbudo, el horrible cabron de la bruja, se le habia puesto delante y le dirigia una mirada amenazadora, una mirada feroz; luégo dió lentamente algunos pasos hácia atras, y se preparó á embestirle.

Zara, horrorizado, hizo un esfuerzo para huir; pero no pudo moverse, y en el mismo instante el espantable barbon le arremetió furiosamente, y le descargó un tremendo golpe en el pecho.

El jóven lanzó un grito y despertó. Pero al abrir los ojos, sólo vió á la vieja Surchoa sentada enfrente de él junto al fuego, á la vieja Surchoa que le miraba fijamente con sus malignos y burlones ojuelos verdes.

—¡Qué sueño tan espantoso!—dijo Zara.—Pero me parece que he dormido bastante, y debo partir en seguida si no quiero que Lelo y sus guerreros partan ántes de mi llegada. ¿Por qué no me has despertado, anciana? Pero, en fin, yo agradezco tu hospitalidad, y deseo que como me has recibido te reciban á ti en todas partes; que nadie te niegue un trozo de pan, ni un sorbo de leche, ni un asiento al lado del fuego.

Diciendo estas palabras, Zara se levantó y se dirigió á la puerta. La bruja le siguió en silencio; pero cuando el jóven hubo atravesado el umbral, le detuvo con un ademan y le dijo:

—Vas á ver al hombre á quien todos aman; al hombre cuyas nobles y generosas acciones corren de boca en boca, despertando mayor entusiasmo que el recuerdo de su valor sublime y de sus victorias memorables. Vas á ver al fiel esposo, al tierno padre, al leal amigo; al hombre generoso—

necio le llamaria yo—que abomina la venganza y se complace en colmar de beneficios á sus enemigos.

»El bondadoso Lelo te amparará como á tantos otros, pues nadie implora en vano su proteccion. Lelo abrigará en su seno al áspid venenoso cuya mordedura produce la muerte. ¡Ah! Más le valiera abandonarte á la venganza de Zarika, ó degollarte sin compasion por sus propias manos.

»Pero Lelo no conoce el porvenir; Lelo no sabe que la vieja Surchoa le aborrece, y que tú eres el instrumento que ella ha elegido para herirle en el corazon.

»¡Dichoso tú, gallardo Zara, á quien la vieja Surchoa protege! El porvenir te reserva inefables placeres. De pobre fugitivo, de humilde esclavo, te convertirás en señor y dueño; subirás al lecho de tu amo, y la hermosísima Tota te estrechará en sus brazos y depositará en tus ardientes labios la deliciosa miel de su boca. Porque Tota no podrá ver con indiferencia tu hermoso rostro, tus grandes ojos azules, y tus abundantes cabellos de oro; Tota te amará, y serás el más feliz de los hombres.

»Pero no me preguntes nada, pues no puedo decirte más que lo que has oido. El tiempo vuela, muchacho. ¡Vé, corre, no te detengas ya más! Antes de que llegues al término de tu viaje te alcanzará la tenebrosa noche, y no tendrás más luz que la de las estrellas para guiarte por las selvas intrincadas, por los montes escarpados, y por los traidores marjales poblados de mimbres y de juncos.

»¡Vé, jóven Zara! No sea que llegues demasiado tarde.»

Zara partió como una saeta.

## III.

El temor daba alas al fugitivo. La noche no habia aún cerrado por completo, y ya él se hallaba en la márgen izquierda del Ibaizábal.

Una vez allí, el jóven tomó rápidamente rio abajo, y siguió algun tiempo sin alejarse de la orilla; y aunque, gracias á los accidentes del terreno, perdia á veces de vista el sinuoso curso del rio, pronto volvian á aparecer de nuevo sus tranquilas aguas, en las que rielaban las temblorosas estrellas que una tras otra iban tachonando el firmamento azul. Gracias á un cambio de viento que sobrevino al oscurecer, la noche era tan templada y agradable como frio y desapacible habia sido el dia.

A veces, Zara se detenia un instante á descansar, y luégo redoblaba la celeridad de su marcha, como si temiera llegar demasiado tarde; mas tal era su cansancio, que pronto tenía que caminar con más lentitud.

Muy poco tiempo siguió Zara la orilla del Ibaizábal, y luégo, al llegar á un punto en que se cruzaban varias sendas, el jóven, dejando el rio á su espalda, se dirigió hácia el Oeste por la más estrecha y escabrosa de todas ellas, que era punto ménos que impracticable; y al fin, despues de corta pero penosísima marcha, apareció á sus ojos un hermoso valle rodeado de altos montes, á manera de un inmenso circo. A lo léjos, por lo más hondo del valle, corria mansamente el Ibaizábal, enriquecido su caudal con las salobres aguas del Cantábrico.

Un suspiro de satisfaccion brotó del pecho del jóven Zara. El resplandor de muchas hogueras y un sordo rumor que venia de la parte de Aréchaga, eran seguros indicios de que no habian partido aún Lelo y sus guerreros. Hácia Aréchaga, pues, se encaminó el jóven; pero más lentamente, pues ya no le aguijoneaba el temor de llegar demasiado tarde, y sus piés estaban doloridos y ensangrentados.

La senda que seguia le condujo á la orilla de un arroyo poco caudaloso, que atravesó á pié enjuto, gracias á algunas piedras colocadas de trecho en trecho y á algunas rocas que el agua no cubria totalmente.

El jóven se halló en una hermosa llanura cubierta de lozana

hierba entre la que se veian tambien no pocos helechos, gran profusion de hongos y algunos floridos tojos, y poblada de robles que á juzgar por su altura y corpulencia contaban siglos de vida. Era el campamento cántabro de *Aréchaga*. Este nombre significa *robledal*.

Todo nos hace conjeturar que este robledal debió hallarse adyacente á las estribaciones septentrionales de los montes que hoy llamamos de San Roque y Pagazarri, y á la orilla izquierda del arroyo que baja por entre los cerros de Gaztelupicu y Petralanda y que despues de regar la república de Abando desemboca en el Ibaizábal por Errotachueta, es decir en el barrio de Larraskitu de la mencionada república; y segun toda probabilidad, Zara entró en el campamento por la campa de Errecalde, que hace poco sombreaban únicamente algunos castaños y nogales que desaparecieron durante la última guerra civil. Lelo tenía su morada en esta misma campa, y por eso al hacer público su propósito de tomar parte en la guerra de Celtiberia, é invitar á los montañeses á que le siguieran, habia designado el robledal como punto de reunion.

El campamento ofrecia animadísimo aspecto. Veíanse de trecho en trecho innumerables hogueras en torno de las cuales vivaqueaban los guerreros euskaros que habian acudido al llamamiento del esforzado Lelo. Miêntras los unos cuidaban de alimentar las hogueras arrojando á ellas de tiempo en tiempo enormes trozos de roble, otros asaban grandes pedazos de carne, y los restantes trataban de pasar las horas agradablemente hablando de la próxima guerra, ó escuchando las maravillosas narraciones de los bardos. Empero algunos á quienes, á pesar del olor de las viandas y del atractivo de la conversacion, habia vencido el sueño, dormian tendidos sobre el césped al calor del fuego. Veíanse tambien en el campamento muchos carros y acémilas, y algunas, aunque pocas tiendas formadas con estacas y pieles: en ellas estaban los guerreros más distinguidos.

Zara fué muy bien recibido. Al verle llegar extenuado de

fatiga y con los piés ensangrentados, al oirle decir que temeroso de no llegar á tiempo habia corrido durante todo el dia sin tomar alimento alguno y sin descansar ni un instante, los guerreros prorrumpieron en ruidosas aclamaciones. En verdad nadie habia mostrado tan ardoroso deseo de combatir á las órdenes del valiente jefe ídolo de los euskaros vizcainos. Bien pronto en todo el campamento no se habló más que del jóven Zara.

El asesino de Mutileder tenía, cuando era preciso, una lengua melosa é insinuante. Léjos de rendir culto á la verdad, el jóven era de los que creen que la palabra sólo debe servir para ocultar el pensamiento; así, pues, ensartó cuantas mentiras le parecieron á propósito para captarse las simpatías de sus nuevos camaradas. Hasta de la circunstancia de no llevar arma alguna consigo, circunstancia que naturalmente habia llamado la atencion de los guerreros, supo sacar partido el jóven Zara. Dijo que su padre adoptivo, que se oponia á que fuera á la guerra, le habia arrebatado sus armas; pero que eso le importaba poco, pues nunca le faltaria, habiendo tantos árboles en las montañas, una pesada clava para magullar los huesos de los hijos de Roma. Entónces se oyeron de nuevo entusiastas aclamaciones, resonando sobre todas la vibrante voz de los bardos, que eran siempre los que más se regocijaban cuando de entre la muchedumbre de guerreros surgia algun héroe digno de ser celebrado en sus cantos.

Luégo los soldados presentaron al jóven grandes trozos de suculenta carne, y le hicieron beber sendos tragos de hidromiel; y cuando hubo satisfecho su apetito y apagado la ardiente sed que sentia, se apresuraron á traer toda clase de armas defensivas y ofensivas, y le invitaron á tomar las que mejor le pareciesen para usarlas en la próxima campaña. Habia pequeños broqueles redondos de cuero (1), otros escudos mayores formados con correas fuertemente entrelaza-

(1) *Erradelak.*

das (1), hachas de hierro y de bronce, espadas (2), picas y azagayas; así es que Zara, aficionado como era á las armas, se vió apurado para hacer su eleccion, y sólo pudo decidirse despues de gran perplejidad y de muchas vacilaciones.

El jóven estaba en la creencia de que los guerreros debian partir aquella misma noche; pero, viendo con extrañeza y no sin cierta inquietud que no daban señales de aprestarse á levantar el campo, preguntó á uno de ellos á qué hora de la noche pensaba emprender la marcha.

El guerrero interpelado contestó, que si Lelo habia esparcido la noticia de que pensaba partir aquella noche, sólo lo habia hecho porque ántes de ponerse en camino deseaba celebrar con sus guerreros la fiesta del plenilunio, y queria que no faltara á ella ninguno de los que debian seguirle á Celtiberia; pero que, en atencion á las circunstancias, que eran apremiantes, la fiesta, que habitualmente duraba tres noches consecutivas, se reduciria entónces á adorar á Jaungoikoa á la salida de la luna, y á escuchar los cantos que en honor suyo improvisaran los bardos que seguian al ejército. Luégo los guerreros dormirian hasta la madrugada, y con el sol levante se pondrian en camino hácia el Sur.

Se adivinará fácilmente que estas noticias no eran del agrado de Zara. Aquella inesperada dilacion podia serle fatal. Si lo que no era imposible, ni siquiera improbable, Zarika y sus hijos habian sospechado que para librarse de su venganza el asesino trataria de alejarse del país con el ejército de Lelo, tiempo tendrian de llegar en su busca al campamento ántes de la partida de los guerreros. En ese caso, en vano negaria su culpabilidad, que era demasiado evidente, y Lelo le impondria el condigno castigo; ó lo que era peor aún, le entregaria maniatado á los irritados parientes de Mutileder. ¡Cuánto sentia Zara haber llamado la atencion de los solda-

(1) *Eskutak.*
(2) *Ezpatak.*

dos con sus mentiras y sus bravatas! Más le valiera haber evitado cuidadosamente que aquellos se fijaran en él, pues de ese modo hubiera corrido ménos peligro de ser descubierto, y le habria sido más fácil huir en caso necesario. Pero desgraciadamente era ya tarde para remediar aquel error. Su elocucion fácil y llena de gracejo, sus baladronadas, y el valor, la resolucion, el ardor bélico que habia mostrado á pesar de sus pocos años, le habian conquistado muchos admiradores, y preveia con inquietud que no le sería fácil desembarazarse de su compañía, que sería incómoda y peligrosa si Zarika ó alguno de sus deudos llegaban al campamento.

## IV.

Desde mucho ántes de la puesta del sol no habian cesado de llegar al campamento, atraidos por el deseo de tomar parte en la fiesta del plenilunio, los ancianos, matronas y doncellas de las inmediaciones, así es que era cada vez más animado el aspecto del vasto robledal. Lo templado y apacible de la noche, que parecia una noche de Julio, tenía de buen humor á los guerreros, pues consideraban como de felicísimo augurio para el éxito de su empresa el que el cielo se mostrara tan propicio á la celebracion de la fiesta dedicada á invocar su auxilio y á solemnizar la partida del ejército. Seguramente el excelso *Betikoa* (1) miraba con buenos ojos la empresa y les conduciria á la victoria.

De pronto resonaron en el campamento grandes gritos de júbilo, y Zara, que continuaba en el centro de un animado grupo de guerreros, notó que las miradas de éstos se dirigian hácia unas cuantas casas que allí cerca se alzaban, en el sitio en que el terreno empezaba á elevarse. Detrás de las casas que se veian en primer término habia un segundo grupo que

(1) El Eterno.

se extendia hasta el pié del monte que dominaba el valle por aquel lado; pero tanto las unas como las otras eran de lo más rústico y grosero que puede darse. En efecto, para construir aquellas casas, que casi todas eran de forma circular, no se habia hecho más que plantar en la tierra una apretada fila de maderos, y tabicar las junturas con arcilla; y en cuanto á la techumbre, estaba formada con vástagos y juncos hábilmente entrelazados.

De una de las casas que se veian en primer término, y que era tambien mayor y algo más esmeradamente construida que todas las demas, acababan de salir el jefe Lelo y su esposa Tota, que iban á presidir la fiesta del plenilunio, y por eso la muchedumbre habia prorrumpido en ruidosas aclamaciones.

Entre los dos esposos objeto de tan lisonjera demostracion, caminaba su hijo, hermoso niño de diez años en cuyo semblante estaba retratada la alegría que le causaba la proximidad de la fiesta. Trabajo le costaba reprimir su impaciencia y arreglar su paso al mesurado paso de Lelo y de su madre.

Enemigo de toda ostentacion, el jefe cántabro no se presentaba, como los procónsules y los pretores romanos, precedido de los lictores llevando las fasces y seguido de brillante cortejo. Pero aunque el noble Lelo y su esposa é hijo habian salido de la casa enteramente solos, y solos habian dado los primeros pasos por el campamento, pronto tuvieron á sus espaldas numeroso séquito de guerreros, que iba aumentándose considerablemente á medida que se acercaban al lugar donde debia verificarse la fiesta.

Siguiendo el ejemplo de los demas guerreros, Zara y sus nuevos camaradas corrieron tambien, lanzando jubilosos gritos, á colocarse detras del jefe.

Nada más sencillo, nada ménos pretencioso que el atavío de Lelo. Llevaba una túnica negra sin adorno alguno, y el cinturon de cuero del que pendia la espada no estaba, como el de otros guerreros ménos distinguidos, adornado con placas de oro y plata. Sin embargo, bastaba contemplarle un

instante para adivinar que aquel hombre tan modestamente vestido era un hombre superior, y uno de los primeros, el primero tal vez, de su tribu. Pero si su paso lento y mesurado, aunque sin afectacion, y su majestuoso continente, imponian respeto, la noble expresion de su bello rostro y la dulce mirada de sus grandes y rasgados ojos castaños hacian que tan pronto como se le veia se le amara. Llevaba la cabeza descubierta, segun la costumbre del país, y hasta habia desdeñado ponerse la redecilla con que muchos guerreros sujetaban los cabellos, así es que éstos, que eran castaños, muy hermosos, abundantes y naturalmente rizados, flotaban libremente sobre los hombros. El bigote, más rubio que el cabello, era largo y poblado, y aunque sin perjudicar á la bondadosa expresion del semblante, le daba un aire marcial que no disgustaba á sus soldados. Lelo contaria á la sazon, á juzgar por su aspecto, treinta y cinco ó treinta y seis años.

Dos lustros ménos tenía su esposa Tota, que estaba en todo el esplendor de su maravillosa hermosura. Sus negros cabellos, y sus ojos, más negros aún, hacian resaltar la incomparable blancura de su bellísimo rostro, al que daban una gracia irresistible la adorable boca, los blancos y bien alineados dientes, y el ligero y suavísimo vello que sombreaba el labio superior. Aunque algo gruesa, Tota era esbelta y admirablemente formada, y por su elevada estatura y majestuoso porte, digna de presentarse al lado de Lelo. Por lo demas, su traje floreado y brillante formaba notable contraste con el de su esposo.

La espléndida hermosura de la mujer del jefe impresionó profundamente á Zara. Este no podia ménos de acordarse de las extrañas palabras de la vieja Surchoa, y aunque la prediccion de la bruja le parecia disparatada é irrealizable, sentíase muy turbado á la vista de aquella mujer hermosísima cuyo amor y cuya posesion se le habia prometido. No se cansaba de mirarla, y se decia que jamás habian visto sus ojos hermosura tan perfecta, movimientos tan graciosos y desem-

barazados, ni conjunto tan seductor. Sentíase al mismo tiempo profundamente agitado y lleno de embeleso, asi es que hasta olvidó por algunos momentos el crímen que habia cometido, y el peligro en que se hallaba miéntras no estuviera léjos del país.

El lugar destinado á la celebracion de la fiesta del plenilunio se hallaba en el extremo Norte del campamento, á la orilla izquierda del arroyo. Era un gran espacio circular, limitado por seculares robles, y en el centro del cual crecia uno de tan extraordinaria corpulencia que hubiera sido difícil encontrar otro semejante en todo el vasto robledal, en el que sin embargo abundaban, como hemos dicho, los árboles corpulentos. Al pié de aquel soberbio roble habia un tablado en el que debian presentarse, uno tras otro, los bardos encargados de improvisar cantos patrióticos.

Lelo y Tota fueron á sentarse con el rostro vuelto á Oriente en un elevado banco de piedra que habia en el extremo occidental del vasto recinto, y á ambos lados del jefe y de su esposa se sentaron en bancos tan elevados como el suyo, los ancianos que habian acudido á la fiesta, formando un gran semicírculo. Delante de estos encumbrados asientos, y paralelamente á ellos, habia muchas filas de gradas tambien de piedra, de las cuales las más céntricas, que eran tambien las últimas y las más bajas, iban á terminar al pié mismo del tablado erigido bajo el árbol. En estas gradas inferiores se sentaron las doncellas y los niños, detras de ellos fueron colocándose las mujeres casadas, luégo las viudas, y por fin las ancianas fueron á ocupar los asientos más elevados, al pié de Lelo, de su esposa, y de los venerables patriarcas de la tribu. El hijo de Lelo fué tambien á sentarse entre los demas niños, pues el rango de su padre no le daba ninguna preeminencia en un país en que esta era solamente debida al propio mérito ó á la edad avanzada.

En la otra mitad del vasto círculo, en la que no habia asientos ni cosa alguna, y donde solian ejecutarse, á los acor-

des del tamboril y de la vasca tibia, los juegos y las danzas nacionales—juegos y danzas que en esta ocasion iban á omitirse por dar al ejército algun descanso,—se amontonaron los guerreros y otra multitud de hombres de todas edades y condiciones; pero como aquel espacio era demasiado reducido para contenerlos á todos, fueron á colocarse los restantes en torno del vasto recinto circular que acabamos de describir, y bajo las ramas, despojadas de follaje, de los añosos robles que lo limitaban por todas partes.

El murmullo inevitable en estas ocasiones cesó enteramente cuando cada uno de los presentes hubo ocupado su puesto, y fué seguido por un solemne y profundo silencio. Todos los circunstantes tenian la vista fija en las montañas que limitaban el valle por la parte del Este, por detrás de las cuales debia aparecer bien pronto la luna. En efecto, la claridad precursora del astro de la noche, claridad que algunos momentos ántes era apénas perceptible, iba ganando rápidamente en extension y en intensidad.

Uno de los bardos acababa de subir al tablado y parecia esperar, con más impaciencia si cabe que el resto de los circunstantes, la aparicion de la pálida lumbrera de la noche. Era un hombre de aspecto venerable, y de edad muy avanzada á juzgar por su barba blanca como la nieve que descendia hasta la cintura; pero el peso de los años no le habia encorvado, y si se apoyaba en su nudoso makila de roble, evidentemente era más por hábito que por necesidad. Vestía una dalmática negra cubierta de simbólicos bordados de plata, y llevaba en la cabeza una brillante mitra; pero ¿qué eran sus destellos, comparados con los efluvios de luz que salian de la radiosa frente del bardo?

Por fin la luna empezó á asomar su disco de oro por detrás del oscuro monte, y en el mismo instante la sonora voz del bardo interrumpió el profundo silencio que reinaba en la asamblea.

—¡Bienvenida, oh luna! ¡celeste mensajera de Jaungoikoa!

Muéstranos entero tu bello rostro, é inunde tu suave luz los altos montes, los valles profundos, y las intrincadas selvas de Euskaria.

»El buen Señor de lo alto te envia á nosotros en la oscuridad de la noche, para mostrarnos que no se olvida de su pueblo, y por eso á tu aparicion palpitan de gozo nuestros corazones.

»Tal vez el espíritu de Aitor, del padre de nuestra raza, mora en ese orbe resplandeciente, y desde él contempla embelesado la tierra de sus hijos. Tal vez el genio tutelar de los iberos es quien por mandato del excelso Betikoa dirige tu curso ¡oh astro de la noche! y tal vez la suave brisa que acaricia nuestros rostros y agita las ramas del árbol sagrado, no es otra cosa que su aliento vivificador.

»¡Bienvenida, oh luna! Elévate en el cielo por entre la diseminada multitud de estrellas, como una mujer hermosísima que pasa gallardamente á través de numeroso concurso de envidiosas bellezas inferiores; como un famoso caudillo que ataviado ricamente y luciendo brillantísimas armas recorre las filas de oscuros guerreros; ó como el resplandeciente Jaungoikoa que atraviesa la inmensidad del espacio por entre la humilde y deslumbrada muchedumbre de espíritus inferiores.»

Aquí el bardo hizo una pausa. Y la multitud, entusiasmada, siguió con los ojos fijos en el brillante disco de la luna.

El astro de la noche acababa de salir y parecia una gran bola de oro descansando en la cumbre de la cordillera, y como ésta presentaba en aquel punto una ligera pendiente, hubiérase dicho que la brillante bola iba á rodar por ella de un momento á otro.

Pero esta ilusion sólo duró breves momentos. El astro fué poco á poco separándose del monte, y pronto su anchuroso disco se destacó admirablemente en el fondo azul del éter.

Imagine el lector el aspecto que ofreceria á la luz de la luna la multitud reunida en torno del árbol sagrado de Aré-

chaga. No me siento con fuerzas para pintar, ni para bosquejar siquiera, tan hermoso y complicado cuadro. Sólo diré, que como los circunstantes estaban arrobados en la contemplacion del astro de la noche, y como además no querian perder ni una palabra del bardo, que iba á empezar de nuevo en seguida, reinaba en la asamblea un completo silencio, sólo interrumpido por el murmurio del arroyo que por allí cerca corria, y á cuyo arrullo dormian dulcemente en la orilla las margaritas y los tusílagos. El soplo del viento era apénas audible, y mecíanse suavemente las ramas del árbol sagrado desnudas de follaje. Algunas, sin embargo, no lo estaban completamente, pues las cubrian en parte las lanceoladas y carnosas hojas del emblemático muérdago. El tronco y las ramas inferiores estaban en parte cubiertos de verdes helechos, de sedoso musgo, y de lozana hiedra.

Al cabo de algunos momentos de silencio el bardo continuó su improvisacion, pero esta vez con el rostro vuelto hácia Lelo. Pongamos aquí las palabras del anciano vate, que quizá se prestan á serias consideraciones.

—Otra vez el euskaro valiente empuña la espada vengadora y el broquel impenetrable, y corre á sembrar la muerte en las legiones de Roma. Otra vez los hijos de las montañas van á pelear por la independencia de la gran península occidental, tan codiciada de todos los pueblos.

»Y no es que el euskaro ame la guerra. El euskaro es el más pacífico de los hombres, y siempre que combate lo hace impulsado por el deber ó por la necesidad. Jamás empuña la espada por el gusto de verter sangre y de esclavizar á otros pueblos, pues no conoce, ni ha conocido nunca, la sed de conquistas, que á tantos otros pueblos enloquece.

»Feliz á la sombra de los robles de sus montañas, el euskaro quisiera vivir en paz con todos los demas hombres. Aquí el extranjero encuentra cordial acogida y generosa hospitalidad; puede venir libremente á vendernos los productos de su tierra ó á trocarlos por los nuestros; ó puede, si quiere,

establecerse entre nosotros y vivir respetado al amparo de nuestras leyes. En cambio sólo pedimos al extranjero que acate esas mismas leyes, que no se mofe de nuestras costumbres, y que no haga befa del Dios de nuestros padres. Si algo censurable ven en nuestro país, hágannoslo notar con lenguaje mesurado y digno; las razones llevan al ánimo el convencimiento, pero las burlas provocan la ira, ofuscan la razon y originan deplorables contiendas.

»En la *euskal-erria* (1) ha encontrado siempre el extranjero, y principalmente el infeliz expulsado de su hogar, un seguro refugio y una nueva patria. Y si es cierto que nuestros hermanos no han negado jamás al extranjero alimento y asilo en sus montañas, tampoco hay memoria de que nuestro pueblo haya hecho la guerra sin justo motivo á los pueblos extraños.

»Nuestros padres han morado en casi todas las regiones de la tierra. Desde que abandonaron las sagradas márgenes del Ciro, cuna de nuestra raza, han tenido sucesivamente por vecinos á la mayor parte de los pueblos; pero jamás los han atacado por sólo el placer de hacer la guerra, ni para esclavizarlos é imponerles su religion y sus leyes.

»El euskaro ama la libertad, y así como quiere que se respete la suya, así respeta tambien él la de los demas hombres. Del mismo modo, el más ignorante de los euskaros sabe que sus leyes, que tanto ama y que tan feliz le hacen, pueden no convenir á los demas pueblos, muchos de los cualès en nada se le parecen, y comprende que sería un crímen y una locura tratar de imponérselas. La religion, que á tantos pueblos sirve de pretexto para hacer la guerra, pues aunque les impulsa la codicia, la sed de poderío y de riquezas, pretenden que su único deseo es erigir en todas partes suntuosos altares á sus dioses y hacer que todos los hombres doblen ante ellos

(1) El país de los vascos.

la rodilla; la religion, en cuyo nombre se vierten tantos rios de sangre, no ha hecho que el euskaro derrame jamás ni una sola gota.

»¿Se podrá decir siempre lo mismo de nuestro pueblo? ¿No llegará un dia en que tambien él se contamine con el fanatismo de sus vecinos, y en que la ambicion de los tiranos, y el egoismo y la soberbia de los sacerdotes, le sumerjan en un mar de sangre? No lo permita Jaungoikoa.»

En aquel momento una nubecilla negra veló el hermoso disco de la luna sumiendo en tinieblas á la asamblea. El rostro del anciano vate se contrajo dolorosamente, y un estremecimiento convulsivo recorrió todo su sér. Tal vez el profético espíritu del bardo venerable habia visto, á través de las nieblas del futuro, los torrentes de sangre que en nuestra edad, y por dos veces en el trascurso de medio siglo, debian teñir de púrpura las montañas de nuestra patria.

Pero la nube pasó pronto, y el bardo, ya repuesto de su súbita emocion, prosiguió de este modo:

—Jaungoikoa es nuestro Dios, nuestro único Dios, y amándole como le amamos con todo nuestro corazon, tenemos tambien que amar á todos los hombres, pues todos son sus hijos muy amados. Porque no hay más Dios que Jaungoikoa; Él es el padre de todos los hombres, y el creador del universo.

»No debemos despreciar ni aborrecer á los otros pueblos, ni creer que *el buen Señor de lo alto* (1) les aborrece porque creen en una multitud de dioses á quienes rinden culto por medio de ridículas, obscenas y sangrientas ceremonias, que no pueden en manera alguna ser gratas á la divinidad. ¡Desdichados! No es suya la culpa. Los tiranos que los rigen están interesados en mantener esas creencias y esos ritos inventados por los sacerdotes para embrutecer al pueblo y dominarlo más fácilmente. ¡Quiera Dios que la religion de nuestro pue-

(1) Eso significa la palabra *Jaungoikoa* con que los euskaros nombran á Dios.

blo no se manche ni adultere nunca con mitos groseros, con falsas é inútiles creencias, con vanas ceremonias, con cruentos sacrificios! ¡Que nuestro pueblo adore siempre á un solo Dios, al omnipotente Jaungoikoa, y que jamás rodee su esplendente trono de innumerable multitud de risibles diosecillos, como hacen los otros pueblos!

»Pero esos mismos pueblos, esos mismos hombres que apénas pueden contar el número de sus dioses, cuando el dolor les atormenta, cuando el infortunio les abruma, cuando no hallan consuelo en la tierra, elevan sus plegarias al Sér Supremo, y Jaungoikoa les escucha con tanta complacencia como á nosotros mismos, aunque no le den el nombre que le damos nosotros, pues son tambien sus hijos y no puede menos de amarlos. Y del mismo modo que Dios los ama, del mismo modo que Dios ama cuanto alienta en el Universo, del mismo modo debemos amarlos y los amamos nosotros.

»No asi el romano que desprecia y aborrece á todos los demas hombres y sólo sueña en esclavizarlos. Ensoberbecido con tantas y tan brillantes victorias, aspira á la conquista de la tierra; pero dia llegará, y tal vez no esté lejano, en que Dios humille su arrogancia y le aprisione en las mismas cadenas que ha forjado para las demas naciones.

»Hubo un tiempo en que muchas tribus de nuestro pueblo, seducidas por la grandeza de Roma, hicieron pactos con ella y hasta la ayudaron poderosamente á vencer á sus enemigos. Roma pudo entónces hacer de dos grandes pueblos uno solo. Pero para eso era preciso respetar las costumbres y las leyes de nuestros hermanos, no tocar á sus bienes ni á su libertad. Nuestros hermanos, dichosos de vivir al abrigo de los bárbaros bajo las alas del águila de Roma, la hubieran amado cada vez más, y hubieran dado en su defensa su sangre y su vida. Los euskaros hubiesen tomado de las leyes y de las costumbres de Roma todo lo que en ellas hay de verdaderamente grande, y Roma, la orgullosa Roma, hubiera seguramente ganado adoptando nuestra pura religion, nuestras libérrimas asam-

bleas y muchas de nuestras costumbres. El amor, esa pasion sublime que embellece la tierra, hubiera, andando el tiempo, confundido á los dos pueblos en uno solo por medio de multiplicadas alianzas entre los hijos de ambas razas, y el excelso Jaungoikoa hubiese sonreido en su trono de oro, al ver el amor y la paz reinando entre sus hijos.

»Pero Roma fué perjura; Roma holló el pacto sagrado, tiranizó á nuestros hermanos, vilipendió sus leyes, les arrebató sus bienes, y no contenta con eso, esclavizó á sus hijos y les robó sus hijas y sus mujeres, y entónces nuestros hermanos se sublevaron al grito de venganza, jurando morir todos ántes que soportar tan odiosa tiranía. Las legiones romanas fueron destruidas, y sus águilas mutiladas adornaron los robles de las montañas.

»Pero Roma ha olvidado tan terrible leccion. Hoy mismo sus codiciosos pretores saquean los pueblos conquistados, los arruinan con onerosos impuestos, y los vejan de mil maneras. No es, pues, maravilla que la noble Celtiberia, cansada de sufrir, haya tomado las armas para librarse de los tiranos que han jurado aniquilarla.

»Pero los valientes celtíberos no combatirán solos. Sangre euskara corre por sus venas, y por eso los euskaros combatirán á su lado, y les ayudarán á recobrar la libertad y á exterminar á sus opresores.

»¡Guerra á Roma! Que sus legiones vean otra vez el *lauburu* de las montañas, y se estremezcan de terror al escuchar nuestro grito de guerra, y vernos avanzar rápidamente empuñando la pesada porra, la espada terrible, ó la formidable hacha de bronce.»

Así habló el bardo, y, saludando á la multitud, bajó del tablado en medio de ruidosas aclamaciones.

El anciano vate habia cantado y declamado alternativamente, segun el carácter de los diversos pasajes de su improvisacion, ejemplo que fué seguido por todos los bardos que le sucedieron en el tablado.

Pero ántes de pasar adelante queremos advertir al lector, por más que lo creemos innecesario, que no presentamos aquí tales como fueron pronunciadas las improvisaciones de los bardos de Euskaria. Sólo tratamos de expresar, fiel y claramente, por medio de la fraseología moderna, lo que en sustancia dijeron aquellos inspirados vates, cuyo poético lenguaje, sembrado de atrevidos símiles y de símbolos claros entónces, pero hoy oscurísimos, sería incomprensible para la mayoría de nuestros contemporáneos. Además, la maravillosa concision de la lengua en que hablaban, permitia á los bardos expresar sus ideas con menor copia de vocablos que la que nosotros necesitamos para exponerlas con claridad.

Otro bardo habia subido al tablado. Aunque algo más jóven que el primero, no era su barba ménos blanca, ni su aspecto ménos venerable. Con la siniestra mano apoyada en un grueso makila, y accionando magistralmente con la diestra, habló, segun dicen, de esta suerte:

—¡Dichoso el bardo que en medio de un pueblo trasportado de regocijo canta la paz universal! Pero ¡oh dolor! hace ya tanto tiempo que pasó la edad de la paz, de la fraternidad humana, que bien pronto se borrará de entre los hombres hasta el recuerdo de una era tan feliz.

»¡Ah! Sin duda llegará un dia en que el genio hermoso de la paz vuelva á cobijar con sus alas toda la humanidad. Pero ese dia está lejano, muy lejano. ¿Qué ojos lo verán?

»No ciertamente los mios, cuyo fulgor se apaga por momentos; debilitados por los años, no pueden resistir la tenue luz de las estrellas, ni siquiera la de la presuntuosa luciérnaga que al anochecer va á posarse al borde del sendero, como para alumbrar á los transeuntes.

»Yo tengo veinte hijos y más de cien nietos; pero ni el más tierno de éstos, que ha nacido hoy mismo y á quien en los brazos de su madre he consagrado á la noble profesion de bardo, besándole en la frente, haciéndole agarrar con su manecita el puño de mi nudoso makila, y poniendo sobre su ca-

becita rubia la mitra brillante, verá el suspirado dia de la paz universal.

»Cuando nuestros padres dejaron el Asia dirigiéndose á Occidente guiados por el sol y por el véspero brillante, y despues de habitar larguísimo tiempo en diversos países y de dejar en ellos numerosas colonias, arribaron á las playas de Hesperia, ésta estaba enteramente desierta; para enseñorearse de ella sólo tuvieron que combatir con las fieras que poblaban sus bosques, pero aún no ha olvidado nuestro pueblo la prediccion que entónces hizo un patriarca venerable, prediccion que trasmitiéndose de padres á hijos ha llegado hasta nosotros desde aquella edad remotísima.—«Esta tierra es demasiado hermosa—dijo el anciano—para que nadie nos dispute su posesion. Dia llegará en que tengamos que defenderla palmo á palmo. Este cielo azul; esta tierra, que aunque inculta todavía, es un jardin deleitoso; esta vasta y hermosa region regada por rios que arrastran arenas de oro, y asentada entre dos mares, tranquilo el uno y tempestuoso el otro, despertará la codicia de los pueblos más poderosos, que vendrán unos tras otros á conquistarla. ¡Ah! ¡Cuántas veces tendremos que regar con nuestra sangre, y con la sangre de los extranjeros, los campos de nuestra nueva patria!»

»La profecía se ha cumplido. El celta cruel, el fenicio artificioso, y el romano falaz, han venido sucesivamente á apoderarse de la tierra roturada y cultivada por nosotros.

»Así como el amor es el fundamento de nuestra religion, el odio, la guerra y el pillaje forman la base de la religion de esos pueblos sanguinarios; así como nuestro Dios es el misericordioso Jaungoikoa, un anciano de luenga barba y de bondadoso rostro, los dioses favoritos de los celtas son el terrible Heu, y el abominable Teutates, que se irrita cuando la sangre de víctimas humanas no riega con frecuencia sus altares; y el dios supremo de los romanos es el soberbio Júpiter, divinidad cruel, siempre dispuesta á lanzar contra los hombres los rayos que para él fabrica constantemente uno de

sus hijos. En cuanto á los fenicios, aunque se dice que tambien tienen dioses, yo no puedo creerlo; su único dios debe ser el oro.

»Pero de todos esos pueblos, el romano es el más infame, el más aborrecible. Descendiente de una banda de ladrones, vive consagrado á la rapiña, y cifra su gloria en la devastacion, el incendio, el asesinato, el exterminio de pueblos enteros. Hijo de aquellos á quienes amamantó una loba, ha heredado la crueldad y la voracidad insaciable de este animal carnicero.

»Ese pueblo execrable lleva en la mano la espada de las batallas, y oculto entre los pliegues de la túnica el arma del cobarde, el puñal del asesino. Traidor y sanguinario, ni guarda la fe jurada, ni conoce placer más grande que el de la matanza.

»La tierra no ha producido mayores monstruos. Los romanos abandonan á sus aliados á la saña de sus enemigos, declaran prisioneros y venden á los rehenes, quebrantan los pactos más sagrados. Ellos degüellan cobardemente á los que fiados en sus solemnes promesas se rinden y entregan las armas; se complacen en despedazar á las mujeres, á los ancianos y á los niños; tienden inicuos lazos á los capitanes á quienes no pueden vencer, para hacerlos asesinar por viles sicarios. Ellos rematan cruelmente á los heridos, y cortan las manos ó crucifican á los prisioneros; ó lo que es aún peor, los convierten en esclavos, y cuando se cansan de sus servicios, los hacen servir de pasto á las lampreas y á los sollos destinados á la mesa de los patricios, ó los arrojan á las bestias feroces en el circo, para diversion de una multitud brutal, que familiarizada con la sangre, con la matanza, jamás goza tanto como viendo á los tigres y á los leones de Africa, ménos crueles que ella, desgarrar las carnes y triturar los huesos de los hombres.

»¡Guerra á Roma! Cortemos la horrenda cabeza del monstruo abominable que se apresta á devorar á los humanos.

Arrojemos de nuestra hermosa Iberia á los tiranos del Lacio, y vayan á llorar su derrota, y á ocultar su vergüenza, á la soberbia ciudad de las siete colinas.»

Las últimas palabras del anciano bardo, pronunciadas con vigorosa entonacion y acompañadas con noble y guerrero ademan, entusiasmaron á la multitud, y de todas las bocas salió un potente grito de *¡Guerra á Roma!* que repitieron uno tras otro los ecos de las montañas.

El viejo cedió su puesto en el tablado á otro bardo, y éste, que era tambien un anciano de majestuoso porte y de hermosa barba blanca, entonó un himno solemne en honor de Jaungoikoa, himno que no ponemos aquí por no alargar demasiado nuestra narracion. Sólo diremos que aunque el himno era improvisado, el bardo introducia en él de tiempo en tiempo algunas estrofas de todos conocidas por ser obra de los más famosos bardos de otras edades, y que entónces la multitud le acompañaba en coro, formando un armonioso y magnífico conjunto.

El cuarto y último de los bardos que aquella noche subieron al tablado era un jóven de treinta años escasos, cuyo hermoso rostro y noble porte prevenian en su favor. Dejó el nudoso makila en el suelo sin duda para poder accionar con más desembarazo, y despues de meditar algunos instantes, exclamó dirigiéndose á la multitud:

—El grito de angustia de la noble Celtiberia ha resonado en nuestras montañas, y congregada cada tribu de nuestro pueblo á la sombra de su árbol sagrado, casi todas han resuelto prestar ayuda eficaz á los atribulados celtíberos; pero miéntras que las unas les envian toda su juventud, miéntras que las otras se disponen á enviarles todos sus hombres capaces de llevar las armas, dejando así desamparado su propio territorio, la nuestra, más prudente y precavida, no queriendo privarse de tan considerable parte de su poblacion varonil, ni alejar del país á nuestro amado caudillo Lelo, ha resuelto mandar á Celtiberia un número de guerreros que no pase del

número de hogares de la tribu, á las órdenes de un jefe ménos distinguido. Empero Lelo ha rogado á la asamblea de los ancianos que le permita ir á pelear al frente de nuestros hermanos por la libertad de los de Celtiberia, y la asamblea ha accedido á su demanda.

»¡De qué sabia manera han limitado los ancianos el número de guerreros que nuestra tribu ha de enviar á Celtiberia! ¿Pero acaso se ha desmentido alguna vez la sabiduría y la prevision de nuestros patriarcas? Segun ellos, Lelo no debe admitir bajo sus banderas ni á dos personas del mismo hogar, ni al hijo único de padres ancianos, ni al que teniendo hermanos no cuente entre ellos ninguno que haya salido de la adolescencia y que pueda servir de báculo á sus progenitores. De ese modo el país no quedará desamparado, sin que por eso sea despreciable el auxilio que enviamos á nuestros deudos de Celtiberia.

»¡Oh misericordioso Jaungoikoa! ¡Vuelve tus compasivos ojos hácia los desgraciados que gimen bajo la férrea planta del romano! Lleva á su corazon la esperanza; diles que los euskaros de las montañas se aprestan á marchar en su ayuda, y que pronto el sonoro *irrinz* (1), y el *ujujú* (2) estridente, resonarán en los llanos de Celtiberia, ahuyentando las águilas romanas cual despreciable bandada de tímidas grullas.

»¡Excelso Betikoa! Protege á los guerreros generosos que dejando su patria y las dulzuras del hogar corren á pelear contra los opresores y á dar la vida por los oprimidos. Infunde valor inquebrantable en el corazon del euskaro, y da á su nervudo brazo fuerza irresistible; bendice las resplandecientes armas de nuestros guerreros, para que ni un solo golpe sea inútil, para que las armaduras de hierro, ni los escudos de bronce, resistan á su temple incomparable.»

---

(1) Grito de guerra.

(2) Antiguamente era un grito de guerra; hoy es un grito de alegría que todavía se oye con frecuencia, despues de anochecer, á la vuelta de las romerías.

Dijo; y en el mismo instante Lelo se puso en pié, y, sacando la espada, tendió el brazo hácia adelante y bajó la cabeza como para recibir la bendicion de Dios que acababa de implorar el bardo. Los ancianos tambien se levantaron y extendieron los brazos; las mujeres y los niños permanecieron sentados. Al mismo tiempo los guerreros, que estaban apiñados al otro lado del tablado y en torno del grandioso círculo destinado á las fiestas, levantaron sobre sus cabezas los broqueles, las porras, los arcos, las azconas ó azagayas, y aquellas formidables espadas de dos filos que describe Polibio; aquellas espadas que eran el terror de los romanos, y que, adoptadas despues por ellos, llevaron el espanto á los griegos.

Hubo un momento de silencio. Luégo, la voz de Lelo se dejó oir, y todos tornaron los ojos hácia el jefe. Éste hablaba lenta y cadenciosamente, y sus facciones, dotadas de movilidad pasmosa, reflejaban admirablemente los nobles afectos que expresaban sus labios y que llenaban su corazon.

—No es un vano deseo de gloria, ni el amor á la guerra, ni el afan horrible de verter sangre, lo que me lleva á Celtiberia. ¡Oh no! Yo detesto la guerra, abomino el derramamiento de sangre, y amo las dulzuras de la paz.

»¡Cuán felíz soy, oh nobles euskaldunas, viviendo entre vosotros en este hermoso valle, al lado de mi adorada Tota y de mi hijo querido! Nada falta á mi dicha, que es completa; mis dias son claros y serenos; mi vida semejante á un límpido arroyo que camina con lentitud á través de hermosísima pradera, reflejando el azul del cielo y besando á su paso el césped y las flores de la orilla.

»Tambien vosotros teneis esposas, hijos y hermanos; tambien vosotros teneis séres queridos á cuyo lado sois dichosos y que abandonais con pesar. Pero ¿no sería egoista y cruel olvidar, en medio de nuestros goces, que hay aliados y deudos nuestros que gimen bajo el yugo más pesado é ignominioso? ¿Podemos permanecer cruzados de brazos, miéntras

que nuestros deudos de Celtiberia arrastran las cadenas de la servidumbre?

»¡Oh no! ¡Mil veces no! No es digno de vivir sobre el haz de la tierra, ni de partir con los demas hombres los dones inagotables de Jaungoikoa, el pueblo egoista que, sordo á los lamentos de los oprimidos, no está siempre dispuesto á empuñar la espada contra los tiranos y los opresores. Dia suele llegar en que á su vez ese mismo pueblo cae bajo el dominio de alguna nacion bárbara, bajo la férula de algun tirano cruel, y entónces los demas pueblos contemplan con indiferencia, tal vez con placer, tan merecido infortunio.

»Nosotros no queremos atraer sobre nuestras cabezas la venganza de Jaungoikoa; no queremos permanecer indiferentes á los sufrimientos de los que gimen en la esclavitud, que si tal hiciéramos mereceríamos perder nuestra libertad y doblar la cerviz bajo el yugo de los hijos del Lacio.

»¡Euskaros de Vizcaya (1)! ¡Nobles hermanos mios! Con el próximo sol emprenderemos la marcha hácia el Sur. ¡Quiera Dios que volvamos pronto á nuestras montañas, cargados de trofeos y con las frentes coronadas de laurel! ¡Ah! No todos hemos de volver: algunos quedarán tendidos en las

(1) No creo que sea un anacronismo poner este nombre en los labios del jefe cántabro. Es indudable que muchos siglos ántes de que el nombre de Vizcaya sonara por primera vez en la historia, los vascos daban ese nombre á una gran parte de su territorio. El que los escritores extranjeros, únicos que en la antigüedad se ocuparon de nuestras cosas, no lo conocieran, nada tiene de extraño, pues hoy mismo, en el último tercio del siglo XIX, ¿cuántos son los escritores no vascongados que conocen por sus nombres euskaros algunas de las poblaciones más importantes de nuestro país, como por ejemplo, Pamplona y San Sebastian? ¿Cuántos son los escritores no vascongados que saben que los nombres euskaros, y por consiguiente los nombres verdaderos de esas dos ciudades son *Iruña* y *Donostia?* Hasta hace pocos años eran contadísimos los escritores extraños al país que sabian que la lengua vascongada no se llama *vascuence*, sino *euskara*, y que los que la hablan no se llaman ni se han llamado jamás á sí mismos, *vasco*, *vascones* ni *vascongados*, sino *euskaldunas*.

hermosas llanuras de Celtiberia, pero renacerán en las llanuras celestes, mil veces más hermosas, donde les aguardan nuestros padres, que ántes que ellos supieron morir por la independencia.

»Id ahora á descansar; Jaungoikoa os envie un sueño profundo y apacible y ahuyente las visiones tristes ó terroríficas que pudieran atormentaros. Que miéntras dormís sólo veais á las hermosas ninfas del bosque que saliendo de su oscura morada en la concavidad de los viejos robles, danzan alegres y sonrientes á la pálida luz de la luna. *¡Gabon, gabon!* (1).»

—*¡Gabon, gabon!* repitieron los circunstantes, y en el mismo momento la asamblea empezó á disolverse, dirigiéndose cada cual al lugar donde debia pasar la noche.

## V.

La multitud no habia aún desocupado enteramente el vasto recinto, cuando empezó á cundir entre ella un rumor que vino á hacer olvidar las palabras de Lelo y de los bardos, y á interrumpir los comentarios que sobre ellas se estaban haciendo. Decíase que un jóven cuyo hermano habia sido asesinado, acababa de llegar al campamento impulsado por vehementes sospechas de que el asesino se habria mezclado con los guerreros, creyendo que de ese modo se libraría de ser descubierto y castigado. Como generalmente acontece en tales casos, cada uno daba á su modo los detalles del crímen, esforzándose todos en pintarlo con los más negros colores; así es que la indignacion de la multitud era terrible y aumentaba por momentos. Pero principalmente los soldados estaban furiosos. Si la noticia y los pormenores del crímen les habian irritado, irritábales aún más el que el asesino hubiera osado mezclarse con ellos, y miraban ansiosamente en torno

(1) *¡Buenas noches! ¡Buenas noches!*

suyo como si quisieran descubrirlo y despedazarlo. Algunos pedian las señas del asesino, otros hacian preguntas acerca de su edad, de su aspecto y de su traje; todos declaraban que era preciso dar con él y hacerle sufrir el castigo á que se habia hecho acreedor. Pero además del horror que el crímen inspira y de la sed de venganza que despierta en todos los corazones honrados, los guerreros tenian otro motivo no ménos poderoso para desear que el criminal fuese habido. En efecto; los euskaldunas creian de muy antiguo que la presencia de un asesino en el ejército indefectiblemente daba la victoria al enemigo, y esta supersticiosa preocupacion asaltó entónces la mente de todos los soldados. Por fortuna, allí estaba el hermano de la víctima, que conocia al criminal y lo señalaria á la execracion del pueblo y á la justicia de los ancianos, librando de ese modo á los guerreros de llevar á Celtiberia un compañero tan ominoso y tan aborrecible.

La persona que tan intempestivamente habia venido á turbar la paz del campamento era Iatur, el mayor de los hermanos de Mutileder. Acababa de rogar á unos soldados que le condujeran ante el jefe, pues deseaba pedirle que tomara las medidas necesarias para que ninguna persona pudiera dejar el campamento.

Apénas los infaustos rumores que corrian de boca en boca penetraron en el grupo de que formaba parte el jóven Zara, adivinó éste que el que acababa de llegar á Aréchaga era alguno de los hijos de Zarika, y viéndose perdido sin remedio si era visto por él, trató de escabullirse; pero sus compañeros, que le habian visto inmutarse y que por eso concibieron sospechas, le observaban atentamente; así es que se apoderaron de él á pesar de su resistencia y le arrastraron delante del jefe en medio de las vociferaciones de la multitud que pedia la muerte del asesino.

Los temores de Zara se habian realizado; sus nuevos camaradas, que ántes le habian mostrado tanto cariño, le quitaban ahora toda esperanza de salvacion.

Para cuando Zara, conducido por los soldados, compareció ante Lelo, ya el jefe, que habia hecho que su esposa y su hijo se retiraran, estaba conversando con Iatur. Este, así que vió al asesino de su hermano, le saltó al cuello lanzando un grito de salvaje alegría, y le arrastró á los piés del caudillo. Pero Lelo le ordenó que le soltara, y reanudando la interrumpida conversacion, preguntó á Iatur en qué se fundaba para creer que aquel jóven era el asesino de su hermano.

Entónces Iatur pintó con los más negros colores el carácter de Zara, su ingratitud para con el bondadoso Zarika que durante tantos años le habia servido de padre, pero que cansado al fin de su genio díscolo y de su índole perversa, le hubiera expulsado de su hogar á no ser por el inexplicable é inmerecido afecto que le habia cobrado Mutileder, el mejor y más querido de sus hijos, afecto que Zara debia pagar de un modo tan horrible. Porque no habia lugar á duda: el infeliz Mutileder habia salido aquella mañana muy temprano en compañía de su falso amigo, y cuando alarmados por su tardanza salieron á buscarle Iatur y sus hermanos, le hallaron tendido en el bosque con la cabeza hendida de un hachazo, y no léjos de él el hacha de Zara teñida en sangre. Aquella hacha era un presente que el padre de Mutileder habia hecho á Zara. ¡Cuán léjos estaba el pobre anciano de imaginar que con ella verteria aquel ingrato la sangre de su hijo muy amado!

El crímen de Zara indignó sobremanera á cuantos le conocian y conocian al buen Mutileder; así es que muchos de ellos, ansiosos de venganza, partieron en distintas direcciones en busca del asesino. Lo mismo hicieron algunos deudos de Zarika, y todos sus hijos, ménos el más jóven, que quedó haciendo compañía al atribulado padre. Iatur terminó su narracion diciendo que el anciano fué quien sospechó que Zara trataria de ausentarse del país mezclándose con los soldados de Lelo, y que por eso le habia ordenado que sin descansar un instante se encaminara al campamento, donde

casi seguramente encontraria al fugitivo, ó siguiera al ejército hasta alcanzarlo, en el caso muy probable de que á su llegada á Aréchaga hubiesen ya levantado el campo los euskaros.

Cuando Iatur cesó de hablar, el jefe, profundamente contristado, le preguntó si Mutileder habia muerto á consecuencia de la herida, ó si aún se esperaba salvarle. Iatur habia dicho que cuando le encontraron tendido en el bosque su pobre hermano no estaba muerto, sino desmayado, y no ignoraba Lelo que las heridas de la cabeza, cuando no producen la muerte en seguida, se curan con facilidad.

Pero Iatur daba ya á su hermano por muerto. En vano un hábil y famoso *belardazaria* (1) habia declarado que no estaban amenazados los dias del herido y que tenía la seguridad de curarle; por su parte Iatur creia firmemente que Mutileder habria muerto ya. Pero tal vez se expresaba así por aumentar el horror que á todos causaba el crímen de Zara.

Lelo no pensaba del mismo modo. Parecíale que no se debia desdeñar la opinion del herbolario, que seguramente no habria hablado con tanta confianza si el caso hubiera sido desesperado. Pero de todos modos no se podia juzgar á Zara hasta ver si el herido recobraba ó no la salud: nadie habia presenciado el crímen, y aunque la culpabilidad de Zara parecia indudable, sería precioso el testimonio de Mutileder para averiguar lo ocurrido entre los dos jóvenes y formarse justa idea de la gravedad del crímen por el conocimiento de las circunstancias que pudieran atenuarlo ó aumentar su odiosidad. Pero entre tanto podian interrogar á Zara. ¿Qué tenía éste que alegar en su defensa?

Zara comprendió en seguida que sería enteramente inútil negar el crímen que se le imputaba, y que lo que le convenia

(1) Persona experta en el conocimiento de las plantas y de sus propiedades curativas.

era confesarlo, pero desfigurando los hechos y tratando de interesar en su favor á los circunstantes y principalmente al jefe, cuya bondad pregonaban todos. Mostróse muy apenado por lo acaecido, y se deshizo en elogios de Mutileder, á quien habia amado y amaba aún entrañablemente. Habia habido entre ellos un vivo altercado que refirió circunstanciadamente, esforzándose en apariencia por hacer ver que la razon estaba del lado de Mutileder, pero haciendo hábilmente que su relato hiciera creer lo contrario á sus oyentes. A consecuencia de aquel altercado habian venido á las manos, y despues de luchar largo rato cuerpo á cuerpo, Mutileder, ciego de cólera, iba á atravesarle el pecho con la espada, y él entónces por defender su vida, y sin darse cuenta de lo que hacia, le descargó un hachazo en la cabeza. ¡Cuál no fué su desesperacion al verle caer en tierra bañado en sangre! ¡Cuán gozoso hubiera dado la vida por devolvérsela á Mutileder á quien creia muerto! Loco de dolor corrió largo tiempo por el bosque sin direccion determinada, y por fin decidió hacerse soldado y marchar á Celtiberia á las órdenes del invicto Lelo, para encontrar la muerte guerreando con los romanos.

Zara era un actor habilísimo. Sus actitudes eran nobles y dramáticas, y sabia dar á su rostro la expresion conveniente y á su voz las inflexiones más diversas. Su acento era ya dulce y tierno como una plegaria ó como una cancion de amor, ya triste y quejumbroso cual funeral endecha, ya ronco, terrible, desgarrador, como un grito de desesperacion, como los alaridos de un demente, como el estertor de un moribundo. No es, pues, extraño que los circunstantes se conmovieran profundamente y que el crédulo y bondadoso jefe se compadeciera de él y tratara de favorecerle. En vano Iatur ponderó la falsedad, el disimulo, la hipocresía de Zara, y dijo que no se debia dar crédito á sus palabras; todos sus esfuerzos no bastaron para borrar la favorable impresion que habian producido en el sensible corazon de Lelo las pa-

labras del asesino de Mutileder. Por eso el jefe, dirigiéndose al jóven Iatur, le dijo con acento bondadoso:

—¡Oh buen Iatur! El punzante dolor y la justa indignacion que te embargan en este momento te hacen tal vez exagerar la perversidad de Zara. Si éste fuese un sér tan despreciable, ¿es creible que le habria amado tan entrañablemente como tú mismo dices, un mancebo de tan nobles prendas como Mutileder?

»Zara habla con el acento de la sinceridad. Bien se ve que deplora amargamente lo acaecido; que le aflige sobremanera haber herido á Mutileder, á quien ama; á Mutileder, que era su único amigo, su único compañero.

»Si ha dicho la verdad, los dos amigos han venido á las manos á consecuencia de una reyerta, y si Zara ha herido á Mutileder, es porque éste iba á atravesarle con la espada. En ese caso ambos serian dignos de castigo. La espada y el hacha de armas son para combatir con los enemigos de nuestra independencia y no para derramar la sangre de nuestros hermanos. Cuando los euskaros riñen entre ellos no emplean otras armas que los puños, y si la sangre riega la tierra, es solamente la sangre de las encías y de las narices.

»Si, como tú presumes, Zara hubiese herido alevosamente á Mutileder, me apresuraria á entregarle al tribunal de los ancianos, y el castigo no se haria esperar. Pero ¿es creible que así sea?

»Sólo Mutileder puede disipar nuestras dudas, y afortunadamente Mutileder vive y sanará de su herida; que á haber abrigado la menor duda de ello, no se hubiese expresado con tanta seguridad el sabio belardazaria.

»Ve, pues, buen Iatur, á confortar tu estómago y á dormir, y mañana al rayar el alba encamínate á la morada de tu padre. Allí oirás de los labios de tu hermano la verdad de lo acaecido.

»Yo espero que Mutileder confirmará la relacion de Zara y que perdonará á éste; el anciano Zarika no querrá ser mé-

nos generoso y perdonará tambien á su hijo adoptivo. De ningun modo pueden mostrar mejor su agradecimiento al misericordioso Jaungoikoa que ha preservado la vida de Mutileder.

»Yo les ruego que se apiaden de Zara; yo les suplico que le envien su perdon. El infeliz se arrepiente de lo que ha hecho, y por malo que sea, por perversos que sean sus instintos, es jóven y podemos esperar que ha de corregirse. Tal vez vendrá un dia en que Zara sea enteramente digno de poseer la amistad de Mutileder, y en que gocemos todos viéndolos en brazos uno de otro olvidar sus pasadas contiendas.

»No quieran tu padre y tu hermano, llevados del deseo de venganza, empeñarse en hacer que ese desgraciado comparezca ante la asamblea de los ancianos. Por lo mismo que el crímen es casi desconocido en nuestras montañas, nuestras leyes son severísimas, y difícilmente se libraria Zara de ser arrojado de lo alto de un monte; cayendo de peñasco en peñasco, su lacerado cuerpo iria á parar al fondo de la sima insondable.

»No perdones esfuerzo alguno para obtener el perdon de Zara. Entre tanto éste permanecerá encerrado bajo la vigilante guarda de hombres insobornables; y si tus súplicas son inútiles, si tu padre y tus hermanos se niegan á perdonarle, será entregado al tribunal de los ancianos, siempre famoso por la estricta justicia de sus fallos.

»¡Oh buen Iatur! Vuelve á la morada de tu anciano padre, besa en mi nombre sus arrugadas manos y los blancos cabellos que circundan su frente venerable, y díle que Lelo se conduele de su infortunio y ruega á Jaungoikoa por él y por los suyos.

»Y tú, Zara, ensalza al Todopoderoso que ha librado de la muerte á Mutileder, y á ti de ser reo del homicidio más execrable.

»Porque aunque Mutileder haya querido herirte con la

espada, debias haberte contentado con parar el golpe ó huir el cuerpo. Jamás debiste alzar el hacha contra el hijo de tu bienhechor, de tu padre adoptivo. Haces bien en llorar, porque tu crímen es horrible.

»Empero yo creo que el buen Zarika y el generoso Mutileder te perdonarán, y entónces, ya que eres huérfano y solo en el mundo, tendrás un puesto en mi hogar y en él esperarás mi regreso.

»Tal vez más adelante, cuando los años y principalmente tus buenas acciones hayan borrado el recuerdo de tu crímen, podrás pelear á mis órdenes contra los enemigos de nuestra raza; pero ahora tu presencia en el ejército desanimaria á mis guerreros y nos acarrearia incalculables desastres.

»Quedarás pues aquí, y durante mi ausencia instruirás á mi hijo en el manejo de las armas. A su tierna edad aprendí yo á lanzar la *guecia* (1) y la azcona, á manejar el arco, y á pelear con la espada y el escudo.»

Así habló el jefe, y, como siempre, sus palabras fúeron acogidas con ruidosas aclamaciones. Luégo, miéntras que Zara era conducido á la prision que se le habia destinado; miéntras que Iatur era llevado procesionalmente por los mismos soldados que ántes obsequiaran á Zara, pero que habiéndole cobrado una aversion instintiva habian escuchado sin conmoverse su falsa narracion y sus fingidos lamentos; y que Lelo, seguido de los más distinguidos jefes, se dirigia lentamente á su morada, los demas guerreros se diseminaron por el campamento para entregarse á las dulzuras del sueño, y con el mismo objeto se encaminaron á sus hogares las personas todas que habian venido á presenciar la fiesta. Pronto no se oyó en Aréchaga más que el desapacible ronoar de los soldados mezclado con el suave murmullo del arroyo que por alli serpentea.

A la mañana siguiente, Iatur, despues de presenciar la par-

(1) Arma arrojadiza.

tida de los guerreros, se puso en camino para la remota *chabolia* (1) de su padre, acompañado de dos fornidos mancebos que guiaban varias acémilas cargadas de presentes de Lelo para el anciano Zarika.

## VI.

La fortuna favorecia visiblemente al jóven Zara.

Para cuando Iatur regresó á su casa ya Mutileder se hallaba fuera de peligro, y Zarika, ebrio de alegría al ver que el sabio belardazaria no se habia engañado y que el misericordioso Dios no queria arrebatarle su hijo predilecto, sentia amortiguarse en su corazon la sed de venganza que ántes sintiera, así es que oyó con marcada frialdad la noticia de la captura del ingrato Zara, lo cual no dejó de mortificar bastante á Iatur. Y cuando éste, no de muy buena gana por cierto, le manifestó que Lelo se interesaba por el fugitivo y le rogaba que le perdonase, el viejo, despues de algunos instantes de vacilacion, contestó á su primogénito que no podia desoir la súplica de un hombre tan ilustre, tan bueno y tan querido como Lelo, y que por otra parte, el excelso Jaungoikoa, que habia salvado la vida á Mutileder, no veria con buenos ojos que ellos, olvidando tan gran beneficio, persistieran en su idea de vengarse, siendo así que á Él, á Él únicamente se debe dejar siempre el cuidado de la venganza. Por eso Zarika perdonaba á Zara y deseaba que tambien Jaungoikoa le perdonase.

En vano el vindicativo Iatur trató de alterar la resolucion de su padre; el viejo se mantuvo inquebrantable, y el mismo Iatur tuvo que llevar á Zara el perdon del generoso anciano.

Zara, pues, fué inmediatamente puesto en libertad, y Tota, conformándose á los deseos que su esposo habia expresado

(1) Casa rústica.

ántes de partir para la guerra, le recibió en su casa y le encargó de instruir al tierno Izar en el manejo de las armas. Así es que Zara, que hasta entónces no habia dado el menor crédito á la prediccion de la vieja Surchoa, vió en lo que le estaba sucediendo el principio del cumplimiento de aquella prediccion, y lleno de confianza en el resultado, se propuso hacer todos los esfuerzos posibles para ganar el corazon de la hermosísima Tota.

¡Si sería vil el corazon de aquel hombre que sin el menor escrúpulo, sin el más leve remordimiento, se proponia corresponder á los beneficios del generoso Lelo robándole el honor y el amor de su esposa! El jefe euskaro, no contento con librarle del rigor de la justicia y de las iras de los parientes de Mutileder, le habia acogido en su casa no como á un extraño sino como á un hermano, y sin embargo él, olvidándolo todo, queria herirle en el corazon y destruir para siempre su felicidad. Ni un momento vaciló el jóven Zara, y era que ni el agradecimiento, al que siempre habia sido extraño, ni la gran voz del deber, á la que jamás habia prestado atencion, podian detenerle haciéndole comprender la insensatez de su proyecto y la enormidad del crímen que iba á cometer. Zara ni siquiera pensó en todo esto, ó si pensó fué solamente por muy cortos momentos. Un solo pensamiento, un solo deseo le preocupaba: obtener á toda costa el amor de la hermosísima Tota.

Ahora bien, como esta amaba tiernamente á su hijo, creyó Zara que ante todo era preciso captarse el afecto de aquél, lo cual consiguió fácilmente, gracias al buen natural del niño, y al empeño que Zara ponia en satisfacer todos sus caprichos. Bien pronto Izar no pudo pasarse sin él: tan fácilmente cautivan el inocente é incauto corazon de los niños los que les muestran cariño y deseo de agradarles.

El artero Zara no se habia equivocado en sus cálculos. Su gallardo porte y la indisputable belleza de su rostro habian hecho cierta impresion en el ánimo de la hermosa Tota; y por

otro lado, las falsas pero bien meditadas explicaciones que el jóven habia dado acerca de lo ocurrido con Mutileder, quitaban al crímen toda la odiosidad que realmente tenía, haciendo ver que de su parte no habia habido alevosía, y que si hirió á Mutileder fué en defensa propia y combatiendo lealmente; mas á pesar de todo Tota le tenía miedo, y hasta una aversion instintiva, de la que sin embargo ella apénas se daba cuenta: hubiérase dicho que el corazon de la esposa de Lelo presentia cuánto tendria que sufrir por causa de aquel hombre. Pero á medida que el niño cobraba afecto á su maestro, el corazon de la madre se acercaba al protegido de Lelo; el amor maternal hizo olvidar á la esposa del jefe la distancia que mediaba entre ella y Zara, así es que, con gran contentamiento de éste, pronto empezó á tratarle como á un amigo, como á un igual.

Zara, que como ya hemos dicho habia acabado por dar entero crédito á la prediccion de la vieja Surchoa, consideraba á Tota como cosa propia, y enardecíase contemplando aquellas admirables formas, aquel cuerpo bellísimo que un dia, tal vez no lejano, podria estrechar entre sus brazos. Porque no era amor sino deseo, no era amor sino un desordenado apetito sensual, lo que la hermosa Tota habia inspirado al lúbrico Zara.

Y aquel deseo hacíase cada dia más y más vehemente; aquel torpe apetito se hacia más y más imperioso, más y más insoportable. El jóven no podia contemplar sin estremecerse, aquellos rasgados ojos negros y brillantes, aquellas rosadas mejillas, aquellos rojos y húmedos labios, aquel níveo y mórbido cuello. Zara sentia arder su sangre al contemplar los torneados brazos, las fornidas y bien modeladas espaldas, la estrecha cintura, los deliciosos contornos del levantado pecho, y la tentadora curva de las caderas.

Empero el jóven no osaba revelar á Tota su criminal pasion y sus atrevidos pensamientos; el temor de una repulsa, que podia tener las más fatales consecuencias, le contenia en

los límites del respeto y del decoro. Estaba firmemente decidido á no aventurar una declaracion hasta que tuviera completa seguridad de obtener una respuesta favorable.

Pero ¿cómo haria para ganar el amor de la hermosísima Tota? Habia ya obtenido su amistad y su confianza; pero ¿cómo haria para despertar en su corazon más tiernos y más ardientes sentimientos?

Así pensaba el jóven una tarde que sentado en la pequeña y agreste meseta de Petralanda descansaba de las fatigas del dia, empleado, como casi todos, en cazar en el monte y en adiestrar á Izar en el manejo de las principales armas ofensivas y defensivas que se usaban en aquel tiempo.

La tarde era oscura y triste. Pardos nubarrones encubrian el cielo, y aunque habia ya empezado la primavera, insectos y pájaros permanecian silenciosos, como si participasen de la tristeza del dia. Tan sólo un parlero mirlo mezclaba de tiempo en tiempo su canto con los silbidos del viento y con los suspiros de las ramas. ¡Si sería feliz aquel pajarillo á quien ni lo sombrío de la tarde, ni el sepulcral silencio de todos los demas séres, impresionaban en lo más mínimo!

El collado de Petralanda, que mirado del Norte tiene la forma de un cono truncado, se alza, como todos saben, enfrente del cónico Gaztelu-piku, del cual está separado únicamente por una estrecha hondonada, que sirve de lecho al bullidor arroyo con cuyas aguas mezcla un poco más arriba las suyas la famosa Iturrigorri ó *Juente Roja*. Ambos picos forman por aquella parte las últimas estribaciones de los montes de San Roque y Pagazarri, y á sus piés se extiende el hermoso valle del Ibaizabal, rodeado de montañas en forma de anfiteatro. El rio, que ocultan á la vista las ondulaciones del terreno, pero cuyo sinuoso curso es fácil adivinar, aparece á lo léjos formando como un tranquilo y plateado lago dulcemente dormido entre los montes.

El collado de Petralanda debe su nombre á la estrecha meseta ligeramente ondulada que forma su cresta, y en la que

desde tiempo inmemorial celebran sus conventículos las brujas de Vizcaya. Dicha meseta, situada al pié de elevados montes, y entre dos profundas hondonadas por cuyo fondo corren dos arroyuelos que van á unirse algo más abajo, en Gaztelu-ondo, tiene verdaderamente algo de triste y de siniestro, y es sin duda alguna digna de servir de teatro á las grotescas asambleas y á las extravagantes diversiones de esos séres inmundos y abominables.

—¿Qué haré—pensaba Zara—para obtener el amor de la hermosísima Tota? Hasta ahora sólo he logrado captarme su benevolencia y amistad. ¡Y hay tanta distancia de la amistad al amor! Mucho temo que no se cumpla jamás el vaticinio de la vieja Surchoa.

»¿Pero por qué no me dirijo á la bruja? Tal vez ella, que me prometió el amor de Tota, me diria cómo hacer para obtenerlo. Ella odia á Lelo, y sin duda querrá ayudarme á robarle el corazon de su esposa.

»¡Ah! Este es uno de los puntos de reunion de las brujas de la comarca. Multitud de esos séres hediondos vienen aquí todas las noches á ejecutar en torno de brillante hoguera sus ridículas y diabólicas danzas. Holgárame de presenciar una de esas extrañas asambleas, y ver si es verdad lo que de ellas nos cuentan. ¿Por qué no esperaria aquí, oculto en la maleza, la llegada de las horribles y misteriosas hijas de la noche? ¿Quién sabe si vendrá con ellas la vieja Surchoa, la asquerosa lechuza de Mendibalz?

»Dícese que á veces las brujas se vengan horriblemente de los que impulsados por la curiosidad se atreven á presenciar sus conventículos, pero ¿no podria ocultarme de tal modo que no me vieran?

»Decidido estoy á esperar y á verlo todo, y si la vieja Surchoa está entre las brujas, tal vez me atreva á salir de mi escondite y presentarme á ella, á recordarle su pronóstico y pedirle los medios de apresurar su cumplimiento. La vieja Surchoa me ha mostrado su benevolencia de un modo palpa-

ble, y seguramente me protegeria, si necesario fuese, contra las demas brujas. »

Así discurría Zara.

Firmemente resuelto á presenciar el conciliábulo de las brujas, estuvo sentado ó paseándose en la meseta hasta cerca de media noche, y entónces fué á agazaparse en un enmarañadísimo jaral que ya no éxiste y que limitaba el campo de las brujas por el lado del Mediodía.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Pronto empezaron á llegar de todos lados, hendiendo el espacio con rapidez pasmosa, escuadrones de brujas montadas en feísimos marranos, en barbudos cabrones, y en los palos de cazcarrientas escobas. La meseta de Petralanda, ántes tan triste y desierta, ofreció á los pocos momentos el más extraño y animado aspecto.

Entre las espinosas aliagas y los helechos descollaban las venerables cabezas de los barbados cabrones, los cuales, así que se vieron libres del peso de las brujas, habian corrido en todas direcciones buscando algo que masticar. Los marranos, que ántes de ponerse en camino habian llenado el vientre con el sabroso ungüento de las brujas, se revolcaban en el suelo con delicia, aunque echando de ménos el lodo, cuyo contacto tan grata sensacion produce, al parecer, en la áspera piel de estos paquidermos. Tan sólo las escobas—caso rarísimo—permanecian inmóviles en el lugar donde las brujas las dejaran al apearse.

Son indescriptibles la confusion y el bullicio que reinaban en el aquelarre. Las brujas, como hembras al fin, hablaban todas á un tiempo, entendiéndose ménos cuanto más esforzaban sus ásperas y chillonas voces. Algunas bailaban desenfrenadamente, cantando coplas obscenas y ridículos himnos en loor del ungüento, y del Genio del Mal, protector de las Hijas de la Noche. Este nombre se daban á sí mismas las brujas en aquella época remotísima.

En vano la archimaga, que no era otra que la vieja Sur-

choa, trataba de imponer silencio á aquellos vestiglos. Sus gritos sólo servian para aumentar la batahola, que no empezó á ceder hasta que la mayor parte de las brujas estuvieron roncas á fuerza de vociferar.

Entónces la vieja Surchoa hizo encender en el centro de la meseta una gran hoguera, en torno de la cual colocaron las brujas, en numerosas filas circulares y concéntricas, sus marmitas de ungüento.

Iba á empezar la sesion.

Las brujas fueron tomando asiento en rededor del fuego, no sin gruñir y disputar bastante, pues todas querian ocupar los puestos más próximos á las marmitas, sin duda para aspirar el espeso y hediondo vapor que de ellas salia. Por lo visto las Hijas de la Noche no tenian las carnes tan delicadas como nosotros, pues lo mismo colocaban sus asentaderas sobre el suave y mullido césped, como sobre las zarzas, las árgomas y otras plantas espinosas. La vieja Surchoa permaneció en pié junto á la hoguera.

Paréceme que este es el momento más oportuno para hacer la pintura de las brujas con todos sus pelos y señales; pero creo que puedo ahorrarme ese trabajo, puesto que, generalmente, aquellos vestiglos se parecian, como una castaña á otra castaña, á las que más tarde, es decir en los siglos medios, hicieron el terror de las gentes, y á las que hoy mismo danzan algunos sábados en el cerro de Petralanda. Allá, pues, deben ir á verlas los curiosos.

Sólo diré que entre aquellas horribles viejas de arrugada y aceitosa piel, de color moreno, de miembros disformes y de vientres abultados, habia, aunque pocas, algunas brujas jóvenes muy bonitas y muy bien formadas. Pero ni por un ojo de la cara hubiera sido posible encontrar entre tantas brujas un solo brujo. Estos señores no tenian todavía en aquella época, asiento, voz, ni voto, en las asambleas de sus amables consortes.

La vieja Surchoa habló de este modo:

—Ya lo sabeis, Hijas de la Noche: el principio del mal y el del bien luchan incesantemente en el corazon del hombre.

»¡Ay de nosotras si el segundo sale triunfante! Seremos ignominiosamente expulsadas de la tierra, y tendremos que ir á ocultar nuestra vergüenza, y llorar nuestro vencimiento, á otra morada más triste y más tenebrosa. Entre tanto, la tierra, trasformada por el amor y la fraternidad, será un lugar de delicias semejante á la mansion de los inmortales.

»Pero si triunfa el principio del mal; si el orgullo y la envidia vencen al amor y la mansedumbre, entónces nos será dado el imperio de la tierra, y los hombres, sujetos al yugo de las pasiones, serán nuestros viles esclavos. Ya no tendremos que congregarnos en medio de las tinieblas de la noche, ni que danzar á la vacilante luz de la hoguera; la hoguera inextinguible del sol alumbrará nuestras asambleas y calentará el ungüento de nuestras marmitas.

»Apresurar la llegada de dia tan feliz es el principal objeto de nuestros esfuerzos. Esparcidas por toda la tierra, sembramos entre los hombres el aborrecimiento y la discordia, atizando sin cesar el fuego de las malas pasiones. Pero en ninguna parte obtenemos ménos fruto que entre los euskaldunas; los hijos de Aitor casi siempre resisten victoriosamente á nuestras maquinacioues, y es que les sirven de egida sus sabias leyes, sus antiguas costumbres, y el ejemplo de los virtuosos varones á quienes la voluntad del pueblo ha colocado en los más encumbrados puestos. Porque los caudillos de los euskaros no aspiran jamás, como los de otros países, á convertirse en tiranos; atentos únicamente al bien de la patria, llenos de abnegacion, se olvidan enteramente de sí mismos, y sólo procuran la felicidad de sus hermanos.

»Pero ni entre esta privilegiada raza es fácil encontrar muchos caudillos como Lelo; tal vez jamás se vieron reunidas en hombre alguno tantas vírtudes como en él resplandecen. Y esas virtudes, pregonadas por los bardos, nuestros más temibles enemigos, encuentran en todas partes entusiastas ad-

miradores, y contribuyen á retardar considerablemente el suspirado dia de nuestro triunfo.

»Por eso odiamos á Lelo, por eso hemos jurado su pérdida.»

Un murmullo de aprobacion interrumpió á la vieja Surchoa. Esta continuó:

—Conocedoras vosotras de mi celo y de mi poder, habeis puesto en mis manos el cuidado de tomar venganza del aborrecido Lelo, seguras de que sabré tomarla bien cumplida; y sin embargo, sé que entre vosotras ha habido hablillas y murmuraciones; sé que algunas impacientes me motejan de tibia y perezosa, sin que falte quien asegure que hasta he olvidado el compromiso que con vosotras contraje.

»Por el precioso ungüento os juro que esos cargos son injustos. Por el gran cabron que con sus tremendos cuernos sustenta todo el peso de la tierra, y cuya luenguísima barba bastaria para alfombrar el cielo, os juro que no me duermo, ni se ha entibiado siquiera mi celo; que no he olvidado mi promesa, y que Lelo no escapará á mi venganza.

»¡Ójala trabajarais todas con tanto ardor como yo en servicio de nuestra causa! Mucho ántes llegaria el ansiado momento del triunfo; mucho ántes empuñaríamos el cetro del mundo.»

Así, poco más ó ménos, se expresó la vieja Surchoa, y, como era de esperar, su discurso produjo agradabilísima impresion en aquel selecto auditorio.

Despues hablaron otras muchas brujas, encareciendo su celo y dando cuenta del estado de los asuntos que les estaban respectivamente encomendados. Fué notable la peroracion de la encargada de fomentar la Soberbia de los hombres, orígen de los mayores males que afligen á la humanidad; y tambien llamó la atencion de las brujas el discurso de la que, llevando la Envidia á los corazones, mata el amor y ocasiona envenenadas discordias. Ménos galas oratorias brillaron en la fogosa y en el fondo habilísima oracion de la propagadora de la Ira; por el contrario, la bruja encargada de abrasar á la humanidad en la hoguera de la Lujuria, pronunció un *speech*

muy brillante en la forma pero pobrísimo en el fondo. Notables por su desaliño fueron las arengas de las propagadoras de la Avaricia, que seca el corazon, y de la Pereza, horrible orin que corroe la sociedad y trae la vergüenza, el envilecimiento y la ruina. La bruja cuya mision era fomentar el feo pecado de la Gula, sólo pudo balbucear tres ó cuatro palabras: de tal modo se habia atracado de ungüento, de pan de bellotas y de hidromiel.

Pero no entra en nuestro plan dar cuenta de todos los discursos que se pronunciaron en aquella venerable asamblea. Eso nos llevaria demasiado léjos y agotaria la paciencia de nuestros más pacientes lectores. Baste decir, además de lo expuesto, que salvo raras excepciones, las señoras allí congregadas, y principalmente la presidenta, se condujeron con una moderacion y una cortesía semejantes á las que tanto resplandecen en nuestros modernos Parlamentos, cuando no resplandece en ellos enteramente lo contrario. Esta colilla es indispensable.

Cuando la vieja Surchoa se cansó de oir discursos, levantó la sesion diciendo de este modo:

—«Se levanta la sesion. Hora es ya de que las Hijas de la Noche se entreguen al embriagador placer de la danza.»

En el mismo instante las brujas se levantaron lanzando jubilosos gritos, y se pusieron á bailar como locas en torno de la brillante hoguera y de las humeantes marmitas. Era uno de esos cuadros que ni la pluma ni el pincel son capaces de reproducir.

La vieja Surchoa no tomó parte en la danza. Despues de contemplar por algunos instantes los rápidos giros, las indescriptibles cabriolas y las libidinosas muecas de sus compañeras, se acercó al fuego, y tomando una de las marmitas, se dirigió lentamente hácia el lugar donde Zara se habia agazapado para presenciar el conventículo. Al verla acercarse, tentado estuvo el jóven de huir, lo que no debe extrañarnos, pues si bien Zara no podia tener dudas acerca de la benevo-

lencia de la vieja, la fealdad de ésta era bastante para infundir terror á cualquiera. Sin embargo, no se movió, considerando que tal vez le sería conveniente escuchar lo que la vieja Surchoa tenía que decirle.

—¿Qué haces ahí, Zara?—exclamó la bruja.—¿Has creido acaso que podias permanecer oculto? ¿Ignoras que la vieja Surchoa lo sabe todo, y que su penetrante vista te descubriria, no sólo en la espesura del bosque, sino hasta en las mismas entrañas de la tierra?

»Pero nada tienes que temer de mí ni de mis compañeras. Odiamos á Lelo, queremos vengarnos del mal que nos hace con sus virtudes, y tú vas á ser el instrumento de nuestra venganza. ¿Cómo, pues, podriamos hacerte el menor daño?

»¡Ah Zara! ¡pusilánime Zara! Yo te creia dotado de un corazon más fuerte y atrevido. ¿Por qué no declaras tu pasion á la bella Tota? ¿Tanto miedo tienes á la esposa de Lelo? ¿Cómo quieres inflamar su corazon, si no le muestras el fuego que arde en el tuyo? Hasta ahora sólo le has mostrado adhesion y respeto, siendo así que era preciso mostrarle admiracion y amor.

»¡Necio de tí que no conoces el flaco del corazon femenino! Casi todas las mujeres, y entre ellas no pocas de las que pasan por más modestas, tienen un gran fondo de vanidad, y el que sepa halagarla hábilmente puede contar, en la mayor parte de los casos, asegurada la victoria. Por medio de la lisonja ganarás fácilmente el corazon de la bella Tota.

»Pero, para que la lisonja produzca el efecto deseado, conviene guardarse de prodigarla indiscretamente; es preciso sobre todo dar á los elogios, á las alabanzas, el acento de la sinceridad, para que, léjos de aparecer como hijos del cálculo ó del espíritu de adulacion, parezcan brotar espontáneamente, casi á pesar de uno mismo, de un pecho rebosando de admiracion.

»Que cuando los ojos de Tota busquen los tuyos los encuentren siempre fijos en ella con una expresion de admira-

cion y amor indecibles; que crea que despierto piensas en ella á todas horas, y que cuando duermes no se aparta de ti un momento su adorada imágen; que oiga siempre de tus labios, grandes pero discretos, ingeniosos y delicados elogios de su rostro, de su cuerpo, de su voz, de sus maneras, del poder de su inteligencia, de la nobleza de su corazon, de la alteza de sus pensamientos, y de todas las demas prendas y gracias que ella posee ó se holgaria de poseer. Muéstrate siempre esclavo rendidísimo dispuesto á sacrificar gustoso tu vida al menor de sus caprichos; que su felicidad y no la tuya parezca siempre ser la meta de tus esfuerzos. De ese modo ganarás el corazon de Tota; y cuando le digas tu amor, ella no podrá ménos de confesarte el suyo. Sí; Tota te creerá superior á todos los demas hombres y te amará con delirio, porque nada da á una mujer tan elevada idea de la inteligencia y del mérito de un hombre, como el que éste sepa admirar debidamente su belleza, y descubrir las altas prendas de que se cree dotada (1).

»Ya sabes pues, amigo Zara, cual es el lado vulnerable de la hermosa cuyo amor codicias. Desecha el ridículo temor que hasta ahora te ha contenido, y no descanses hasta obtener la más brillante victoria; hasta robar al aborrecido Lelo el amor de su bellísima esposa. Y si quieres que no te flaquee el corazon, si deseas que no te falte la audacia que habrás menester para llevar á feliz término tu empresa, come el prodigioso ungüento de esta marmita, ungüento capaz de dar al más medroso gazapillo, el valor del leon, rey de las selvas.»

Diciendo estas palabras la bruja alargó la marmita al jóven Zara, quien la tomó maquinalmente. Entónces la vieja se despidió de él con una ligera inclinacion de cabeza y con una

(1) Téngase presente que no soy yo quien habla sino la vieja Surchoa. Mis opiniones acerca del bello sexo son bien conocidas y creo inútil exponerlas aquí. Me limitaré á aconsejar á las lectoras que desprecien las groseras calumnias de la execrable bruja.

sonrisa que no podemos llamar seductora, y se alejó tan lenta y acompasadamente como habia venido.

Algun trabajo le costó á Zara decidirse á probar el ungüento, y ciertamente, ni el olor ni el color hacian apetecible aquel diabólico menjurje. Sin embargo, seguro el jóven de que la bruja no trataba de engañarle, acabó por resolverse y se echó al coleto una buena parte del ungüento que contenia la marmita.

Aquel ungüento, al cual no negaremos la virtud que le habia atribuido la bruja, era sin duda un excelente soporífero, pues el jóven sintió bien pronto un ligero desvanecimiento, cayósele la marmita de la mano, y á pesar del ruido infernal que hacian las brujas bailando con siempre creciente desenfreno, se quedó profundamente dormido.

## VII.

Era ya de dia cuando Zara salió de su letargo.

Lo primero que hizo el jóven al despertar fué buscar con la vista la marmita de ungüento, regalo de la vieja Surchoa, pero no encontrándola, creyó que todo habia sido un sueño, un ridículo parto de su cabeza calenturienta. Lo que le confirmó en esa idea fué el ver que la hierba del monte, donde creia haber visto bailar á tantos centenares de brujas, no estaba pisoteada, y que en parte alguna se descubria el menor vestigio de la grandísima hoguera que iluminara el conciliábulo.

Y como la duda es á veces contagiosa, no debe extrañar el lector que hasta yo mismo dude algun tanto acerca de la autenticidad de los sucesos relatados en el capítulo precedente. Tengo el sentimiento de añadir que han sido vanos cuantos esfuerzos he hecho por salir de dudas cerciorándome de lo ocurrido. Probablemente no se averiguará jamás si Zara soñó ó vió realmente lo que acabamos de referir.

Por lo demas, podemos asegurar que esos son los únicos sucesos algun tanto inverosímiles que el lector encontrará en esta tan verídica como peregrina historia; todos los demas que en ella aparecen acaecieron exactamente como yo los refiero.

Lo cierto es que, reales ó soñados, los consejos de la bruja Surchoa parecieron excelentes al jóven Zara, quien se propuso seguirlos, y los siguió en efecto al pié de la letra.

Mostrábase atento y obsequioso con la bella Tota; servíala como el más rendido esclavo; esforzábase en adivinar y satisfacer todos sus caprichos. Empleaba hábilmenie la lisonja, huyendo con cuidado de las almibaradas frases, los alambicados conceptos y las hiperbólicas expresiones que hacen tan empalagosa la galantería de muchos hombres y que sólo producen algun efecto en las inteligencias vulgares. Además, cada vez que Tota miraba al jóven, hallábale embebecido en la contemplacion de su belleza: como esos santos que los pintores cristianos representan con los ojos fijos en el cielo, contemplando extasiados alguna vision beatífica, con el rostro iluminado por una indecible expresion de admiracion y de amor; así el jóven Zara, con sus grandes ojos azules fijos en la bellísima Tota, parecia arrobado de amor y de admiracion.

El resultado de estas maniobras fué que la esposa de Lelo, que empezó por agradecer al jóven sus cumplimientos y la alta idea que de ella habia formado, acabó por cobrarle grandísimo cariño, si bien no se daba cuenta todavía de que aquel cariño pudiera trocarse en amor. Pero ¡síntoma fatal! al cabo de algun tiempo Tota empezó, sin saber cómo ni por qué, á hacer comparaciones entre su esposo y Zara, y sabido es que en semejantes casos el resultado de esas comparaciones suele ser casi siempre desfavorable á los pobres maridos. Indudablemente Lelo no era tan alto, ni tan bello, ni tan jóven como Zara; además el jefe cántabro, si bien no podia tachársele de sequedad, era poco amigo de cumplimientos y zalamerías; así es que por esa razon, y porque tal vez temia despertar la vanidad de Tota, habia sido siempre muy parco

en alabanzas de su belleza. Por otra parte, aunque Lelo amaba á su mujer profundísimamente, y era en general muy tierno con ella, á veces las preocupaciones que le causaban los asuntos públicos, los intereses de su tribu y de la infortunada Iberia, le hacian aparecer indiferente y adusto; así es que Tota, que recordaba esos aparentes eclipses de la dulzura y del amor de su esposo, se decia que Zara tenía un carácter más igual, además de ser indudablemente muchísimo más amable y cariñoso, y de saber apreciar mejor las altas prendas físicas y morales que la adornaban. Así, de un modo gradual y casi insensible, penetró el amor en el corazon de la incauta Tota; así la esposa de Lelo fué deslizándose poco á poco por suave y resbaladiza pendiente hasta el fondo del insondable abismo del perjurio, del adulterio, de la deshonra. Tota manchó torpemente el tálamo nupcial, y Zara, el infame Zara, vió colmados sus impuros deseos.

¡Pero qué pronto empezó el castigo de la hermosa Tota! En cuanto Zara vió logrados sus deseos trocóse de rendido amante en tirano cruel, de humilde esclavo en dueño y señor. Celoso como pocos y soberbio como ninguno, atormentábala de continuo con sus sospechas y con sus violentos é injustos denuestos. Bastaba que la infeliz dirigiera una sonrisa ó alguna frase afectuosa ó lisonjera á algun amigo suyo ó de su esposo, para que Zara se mostrase ceñudo é intratable, necesitando no pocos dias para desenojarse. Y sin embargo, la necia Tota continuaba amándole, y sufria, trabajosa pero humildemente, tan pesado yugo. Zara habia llegado á ejercer sobre ella un dominio absoluto, una fascinacion incontrastable.

## VIII.

Era la hora en que el sol, llegado al meridiano, envia á la tierra, desde lo más alto del cielo, sus más brillantes y ardorosos rayos. A esa hora el pastor y el labriego sestean á la

sombra de los árboles, y el hombre de la ciudad se retira al más fresco aposento de su vivienda. Los pájaros, cansados de cantar y de volar de un lado á otro en busca de alimento, se han retirado á lo más oscuro y enmarañado de la selva, y allí, silenciosos y soñolientos, se mecen dulcemente en las ramas esperando la frescura de la tarde, y solamente algunos, más infatigables, se bañan en los arroyos y revolotean entre las matas y los arbustos que crecen en la orilla.

Huyendo del ardor del sol, la hermosa Tota habia ido á sentarse á la sombra de unos añosos robles, sobre la alfombra de finísima hierba, y con la espalda apoyada en uno de los troncos más robustos.

No es posible imaginar un lugar más á propósito para el reposo y la meditacion.

Era una campita de irregular contorno, rodeada de un alto y espeso matorral, y en la que se alzaban cuatro ó cinco robles, á pesar de que habia apénas espacio bastante para que dos árboles de esta clase crecieran sin estorbarse mutuamente; así es que las ramas entrelazadas formaban una intrincadísima bóveda, una de esas bóvedas que han debido servir de modelo á las que admiramos en las capillas de ciertas catedrales góticas. El terreno descendia suavemente hasta el pedregoso lecho de un manso y límpido arroyuelo de sinuoso curso, en cuyas orillas crecian esbeltas cañas, lozanos mimbres y enmarañadas zarzas. Unicamente el murmurio de las aguas y el zumbido de algunos insectos turbaban el profundo silencio que reinaba en aquel paraje.

Tota, que desde el fatal momento en que olvidó sus deberes de esposa no habia tenido ni un dia enteramente feliz, porque á cada paso la atormentaban los remordimientos, estaba más triste y pensativa que nunca. Era que aquella misma mañana habia llegado á los oidos de la esposa de Lelo una inesperada y para ella infausta noticia que confirmaba los rumores que algunos dias ántes habian circulado en el país. Si la noticia era cierta, los celtíberos habian pactado

una larga tregua con sus enemigos los romanos, y en ese caso era de presumir que Lelo regresaria pronto á su país con sus soldados. De un momento á otro el esposo podia volver al hogar torpemente manchado en su ausencia por la infiel esposa.

Tota no podia pensar en ello sin estremecerse. Parecíale que por más que se esforzara en dar á su rostro la expresion de otros tiempos, en él leeria bien pronto su afrenta el jefe cántabro. Cuantas veces se habia mirado en su espejo ó en las límpidas aguas de algun arroyo, habíale parecido que su rostro, siempre hermoso, no tenía ya cierto encantador no sé qué que en él se notaba ántes de su pecado. Pero aunque Lelo no viera en el rostro de su esposa el sello de la impureza, no podia tardar en conocer su deshonra, pues la infeliz Tota estaba en cinta y muy pronto no le sería ya posible ocultarlo.

¿Qué hacer? ¿Cómo librarse de la cólera de Lelo y del rigor de las leyes que castigaban el adulterio con afrentosa muerte? Sería precipitada de lo alto de una roca por el ejecutor de la justicia, y su nombre, hasta entónces querido y respetado, sería en adelante un nombre de ludibrio y de vergüenza, execrado no sólo por los contemporáneos, sino tambien por las futuras generaciones, que lo pronunciarian con horror y repugnancia. ¿Cómo librarse de tan cruel destino?

Decia Zara que era preciso dejar el país ántes de la vuelta de Lelo; pero Tota, aunque comprendia tambien que sólo en la fuga hallaria su salvacion, no podia determinarse á abandonar á su hijo, á quien amaba tiernamente, y aunque habia indicado á su amante que podian llevarse el niño, Zara no queria oir hablar de ello. Por otra parte, Izar, que tenía ya más de once años, idolatraba á su padre y sabía que éste debia regresar pronto de Celtiberia; así es que sólo por medio de algun engaño se hubiera logrado persuadirle á dejar la casa paterna, y era seguro que jamás se resignaria á vivir separado de Lelo, y lo que èra aún más digno de tenerse en

cuenta, no tardaria mucho tiempo en descubrir la deshonra de su madre y en aborrecerla tan cordialmente como hasta entónces la habia amado. Esto sólo hubiera determinado á la infeliz madre á huir sin Izar, pues le horrorizaba la idea de que aquel niño á quien adoraba, aquel hermoso niño á quien habia dado el sér y que ella misma habia amamantado, podia llegar á aborrecerla.

Pero aunque Tota, convencida de que era preciso huir y huir sin su hijo ántes que Lelo volviese de Celtiberia, habia determinado dejar el país en compañía de Zara, y aunque todo estaba dispuesto para la partida, la desgraciada diferia siempre de un dia para otro la ejecucion de su proyecto, porque no se sentia con valor y resolucion suficientes para separarse de su hijo, sabiendo como sabía que no debia jamás volver á verle. Aquellas dilaciones irritaban á Zara, pues temia que el jefe, presentándose inopinadamente, viniera á desbaratar, ó por lo ménos á dificultar la ejecucion del plan que habia concebido.

De Vizcaya, Zara pensaba ir á Roma, adonde tantos aventureros de todos los países iban en aquel tiempo á probar fortuna. Sólo allí encontrarian proteccion y amparo; sólo allí estarian él y Tota al abrigo de la persecucion de Lelo, pues sólo allí era aborrecido el nombre del jefe cántabro, tan querido y respetado en todos los pueblos que gemian bajo el yugo romano, ó que aún conservaban la independencia.

Tantas y tales maravillas habia oido contar de aquella gran ciudad la esposa de Lelo, que no podia ménos de sonreirle la idea de ir á morar en ella; y sin embargo ¡qué profundo dolor experimentaria al dejar para siempre las montañas de su patria y su idolatrado Izar! Pero no habia remedio; habíase definitivamente fijado la partida para el dia siguiente al rayar el alba, y Zara habia declarado que no esperaria ni un momento más.

No es, pues, extraño que Tota estuviese triste y pensativa. Con la mejilla apoyada en la palma de la mano, y con los

hermosos ojos desmesuradamente abiertos fijos en las límpidas aguas del arroyo, la bella Tota permaneció horas enteras sin moverse, y sin que los objetos que la rodeaban lograsen distraerla por un instante.

Tan engolfada estaba en su triste meditacion, que no oyó los pasos de álguien que se acercaba rápidamente, ni el ruido de las ramas que casi por completo obstruian la senda abierta á través del espeso matorral, ni se apercibió de la presencia de un hombre, que se habia detenido junto á ella, hasta que éste, inclinándose respetuosamente, le dijo:

—«¡Señora! Tu servidor, tu fiel Arnáuri, te ha buscado durante largo tiempo, y no encontrándote en parte alguna, se ha encaminado aquí, acordándose de que á este sitio tan fresco y agradable vienes muchas veces á pásar las horas más calurosas del dia. Y tu servidor se alegra de haberte encontrado, pues tiene que participarte una felicísima nueva.

»Ya sabes que despues de encarnizada guerra, despues de muchos y cruentos combates, celtíberos y romanos han concertado una larga tregua, que ojalá se convierta en paz definitiva. Pues bien; en cuanto han visto que ya no los necesitan, los euskaros, que tan gloriosamente han combatido al lado de los nobles hijos de Celtiberia, pero que en todas partes suspiran por su país y por las dulzuras del hogar, se han puesto en marcha para sus montañas. El invicto Lelo, tu señor, guiaba á los hijos de nuestra tribu, pero un ejército camina lentamente, y Lelo, ansioso de verte y abrazarte, no podia refrenar su impaciencia; así es que, confiando la conducta de sus tropas al valiente y renombrado Indartia, se ha adelantado á ellas, y haciendo un jamás visto prodigio de vigor y ligereza, ha llegado ya al término de su viaje. Fuerzas le ha prestado el amor, y el deseo de verte le ha dado alas ¿qué extraño es, pues, que haya llegado tan pronto?

»Sí, noble Tota; tu esposo ha vuelto, y ciertamente no me hubiera enviado en tu busca si no le hubiese sido imposible dar un paso más. En el momento de poner el pié en el um-

bral de su morada, las fuerzas le han abandonado, y ha caido pronunciando con desfallecida voz tu nombre y el de tu hijo.

»Pero no te alarmes, Tota; tu esposo está bueno. Su desfallecimiento ha sido pasajero. Tendido en su mullido lecho de pieles, descansa de las fatigas de su penoso viaje; pero no podrá enteramente entregarse al reposo hasta que te haya visto y abrazado.

»Vé, pues, noble Tota; corre á echarte en los brazos de tu esposo que te espera impaciente. ¡Quiera el cielo no separaros ya jamás!

»En este momento, tu hijo Izar, que desde la partida de Lelo ha estado todos los dias preguntando cuándo volveria su amado padre, juega con su camarada Laster en la orilla deleitosa del Ibaizábal, bien lejano de imaginar que el jefe ha vuelto y está aguardándole. Corro á participarle la feliz noticia.»

Dichas estas palabras, el leal servidor, por evitar el gran rodeo que daba la senda por donde habia venido, atravesó de un salto el arroyo y desapareció en la espesura con la rapidez del relámpago. En cuanto á Tota, que se habia levantado al oir el anuncio de la vuelta de su esposo, tomó por la estrecha y tortuosa senda que conducia á su morada.

¡Cosa extraña! La esposa del jefe cántabro, que momentos ántes temía tanto el regreso de su esposo, caminaba cada vez más aceleradamente, como ansiosa de llegar á su lado. Un ardor febril la animaba, dando á sus ojos inusitado brillo, y tiñendo de grana sus mejillas. ¿Qué pasaba en el corazon de la bella Tota?

Las palabras del leal Arnáuri habian conmovido profundamente á la esposa de Lelo. ¿No era una gran prueba de amor la que su esposo acababa de darle? Impulsado por el ardiente deseo de volver á verla, habia corrido como un loco, casi incesantemente, durante algunos dias, para caer exhausto de fuerzas al poner la planta en el umbral de su casa. ¿Qué mujer hubiera dejado de conmoverse?

Por otra parte, Tota, como madre tiernísima que era, no

podia ménos de experimentar emocion profunda pensando en el placer que su adorado Izar sentiria al ver á su padre.

Los más nobles y puros afectos llenaban en aquel momento el corazon de Tota. Lelo era su esposo, Lelo habia sido su primer amor, y el recuerdo de sus bondades y de las felices horas pasadas á su lado embargaba sus potencias. ¡Oh! Lelo era el mejor de los hombres y el más digno de ser amado. ¡Con qué placer le estrecharia en sus brazos!

En aquel momento Zara estaba enteramente olvidado. Tota no se acordaba de sus culpables amores. Las torpes pasiones, los sensuales apetitos, habian enmudecido ante la gran voz de los más elevados afectos del corazon. Ni siquiera el recuerdo de su falta conservaba en aquel momento la hermosa Tota.

¡Cuán léjos estaria Zara de imaginar que su querida pudiera olvidarle tan completamente, aunque sólo fuese por algunos instantes!

El camino se le hacia largo á la bella Tota cada vez más ansiosa de abrazar á su marido. En vano las flores silvestres parecian erguirse á su paso como solicitando las miradas de la hermosa; ni el trébol pié de pájaro, ni la saponaria, ni el jacinto, ni la pimpinela, ni la agrimonia, ni flor alguna de las muchas que se veian en todas partes, lograron distraerla un solo instante. Tota no tenía más que un pensamiento: salvar cuanto ántes la distancia que la separaba de su esposo. No pensaba entónces la esposa de Lelo en la otra distancia que habia entre ella y su marido; no pensaba en la distancia inmensa que habia entre ella, mujer impura y esposa infiel, y Lelo, fiel á sus juramentos y dechado de todas las virtudes. ¡Ay! aquella distancia era infranqueable. Entre Tota y el jefe cántabro habíase abierto la negra sima de la deshonra.

Pero Tota no pensaba en ello: por un extraño fenómeno que no trataremos de explicar, la esposa de Lelo no se acordaba de su falta, ni del hombre que con sus halagos le habia inducido á cometerla.

Cuando Tota llegó cerca de su morada, vió muchos grupos de gente de las vecinas *chabolias*, departiendo alegre y animadamente acerca de la llegada del jefe y de la próxima vuelta de sus soldados. Tota pasó por entre aquellos grupos, y penetró en la casa.

El pérfido Zara, que en aquel momento acababa de salir de la habitacion del caudillo cántabro, notó con sorpresa la expresion del rostro de Tota, y el apresuramiento con que sin reparar en él se dirigia hácia el aposento de su esposo. Zara adivinó lo que pasaba en el alma de Tota; y á la verdad que no se necesitaba gran perspicacia para comprender que ésta estaba gozosa de la vuelta de su esposo, é impaciente de echarse en sus brazos: harto claramente lo decia su rostro.

Imagine el lector cómo se pondria Zara, y de qué no sería capaz en aquel instante un hombre tan iracundo y de carácter tan violento.

Loco de furor, lanzó un terrible rugido, y acercándose de un salto á la infeliz Tota, asió con fuerza una de sus manos, diciéndole con irritado acento:

—¿Adónde vas, miserable?

—Mi señor me espera;—contestó Tota temblando.

Y al decir estas palabras la esposa de Lelo volvió la cabeza hácia el que tan brusca y groseramente la detenia.

El que soñara hallarse en un caliente y mullido lecho, y que al despertar se encontrase tendido sobre la afilada arista de una roca, al borde de un abismo sin fondo, no experimentaria un estremecimiento tan horrible como el que sintió la infeliz Tota al reconocer á Zara, en quien ántes no habia reparado, y volver súbitamente al sentimiento de la realidad.

—¿Tu señor?—dijo Zara con voz sorda, sin soltar el brazo de Tota y blandiendo en la otra mano su puñal con ademan amenazador.—¿Tu señor?—repitió cada vez más irritado.—¿Por ventura tienes más de un señor? ¿Acaso no soy yo tu único dueño?—¿Y tus promesas de eterno amor? ¿No me has jurado ser siempre mia y sólo mia? ¡Ay de ti si te atreves á

olvidarlo!—Pero ya comprendo: me tomaste por amante para distraer tus ocios durante la ausencia de tu esposo, y ahora que éste ha vuelto me rechazas como á un perro y corres á echarte en sus brazos y colmarle de caricias.—¡Ven, Tota, ven! yo mismo quiero conducirte junto á tu esposo. Quiero presenciar vuestra conmovedora entrevista, y unir á las tuyas mis caricias.»

Diciendo estas palabras, Zara arrastró á Tota hácia el aposento del jefe sin que ella opusiera la menor resistencia. Ya hemos dicho que el jóven ejercia sobre la esposa de Lelo el más absoluto dominio.

Tendido en su lecho de pieles estaba el valiente soldado, el ciudadano insigne, el ídolo de los euskaros. Tendido en su lecho de pieles estaba el hombre generoso, el leal amigo, el esposo fiel. Ya no estaba en Celtiberia combatiendo con los romanos: estaba en su país, en su hogar y entre los suyos. ¿No podia, pues, dormir descuidado? Porque á pesar de lo que habia dicho Arnáuri de que Lelo no se entregaria por completo al reposo hasta haber visto y abrazado á su esposa, el caudillo euskalduna, rendido de fatiga, habíase dormido profundamente.

En su furor, Zara no se cuidó de andar suavemente; así es que el ruido de sus pasos y de los de Tota despertó al caudillo, quien al ver á su esposa y á Zara venir rápidamente hácia él y ver brillar el puñal en la mano del segundo, comprendió el peligro que corria, é incorporándose trabajosamente gritó con fuerte voz:

—¡A mí, á mí! ¡Socorro!

En aquel momento Zara se abalanzó sobre él como un tigre furioso enarbolando su puñal.

El jefe, que ántes de acostarse se habia despojado de todas sus armas, sólo tenía los brazos para defenderse; pero como éstos eran tan fuertes y nervudos, logró sujetar las manos de su antagonista y apartar el terrible golpe que éste le habia asestado.

—¡Sujétale, Tota!—rugió Zara al verse vencido.

Tota obedeció maquinalmente y asió con fuerza los brazos de su esposo.

El desdichado jefe, al sentir el contacto de aquellas hermosas y delicadas manos, cuyas caricias le habian embriagado tantas veces, quedó inmóvil de estupor y dejó de apretar las muñecas de Zara; y entónces éste, aprovechando aquel favorable momento, logró desasirse enteramente y le hundió el puñal en el pecho.

Todo esto pasó en mucho ménos tiempo del que hemos empleado en referirlo.

El desalmado Zara iba á secundar el golpe; pero viendo á Lelo caer de espaldas sobre el lecho sin exhalar un gemido, creyó que la muerte habia sido instantánea, y soltando el ensangrentado puñal, dijo:

—¡Huyamos, Tota! ¡Huyamos!

Y ambos corrieron desaladamente hácia la puerta.

Pero ya era tarde. La estancia se llenó de gente atraida por los gritos que Lelo lanzara pidiendo socorro, y Zara y Tota fueron detenidos y estrechamente maniatados, recibiendo no pocos golpes y teniendo que oir muchos y muy terribles aunque merecidos denuestos. Tal era la cólera de algunos al ver tan fatalmente confirmadas las sospechas que en su mente habia hecho nacer la intimidad que reinaba entre Zara y la esposa del jefe, que los hubieran dado muerte, si Lelo, que aún vivia, no hubiese dicho con trémula voz:

—¡Dejadlos! No les hagais daño. Yo les perdono: perdonadles tambien vosotros.

Tota y Zara fueron, pues, puestos á buen recaudo, pero sin que ya nadie osara maltratarlos en lo más mínimo: de tal manera eran siempre acatadas las órdenes del jefe.

Este admiraba á todos por su gran fortaleza de ánimo. Aunque tan cruelmente herido, nadie le oyó exhalar la menor queja; por el contrario, sólo pensaba en calmar la afliccion de los que rodeaban su lecho y que se desvivian por pres-

tarle los auxilios necesarios ínterin llegaba el hombre perito en el arte de curar, en cuya busca habia sido despachado un muchacho.

¡Con qué impaciencia esperaban todos al *osaguillia!* (1) Tal vez podia él salvar al desdichado Lelo; pero muchos temian que llegara demasiado tarde, pues el herido desfallecia visiblemente.

Poco, muy poco se hizo esperar el sabio *osaguillia*. Como todos los habitantes de aquella region, amaba entrañablemente al invicto Lelo; así es que en cuanto supo lo acaecido corrió á la morada del jefe sin perder un momento.

Desgraciadamente el herido no tenía remedio. El buen *osaguillia*, que por salvar la de Lelo hubiera dado gustoso su propia existencia, se vió obligado á declarar, despues de un detenido exámen de la herida, que esta era mortal y que ya sólo quedaban al jefe algunos momentos de vida.

Al oir el terrible pronóstico del médico, algunas mujeres se desmayaron y otras rompieron en amargo llanto. Entre los hombres habia no pocos que sollozaban como niños, miéntras que otros, los más fuertes, postrados en el suelo rogaban al excelso Jaungoikoa que cerrara la herida del infeliz Lelo, ó que acogiera el alma en su seno paternal.

A quien ménos impresion causaron las palabras del *osaguillia* fué al herido, quien se limitó á preguntar por su hijo, pues deseaba despedirse de él. Varios de los circunstantes se apresuraron á salir en busca del niño.

Este, que acababa de llegar en compañía del leal Arnáuri, en cuanto supo lo ocurrido, penetrado de cólera y de dolor, empeñóse en que le condujeran á la prision de los culpables, pues niño como era se sentia capaz de vengar á su padre; pero habiéndole representado respetuosamente que Zara y Tota tenian que comparecer ante el tribunal de los ancianos,

(1) Médico. Lo mismo que *erukiña* ó *sendakiña*.

único que podia castigarlos, el pobre Izar tuvo que resignarse, y oyendo que la situacion de su padre era desesperada, se precipitó en su aposento, ansioso de abrazarle ántes de morir.

Al ver á su hijo, una triste sonrisa se dibujó en el pálido rostro de Lelo. El desgraciado tuvo todavía fuerzas para abrirle los brazos, en los cuales se echó el niño llorando.

Izar besaba á su padre en el rostro dirigiéndole las más tiernas frases. Lelo, ya moribundo, sólo podia contestarle con monosílabos; pero sus manos acariciaban los rizados cabellos del niño.

Al cabo de algunos instantes Izar se apercibió de que su padre no contestaba ya á sus palabras ni á sus caricias, y asustado levantó vivamente la cabeza y fijó los angustiados ojos en el noble rostro del jefe.

Al ver aquellas pálidas mejillas, aquellos cárdenos labios, aquellos ojos sin brillo, aquel semblante sin expresion, el niño, aterrorizado, convulso, acercó el oido al pecho de su padre. El corazon habia cesado de latir.

Izar lanzó un horrible grito y cayó sin sentido sobre el cadáver del infortunado Lelo.

## IX.

A la mañana siguiente, tres ó cuatro horas despues de la salida del sol, hallábase ya reunido el tribunal de los ancianos que debia juzgar á Tota y Zara, acusados de adulterio y asesinato.

Era costumbre en aquella tribu juzgar á los criminales en campo raso y lo más cerca posible del teatro del crímen, y por eso los jueces se habian congregado en el sitio que hoy llamamos Errecalde, esto es, entre el grupo de *chabolias* en cuyo centro se alzaba la morada del difunto jefe, y el arroyo ya tantas veces mencionado. Siete grandes piedras cuidado-

samente alineadas formando un arco de círculo, y de las cuales la del medio era más alta que las demas, servian de asiento á los ancianos, y otras dos más pequeñas y más bajas, colocadas enfrente de aquellas, estaban destinadas á los acusados. Una fuerte empalizada circular, en torno de la cual se apiñaba la multitud, impedia que ésta se acercara demasiado á los jueces ó invadiera el espacio reservado para los acusados y testigos que debian comparecer ante ellos.

En la comarca donde acaecieron los sucesos que vamos relatando, que es la misma donde escribimos, bastaba en aquel tiempo ser abuelo, bastaba tener un solo nieto para ser considerado como anciano y gozar de todas las prerogativas de tal, que no eran pequeñas, y que apuntaríamos aquí si la índole de nuestro trabajo nos lo permitiera. Pero en cambio los ancianos tenian muchos y muy pesados deberes, entre otros el de juzgar á los criminales de cualquier clase que fuesen. Al efecto, cada vez que se cometia un crímen, lo que afortunadamente sucedia muy raras veces, congregábanse los ancianos del distrito correspondiente y echaban suertes para determinar quiénes de entre ellos conocerian en el asunto. De ese modo habian sido nombrados los siete venerables ancianos, de noble aspecto y de luenga barba blanca, que sentados en sus asientos de piedra esperaban la comparecencia de los acusados.

No tardaron éstos en presentarse guardados por cuatro ó cinco hombres armados, que quedaron fuera de la empalizada, yendo Zara y Tota á ocupar su puesto delante de los jueces.

El jóven, á pesar del odioso crímen que habia cometido y de la horrible situacion en que se encontraba, estaba enteramente sereno: en su rostro, tan fresco y sonrosado como de costumbre, era imposible encontrar la menor huella de sufrimiento. Por el contrario, la infeliz Tota estaba muy pálida, muy ojerosa, y parecia vivamente agitada.

El más anciano de los jueces, ó sea el que ocupaba el asiento más elevado, impuso silencio á la multitud, cuyos

murmullos habian subido de punto á la llegada de los acusados, y declaró qne el juicio iba á empezar.

Entónces, el ménos viejo de los jueces, que era el que ocupaba el último asiento de la izquierda, declaró que Zara y Tota eran acusados de adulterio y asesinato, é hizo á su manera un circunstanciado relato de los sucesos que acabamos de narrar, fundándolo en las declaraciones de los testigos y en las que se habian tomado á los acusados en la prision. El orador hizo resaltar toda la odiosidad del crímen, recordando las virtudes de Lelo, el amor que tenía á su esposa, y la deuda de gratitud que con él habia contraido el pérfido Zara cuando el jefe le salvó la vida y le acogió en su hogar.

Terminado el discurso, el más viejo de los jueces, á quien los cronistas llaman Amitur, preguntó á los acusados si se ratificaban en las declaraciones hechas en la prision, y habiendo aquellos contestado afirmativamente, el anciano se puso á interrogar á Zara acerca de las circunstancias del crímen y de los móviles que les habian llevado á cometerlo.

Zara, que se habia puesto en pié al verse interpelado por el anciano, respondia á sus hábiles preguntas sin inmutarse y sin vacilar. El jóven se consideraba irremisiblemente perdido, y por consiguiente no trataba de disfrazar la verdad. Sabía que los recursos que en un dia memorable habia empleado para engañar á Lelo serían inútiles en aquella ocasion, ó servirian solamente para aumentar la saña del pueblo y la severidad de los jueces. Confesó, pues, que habia dado muerte á su bienhechor, y que Tota le habia ayudado á ello.

En cuanto al otro crímen, en cuanto al adulterio, que tambien se les imputaba, como la acusacion no se fundaba en prueba alguna, sino sólo en indicios, aunque en verdad muy vehementes, Zara podia haberlo negado y atenuar de ese modo el crímen de Tota, ya que no era posible ocultar la participacion que ésta habia tenido en el asesinato, porque la probaban terminantemente las palabras que Lelo habia pro-

nunciado, y que tantas personas habian oido, perdonando á los asesinos y pidiendo perdon para ellos. Pero el malvado Zara, léjos de querer atenuar el crímen de Tota, deseaba agravarlo si era posible, porque, si bien no esperaba perdon para él, temía que los jueces se compadecieran de ella y la perdonasen, y como era tan extremadamente celoso, no podia hacerse á la idea de que su querida le sobreviviera, y se casara tal vez con otro ántes de mucho tiempo. Declaró, pues, sin vacilar, que era cierto que habia habido adulterio; pero nada dijo acerca del embarazo de Tota, que por lo ménos hubiera bastado para retardar el suplicio de la infeliz, siendo como era desconocida en aquel pueblo la absurda é inhumana creencia de que los hijos del pecado son engendros del demonio é indignos de vivir entre los hombres.

Pero lo que Zara habia callado debia ser revelado por su cómplice. En efecto, interrogada á su vez la infeliz Tota, confirmó lo dicho por Zara, pero además, deseosa de mover á los jueces, declaró sollozando que se hallaba en cinta, é imploró clemencia, no para Zara ni para ella, que no la merecian, sino para el sér inocente que llevaba en su seno.

Seguidamente comparecieron numerosos testigos de ambos sexos, pero ninguno de ellos dijo nada verdaderamente importante que ya no sepa el lector. No queremos, pues, cansarle con enojosas repeticiones.

Lo que no podemos pasar en silencio es el incidente que se produjo en cuanto hubo terminado la audicion de los testigos.

Uno de los más cercanos parientes de Lelo, el gallardo Alen, que apoyado en la empalizada habia seguido todos los procedimientos con el interés que es de suponer, pidió permiso para hablar, y concedido que le fué por los jueces, dijo de este modo:

—Ancianos venerables en cuyas manos ha puesto el pueblo la fiel balanza y la espada vengadora de la justicia, oid la súplica que voy á dirigiros en mi propio nombre y en nombre de todos los demas parientes del infortunado Lelo.

»No debe extrañaros que las palabras salgan trabajosamente de mi boca, ni que me interrumpan los sollozos que no puedo reprimir. ¿Cómo ha de ser de otro modo si casi me ahoga la emocion?

»Si todos lloran la muerte de Lelo, si todos están afligidos y consternados ¿cómo no he de estarlo yo, que soy su próximo pariente, y que por haber tenido con él más íntimo trato, conocia como pocos las excelsas virtudes que le adornaban, y la bondad inagotable de su corazon? ¿Cuándo tendremos un caudillo como él?

»¡Ah! No creais que si hablo de sus virtudes, si pondero la pérdida que habeis experimentado, es para, si cabe, aumentar vuestra irritacion contra los culpables y hacer que sin piedad descargueis sobre ellos todo el peso de vuestro rigor.

»¡No; mil veces no! Si os recuerdo las virtudes de mi noble pariente, no es para incitaros á vengarle. Lelo abominaba la venganza, y nosotros, sus deudos, ultrajaríamos su memoria, si no le imitáramos abominándola tambien con todo nuestro corazon.

»Mi objeto es moveros á honrar la memoria de aquél á quien tanto habeis amado, de aquél á quien tanto ha amado todo el pueblo. Lo que deseo es inclinaros á honrar la memoria del que lloramos, imitando una de las virtudes que más brillaron en él: la clemencia.

»Perdonad á los culpables. Harto castigados están ya con la execracion de todo el pueblo, y con que Jaungoikoa haya apartado de ellos con horror los paternales ojos.

»Perdonad á los culpables. De ese modo imitareis á Lelo en la clemencia, y cumplireis su última voluntad. Próximo á exhalar el último aliento, imploró con temblorosa voz piedad y perdon para sus matadores. ¿Negareis eso, que es lo único que ha pedido en su vida, al varon insigne que estuvo siempre dispuesto á sacrificarse en aras de la patria?

»¡Ah! Si en vuestro corazon conservais un buen recuerdo del malogrado Lelo, si alguna vez sirvió lealmente á su pa-

tria, si en alguna ocasion derramó por ella su sangre generosa, cumplid su última voluntad, no desprecieis la súplica del moribundo, concededle el perdon de los culpables.

»Lelo sonreirá en su sepulcro, y Jaungoikoa, á quien sobre todo agradan la misericordia y el perdon, os bendecirá desde su trono de zafir tachonado de estrellas.»

Así dijo el pariente de Lelo, y el venerable Amitur, visiblemente conmovido, contestó como sigue:

—¡Oh buen Alen! Cuando todos creian que iban á brotar de tus labios palabras de ira y de venganza, nos hablas de misericordia y de perdon! Eso te honra á ti, y á aquellos en cuyo nombre has venido. Dignos parientes sois del magnánimo Lelo.

»Empero es preciso no confundir la justicia con la venganza, ni es conveniente que el crímen quede sin castigo.

»Yo te prometo, sin embargo, que ántes de pronunciar la sentencia pesaremos tus razones y hemos de considerar detenidamente si debemos atender á la súplica de Lelo moribundo. ¿Por qué no nos ha pedido nuestra vida, ó la de nuestros hijos? Le hubiéramos complacido sin vacilar, miéntras que ahora tal vez no podamos hacerlo.

»Siguiendo la costumbre establecida, permaneceremos aquí hasta la puesta del sol, y durante ese tiempo escucharemos atentamente á cuantos quieran hablar en defensa de los culpables. A la puesta del sol pronunciaremos nuestro inapelable fallo.»

Terminado este incidente, los jueces, seguros de que nadie habria de interrumpirles para defender á Tota y Zara convictos y confesos de adulterio y asesinato, pusiéronse á deliberar acerca del castigo que debia imponérseles.

*
* *

En el momento en que el disco brillante del sol desaparecia detras de los montes, púsose en pié el venerable Amitur,

para comunicar á los culpables y al pueblo todo la decision de los jueces, y habló en estos ó parecidos términos:

—Virtud excelsa es la clemencia, y que principalmente sienta bien á los gobernantes y á los poderosos; pero el juez debe ser ante todo recto é inexorable. El perdon enaltece al ofendido; pero no es perdonar la mision de los jueces.

»Nuestra mision es imponer á los culpables la pena á que por sus crímenes se hayan hecho acreedores, sin dejarnos arrastrar jamás por la cólera ni por la compasion; es decir, que debe resplandecer en nuestro fallo la serenidad augusta de la justicia.

»Por eso nosotros, siguiendo las leyes y costumbres de nuestros mayores, y en vista de que Tota y Zara son culpables de adulterio y asesinato, les condenamos á ser precipitados de lo alto de una roca, y á servir de pasto á los cuervos y á los buitres de la montaña; pero el suplicio de Tota no se verificará hasta que haya dado á luz el sér inocente que lleva en su seno.

»Bien quisiéramos nosotros que nos fuera posible acceder á la súplica de Lelo moribundo, y conceder el perdon á los culpables. Pero el perdon compete al ofendido, y no somos nosotros los ofendidos, ni lo son solamente Lelo y sus parientes; Tota y Zara han ofendido además á la nacion infringiendo sus más sagradas leyes, y sólo la nacion puede perdonarles.

»En breve se reunirá la asamblea general del pueblo convocada para elegir nuevo caudillo, y como la memoria del que hemos perdido me es tan sagrada, como ansío tan vivamente que su último deseo se cumpla, yo mismo me presentaré en ella, á implorar en nombre del muerto, y de sus generosos parientes, el perdon de los culpables. El mismo Lelo no exigiria más de nosotros, y si otra cosa hiciéramos faltaríamos á nuestro deber.

»Ahora, que los reos sean conducidos á la prision, y que allí aguarden la decision de la asamblea.»

## X.

Era el dia señalado para la reunion de la asamblea general del pueblo, que debia congregarse en el mismo lugar en que se celebró la fiesta del plenilunio; es decir, só el secular y corpulento roble de Aréchaga.

Desde muy temprano empezó la multitud á invadir la espaciosa planicie, apiñándose principalmente junto al árbol sagrado; pero esta vez ni los niños ni las mujeres ocuparon las gradas de piedra, exclusivamente destinadas á los ancianos. En las más elevadas se sentaron los encargados del gobierno de la tribu, quedando vacía una sola, que era la más elevada de todas, y en la que solia sentarse el caudillo, ya solo ó acompañado de su esposa, segun que se tratara de una asamblea general del pueblo, como en el caso presente, ó de una fiesta nacional.

La sesion se abrió á la salida del sol, y el venerable Amitur fué nombrado por aclamacion para presidirla y ocupar provisionalmente el puesto de Lelo. El anciano fué, pues, á ocupar la grada vacía, en medio de los vítores de la muchedumbre.

Cuando se hubo restablecido el silencio, el venerable Amitur inclinó profundamente la cabeza, y dirigió una fervorosa plegaria á Jaungoikoa, pidiéndole que iluminara á la asamblea y bendijese sus acuerdos. Todos los circunstantes le imitaron.

—Hijos mios—dijo el anciano despues de algunos instantes de meditacion;—un infausto suceso nos ha reunido en este lugar. La muerte de nuestro amado Lelo y la necesidad de elegir otro caudillo, nos ha obligado á congregarnos á la sombra del roble sagrado.

»¡Ah! No es extraño que todos los semblantes estén tristes, y húmedos casi todos los ojos; no es extraño que una tristeza

infinita llene nuestros corazones al acordarnos del noble, del generoso Lelo, y pensar que ya no volveremos á ver su radiante y hermoso rostro, que era la alegría de nuestras asambleas, del mismo modo que el sol es la alegría del universo.

»Pero si no le vemos, si no vemos á nuestro amado Lelo, su espíritu está con nosotros y no nos abandonará jamás. Nos ama tanto, que ni áun después de muerto puede separarse de nosotros.

»Yo creo que el espíritu del caudillo que lloramos, flotando entre las ramas del roble venerado, asiste á la asamblea, escucha nuestros discursos, y lee en nuestros rostros lo que pasa en nuestros corazones.

»Lelo aborrecia la ingratitud, y por eso debe sin duda regocijarse al ver cuán amargamente le lloramos, y cuán cara nos es su memoria y la memoria de sus beneficios.

»Pero aún espera más de nosotros. Próximo á exhalar el último aliento, pidió con conmovida voz misericordia y perdon para sus matadores, y espera que nosotros les perdonemos por amor suyo.

»Háse dicho por algunos que Lelo no soñó jamás en librar á Zara y Tota del rigor de la justicia; que su único objeto al pronunciar las palabras que todos sabemos fué evitar que fuesen atropellados, muertos tal vez, por las personas que al oir sus gritos habian invadido su estancia y apoderádose de los asesinos. Pero si así fuera, el jefe no se hubiera expresado en los términos en que se expresó; no habria hablado de perdon, y sólo hubiera dicho que no se los hiciese daño.

»Por otra parte, los que hayan conocido al caudillo darán á sus generosas palabras el sentido más lato posible, seguros de que aún quedarán cortos, pues saben que era infinita la generosidad del magnánimo Lelo, y que él mismo, con ser tan elocuente, no encontró jamás palabras adecuadas para expresarla tal cual la sentia su corazon.

»¡Perdonad, pues, á Tota y Zara! No permitais que se cumpla la horrible sentencia que les condena á ser arrojados

de lo alto de un peñasco, y á servir de pasto á las aves de rapiña y á los demas animales carniceros.

»¡Perdonad á los asesinos! Yo os lo pido en nombre del caudillo que llorais; yo os suplico que seais clementes en nombre de aquél á cuya clemencia jamás apelasteis en vano.

»¡Ah! Si es preciso yo me postraré á vuestras plantas y abrazaré vuestras rodillas; yo apoyaré mi blanca barba en el suelo y besaré vuestros piés humildemente, rogándoos que cumplais la última voluntad de aquél que no tuvo jamás más voluntad que la nuestra, y que si cien vidas hubiera tenido, cien vidas hubiera dado gustoso por salvar la del más miserable de nosotros.

»¿No es verdad que no me negareis lo que os pido, que no me negareis lo que Lelo os pide por mis labios? ¿No es verdad que perdonais á Tota y Zara?»

—*¡Bay! ¡Bay jauna!* ¡Sí! ¡Sí señor!—gritaron en coro los circunstantes, electrizados por la sencilla elocuencia, el conmovido acento y el noble ademan del viejo Amitur.

La asamblea dispuso en seguida que Zara y Tota fueran puestos en libertad, pero que en el improrogable plazo de tres dias saliesen del país para jamás volver á él. Los delincuentes debian comparecer inmediatamente ante la asamblea para escuchar el fallo de la misma.

La llegada de Zará y Tota causó general y profunda sensacion.

Tota, demacrada y macilenta, tenía el aspecto de una persona que acaba de pasar una larga y grave enfermedad. Avergonzada y llena de confusion, no osaba alzar los ojos por temor de encontrar las miradas de la multitud. Hasta los más duros la compadecieron.

En cambio, al ver á Zara tan sereno, tan arrogante, hubo no pocos que se arrepintieron de su clemencia.

El viejo Amitur habló á los reos de este modo:

—Vuestros crímenes merecen la muerte; pero Lelo os perdonó al morir, y por eso la asamblea os perdona tambien. El

que cuando vivia tanto hizo por vosotros, os salva la vida áun despues de muerto. ¿No os horrorizais de haber robado el honor y la existencia á un sér tan noble y generoso?

»Yo os suplico que no seais ingratos y que pagueis con una vida ejemplar el perdon del magnánimo Lelo. Su recuerdo no debe borrarse jamás de vuestros corazones, y á imitar sus virtudes debeis consagrar los años que os quedan de vida.

»Tres dias os concede la asamblea para dejar el país euskaro, y jamás volvereis á él sopena de sufrir el suplicio de que os han librado la magnanimidad de Lelo y el amor del pueblo á su egregio y malogrado caudillo.

»¡Andad, andad, desgraciados, y que Jaungoikoa os vuelva á la senda del bien que nunca debísteis abandonar.»

Tales fueron las palabras del venerable Amitur, y Zara y Tota, viendo que el viejo habia terminado, hicieron un movimiento para marcharse. ¡Qué horrible dolor se pintó en aquel instante en el pálido rostro de Tota!

La infeliz madre pensaba en su adorado Izar, y se le hacia muy duro marcharse sin él, y más duro aún marcharse sin abrazarle, sin verle siquiera. Pero no habia que pensar en ello. Aunque se hubiese atrevido á arrostrar la cólera de Zara preguntando por su hijo, y aunque la asamblea le hubiese permitido verlo ántes de partir, era seguro que Izar no querria ver, y ménos abrazar, á la matadora de su padre, cuando el horrible crímen, que era por su naturaleza de los que no se olvidan jamás, estaba todavía tan reciente.

El viejo Amitur vió aquella expresion de angustia, y atribuyéndola erradamente á que á la pobre Tota, ya arrepentida de su crímen, le repugnaba irse con Zara, exclamó con conmovido acento:

—¡Oh Tota! Tú no puedes seguir al asesino de tu esposo. Eso sería condenarte á una vida de oprobio, á un continuo y acerbo suplicio.

»¿Cómo podrás soportar las caricias de Zara, si sus manos

están teñidas en la sangre del bondadoso Lelo? ¿Cómo podrás contemplar su rostro, salpicado con sangre del que te amó tanto y tan constantemente?

»Deja que Zara parta solo. O mucho me engaño, ó yo conseguiré que la asamblea te permita quedar en el país. Con tu virtuosa conducta borrarás el crímen que cometiste en un momento de extravío, y andando el tiempo podrás todavía ser querida y respetada.

»Yo tenía una nieta de tu misma edad, buena y amable como tú ántes de tu pecado; una nieta hermosa como tú, y como tú gentil y llena de gracia. Sus grandes y rasgados ojos negros y sus cabellos negros y lustrosos, sólo con los tuyos podian compararse.

»Pero Jaungoikoa me la llevó, y yo quedé sumido en el mayor desconsuelo. ¿Quieres ocupar en mi hogar el puesto que por la muerte de mi nieta ha quedado vacío? Tú no tienes padres ni abuelos; pero el viejo Amitur te amará como si fuese tu propio abuelo, y te guiará suavemente por la senda de la virtud.»

Dos gruesas lágrimas rodaron por las mejillas de Tota al escuchar las palabras del bondadoso anciano. La infeliz hubiera tal vez aceptado su generosa oferta, pero al ir á contestar sus ojos se encontraron con los de su amante que la miraba de un modo extraño, y ya sea que le amara todavía y no tuviera valor de verle partir solo, ya sea que temiera su venganza si le abandonaba, lo cierto es que balbuceó algunas palabras de agradecimiento, y añadió que seguiria á Zara adonde quiera que fuese.

—¡Vé, pues, infeliz, y que Dios te perdone!—exclamó el anciano.

Entónces Zara y Tota se retiraron sin contestar una palabra. La multitud les abria paso con apresuramiento, como huyendo de su contacto.

—Esa desgraciada—dijo el anciano cuando los proscriptos se hubieron alejado,—ni siquiera ha dicho una palabra

acerca de su hijo, de quien yo no he querido hablarle por no apesadumbrarla. ¡Ah! El crímen borra todos los nobles y puros afectos del corazon.

»Pero si su madre ha olvidado por completo al malaventurado Izar, nosotros debemos pensar en él, que es el hijo único de nuestro querido Lelo. Yo pido á la asamblea que le tome bajo su proteccion, y que encomiende su crianza á la persona que mejores títulos alegue para merecer esa altísima honra.»

La asamblea accedió unánimemente á la súplica del venerable Amitur, y seguidamente, á una indicacion del mismo, fueron presentándose una tras otra las personas que deseaban encargarse del muchacho. Las unas fundaban su pretension en los lazos de parentesco ó en la amistad que habia reinado entre ellas y el jefe difunto, miéntras que otras alegaban su amor al malogrado Lelo y la excelente educacion que habian sabido dar á sus hijos, prenda cierta, á su entender, de que eran dignos de encargarse de la educacion del hijo del jefe.

Por no alargar demasiado este capítulo no pongo aquí los discursos de todas aquellas personas, limitándome á estampar el que pronunció la hermosa Usúa, hermana de Alen y prima de Lelo. Creo que los lectores no se quejarán de que les dé á conocer un personaje tan interesante.

Usúa habia cumplido veintisiete años, pero no aparentaba más de diez y nueve. Nada más suave, nada más puro, nada más seductor que sus contornos virginales. Por otra parte, en todos sus movimientos habia una soltura y una gracia indescriptibles.

La jóven era esbelta como el tallo de la azucena, su tez más blanca que los pétalos de esa hermosa flor, sus cabellos dorados como los estambres de la misma. Sus ojos, de un hermoso azul, eran aterciopelados y brillantes, y adquirian más subido, mayor trasparencia y más intenso vez que alguna viva emocion ó algun afecto pro-

fundo animaba el rostro de la doncella. Nada más gracioso que su boca, ni más blanco que sus dientes, ni mejor delineado que su barba, ni más irreprochable que su nariz. La muerte del jefe, á quien Usúa amaba profundamente, habia hecho palidecer las rosas de sus mejillas, haciéndola si cabe más interesante. Pero lo que más agradaba en la jóven era la expresion de candidez casi infantil de su bellísimo rostro, expresion casi tan rara entónces como ahora en que la más inocente de las hembras sabe diez veces más que el más avisado y malicioso de nosotros.

Era natural que aquella divina criatura tuviese una voz de argentino timbre, una voz dulce, melodiosa y vibrante, de esas que producen tan grata impresion en los oidos, y que tan profundamente conmueven el corazon. Cuando se ha tenido la dicha de oir alguna vez una de esas voces celestiales, ya no es posible olvidarla jamás: constantemente suena en nuestros oidos.

Pero oigamos á la bella Usúa: sus palabras nos darán alguna idea de su corazon, no ménos hermoso que su rostro.

—¡Oh buen Amitur! ¡Oh ancianos venerables! ¡Oh vosotros todos, nobles y virtuosos varones, fuerza y esperanza de la patria!—dijo la jóven con conmovido acento.—Yo os ruego que me permitais prohijar al infeliz Izar, al hijo del lamentado Lelo. Sabeis que el niño no tiene pariente más cercano que yo: su abuelo y mi padre eran hermanos.

»No creais, sin embargo, que fundo mi pretension en el parentesco. Vosotros debeis dar el niño á quien os parezca que ha de amarle mejor, y por eso para que accedais á mi deseo me bastará recordaros que nadie ha amado á su padre tanto como yo. ¿Es posible que álguien ame al hijo como yo que tanto he amado al padre?

»No ignorais que Lelo quedó huérfano cuando apénas contaba un lustro, y que fué prohijado por mi padre, quien en aquella época no habia todavía tomado esposa. Sabeis tambien que algunos años más tarde mi padre se casó con la

hermosa Arguiya, hija del valiente Mandoya, y que de ella le nacieron dos hijos, mi hermano Alen y yo.

»¡Qué dulcemente se deslizaron mis primeros años! Mi hermano y mi primo, ó por mejor decir mis dos hermanos, me amaban con ternura, y todos sus esfuerzos tendian á sobrepujarse mutuamente en cariñosas y delicadas atenciones para conmigo. Y yo ¿qué no hubiera hecho por ellos? Los amaba más que á las niñas de mis ojos.

»Me hubiera sido imposible decir á cuál de los dos amaba más tiernamente. Yo creia amar á los dos con la misma intensidad y de la misma manera. Empero pronto comprendí que me equivocaba.

»Llegó un dia en que Lelo y Alen empezaron á aficionarse á otras niñas y á hablarme de las que les parecian más bonitas, más amables; pero miéntras que las confidencias de Alen no me turbaban en lo más mínimo, las de Lelo me hacian mucho daño y me daban ganas de llorar. Noté además que siempre que Alen mostraba preferencia por alguna niña, crecia considerablemente mi cariño hácia ella, miéntras que no me sucedia lo mismo con las que eran objeto de la predileccion de Lelo. Me parece, aunque no estoy bien segura de ello, que á estas últimas las queria ménos á medida que mi primo las queria más; lo que puedo asegurar es que el amor que las tenía no aumentaba.

»Una cosa me afligia profundamente, y era, que como Lelo me llevaba cerca de dos lustros, le agradaban las jóvenes de su edad, y para irse con ellas nos dejaba muchas veces á mí y á mis compañeras. Gustosa hubiera dado la mitad de mi vida por poder en un instante igualarme en edad á él y á las que tanto le atraian.

»Sin embargo, una niña de mi edad fué la que le inspiró el cariño más profundo y más duradero.

»Cuando Lelo me habló de su amor á Tota, me convencí enteramente de que el cariño que mi primo me tenía era cariño fraternal y que jamás sería otra cosa. ¡Qué distancia de ese ca-

riño reposado y frio, al amor vehementísimo que le inspiraba la linda Tota!

»Entre ésta y yo reinaba la mayor intimidad. Tambien sus padres—¡dichosos ellos que murieron sin ver el oprobio de su hija!—tambien sus padres me querian mucho, y con frecuencia me obligaban á pasar algunos dias en su compañía. Por eso sin duda, Lelo, que no osaba franquearse con Tota, me rogó que le hablara en su favor. Sin sospecharlo, Lelo ponia mi cariño á bien dura prueba.

»Pero como yo le amaba tan tiernamente, como tratándose de su felicidad me parecian tan poco mi felicidad y mi misma vida, acepté aquella mision para mí tan penosa.

»Juzgando por mi propio corazon del corazon ajeno, yo creia que Tota se pondria loca de contento al saberse amada de Lelo; pero me equivoqué. La noticia halagó su vanidad y nada más. Ella no se habia fijado en Lelo; nada habia visto en él de extraordinario.

»Eso me irritó vivamente, y con un calor que el parentesco disculpaba, hice un acabado elogio de mi primo, ponderando las perfecciones de su rostro, la dulzura de su carácter, la hermosura de su corazon, y todas las altas prendas que deben adornar á un hombre, y que á mi parecer brillaban en él más que en otro alguno. Gracias á mis apasionados discursos, que yo repetia continuamente, Tota empezó á fijarse en Lelo, y acabó por amarle y por casarse con él. Yo caí enferma y estuve á las puertas de la muerte.

»Desde entónces, muchos nobles, gallardos y valientes mancebos han querido honrarme tomándome por esposa; pero á todos los he rechazado, porque la imágen de Lelo no se puede borrar de mi corazon.

»Ved, pues, si habiendo amado tanto al padre, podrá álguien aventajarme en amar al hijo. Dádmelo, pues, que yo sabré hacerle digno de su país y de su raza.

»Maestros le daré que le enseñen el manejo de las armas y todo cuanto un hombre debe saber; pero yo misma he de

enseñarle á ser bueno, á amar á sus semejantes, á servir á su patria, y á adorar al excelso Jaungoikoa, padre de todos los hombres y dispensador de todos lós bienes.

»Yo os ruego que me deis el niño. No tiene parientes más próximos que yo, ni nadie que le quiera como yo le quiero. Mi hermano Alen, que no tiene más que una niña y que ya ha perdido toda esperanza de tener más hijos, le servirá de padre; su esposa y yo le amaremos como si fuera nuestro propio hijo.

»Segura estoy de que accedereis á mi súplica, porque sois justos, y porque Jaungoikoa inspira siempre vuestros acuerdos.»

Tales fueron las razones de la hermosa Usúa, y tal efecto produjeron en la asamblea, que casi por unanimidad le fué otorgado lo que deseaba.

Terminado este asunto, y ántes de proceder á la eleccion de caudillo, el viejo Amitur propuso que se ideara algun medio de perpetuar el nombre de Lelo; y aunque se creia que para ello bastaban sus virtudes y sus hazañas, la asamblea acordó que en adelante, al principio ó al fin de todas las canciones bélicas y patrióticas, y principalmente de las que se cantasen en las fiestas del plenilunio, hubiese siempre una estrofa acerca del magnánimo é inolvidable Lelo. Este acuerdo se cumplió durante mucho tiempo, y por eso se ve el nombre del esposo de Tota en algunas canciones antiguas, entre otras en aquella en que se habla de las guerras que sostuvieron los euskaros con los romanos, y del famoso Lekobide, héroe que floreció bastantes años despues de Lelo. Me refiero al tan conocido y comentado *Canto de los Cántabros*, generalmente llamado, aunque con notable impropiedad, el *Canto de Lelo*.

Ni los incidentes que ocurrieron en la eleccion del nuevo caudillo, ni los demas actos de la asamblea, son de este lugar. Baste decir que los congregados en Aréchaga eligieron para reemplazar á Lelo al esforzado Indartia, á quien el difunto

jefe habia siempre distinguido con su amistad, y que se habia hecho notar en la ruda campaña de Celtiberia.

## XI.

A un dia calurosísimo habia sucedido una noche verdaderamente horrible. El calor era sofocante; tal como muy pocas veces se deja sentir en nuestros climas. El aire era de fuego y apénas respirable, y estaba casi en completo reposo; pero en las altas regiones de la atmósfera el viento debia ser impetuosísimo, á juzgar por la rapidez con que corrian las nubes, como temerosas de un nubarron negrísimo que se veia hácia el Oeste, y que avanzaba y crecia con tanta rapidez que no tardaria en cubrir el cielo todo. La tempestad era inminente.

Hacia ya algunas horas que Tota y Zara, ansiosos de alejarse de Aréchaga y de salir del territorio euskaro, caminaban rápidamente hácia el Sur. A pesar del perdon que les habia otorgado la asamblea, y del respeto con que el país entero miraba siempre todos sus acuerdos, aunque no fuesen como aquél adoptados por unanimidad, los criminales no se creian seguros miéntras no se hallaran fuera de los límites de Euskaria. Comprendian la enormidad de su crímen, sabian la irritacion que habia producido en el país, y como imaginaban que no todos sus moradores serian tan magnánimos como los congregados só el roble de Aréchaga, temian á cada paso ser reconocidos é inmolados en aras del muerto caudillo. Por eso, no atreviéndose á pedir albergue en parte alguna, habian resuelto pasar la noche en campo raso; pero empezaban á arrepentirse de ello, y á buscar ansiosamente con los ojos alguna *chabolia* donde refugiarse, al ver que, segun todas las señales, iba á desatarse muy pronto una horrorosa tempestad.

Pero más horrorosa aún que la tempestad que se preparaba era la que rugia en el corazon de Zara. La profunda tristeza

de Tota, y algunas exclamaciones que la infeliz dejara escapar involuntariamente, le habian mostrado que ésta no le seguia por cariño sino por temor; que sentia la muerte de Lelo, y que echaba de ménos á su hijo, y tambien tal vez á su esposo. No es, pues, extraño que Zara, cuyo carácter conocemos, pudiera apénas contener su cólera, ni que á veces lanzara á su desgraciada compañera de camino miradas verdaderamente terroríficas.

Tota parecia no apercibirse de ello. Aquellas miradas que en cualquier otro tiempo la hubieran helado de espanto, no producian en ella impresion alguna. Probablemente no las veia. ¿No nos sucede á veces, que por efecto de una profunda concentracion, permanecemos extraños á cuanto nos rodea? Pues eso mismo debia suceder á Tota. Demasiado que contemplar tenía dentro de sí misma, para que pudieran distraerla los objetos exteriores. Los ojos del alma estaban ocupados en ver los estragos que el crímen habia hecho en el corazon, y en cambio los otros ojos, los del rostro, aunque desmesuradamente abiertos, nada veían. Hubiérase dicho los ojos de un muerto. ¿Qué importa que en la retina se representen los objetos, si el alma no está alerta para recibir las impresiones que se le trasmiten?

El generoso perdon del magnánimo Lelo, confirmado por la asamblea, y los justos elogios que en ella oyó hacer del malogrado jefe, habian conmovido profundamente á la hermosa Tota. La infeliz comprendió, aunque tarde, la enorme diferencia que habia entre su esposo y el ingrato y pérfido Zara, y acabó por cobrar á éste una aversion profunda é invencible. A decir verdad, el comportamiento de Zara ante los jueces habia ya empezado á enfriar el amor de Tota, porque aunque su artero amante quiso hacerle ver que si habia obrado de un modo tan extraño, si habia tratado de que ella fuera condenada con él, fué por exceso de amor, fué por su vehemente deseo de morir juntos, para que sus espíritus se confundieran al exhalar el último aliento. Tota no habia quedado conven-

cida. Ella hubiera, pues, aceptado gustosa la proposicion del buen Amitur; pero el temor á la venganza de Zara le habia obligado á seguirle y á compartir su destino. Lo que tambien contribuyó á decidirla á dejar el país en compañía de Zara, fué el pensar que quedándose tendria que afrontar el desprecio de su hijo. Creía la infeliz que una sola mirada de Izar bastaria para matarla de vergüenza.

Tota pensaba en su amado hijo, á quien ya no abrazaria jamás, y en su noble y leal esposo, en las virtudes que le adornaban, en su bondad inagotable y jamás desmentida, y en los felices dias que habian pasado juntos. ¡Ah! ¿Cómo habia pagado ella el amor de Lelo? Una mortal congoja experimentaba la infeliz al pensar en su horrendo crímen, y palabras entrecortadas brotaban de tiempo en tiempo de sus labios abrasados por la fiebre. Aquellas palabras, aunque apénas inteligibles, habian bastado para hacer ver á Zara lo que pasaba en el alma de su concubina, y llenarle de insensato furor.

La oscuridad, que crecia por momentos, fué bien pronto completa. Entónces Zara y Tota perdieron la estrecha senda que seguian, y caminaron á la ventura, tropezando á cada paso en las rocas, en los arbustos, en los troncos de los árboles, y en las bruscas elevaciones del terreno; cayendo en los hoyos, y desgarrándose los vestidos y las carnes con las plantas espinosas. Grande era el peligro que los proscriptos corrian en noche tan oscura en un terreno tan accidentado: fácilmente podian rodar por la montaña, ó despeñarse en algun abismo. Tal vez lo más acertado hubiera sido detenerse; pero, como la tempestad se acercaba, Zara queria hacer todo lo posible por hallar un albergue. En cuanto á Tota, ya hemos dicho que era enteramente extraña á cuanto la rodeaba. Zara la habia tomado de la mano, y la arrastraba lentamente en pos de sí.

—¡Oh Lelo! ¡Lelo!—dijo de pronto Tota.—¡Oh el mejor de los esposos! Tú eras superior á todos los demas hombres, y nadie merecia ser amado tan tiernamente como tú.

¿Por qué he tardado tanto en comprenderte? ¡Ay infeliz de mí!

Estas palabras pusieron el colmo á la irritacion de Zara. Detúvose bruscamente, y apretando con fuerza las manos de Tota entre las suyas, exclamó:

—¿Qué dices? ¿Todavía piensas en Lelo? ¿No has olvidado todavía á tu maldecido esposo?

—¡Oh no!—contestó Tota, probablemente sin pensar en que era Zara el que preguntaba.—Le amo y le amaré siempre.

Zara lanzó un rugido, y echando ambas manos al delicado cuello de Tota, lo apretó con todas sus fuerzas, prorumpiendo al mismo tiempo en horribles imprecaciones.

¡Pobre Tota! Sus penas habian terminado. Cuando Zara retiró las manos, la infeliz se desplomó en el suelo como una masa inerte. La estrangulacion habia sido instantánea.

Cuando Zara se apercibió de que habia matado á Tota, comprendió que era un miserable, y tuvo horror de sí mismo. Por la primera vez en su vida sintió el torcedor del remordimiento.

En el mismo instante, un deslumbrador relámpago hendió las nubes, iluminando el pálido rostro de la muerta, y llevando el terror al corazon del infame Zara. Luégo, al cabo de unos instantes, retumbó el trueno con fragor tan grande, que no parecia sino que la inmensa fábrica del universo se derrumbaba por completo. Al mismo tiempo empezó á llover á gruesas gotas.

¿Quién podria pintar el terror y la desesperacion de Zara? El ruido del trueno era para él la voz de un Dios irritado y vengador que se preparaba á castigarle. A pesar de la oscuridad, el desgraciado corrió como un loco, tropezando y cayendo á cada paso.

Y la lluvia era cada vez más copiosa, los relámpagos más deslumbradores y más frecuentes, el trueno más próximo y más ensordecedor.

De pronto, un grito de alegría se escapó de los labios de Zara. A la luz de un relámpago, y medio escondida entre lozanos y frondosos avellanos, habia apercibido una *chabolia;* y ya iba á llamar á ella, cuando le detuvo una voz que se oyó en el interior, y que él creyó reconocer. Escuchó entónces Zara atentamente para cerciorarse, pero en el mismo instante la poderosa voz del trueno cubrió la del que hablaba dentro de la *chabolia.* Zara tuvo, pues, que esperar un momento. ¡Cómo palpitaba su corazon!

Luégo, cuando la voz del trueno hubo cesado, la voz del hombre se dejó oir clara y distintamente. Era una voz dulce y armoniosa, y las palabras eran palabras de amor. Y á aquellas palabras de amor contestaron otras no ménos tiernas y apasionadas; pero la voz que las pronunciaba no era una voz varonil, sino una voz de mujer, una voz argentina y vibrante, una voz dulcísima.

La voz de hombre era la de Mutileder. La virtud le habia dado la felicidad. Hacía aún pocos dias que el jóven habia dejado el hogar paterno para ir á morar al lado de la elegida de su corazon. La paz, el amor y la alegría reinaban en aquella rústica vivienda; los rugidos de la tempestad, que tanto pavor causaban á Zara, no amedrentaban á Mutileder ni á su esposa. Oíanlos con religioso respeto y admiraban el poder de Dios. ¡Ah! Si Zara hubiera imitado las virtudes de Mutileder, tal vez hubiese alcanzado tanta felicidad como él.

¡Qué situacion la del miserable proscripto! ¡Qué amargos debian ser sus pensamientos! ¡Qué punzantes los remordimientos que le martirizaban!

Zara no podia llamar á la puerta de la *chabolia* de Mutileder. Éste, que tanto le habia amado, rechazaria con desprecio al feroz asesino. Era preciso buscar otro albergue.

De nuevo Zara corrió desaladamente por la escabrosa ladera de la montaña, que de tiempo en tiempo iluminaban de un modo maravilloso los fúlgidos relámpagos.

Su terror aumentaba por instantes. A cualquier lado que

mirase, parecíale ver brillar en la oscuridad los malignos ojuelos verdes de la vieja Surchoa, que le miraban fijamente; el feísimo rostro de la bruja tenía una expresion burlona y cruel que le helaba de espanto. A veces la hechicera mezclaba sus estridentes carcajadas con el fragor horrísono de la tempestad.

Y Zara continuaba corriendo, corriendo siempre, sin más luz para mostrarle el camino que la de los relámpagos que se sucedian rápidamente, y que cada vez eran más brillantes.

Tambien el trueno era cada vez más prolongado, más terrible, más fragoroso; parecia que los grandes astros que pueblan el espacio corrian dando botes sobre una inmensa plancha metálica, y se entrechocaban con estrépito. Continuaba lloviendo copiosísimamente.

Zara, aterrado, jadeante, corria, corria siempre... pero deslizándosele el pié en una roca que la lluvia habia puesto resbaladiza, cayó de cabeza en una profundísima sima erizada de peñascos, y por cuyo fondo serpeaba impetuoso y mugidor torrente, que un relámpago iluminó en aquel instante de una manera siniestra. Al caer, Zara lanzó un horrible grito; y un instante despues, oyóse el ruido del cráneo que se estrellaba contra un peñasco, y la caida del pesado cuerpo en las aguas del torrente.

# EL PUENTE DE PROUDINES.

AL SEÑOR

D. ANGEL ALLENDE SALAZAR,

*Dedica esta leyenda*

EL AUTOR.

# EL PUENTE DE PROUDINES.

## I.

EDRO de Pouyanne estaba furioso.

Semejante á un tigre enjaulado, andaba de un lado al otro de su habitacion, con el rostro encendido, apretados los puños, y vociferando como un demente. Habia ya roto algunos muebles á puñetazos, y acababa de hundir, de un tremendo puntapié, la puerta de un lindísimo armario de castaño con incrustaciones de maderas preciosas.

Pedro de Pouyanne estaba furioso. Pedro de Pouyanne estaba dado á todos los diablos. El almirante Pedro de Pouyanne, alcalde de Bayona por el rey de Inglaterra, echaba espuma por la boca y blasfemaba como un condenado.

Aquella misma noche y en aquel mismo instante se le habia hecho saber que los vascos habian degollado á los guardas del puente de Proudines sobre el rio Nive, y como aquellos guardas habian sido puestos por él, para él era aquel sangriento ultraje, y por eso estaba tan enfurecido y ardia en deseos de venganza.

El landés Pedro de Pouyanne, enemigo encarnizado de las franquicias é inmunidades de los vascos, y digno precursor de otros personajes que no hay necesidad de nombrar, no podia ver con paciencia el que aquellos gozasen el privilegio

de pasar con toda clase de mercancías por cualquier punto del territorio de Bayona, sin pagar ni el más insignificante derecho. Por eso, sabiendo que el puente de Proudines era uno de los pasos más frecuentados por los traficantes de aquella nacion, se habia apoderado del puente y habia establecido en él guardas armados que no dejaran pasar vitualla ni mercadería alguna sin previo pago del pontazgo que él á su antojo habia fijado de antemano. Para justificar esta medida, el señor de Pouyanne decia que la jurisdiccion de Bayona llegaba hasta donde alcanzaba la marea, y que como la marea llegaba al puente de Proudines, el alcalde de Bayona, y sólo el alcalde, era el que mandaba en el puente.

Los vascos, amantes siempre de la libertad de comercio, protestaron enérgicamente contra tan injusto, arbitrario y vejatorio proceder, y viendo su protesta desatendida, cayeron un dia con furia indecible sobre los guardas del puente, y los despedazaron. Algunos pocos que apelaron á la fuga fueron los únicos que lograron salvarse.

Por eso estaba tan furioso el señor de Pouyanne, por eso daba bufidos de cólera, por eso gritaba con ronca voz:

—¡Yo me vengaré! ¡Yo me vengaré!

* * *

La puerta se abrió, y una bellísima jóven penetró en la estancia.

Pero me guardaré muy bien de describir sus encantos, que seguramente bastarian para quitar el sueño á mis amados lectores. Solamente teniendo lectores de palo puede uno atreverse á hacer ciertas pinturas.

Baste saber que Laura de Pouyanne era bella entre las más bellas hijas de las Landas, lo que no es poco decir para los que sepan qué beldades hay, y ha habido siempre, en Dax, y en San Severo, y en Mont de Marsan, y en Labrit, y en

Peyrehorade; en toda aquella arenosa llanura que se extiende al Norte del Adur, á la orilla del golfo de Vizcaya.

Al ver á su hija, Pedro de Pouyanne se serenó como por encanto. Y cuando la hermosa jóven se acercó á él sonriendo, tambien el tigre se sonrió casi lo mismo que una persona.

Era que Pedro de Pouyanne idolatraba á su hija Laura, y bastaba siempre la sola presencia de esta adorable criatura para calmar las tempestades que con harta frecuencia se desencadenaban en el turbulento corazon del almirante.

El amor que el de Pouyanne tenía á su hija era tan grande que rayaba en lo inverosímil. No queria que nadie la amase, ni que ella amara á nadie más que á él, y hasta estaba celoso de los servidores de ambos sexos á quienes Laura trataba con aquella dulzura y aquel agrado que formaban el fondo de su carácter, tan distinto del de su áspero y huraño progenitor.

Para el buen alcalde todo el encanto de la vida se cifraba en su Laura. Jamás hablaba ni queria oir hablar de casarla, y aborrecia á los adoradores de su hija, que no eran pocos, temeroso de que por alguno de ellos llegara ella á quererle ménos, ó á olvidarle tal vez por completo. ¿Qué habria dicho el señor de Pouyanne, si hubiese sabido que su hija, su Laura, amaba á un vasco, á un hijo de aquella indómita raza que él odiaba de muerte? ¿Qué habria dicho si hubiese sabido que Laura de Pouyanne amaba á uno de los más nobles mancebos de Ustaritz, la villa sagrada del Labourd (1); al gallardo Gaston de Irube, y que sólo en él pensaba á todas horas?

Pero estaba muy léjos de sospecharlo. El de Pouyanne creia que su hija no amaba aún á nadie más que á él.

Como siempre, al verla se desarrugó su ceño, y miéntras

(1) Ustaritz es en el Labourd lo que Guernica en Vizcaya. Allí estaba el famoso roble á cuya sombra deliberaba la asamblea general de la comarca.

estuvieron juntos, el terrible alcalde habló, rió y jugó como un chiquillo.

Pero en cuanto la jóven le dió las buenas noches y se retiró á su dormitorio, en cuanto el de Pouyanne quedó solo en su habitacion, y los muebles rotos le recordaron lo sucedido en el puente de Proudines sobre el Nive, oyósele otra vez dar patadas en el suelo y gritar con estentórea voz:

—¡Yo me vengaré! ¡Yo me vengaré!

## II.

El 24 de Agosto de 1341 será siempre una fecha tristemente memorable en ambas riberas del Nive.

El 24 de Agosto de 1341, ó, segun algunos, de 1342, fué el dia que Pedro de Pouyanne escogió para vengarse de los vascos, á quienes cada vez odiaba más fervorosamente.

Sabia el alcalde de Bayona que ese dia se celebraba en el próximo pueblo de Villafranca la fiesta de San Bartolomé, su santo tutelar, y que á tomar parte en ella acudiria todo lo más granado de la nobleza vasca de los contornos. Sabía tambien el rencoroso alcalde que, siguiendo la costumbre, la fiesta debia terminar con un gran banquete en el palacio de Miots, banquete que, como otras veces, se prolongaria hasta las altas horas de la noche, y por eso el padre de Laura llamó á sus mejores amigos y á sus más fieles soldados, hizo que se armaran hasta los dientes y que salieran sigilosamente de Bayona despues de la puesta del sol, y reuniéndose con ellos en las afueras de la ciudad, les llevó á Villafranca, cuyos habitantes, rendidos de fatiga, estaban ya entregados al reposo. Tan sólo en el palacio de Miots se veian luces; tan sólo en él continuaba la fiesta, que iba á ser tan inesperada y bárbaramenre interrumpida.

Como habia paz en la comarca, y como los vascos estaban muy léjos de imaginar que el alcalde de Bayona querria

tomar traidora venganza de lo que en defensa de sus menospreciadas inmunidades habian hecho en el puente de Proudines, las puertas del palacio estaban de par en par abiertas para todo el que quisiese entrar en él y sentarse á la mesa; así es que el señor de Pouyanne y los suyos pudieron, sin dificultad alguna, llegar hasta el salon mismo del banquete.

Lo que entónces pasó allí fué verdaderamente horrible. Los vascos, que no tenian más armas que sus brazos y los muebles y demas objetos que hallaban á mano, fueron bárbaramente asesinados en presencia de sus esposas y de sus hijas, á quienes tampoco respetó la saña de aquellos bandidos. Tan sólo á cinco caballeros dejó la vida el señor de Pouyanne, diciendo que era preciso que vivieran para que pudiesen servir de árbitros en el asunto del puente de Proudines.

Luégo, despues de poner fuego al palacio, el alcalde y sus sicarios se encaminaron á la orilla del Nive, diciendo á los prisioneros que muy pronto podrian por sí mismos, y á su entera satisfaccion, cerciorarse de que la marea llegaba hasta el puente.

Todos se preguntaban qué iria á hacer Pedro de Pouyanne, pero nadie pudo acertar, lo que prueba que entre todos aquellos malvados no habia ninguno que lo fuera tanto como el àlcalde de Bayona.

En cuanto llegaron al puente de Proudines, el señor de Pouyanne, dirigiéndose á los prisioneros, les dijo que habia llegado el momento en que, como les habia anunciado, iban á servir de árbitros, y luégo les hizo amarrar á los machones del puente con el agua hasta la cintura.

La marea, que entónces empezaba á subir, fué poco á poco cubriendo á los cinco caballeros, que en breve desaparecieron bajo las aguas.

Uno de aquellos desgraciados era el gallardo Gaston de Irube, el amante de Laura de Pouyanne, el hombre en quien pensaba á todas horas la bella hija del alcalde de Bayona.

## III.

Cuando despues de consumar la infame hazaña que hemos narrado en el capítulo precedente, volvió á Bayona el feroz alcalde, esperábale allí una sorpresa dolorosísima.

Laura de Pouyanne habia desaparecido, y por más esfuerzos que se hacian para encontrarla, no se podia dar con ella.

Lo que sufrió entónces el alcalde, no hay palabras capaces de expresarlo.

Loco de dolor, puso en movimiento toda la ciudad y sus alrededores, ordenó á los dependientes de su autoridad que no se ocuparan más que en buscar á su hija, y prometió una cuantiosa recompensa al que lograra encontrarla. No contento con eso, el de Pouyanne, presa de una inquietud atroz, salió él mismo en busca de Laura, y anduvo todo el dia de un lado á otro, sin un momento de reposo, y sin encontrar á su hija ni adquirir de ella la menor noticia.

La noche le sorprendió cerca de Villafranca, á la orilla derecha del Nive. Los remordimientos, ó tal vez un presentimiento fatal, llevaban al terrible alcalde al teatro de su crímen.

Para cuando llegó al puente de Proudines, ya la noche habia cerrado por completo. El señor de Pouyanne pudo entónces ver, á la luz de la luna, las lívidas cabezas de los caballeros que la noche anterior habia hecho amarrar á los machones del puente.

En efecto, allí estaban todavía aquellas cinco víctimas del implacable alcalde. A media noche debian venir los vascos á recoger sus cuerpos para darles cristiana sepultura.

El señor de Pouyanne, á pesar de la dureza de su corazon, no pudo ménos de estremecerse.

Pero ¡santo Dios! ¿Quién es la mujer vestida de blanco,

que apoyada en el pretil del puente contempla á los infelices amarrados á los machones?

Es una jóven pálida y hermosa, de negros y abundantes cabellos, de correctas y bien redondeadas formas. No hay que dudarlo: no es ni puede ser otra que Laura de Pouyanne.

El alcalde lanzó una exclamacion indescriptible.

Al oirla, la jóven alzó los ojos y reconoció á su padre.

—¡Laura! ¡Hija mia!—gritó el de Pouyanne.

La jóven no contestó.

Entónces Pedro de Pouyanne dió algunos pasos hácia el puente.

La jóven, que no apartaba de él los ojos, se irguió tomando la actitud de una reina ofendida.

—¡Laura! ¡Querida Laura!—gritó Pedro de Pouyanne, sin detenerse.

—¡Maldito! ¡Maldito!—contestó Laura con voz clara y firme.

El de Pouyanne se detuvo como herido por un rayo; pero luégo volvió á dar algunos pasos hácia el puente.

Al verlo, la jóven subió sobre el pretil, y extendió la mano como mandando á su padre que se detuviera.

¡Qué hermosa estaba entónces! ¡Qué noble, qué majestuosa era su actitud! ¡Cómo brillaban sus ojos! ¡Qué destellos salian de aquella blanquísima frente, sobre la cual ondeaban los negros cabellos al soplo de la suave brisa de la noche! La infeliz jóven estaba loca; pero la locura no habia desencajado su rostro, ni lo habia afeado en lo más mínimo.

—¿Qué haces, Laura, hija mia?—gritó el de Pouyanne, deteniéndose sobrecogido de terror.—¡Baja, baja por Dios, hija de mi alma!

—¡Maldito! ¡Maldito!—volvió á contestar Laura con voz no ménos firme que la vez primera.

Entónces el de Pouyanne, loco de desesperacion y sin darse cuenta de lo que hacia, dió dos ó tres pasos en direc-

cion al puente, y en el mismo instante Laura se arrojó al rio.

El alcalde quedó inmóvil de terror. Hubiera querido lanzarse al Nive á salvar á su hija, pero parecia clavado al suelo, y sentia que flaqueaba su cabeza.

Entretanto la jóven habia reaparecido sobre las aguas, se habia abrazado al cadáver de Gaston de Irube, y mirando á su padre con ojos airados, gritaba:

—¡Maldito! ¡Maldito!

Pedro de Pouyanne cayó en tierra sin sentido.

*
* *

A este mismo famoso alcalde y almirante fué á quien muchos años despues de estos sucesos, y en recompensa de sus muchos y muy señalados servicios, el rey de Inglaterra Eduardo III otorgó el derecho de percibir un impuesto sobre cada ballena que pescaran los valientes arponeros de Biarritz.

Desgraciadamente el rey no podia devolverle su hija Laura, ni la perdida paz de la conciencia.

# LA MUERTE DE LEKOBIDE.

AL SEÑOR

D. SOTERO MANTELI,

*Dedica esta leyenda*

EL AUTOR.

# LA MUERTE DE LEKOBIDE.

UANDO Lekobide, que ya contaba ciento treinta inviernos, conoció que por fin iba á reunirse con sus padres, hizo llamar á su biznieta Oría, y apoyado en el brazo de la jóven subió á una altura de donde se descubria el vallecito donde habia nacido, y adonde habian ido á buscarle los vizcainos para tomarle por caudillo.

Era la hora de la salida del sol, y Lekobide y Oría, sentados en una roca, contemplaban con embeleso el gran disco de oro que empezaba á aparecer por detras de los montes.

—¡Qué hermoso es el sol!—dijo el anciano.—Siempre jóven, siempre ardiente, siempre esplendoroso, los años no tienen sobre él poder alguno.—En cambio, mírame á mí, Oría: mira mi cuerpo torcido, mis cabellos blancos, mi rostro arrugado, mis ojos sin brillo... Pues bien; aunque tú siempre me has conocido así, porque eres todavía una niña, sabe que hubo un tiempo en que todos ponderaban mi gallardía; un tiempo en que yo era un mancebo tan derecho y tan hermoso como cualquiera, sin exceptuar á tu mismo prometido.—Pero si el sol es siempre jóven, si su carrera es interminable, la mia toca ya á su fin. Hoy es el último dia de mi vida.

—¿Qué dices, abuelito?—dijo la doncella.—¿Por qué hablas de morir? Yo quiero que aún vivas largos años.

—El viejo está cansado, Oría, y sin embargo, si pudiese, gustoso retrasaria su partida por complacerte.—Pero no puede ser; pronto iré á reunirme con mis padres.—Por eso hemos venido aquí. Queria ver por última vez el vallecito en que nací y donde jugaba con mis hermanos, y la verde pradera adonde mi madre me llevaba de la mano, á presenciar los bailes y los juegos de los atletas de la montaña. En ese vallecito fué tambien donde la amada de mi corazon dejó por el mio el hogar de sus padres, y me colmó de felicidad. Tú eres su viva imágen, Oría, y mirándote me parece que la veo, pues tenía tus mismas facciones, tus cabellos de oro, tus grandes ojos garzos, y tus blancas mejillas cuyo rosado tinte es tan delicado que apénas se percibe. Pronto me recibirá en sus brazos.

—¿Por qué dices esas cosas, abuelito? ¿Acaso te complaces en entristecerme? No debes pensar en la muerte, pues no estás enfermo; y aunque lo estuvieses, tu Oría sabria cuidarte y no te dejaria morir.

—No estoy enfermo, hija mia, ni lo he estado jamás; pero anoche, miéntras dormia, he visto tres veces seguidas á mi padre que me llamaba y me tendia los brazos, y no ignoras que el que tiene una vision así, no llega jamás á la noche siguiente. Ya ves, Oría, que mi dia ha llegado.

La jóven abrazó á su abuelito, y apoyando la hermosa cabeza en el pecho del anciano, rompió á llorar amarguísimamente.

El viejo la miraba con profunda tristeza, y acariciaba con sus descarnadas manos las dorados cabellos de la jóven.

—No quiero que me dejes, abuelito;—decia ésta llorando.—Si tú te mueres ¿qué será de tu pobre Oría, sola en el mundo?

—¿Sola? No, hija mia; no estás sola en el mundo. Verdad es que han muerto todos mis hijos y todos mis nietos; verdad es que no te queda ningun pariente. ¡Tantas guerras y tan-

tas plagas ha habido en estos últimos cien años!—¿Pero no tienes á tu prometido? Él es bueno y te ama con ternura. ¿Qué más puedes desear? Como el robusto tronco presta su apoyo á la débil hiedra, así el que amas te servirá de apoyo y de sostén, hasta que, viejos ámbos, necesiteis del apoyo de vuestros hijos.

La jóven continuaba llorando.

—Yo te bendigo, hija mia, carne de mi carne y huesos de mis huesos;—dijo el anciano, miéntras que dos gruesas lágrimas corrian por sus demacradas mejillas.—Yo te bendigo, y bendigo en ti á toda tu descendencia. Que Jaungoikoa no aparte jamás de ti y los tuyos sus paternales ojos.

Oría sollozaba ruidosamente.

El viejo, viendo que sus palabras afligian á la jóven en vez de calmarla, tomó el partido de permanecer en silencio.

De pronto, Oría alzó la cabeza, y mirando á Lekobide con una encantadora expresion de infantil seriedad, le dijo:

—Bien sabes, abuelito, que en nuestro pueblo se da gran valor á las palabras de los que están próximos á la muerte. ¿Qué diré á los ancianos y al pueblo cuando me pidan que les repita tus palabras? Dime algo de lo mucho que sabes, para que no se irriten contra mí, y digan que no pude, ó que no quise, retener tus palabras.

—¿Y qué he de decirte, hija mia?—exclamó el anciano sonriendo tristemente.—Pregunta lo que quieras, que dispuesto estoy á contestar.

La jóven reflexionó algunos instantes.

Luégo, tomando entre sus breves y carnosas manos las grandes y huesudas manos de Lekobide, dijo:

—Dime, abuelito. De todos los pueblos que habitan la tierra y que se disputan su dominio ¿cuál es el predilecto de Jaungoikoa? ¿Qué pueblos han de ser destruidos, y cuál es el que, despues de vencerlos á todos, fundará sobre sus ruinas el imperio universal?

—Jaungoikoa no ha dado vida á los pueblos, á las razas,

para que sean destruidas, sino para que mezclándose unas con otras caminen hácia el perfeccionamiento que todos anhelamos. El corazon me dice que llegará un dia en que todos los hombres se consideren como hermanos, y en que la guerra sea universalmente execrada.—Cuando aprovechando la larga tregua concertada entre nosotros y nuestros enemigos los romanos, viajé por el Oriente y por el Septentrion, deseoso de conocer las costumbres de los diversos pueblos, me convencí de que no habia ni uno solo que no se creyera el predilecto de la divinidad. Pero creo firmemente que todos se engañan. Para Jaungoikoa todos los pueblos son iguales, del mismo modo que á los ojos de un padre justo son iguales todos sus hijos.

—Me parece que lo que has dicho no será muy del agrado de nuestros hermanos. Más contentos quedarian si se les dijera que los euskaldunas son los bienamados de Jaungoikoa.

—La verdad, por amarga que sea, es siempre preferible á la más lisonjera y agradable mentira.

—Tienes razon, abuelito, y por eso yo repetiré fielmente tus palabras.—Pero al abandonarlos para siempre ¿no tienes algun consejo para tus hijos?

El viejo reflexionó á su vez.

—Sí, hija mia;—dijo despues de algunos momentos de silencio.—Díles que la falta de union, hija de un exagerado espíritu de independencia, puede perderles, y les perderá de seguro, si á tiempo no ponen remedio. Bueno es que cada valle se gobierne por sí propio, así como es bueno que en el gobierno de una casa no se entrometan los moradores de otra; pero ¿qué ha de ser de un país donde cada ciudad, cada valle es independiente, y donde cada valle, ó por lo ménos cada tribu, tiene su caudillo? Cada ciudad, cada valle, cada tribu debe depender de todas las ciudades, de todos los valles, de todas las tribus reunidas, y para todos los euskaros no debe haber más que un solo caudillo.

—¡Ay de mí! Yo no entiendo de esas cosas, y será mejor

que se las comuniques directamente á los ancianos. Vamos, abuelito; vamos ántes que el sol caliente demasiado.

—No, hija mia, no. No quiero ver á nadie; quiero morir aquí. Cuando haya espirado, me cerrarás los ojos y correrás á llevar á nuestros hermanos la nueva de mi muerte.

—¿Y he de dejarte solo en la montaña? Jamás, abuelito, jamás. Yo soy fuerte y te llevaré en brazos. ¿No me llevabas tú así cuando era niña? ¿Cómo quieres que te deje solo? ¿Olvidas que hay cuervos y lobos en la montaña? Oría no te dejará aquí; Oría te llevará en sus brazos.

—Tú harás lo que yo digo, Oría. Jaungoikoa recibirá mi espíritu, y no permitirá que los cuervos y los lobos se acerquen á mi cuerpo.

La jóven bajó los ojos humildemente.

*
* *

Largo tiempo permanecieron en silencio el anciano caudillo y su biznieta Oría.

La jóven, que no apartaba la vista de Lekobide, veia con profundo dolor que éste empezaba á dar evidentes muestras de desfallecimiento. Sus ojos ya no se fijaban en los objetos; su rostro iba poco á poco tomando un aspecto cadavérico; y su cabeza, ántes un poco inclinada, caia ahora lánguidamente sobre el pecho.

Oría no pudo contenerse por más tiempo.

—¿Qué será de mí, que será de mi prometido, que será de todos nuestros hermanos cuando tú no existas, abuelito? Tú eres nuestro consejero, nuestro guía, nuestro maestro. Cuando el pueblo se veia agitado por encontradas opiniones, y cuando los ancianos mismos no podian ponerse de acuerdo, hablabas tú y todos quedaban convencidos. ¿Qué haremos sin ti, abuelito? ¿Qué será de nosotros cuando tú estés durmiendo con tus padres?

—Un maestro os dejo mejor que yo;—dijo el anciano con

trémula voz, y deteniéndose á menudo.—Él me ha enseñado todo lo que sé. Gracias á él, muchas cosas que hace cien años me parecian muy buenas, hoy me parecen odiosas, y al contrario. Gracias á él he comprendido cuán groseras eran las mentiras que yo en otro tiempo creia firmemente, y he llegado á vislumbrar la verdad. No conozco maestro mejor.

—Dime su nombre, abuelito, si es que no me engañas, pues no creo que en nuestro pueblo te aventaje nadie en sabiduría. Dime su nombre, para que yo á mi vez pueda decírselo á nuestros hermanos.

Pero el viejo no contestó. La vida le iba abandonando por momentos.

En vano Oría le rogaba que le dijera el nombre de aquel maestro excelente. Toda la elocuencia de la jóven era perdida, pues el viejo no desplegaba los labios, y al parecer ni siquiera prestaba atencion á las palabras de su biznieta.

Así es que la jóven se desesperaba.

—¡Ay abuelito!—decia.—¿Acaso no me amas ya? ¿No quieres decir á tu Oría el nombre de ese maestro incomparable? ¿Cómo se llama, abuelito?

—¡El tiempo! ¡El tiempo!—contestó el anciano haciendo un esfuerzo supremo.

Ya no habló más. Aquellas fueron sus últimas palabras. Con ellas voló el espíritu del gran caudillo cántabro.

Largo tiempo permaneció Oría junto al cadáver de su bisabuelo, besando sus hundidas mejillas y regándolas con sus lágrimas. Al mismo tiempo le llamaba y le decia las cosas más tiernas, como queriendo volverle á la vida.

Luégo, recordando las palabras del anciano, se levantó para ir á comunicar á sus hermanos la nueva de la muerte del caudillo, y tomó por la estrecha y tortuosa senda por donde algunas horas antes habia venido en compañía de Lekobide.

—¡El tiempo! ¡El tiempo!—decia la jóven.—¿Qué dirá mi prometido? ¿Qué dirán los ancianos? ¿Qué habrá querido decir el abuelo?

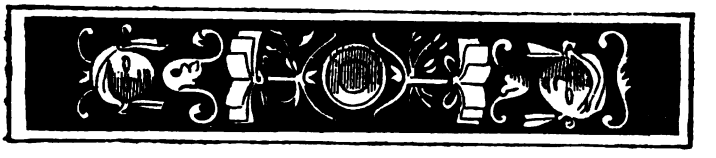
# EL JUICIO DE DIOS.

AL SEÑOR

D. JULIO ENCISO,

*Dedica esta leyenda*

EL AUTOR.



# EL JUICIO DE DIOS.

## I.

RISTE, muy triste es la historia que voy á referir; pero sírvaos de consuelo el pensar que tal vez no será verdadera.

Triste, muy triste estaba en su palacio de Altamira el jóven Iñigo, denominado *Ezkerra*, ó sea *el Zurdo;* el gallardo Iñigo, hijo del señor de Vizcaya D. Munio Lopez, y nieto del invicto Lope Fortun.

D. Munio, casado recientemente en segundas nupcias con doña Belazquita, hija del rey de Navarra Sancho Garcés, está léjos de Vizcaya guerreando con la morisma, y miéntras él de ese modo gana coronas de laurel, su esposa trata de ornar de otra manera la noble frente de su señor.

La concupiscente dama, perdidamente enamorada de su hermoso entenado, hace esfuerzos inimaginables para seducirle con sus gracias y con sus halagos; pero el noble mancebo, escudado con su virtud, resiste victoriosamente. Así pasan los dias y las semanas, sin que doña Belazquita adelante nada en su inicua obra de seduccion.

Pero el hombre es débil, la carne es flaca, y el jóven Iñigo, que no es de piedra, sino de carne y hueso, no es insensible á los encantos de su hermosísima madrastra, y á veces teme sucumbir vergonzosamente.

Por eso está tan triste el nieto de Jaun Zuría; por eso pide á Dios ayuda para luchar y para vencer.

II.

Una bella noche de primavera encontróse doña Belazquita con Iñigo á la orilla del mar, en una deleitosa umbría, en la que con frecuencia se paseaba el jóven pensando en su difícil y penosa situacion.

El ambiente era tibio y perfumado, cantaban los ruiseñores, y el mar lamia la orilla murmurando suavemente. Todo respiraba amor, y todo, todo á amar incitaba.

Muchas páginas se necesitarian para dar una idea de los esfuerzos que aquella noche hizo la liviana señora para vencer al noble y virtuoso jóven; pero éste la rechazó indignado, y con viril y enérgico lenguaje le recordó sus deberes de esposa.

Entónces doña Belazquita, vivamente irritada, se alejó de él jurando vengarse.

III.

Cuando D. Munio volvió de la guerra, su esposa, que aún persistia en sus ideas de venganza, acusó á Iñigo de haberla violentado; y todo lo que el jóven pudo alegar en su defensa sólo sirvió para que, en vez de imponerle en seguida el castigo que en aquel tiempo se daba á los adúlteros, se le sometiera al *juicio de Dios*, ó lo que es lo mismo, á la prueba del combate.

Éste se verificó en campo cerrado, delante de la iglesia de Santa María de Munaka, hoy Mundaca, y en presencia de innumerables espectadores.

Iñigo estaba en la creencia de que otro caballero pelearia

en lugar de su padre; así es que se estremeció de horror cuando, al entrar en el palenque, vió que el que se aprestaba á medir sus armas con él era el mismo D. Munio, su muy querido y venerado progenitor. Sin embargo, el jóven, despues de algunos instantes de vacilacion, tomando la espada con la siniestra mano, separó de un solo tajo el hierro del asta de la lanza, y luégo, arrojó la espada léjos de sí, y echando pié á tierra, hizo que sus escuderos le despojaran de la cota, en medio de la estupefaccion de los circunstantes. Despues, volviendo á montar á caballo, empuñó la inútil lanza, embrazó la adarga, y esperó sereno la señal de acometer.

Al primer encuentro D. Munio fué derribado en tierra, y como sus escuderos viesen que Iñigo no queria aprovecharse de la ventaja obtenida, y que, por otra parte, su señor, no solamente no se levantaba con la presteza que solia, sino que permanecia enteramente inmóvil, corrieron á él alarmados, y le encontraron muerto.

Y miéntras que la multitud, entre triste y alegre, aclamaba á Iñigo señor de Vizcaya, el infeliz mancebo, insensible á lo que pasaba en torno suyo, arrojábase llorando sobre el cadáver de su padre.

AITOR.

AL SEÑOR

D. CLÁUDIO DE OTAEGUI,

*Dedica esta leyenda*

EL AUTOR.

# AITOR.

---

RA un dia oscuro y triste; oscuro, negro como el alma del envidioso; triste como el corazon de los hijos de Euskaria desde el dia de su horrible desgracia.

Pardos nubarrones velaban las soberbias cumbres de las montañas, y la bóveda de zafir de donde cuelgan el luminar del dia y las innumerables lámparas de la noche.

Un anciano de gigantesca estatura y de porte majestuoso, con el cuerpo derecho y la cabeza erguida á pesar de los años, caminaba lentamente por una de las estrechas sendas que atraviesan la hermosísima vega cubierta de altos y lozanos maíces.

Como los euskaros de los tiempos antiguos, el viejo llevaba la cabeza descubierta, y sus plateadas melenas flotaban libremente sobre los hombros.

La frente del anciano, aunque arrugada por los años, era ancha y hermosa, y hermosos eran sus grandes ojos castaños, de dulce mirada, su nariz aguileña, y la barba, más blanca que la nieve, que descendia hasta la cintura. Hermoso sobre toda ponderacion era su noble rostro, que entónces tenía una expresion de tristeza infinita.

¿Quién era aquel venerable anciano? ¿Adónde iba? ¿Por qué estaba tan triste?

Aquel anciano era Aitor, el Gran Patriarca. El llanto de sus hijos le habia despertado, y, saliendo de su sepulcro, habia echado á andar tan ligeramente como lo permitia la pesada carga de los siglos que llevaba sobre las espaldas. ¿Quién sabe adónde iba?

Más fácil de adivinar es la causa de su tristeza. Aitor estaba triste porque lo estaban sus hijos. El infortunio de Euskaria pesaba sobre el corazon del anciano como enorme y ponderosa bola de plomo.

Evidentemente, el patriarca ibero, abismado en sus pensamientos, andaba sin ver el camino ni los objetos que le rodeaban. Sus piés le llevaban adonde queria ir, sin que él se tomara el trabajo de dirigirlos.

Así es que el anciano no se apercibió de que habia salido de la fértil vega, ni de que el terreno, ántes llano, se elevaba rápidamente hasta llegar á una amena campita donde la verde hierba y las florecillas rústicas crecian al abrigo de árboles frondosos.

Tampoco pareció fijarse en una gran verja de hierro que allí se veia, y, sin embargo, se dirigió derechamente á ella, y entró por la ancha puerta abierta de par en par como para recibirle.

Nada logró fijar la atencion del anciano hasta que se halló al pié de un robusto y hermoso roble de intrincado y hojosísimo ramaje; pero entónces, saliendo súbitamente de su profunda abstraccion, extendió los brazos hácia el tronco venerable, como si fuera á abrazarlo, y dos gruesas lágrimas, no sé si de dolor ó de alegría, ó de ambas cosas á la vez, surcaron sus pálidas mejillas.

La cruel mano del tiempo y las inclemencias de las estaciones habian abierto en la áspera corteza del hermoso roble numerosos y profundos surcos; pero ¿qué eran aquellas heridas al lado de las que habian abierto en el tronco venerable

las despiadadas manos de los hombres? Aquel pobre árbol inspiraba compasion y respeto.

Mirábalo el viejo Aitor tristemente, como miramos á un amigo querido agobiado por el dolor y el infortunio; pero bien pronto, no pudiendo soportar por más tiempo la vista del árbol maltratado, cubrióse los ojos con las manos y se alejó poco á poco sollozando.

Pero á los pocos pasos el viejo se detuvo y se atrevió á mirar otra vez en torno suyo.

Alzábase enfrente de él un vasto edificio coronado por hermoso escudo de armas, en el que los cansados y lacrimosos ojos del anciano sólo pudieron distinguir un árbol, y á su derecha habia, debajo del roble secular, un solio de piedra, semejante á un templo corintio en miniatura, en cuyo frontispicio se veia un escudo semejante al otro, aunque mucho más pequeño.

Pero lo que más grata impresion produjo en el ánimo del anciano, lo que hizo que su rostro se serenara y que se calmara la angustia de su corazon, fué la vista de un jóven, hermoso y lozano roble que enfrente del solio habia, roble que era un retoño, un hijuelo del que crecia al otro lado del solio, y cuya vista habia amargado tanto el alma generosa de Aitor. Manos benéficas habian trasplantado allí aquel hermosísimo vástago, para que su padre no le robara el aire y el sol, y para que él no robara al autor de sus dias los jugos nutritivos de la tierra nuestra madre.

Inmóvil, y con los brazos cruzados sobre el pecho, el venerable Aitor contemplaba amorosamente el tierno roblecillo, de cuyo derecho tronco partian siete ramas principales, igualmente vigorosas y lozanas. El rostro del anciano patriarca, ántes tan triste, estaba radiante de esperanza.

El viejo Aitor, fijos los ojos en el hermoso arbolillo, parecia decirle:

—Puro es el aire que respiras, buena la tierra que nutre tus raíces, jóven y generosa tu savia. El corazon me dice que

vivirás largos siglos, que extenderás tus protectoras ramas sobre ese palacio y sobre ese solio, y que á su bendita sombra se sentarán innúmeras generaciones.

Así, con la vista fija en el gallardo roblecillo, y con el rostro iluminado de amor, de alegría y de esperanza, el viejo Aitor permaneció largo tiempo enteramente inmóvil. No de otro modo un abuelo nonagenario, cuya dilatada existencia toca á su fin, contempla embelesado al robusto y hermoso nietecillo que lleva su sangre y que le dará numerosa y granada descendencia.

***

De pronto, turbó la calma de la naturaleza un ensordecedor, un espantable ruido; y casi en el mismo instante, un viento impetuoso y arremolinado sacudió horriblemente al tierno arbolillo, y medio derribó al anciano que con tanto amor estaba contemplándolo.

Era el huracán. Los vientos, que amarrados á fijos é inmóviles postes veian con envidia la paz de la tierra, habian roto sus cadenas y soplaban con furia incontrastable, rugiendo espantosamente y llevando á todas partes la devastacion y el terror. El roble secular, y su tierno retoño, y los árboles todos de la campa, gemian lastimeramente, miéntras que en la vega se inclinaban los maíces, tronchándose los que osaban resistir al embate del viento.

El viejo Aitor, demudado el semblante y con los ojos desmesuradamente abiertos, parecia enajenado. Sus blancos cabellos, ántes tan bien peinados, se agitaban en desórden, obedeciendo al impulso del viento.

El viejo no apartaba la vista del tierno roblecillo objeto de su amor. ¿Qué iba á ser de aquel pobre arbolito? ¿Podria resistir al huracan?

Partíasele el corazon al viejo Aitor al ver cómo las ramas del tierno roble, agitadas por el viento, se entrechocaban,

destrozándose mutuamente y ayudando al huracán en su obra de devastacion. Más daño aún que el viento hacian al pobre arbolito sus propias ramas. Del mismo modo Oñez y Gamboa, Agramont y Beaumont, desangraron el país y sirvieron inconscientemente la causa de sus enemigos.

El venerable patriarca comprendió que no habia un momento que perder, y acercándose al arbolito, tendió de rama á rama, sujetándolas todas, invisibles pero fortísimos filamentos que las mantuvieran inmóviles, y les permitieran aunar sus fuerzas para resistir al huracan.

Y el viejo, satisfecho de su obra, se volvió lentamente por donde habia venido.

Pronto bajó á la vega y se le vió atravesar el inmenso maizal. La blanca cabeza del gigante descollaba sobre las de los maíces. Éstos se inclinaban á su paso, saludándole.

# IBERIA

ó

# LA NINFA DEL ZADORRA.

AL SEÑOR

D. FEDERICO BARAIBAR,

*Dedica esta leyenda*

EL AUTOR.

# IBERIA Ó LA NINFA DEL ZADORRA.

L sol habia llegado al meridiano, y sus rayos de fuego caian perpendicularmente sobre la fértil y hermosa llanura de Alava. El calor era sofocante.

A los mil rumores de la mañana habia sucedido un profundo silencio, tan sólo interrumpido de tiempo en tiempo por el piar de la codorniz ó el monótono zumbido de algun insecto, pues los labriegos habian suspendido sus habituales faenas, y los pájaros, retirados en los lugares más frescos y sombríos, habian cesado de cantar.

Tambien yo, que habia caminado durante algunas horas, estaba ansioso de sombra, de frescura y de descanso, asi es que fuí á tenderme bajo unos frondosos álamos, sobre la verde grama que lame con sus cristalinas aguas el Zadorra.

Destacábase á lo léjos, enfrente de mí, la inmensa mole del Gorbea, cuya cima velaban las nubes; y yo, que tanto amo las montañas, no podia apartar de ella los asombrados ojos.

—¡Oh rey de los montes de Euskaria!—exclamé.—¿Cómo puedes presenciar impasible la inmensa desgracia de nuestra raza? Nuestras antiguas leyes han caido, y tú permaneces en pié; tú permaneces inmóvil, como en los tiempos de nuestra dicha!

»¡Qué corazon tan fuerte el tuyo, montaña soberbia! Sólo puedo compararlo con el corazon del vasco indomable; del noble vasco, á quien ni el infortunio abate, ni la fuerza humilla, ni la muerte amedrenta.

»¡Ah! Tú te burlas de los rugidos de la tempestad; el trueno fragoroso ni el viento huracanado te conmueven.

»Tú presencias inmoto la sucesion de las generaciones, las revoluciones de los siglos, el nacimiento y la ruina de los imperios.

»Mas ¿cómo has podido contemplar sin estremecerte el horrible infortunio de los que moran á tus piés, y á quienes, en muestra de amor profundo, ofreces desde tiempo inmemorial los ganados que pacen en tus laderas y los sabrosos frutos que maduran en ellas, la leña de tus bosques, y los puros y frígidos manantiales de tus entrañas?

»¿Por qué cuando el viento del Sur te trajo la tristísima nueva, permaneciste inmóvil en tu secular asiento? Ojalá que la fuerza misteriosa que guardas en tu profundo seno, saliendo de su prolongado letargo, hubiera obrado con la misma energía con que obraban otras fuerzas similares en la infancia de nuestro vetusto planeta. Hubiéranse dejado oir espantables rugidos subterráneos; tus pendientes laderas, tus soberbias cumbres, toda tu inmensa mole, desde la más alta cima hasta la más humilde y remota estribacion, saliendo de su inmovilidad, hubieran empezado á ensancharse en todos sentidos, á elevarse y agitarse rápida y violentamente como el líquido en ebullicion; de la tierra, poseida de ardor genesíaco, hubieran brotado lozanísimas y nunca vistas plantas, que casi simultáneamente se habrian cubierto de grandes hojas, vistosas flores, crecidos y aromáticos frutos; mil extraños séres, de diversas formas y tamaños, hubiesen surgido de todas partes. Tu agitacion se hubiera comunicado á las montañas vecinas, éstas lo hubieran comunicado á otras, y de ese modo pronto el territorio todo de Euskaria se hubiera convertido en un mar irritado, pero en un mar mucho más terri-

ble que cuantos azotan incesantemente las costas de las islas y de los continentes de ambos mundos. Semejantes á olas gigantescas, las montañas coronadas de peñascos, entrechocándose y rodando unas sobre otras con fragor espantoso, hubieran invadido los valles, destruyéndolo todo á su paso; luégo, hubiéranse alzado las crestas de los montes hasta tocar el cielo, y despues, derrumbándose de súbito con un estrépito mil veces más terrible que el del trueno, habrian hundido el país de los vascos en las entrañas de la tierra, y las olas del golfo de Vizcaya hubieran cubierto el espacio que ocupara país tan desgraciado, yendo á lamer con sus salobres aguas los linderos de Aragon y de Castilla, y convirtiendo el Ebro en un inmenso brazo de mar. Euskaria y los euskaros habrian muerto; peró ¿qué vale la vida sin la libertad?»

* * *

Como si las desgracias de mi patria no bastaran á entristecerme, atormentábame al mismo tiempo el recuerdo de los mayores dolores de mi vida, del desvanecimiento de mis más caras esperanzas, y de los felices dias que volaron ¡ay de mí! para no volver jamás. Todo se me aparecia bajo los más tétricos colores; el sol esplendoroso que iluminaba la tierra, no podia disipar la profunda oscuridad en que estaba envuelto mi corazon. Era uno de aquellos momentos de amargura, de desfallecimiento, en que la existencia nos parece una pesada carga, y casi casi dudamos de la bondad de Dios.

No pudiendo desechar los tristes pensamientos que torturaban mi corazon, traté de buscar un refugio en el sueño; pero, aunque conseguí dormirme, no por eso dejé de sufrir. Mi cuerpo, agobiado de fatiga, reposaba profundamente; pero mi espíritu, más fatigado tal vez, continuaba despierto.

No olvidaré jamás el singularísimo sueño que entónces tuve, y que voy á referir con la mayor fidelidad y exactitud posibles.

Aunque dormido, veía yo tan clara y distintamente como si mis ojos hubieran estado abiertos, el trasparente Zadorra, que en aquel paraje formaba un remanso, en cuyas casi enteramente inmóviles aguas se ostentaba gallardo el nenúfar amarillo, contrastando admirablemente el hermoso color de sus flores de oro con el verde claro de sus anchas y tersas hojas, que extendidas sobre la superficie del agua á manera de finísima alfombra, ofrecian no pequeño obstáculo á los millares de insectos que en el rio se refocilaban, dejándose llevar unas veces por la levísima corriente, y avanzando otras con valor, mas no sin trabajo, en direccion contraria. En la orilla opuesta, donde no habia árboles, y que el sol iluminaba con sus abrasadores rayos, revolaban multitud de mariposas de brillantes colores, y estas hijas de la luz venian de tiempo en tiempo á posarse sobre las plantas acuáticas, pero para volver bien pronto á sumergirse en el océano de fuego de donde habian salido, y donde continuaban girando locamente y libando el azucarado jugo de las flores.

Ya he dicho que estaba triste, que las desgracias de mi patria y los más amargos recuerdos de mi vida toda se habian aunado para atormentar mi pobre corazon. ¡Ah! Si de las aguas del Zadorra, no ménos trasparentes que las de la fuente de la risa del jardin de Armida, hubiera surgido en aquel instante alguna de las ninfas que en ellas moran, y me hubiese brindado la felicidad y el olvido de mis penas, no me habria yo mostrado sordo á sus palabras, como Ubaldo y el guerrero de Dania á las de la ninfa de la fuente encantada. Pero en vano mantenia yo la vista fija en el rio. Ninguna ninfa aparecia en la superficie, ni llegaban á mis oidos los famosos versos del cisne de Sorrento:

*Questo è il porto del mondo; e qui il ristoro*
*delle sue noie.*

Sin embargo, al cabo de algunos instantes sentí un ligero

ruido en el rio, y me pareció ver, por entre las eneas de la orilla, un bellísimo rostro de mujer.

¿Era posible? ¿Alguna ninfa, ménos dura que sus compañeras, se habia compadecido de mí y venía á consolarme?

Desgraciadamente, aquel rostro no debia ser real y tangible como yo habria deseado, sino compuesto de alguna sustancia tan sutil é impalpable como el éter, pues fué desvaneciéndose poco á poco y desapareció por completo, como desaparecen los brillantes colores del iris, ó como se disipa, á la luz esplendente del sol, la niebla que vela la faz venerable del Ganecogorta.

Pero sólo un instante estuve privado de la vista de tan *vaporosa* hermosura, la cual al aparecer de nuevo sobre las aguas me dejó ver, no sólo el rostro como la vez primera, sino tambien el cuello de alabastro, el turgente pecho, y los hermosísimos brazos.

De ese modo apareció y desapareció muchas veces la ninfa, que cada vez me parecia más hermosa.

Pero lo que más me agradaba en ella era la bondadosa expresion de su rosto, y su mirada impregnada de compasion, de amor y de consuelo; su dulcísima mirada que parecia decirme:—«¡No desesperes!»

Como muchas veces sucede, yo sabía que estaba soñando, mas no por eso me conmovia ménos la amorosa mirada de la bella hija de las aguas, ó me deleitaba ménos la contemplacion de sus encantos.

Pero aquel rostro no me era enteramente desconocido. Yo lo recordaba vagamente. Pero ¿dónde y cuándo lo habia yo visto por primera vez?

¡Qué extraña aparicion! ¿Acaso algun noble sér que me habia amado en otro tiempo, y que me amaba todavía, ardia en aquel mismo instante en ansia de consolarme, y por la vehemencia infinita de su deseo lograba su espíritu incorpóreo presentarse ante mí en forma mortal, y atraer mi aten-

cion, y mantener despiertas mis potencias? Eso no es imposible para el alma.

Pero, fantasma ó realidad, ¿quién era aquella mujer hermosísima?

En vano evocaba en mi mente una tras otra las más notables bellezas que he encontrado en mi camino, y que más han contribuido á embellecer ó acibarar mi existencia. Ninguna de ellas se parecia á la ninfa del Zadorra.

Ésta acababa de aparecer de nuevo, y me miraba fijamente con una indecible expresion de bondad y dulzura.

¡Qué hermosa estaba! Nada más gracioso que su actitud, ni más correcto que sus formas, ni más fascinador que su sonrisa. Yo no sabia dónde fijar mis ojos, pues si su rostro, bello como un ensueño de amor, atraia poderosamente, sus demas encantos no eran ménos irresistibles. Mis ojos vagaban, pues, incesantemente de hechizo en hechizo. El agua, que llegaba hasta más arriba de la cintura de la ninfa, era tan límpida y trasparente que no ocultaba ninguna belleza; pero daba á los contornos, que eran admirables, cierta aparente movilidad, y un no sé qué de vago, de indefinido, de intangible.

De pronto la ninfa empezó á hablar, y su voz, argentina y vibrante, me pareció, si cabe, más hermosa que su rostro, más dulce que su mirada, más embriagadora que su sonrisa. En cuanto al discurso de la beldad, lo pondré á continuacion para que los lectores juzguen por sí mismos. A mí no me pareció del todo mal; pero me chocó que una ninfa me hablara de tales cosas, y más aún que usara un lenguaje tan parecido al que usamos nosotros. Las ninfas de que nos hablan los poetas no pensaban ni hablaban así. Pero todo bien considerado, nada hay en esto que deba causarnos extrañeza. La ley ineludible del progreso puede ser extensiva á esos séres misteriosos, y en ese caso, en algo debe diferenciarse el discurso de una ninfa del siglo XIX, de los de las ninfas de remotas edades.

—¡Oh hijo de Euskaria!—dijo la ninfa.—En vano tra-

tas de recordar dónde me has visto ántes de ahora; en vano recorres con la imaginacion los lugares donde se han deslizado los más floridos años de tu vida.

»No me encontrarás ni en la márgen deleitosa del Nervion, ni en la accidentada y hermosísima costa que incesantemente azotan las olas del mar de Vizcaya; no me encontrarás en la agreste Arratia, ni en los amenos valles del Duranguesado, ni en las nobilísimas Encartaciones, ni en la ilustre Busturia, donde se hallan la vetustísima Mundaca, Bermeo, patria de Ercilla, y el venerado roble de Guernica, símbolo de vuestra antigua libertad.

»No me encontrarás en el paradisiaco pensil de Donostía, ni en la vieja Lohitzun (1), famosa por sus navegantes, ni en la reina del Adur, la rica Bayona, donde se codean el hijo de Israel y el cristiano, y en cuyas calles se oyen á un mismo tiempo el habla vetustísima de los hijos de Aitor y el habla grandilocuente de Leon y de Herrera, la expresiva lengua de Jasmin, y el varonil é incisivo idioma de Víctor Hugo y de Voltaire.

»No me busques en la linda Castro, antigua villa de Vizcaya, ni en Santander, donde al lado del comercio florecen esplendorosamente las letras, pero donde no han faltado entre tantos y tantos corazones nobles algunos que se han dejado dominar por la ruin envidia; no me busques en las riberas del Ebro, ni en las llanuras de Castilla, ni en las costas del Mediterráneo; no me busques en la ciudad del Cid, ni en la heroica Zaragoza; en la perla de Cataluña ni en la metrópoli de las Españas.

»Tampoco debes buscarme en las hermosas márgenes del caudaloso hijo del Aran (2), ni en las no ménos hermosas del

(1) *Donibane Lohitzun*, nombre euskaro de San Juan de Luz.

(2) Sabido es que el Garona nace en el Aran, y decimos *el Aran*, y no *el valle de Aran*, porque *Aran* significa *valle* en lengua euskara, y porque á los euskaros que lo poblaron debe su nombre aquel territorio. Con el vocablo *aran*, y los afijos *a*, *ac*, que equivalen á *el*, *los*, se forman *arana*, *aranac*, esto es, *el valle*, *los valles*.

Dordoña, ni en los pinares de Arcachon, favorito retiro de las driadas; en Burdeos, patria de tantas bellezas, ni en la vieja Cadillac, ni en la protestante La Réole, ni en la risueña Marmande, ni en la rica Libourne, ciudad querida de Baco y de cuantos aman el delicioso jugo de la vid.

»En vano me buscarías en la ciudad de Juana de Labrit, del buen rey Enrique y de la festiva Margarita de Navarra; en vano tratarias de hallarme en Montrejeau, que baña sus piés en el Garona, y en Luchon, cuyo hermoso valle fertilizan los correntosos rios Pique y One, y tantos limpidísimos arroyuelos. No me hallarás, no, en las altas montañas, ni en los lindos valles pirenáicos; no me hallarás á la orilla de aquellos impetuosos torrentes, ni al pié de aquellas gigantes y fragorosas cascadas; me buscarás en vano en las estrechas gargantas, en los circos inmensos, en los azules lagos, en los plateados ventisqueros, y en las cumbres altísimas de Alba, de Maladeta y de Nethou.

»No me busques en Angulema, en Soissons, en Amiens ni en Boloña; no me busques en las hermosas calles ni en los deliciosos jardines de la antigua Lutecia, ni en el maravilloso vergel de Versalles, encanto de los hombres y envidia de los dioses. Ménos aún debes buscarme en la grandiosa selva de Fontainebleau, cuyo nombre despierta en tu mente tan gratos á la par que dolorosos recuerdos. No recorriste conmigo las gargantas de Franchard y Apremont; no te conduje al antro de los druidas, á la caverna de los bandidos y á la gruta del cazador negro, ni te mostré la roca que llora y el roble aprisionado entre grandes moles de asperon; no recibiste de mis manos la florecilla de brezo que guardas con tanto amor, como un pedazo de tu corazon, como una parte de tu vida.

»No me busques en las fangosas calles de Liverpool, ni en las de Newcastle, constantemente barridas por el viento del Este; no me busques en los amenos campos de Pallion y de Millfield, ni en los arenales de Roker; en las verdes y gra-

ciosas colinas de Sunderland, ni en la levítica Durham, cuyas plantas baña amoroso el argentado Wear, y en cuyas inmediaciones se ve la cruz de Neville, erigida por Rodolfo Lord Neville en el lugar mismo donde, con sus valerosos ingleses, venció é hizo prisionero á David II, rey de Escocia, del famoso linaje de Bruce. Tampoco debes buscarme entre las viejas ruinas de la abadía de Finchale. Otras ninfas te condujeron á ellas, y en otra mujer pensaste cuando, sentado en *la piedra de los deseos* (1), pediste al cielo que realizara tus más fervientes votos *del momento*.

»Perderás el tiempo buscándome en Margate y Ramsgate, engañosas sirenas que se bañan en el mar del Norte; y tampoco me encontrarás en Lóndres, en la reina del Támesis, en la más opulenta y la más grande de las ciudades del orbe. Las beldades de la inmensa metrópoli británica sólo son inferiores á las que pueblan el Empíreo; yo, aunque hermosa—las aguas me lo han dicho,—estoy muy léjos de serlo tanto como las rubias hijas de la àntigua Augusta de los trinobantes. Con otras ninfas más bellas que yo recorriste sus animadas calles, sus grandes squares, y sus inmensos parques cubiertos de verdura.

»No me busques en el brezal de Hampstead, en los jardines de Hampton Court, ni en el Palacio de Cristal, digno de los dioses. No fué la ninfa del Zadorra la que te acompañó á tan deliciosos lugares; no fué la ninfa del Zadorra la que, apoyada en tu brazo, se paseó contigo en los suburbios de la gran ciudad y en las colinas de Southend; la que te mostró el campo de batalla de Ashingdon, donde Canuto el Grande y Turkill vencieron á Edmundo Ironsides; la que recorrió contigo los vacíos aposentos de Rochford Hall, antigua residen-

(1) *The wishingstone*. Se llama así la piedra que sostiene las jambas de una de las ventanas del monasterio, ventana que se halla en bastante mal estado, y ya sin lintel, si mal no recuerdo. Dícese que las personas que sentadas en dicha piedra desean fervientemente alguna cosa, ven muy pronto colmado su deseo.

cia de la celebrada Ana Bolena, ménos hermosa que ella; la que hizo que el nebuloso cielo de Lóndres te pareciera el más hermoso de todos; la que te colmó de felicidad. No es mi rostro, sino el suyo, el que encuentras en las orillas del Aire y entre los derruidos muros de la abadía de Kirkstall, y en aquella silenciosa calle de Leeds, donde fuisteis tan felices como pueden serlo los bienaventurados. ¿No es verdad que por un dia, por un solo dia tan feliz como aquellos de indeleble recuerdo, dieras gustoso lo que te resta de vida? No tienes necesidad de decirme que sí: yo conozco tu corazon.

»Pero no te apesadumbres pensando en el pasado. No te canses ni te aflijas inútilmente. En vano, ¡oh hijo de Aitor! tratas de encontrarme en los lugares que te han servido de morada desde que por vez primera viste la luz en el deleitoso valle de Abando.

»Y, sin embargo, me has visto, me has visto muchas veces, y no es extraño que te acuerdes de mi rostro.

»Pero sólo me has visto en sueños. Hace ya mucho tiempo que me complazco en venir á verte cuando duermes, y en enviarte, cuando no puedo venir yo misma, consoladores y deleitables sueños, para que á las amarguras del dia sirvan de lenitivo las celestiales visiones y los inefables placeres de la noche.

»Porque te amo, hijo de Euskaria, y no puedo verte sufrir. Por eso he venido á consolarte.

»Yo soy Iberia, la ninfa Iberia, la hija querida que el venerable Aitor engendró en las postrimerías de su dilatada existencia.

»Era una hermosa noche de verano, de esas en que los hombres se retiran con pesar á sus moradas. El ambiente era tibio, perfumado y embriagador. Nada turbaba el silencio y la paz de la naturaleza. Dormian los vientos y todos los séres; pero la luna, incansable viajera inaccesible al sueño, proseguia su interminable viaje á través del éter, rielando en las sosegadas aguas del Ebro.

»Dormian todos los séres, todos ménos el anciano y venerable Aitor. El gran patriarca de vuestra raza se paseaba lentamente á la orilla del caudaloso rio, acariciándose maquinalmente la luenga barba blanca, y con los ojos fijos en el suelo.

»¿En qué pensaba Aitor? ¿Qué importuno pensamiento le atormentaba?

»¡Ah! El viejo se acordaba de los amores de su juventud, de las delicias de aquella edad dichosa, y se afligia profundamente al pensar que aquellos placeres no volverian ya para él. Su envejecido y debilitado cuerpo no tardaria en descender al sepulcro; no sólo no gustaria ya jamás los encantos del amor, sino que tambien iba á perder muy pronto todos los otros encantos de la vida.

»Aitor estaba triste, muy triste. Poco le faltaba para llorar como un niño.

»Entónces fué cuando la más jóven y bella de las ninfas del Ebro, la alegre y juguetona Zuría, compadecida del anciano, apareció sobre las aguas, y saliendo á nado á la orilla, dió algunos pasos hácia él.

»A la vista de aquella sobrehumana belleza, el viejo experimentó una sensacion extraña é indefinible. Como por ensalmo se sintió rejuvenecer; su cuerpo recobró el vigor de la juventud; la helada sangre de sus venas se convirtió en raudal de fuego.

»Entrecortadas frases de amor salieron atropelladamente de los trémulos labios del anciano, y dió dos ó tres pasos hácia la ninfa.

»Pero ésta, fingiendo admirablemente un temor que no sentia, volvió la espalda al anciano y echó á correr como un gamo por la márgen del rio, sin atender á las palabras del viejo que le rogaba se detuviera.

»Con la agilidad de un muchacho de quince años, el anciano Aitor corria tras la blanca hija del Ebro, pero sin lograr alcanzarla. No de otro modo, en tiempos más cercanos

al presente, el viejo Merlin corrió por las espesas selvas del país de Gales, en pós de la bella pero artera Bibiana. ¿Qué no dieran gustosos los dos viejos porque esas aventuras quedaran sepultadas en el olvido?

»La ninfa y el viejo corrian, corrian siempre, sin dar la menor señal de fatiga, y sin que ningun obstáculo les arredrase. Como impulsados por sobrehumano poder, no habia para ellos paso dificultoso, ni barrera infranqueable.

»Así corrieron durante tres dias con sus noches, al cabo de los cuales les faltó tierra para correr, pues se hallaron en la márgen del mar Mediterráneo, tranquilo y azul entónces como un lago de las montañas.

»Pero la ninfa entró sin vacilar en su elemento favorito, y el viejo, no ménos determinado, se zambulló tras ella valerosamente.

»Nadando por el fondo del mar, y perseguida siempre por el anciano, la ninfa llegó, al cabo de algunas horas, á una de sus grutas submarinas, y penetró precipitadamente en ella; pero, desgraciada ó felizmente para Zuría, ántes de que pudiera cerrar la brillante y lindísima puerta de conchas y corales, ya el viejo se habia colado dentro.

»Nueve meses más tarde Zuría dió á luz una niña, y su padre Aitor la llamó Iberia, en recuerdo de aquella hermosa region oriental que en otro tiempo sirvió de morada á los euskaros.

»Esa niña era yo.

»Yo vivo en el fondo del mar, donde tengo grutas construidas con brillantes lentejuelas, perlas y corales, ágatas, turquesas y almandinas; grutas mil veces más hermosas que los más suntuosos alcázares de los hombres. Duermo sobre mullido lecho de musgo y de algas marinas, y arrullan mi sueño las sirenas con sus más dulces y melodiosos cantos.

»Todas las mañanas peino con un peine de nácar mis abundantes cabellos, mirándome en el espejo de las aguas, miéntras que las sirenas los humedecen con aromáticas esencias; y

luégo jugamos al escondite con los tritones entre los peñascos.

»Pero mi padre Aitor infundió en mi corazon amor vehementísimo á la Iberia occidental, region predilecta de los euskaros, sus primeros pobladores, y por eso muchas veces abandono el mar, y remontando el curso del Ebro, llego hasta su orígen, donde me reciben alborozadas las Xanas que moran en sus límpidos cristales. Otras veces, dejando el lecho del caudaloso rio, voy hasta las fuentes del Segre, del Cinca, del Gállego, del Aragon, y de sus otros afluentes, complaciéndome sobre todo en recorrer el Arga, el Ega, el Zadorra, el Irati, el Salazar, y los demas rios en cuyas amenísimas orillas se oye todavía la lengua dulcísima que hablaba mi padre.

»¡Qué tristes están ahora estas riberas! Bien se conoce que el euskaro ha perdido lo que más amaba en el mundo. El único rincon feliz de la infeliz Iberia es ya como el resto de ella desdichado. Bien pueden los euskarófobos enorgullecerse de su obra (1).

»¡Iberia! ¡Iberia! Antes eras grande y poderosa; habias salvado á Europa y al mundo del yugo musulman, venciendo á la media luna en Granada y en Lepanto; las más ricas y codiciadas regiones de Europa reconocian tu soberanía; tus invencibles soldados paseaban tu gloriosa enseña por todas partes; tus intrépidos navegantes descubrian nuevos mares y nuevos continentes, y daban los primeros la vuelta al planeta. Dios quería darte y te daba el imperio del mundo.

»Pero el cetro se rompió en tus manos. En lugar de ser madre amorosa, preferiste ser madrastra cruel de tus propios hijos y de los extraños, que como á madre te querian; fuiste tirana implacable, esquilmaste los pueblos, aherrojaste la libertad, el pensamiento y la conciencia, llevaste á la hoguera y al cadalso á millares de inocentes, expulsaste bárbaramente de tu

(1) Esta leyenda se escribió en Diciembre de 1880.

territorio á millones de criaturas, invocando para ello sacrílegamente el nombre del mismo Dios que las habia criado á su imágen y semejanza.

»Por eso vino tu triste y vergonzosa decadencia. Tan grandes crímenes no podian quedar impunes. El que en otro tiempo premió tus virtudes, te castigaba haciéndote sentir todo el peso de su indignacion.

»Por tu culpa, sí, por tu culpa, te vemos hoy triste, pobre, abatida y menospreciada.

»Separadas España y Portugal, ondeando sobre el peñon de Calpe extranjera enseña, perdidos tus más extensos y envidiables dominios, sin poder en el norte de Africa ni en los mares, no eres ya ¡oh Iberia! ni sombra de lo que fuiste.

»Convertida en merienda de negros, la señora de dos mundos no inspira ya temor ni respeto; sólo inspira compasion, ó tal vez alguna cosa peor.

»Como el enfermo, que buscando alivio á sus sufrimientos, se agita incesantemente en su lecho del dolor, y cambia á cada instante de postura; así tú te vuelves ya de un lado ya del otro, y en lugar de encontrar algun alivio, sólo ves recrudecerse tus dolores.

»Y sin embargo, para verlos cesar, para ser enteramente feliz, no tenias más que seguir el ejemplo que te daba la aún hace poco tiempo feliz y envidiada Euskaria. En Euskaria podian haber aprendido tus hijos á gobernarse á sí mismos y á administrar sus propios bienes; en Euskaria habrian aprendido á ser libres, ricos y felices.

»Pero en lugar de imitar á los euskaros y de adoptar sus sabias leyes, prefirieron destruirlas y destruir su felicidad. ¡Si al ménos la infelicidad de los euskaros sirviera para aminorar la de los demas hijos de Iberia! Pero la infelicidad de Euskaria sólo ha hecho la dicha de algunos pocos envidiosos, de algunos hombres ruines mal avenidos con la felicidad ajena.

»La situacion de la infeliz Euskaria no es para llevar la

alegría á ningun corazon generoso. Yo no veo en todas partes más que semblantes tristes, ojos llorosos, corazones desgarrados. Hasta el santo roble de Guernica, venerado símbolo de vuestra antigua libertad, participa de la tristeza que le rodea. Sus hojas son ménos verdes, sus ramas están ménos erguidas, todos los dias aparecen nuevas y profundas grietas en su áspera y rugosa corteza. Y cuando el viento sopla ¡qué dolorosamente se agitan las ramas! ¡qué lastimeros plañidos exhalan las hojas!

»El árbol sufre. ¿Y cómo no ha de sufrir, si ya no respira el ambiente de libertad al que estaba acostumbrado? ¿Cómo no ha de sufrir, si ya no se congregan á su sombra los nobles y altivos hijos de Vizcaya? ¡Oh pobre árbol! ¡Oh malaventurada Euskaria!

»Pero no llores, amigo mio. No te dejes abatir por el dolor. ¡No pierdas la esperanza!

»¿Por qué no recurres á tu lira? ¿Por qué no cantas, si cantando cobra siempre el poeta fuerzas para soportar el infortunio?

»¡Canta, poeta, canta! Canta la antigua libertad de los euskaros, para que los demas hijos de Iberia la conozcan y la deseen.

»Yo te inspiraré, porque te amo. Te amo, porque cual cumple á un buen euskalduna, veneras la memoria de mi padre y amas á Euskaria con todo tu corazon. ¡AITOREN SEMEAKGAITIK! *¡Por los hijos de Aitor!* es tu divisa. Todo por ellos y para ellos. ¿Qué no harias tú por procurar su felicidad?

»Tú no les adulas, tú no halagas sus pasiones, porque eres incapaz de sacrificar tu conciencia en aras de una fácil popularidad.

»Tú les dices la verdad, por amarga que sea. De ese modo, los que no piensen como tú podrán tal vez aborrecerte, pero jamás te despreciarán.

»Despreciable es el hombre que finge ideas y creencias y

sentimientos que no son los suyos, por la popularidad, el oro y el medro personal.

»Tú amas á todos los hombres sinceros y de buena voluntad, cualesquiera que sean las creencias y las ideas que profesen, y la raza de que procedan. Y es que no has olvidado aquellas inestimables palabras que se leen en el libro de Lúcas el apóstol: *Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.*

»Ménos aún que de adular á tus hermanos eres tú capaz de halagar sus malas pasiones. Tu corazon es demasiado bueno, noble y generoso, para sembrar el odio y predicar la guerra y la venganza. Tú no quieres para ti tan triste mision.

»Tú predicas el perdon, la concordia, la paz, el amor.

»Y sin embargo, si la patria lo exigiera, arrojarias tambien tú la lira sonorosa y empuñarias la espada de las batallas. Como tus padres combatieron, sabrias tambien tú combatir en caso necesario.

»Pero mejor que con la espada puedes servir á tu patria de otro modo.

»¡Canta, poeta, canta! ¡Combate con tus propias armas! Tu lira y las de tus hermanos obrarán más prodigios que la espada. Los cantos de amor harán enmudecer á los que, á ambos lados del sagrado rio, muestran en sus palabras la hiel de sus corazones.

»Tambien en tu corazon hay hiel, pobre amigo mio, pero la guardas para ti. Tú sufres en silencio los dolores que produce la hiel que la ingratitud y la injusticia de los hombres han depositado en tu corazon; pero no dejas que se enseñorée de él, y ménos aún que suba á tus labios. El lirio deja que el jugo amargo circule por su esbelto tallo, pero su cáliz está lleno de néctar delicioso, y sus dorados estambres y blanquísimos pétalos despiden fragantísimo aroma.

»¡Canta, poeta, canta! Tus cantos de amor hagan que los hijos todos de Hesperia se unan en estrechísimo abrazo, y que del mar de Vizcaya á las columnas de Hércules, de Finisterre á Gata y de Creus á San Vicente, sólo se oigan ale-

gres canciones y jubilosos gritos. Que Hesperia, regenerada y libre, se alce de su postracion, y que como el héspero brillante guió á los euskaros, hijos del Este, á los jardines de Occidente, sea ella el luminoso faro que muestre á las naciones la senda de la civilizacion.»

*
* *

Calló la ninfa, y saliendo del rio, vino hácia mí, mirándome amorosamente y con la sonrisa en los labios.

Yo, que me hallaba tendido sobre el césped, traté de levantarme para recibirla; pero no pude hacer ni el más leve movimiento, y entretanto la hermosa ninfa llegó adonde yo estaba, é inclinándose hácia mí, y cogiendo mi cabeza entre sus lindas manos, me besó en la frente.

Entónces desperté.

El sol habia disipado las nubes que velaban la cumbre del Gorbea.

¡Quiera Dios que el sol esplendoroso del amor, de la libertad y de la justicia, disipe pronto las nubes que oscurecen el horizonte de nuestra patria!

# APÉNDICE.

# APÉNDICE.

A medida que iba adelantando la impresion de esta obra, disminuia su mérito á mis ojos, de tal modo que casi he llegado á arrepentirme de haberla impreso. ¡Con cuánto temor aguardo el fallo de los críticos y del público!

De lo que no me arrepiento es de haber hecho una edicion de lujo. Se dirá tal vez, y con razon, que la obra no lo merece; pero la verdad es que una persona bien vestida, aunque sea fea, no lo parece tanto, por cuya razon las personas feas necesitan componerse más que las hermosas, que tienen por principal atavío su misma belleza, y lo que se dice de las personas puede tambien aplicarse á los libros. Estaba en mi mano hacer un libro *elegante*, y lo he hecho; si hubiese estado en mi mano hacer un libro *bueno*, lo hubiera hecho tambien.

## OCHOA DE MÁRMEX.

Del mismo modo que dediqué al Sr. Trueba las leyendas vascongadas *D. Lope de Murelaga* y *La Rosa de Ispáster*, y al Sr. Villavaso la titulada *El brebaje maravilloso*, así las leyendas todas que forman esta coleccion están tambien dedicadas á escritores euskaros, en muestra de consideracion y fraternal cariño.

A la cabeza de la primera aparece el nombre bien conocido de D. José María de Goizueta, y no quiero dejar escapar esta oportunidad de advertir á los lectores que este señor tiene la culpa de todos los pecados literarios que yo haya cometido hasta ahora, y de los que cometa en lo sucesivo. Yo me lavo las manos. Leyendo en mi niñez sus preciosas *Leyendas Vascongadas*, contraje la malhadada aficion á emborronar cuartillas, y mis primeros ensayos: *Lekobide en Arriguriaga*, *Cántabros* y *Romanos*, etc.,

no fueron más que desgraciadas imitaciones de los bellísimos cuadros trazados por la mano del maestro.

El Sr. Goizueta tiene escrita una novela titulada *La danza de los bordones*, de la cual he oido hacer grandes elogios. Deseo vivamente que su publicacion no se haga esperar por más tiempo.

## LOS HIJOS DE AMÁNDARRO.

Mi querido y malogrado amigo el notable escritor francés M. L. Louis-Lande decia que en Navarra no habia poetas. ¿Qué son pues Navarro Villoslada, el conde de Guendulain, Nicasio Landa, Juan Iturralde, Hermilio Olóriz, Arturo Campion, y otros tan dignos de ser citados? Ciertamente Navarra puede envanecerse de poseer una brillante, sino numerosa pléyade de cultivadores de las bellas letras.

No voy á hacer el elogio de Arturo Campion. El gran cariño que le tengo haria tal vez que se tachara mi juicio de apasionado, y por otra parte el mejor elogio del jóven abogado pamplonés son sus propias obras, y mucho siento que el corto espacio de que puedo disponer no me permita citarlas todas.

La primera que se viene á la imaginacion es su balada *Orreaga* (Roncesvalles). Esta preciosa composicion es una verdadera obra maestra; y su traduccion castellana de la misma, no es ménos bella. Magistralmente escritas están tambien sus leyendas *El coronel Villalba*, *Gaston de Belsunce*, *Los Hermanos Gamio* y *Aguirrea*, esta última escrita en lengua euskara.

Para la crítica literaria ha mostrado el Sr. Campion una gran aptitud, y descuellan entre sus mejores trabajos sus juicios críticos de *Amaya*, de *El Romancero de Navarra*, y de algunas poesías de Arrese. Tambien ha mostrado que es un fiel, acertado y elegante intérprete, vertiendo admirablemente al castellano no pocos trabajos de diversa índole escritos en vascuence y en francés, entre los cuales debo citar la bellísima creacion del malogrado Agustin Chaho, titulada *La leyenda de Aitor*. Pero el objeto principal y predilecto de los estudios del Sr. Campion es el idioma euskaro, que ya le debe, entre otros notables trabajos, una gramática que será excelente, á juzgar por los pocos capítulos que hasta ahora se han publicado.

En política nuestro amigo es uno de los más valientes adalides del partido unionista euskaro, y por eso en el banquete de la *Euskalerría*, que se celebró en Bilbao en Abril de 1881, el eximio escritor jefe del unionismo vizcaino, D. Fidel de Sagarmínaga, le dispensó la honra bien merecida de sentarle á su lado.

El Sr. Campion tiene inédito un poema en prosa, y ademas algunas leyendas, unos estudios sobre los dialectos de Navarra, y una disertacion sobre las instituciones forales de la region euskara.

Véase ahora lo que acerca de la tradicion referente á *Los hijos de Amándarro* se lee en el capítulo XIV de la notable sinópsis histórica de la Invicta Villa de Bilbao, escrita por mi muy querido y venerado amigo y maestro D. Antonio de Trueba:

«Existe en Vizcaya la tradicion de que, en el siglo XIV, con motivo de haber invadido el Señorío por el Duranguesado, con fuerza armada y contraviniendo á una ley del fuero viejo en que se vedaba al obispo y sus vicarios la entrada en el Señorío, fué muerto un obispo de Calahorra por los vizcainos acaudillados por dos mancebos de la casa de Amándarro. A este suceso alude un cantar popular que viene á decir: *Amándarro ha perdido sus hijos, pero Vizcaya ha conservado su libertad.*»

## ZAZPIKI, Ó EL ENFERMO DE AMOR.

Escrita y publicada en mi niñez en un libro de cuyo nombre no quiero acordarme, esta leyendita fué exhumada recientemente por el Sr. Manterola, quien la reprodujo en las columnas de la excelente Revista que con tanto aplauso publica en San Sebastian, y por eso la he incluido en este libro y la he dedicado al laborioso y distinguido escritor que tanto con la citada publicacion, como con su *Guía del Viajero en Guipúzcoa*, su *Vocabulario vasco-hispano-francés*, y su curiosísimo *Cancionero Vasco*, se ha hecho acreedor á la admiracion, á la gratitud y al apoyo de sus paisanos.

## EL BASOJAUN Y LA MAITAGARRI.

Fermin Herran era casi un niño y ya su nombre figuraba ventajosamente en las principales publicaciones periódicas de Madrid y provincias, en las que con más ó ménos frecuencia ha continuado siempre escribiendo sobre toda clase de temas, si bien mostrando decidida predileccion por la crítica literaria y artística. Uno de los fundadores del Ateneo de Vitoria y de la Academia Cervántica Española, ha contribuido como pocos al sostenimiento y al brillo de esos dos institutos literarios.

Lo que principalmente distingue á este querido amigo nuestro, es su pasmosa actividad y su gran amor á las letras. Los disgustos y los desengaños no le desaniman, ni le arredran los obstáculos y los sacrificios. ¿Cuánto no habrá tenido que trabajar y que sufrir, para sostener durante tres ó cuatro años su excelente revista, que titulada primero *Revista de las Provincias*, trocó luégo ese nombre por el de *Revista de las provincias Euskaras?*

Entre las obras de Herran citaremos su *Biografía de Moraza*, sus *Estudios críticos sobre filosofía, historia, literatura y arte*, y otra coleccion de estudios críticos, que forma el tomo 2.º de la *Biblioteca Escogida* que se publica en Vitoria.

La anteiglesia de Zaldua, ó Zaldibar, está llamada á alcanzar gran prosperidad. Hace ya muchos años que sus inapreciables aguas sulfuro-salinas atraen á ella gran número de enfermos; pero ese número aumentará prodigiosamente de año en año, gracias á la facilidad de comunicaciones, que es cada dia mayor, y sobre todo al magnífico establecimiento levantado recientemente por el Sr. D. Manuel María de

Gortázar, actual propietario de las aguas, establecimiento que está en todo á la altura de los primeros de Europa.

Hombres como el Sr. Gortázar, que en todas ocasiones muestran, no con vanas palabras, sino con hechos, el vivo interés que se toman por la prosperidad de su país y por su progreso moral é intelectual, y que emplean su cuantiosa fortuna en beneficio del mismo, creando nuevas fuentes de riqueza, son acreedores á los mayores elogios, y á la eterna gratitud de sus conciudadanos.

## A ORILLAS DEL URUMEA.

¿Quién no ha leido las *Tradiciones Vasco-Cántabras* del insigne legendista D. Juan V. de Araquistain, y quién habiéndolas leido ha podido olvidarlas? Si el Sr. Araquistain no hubiese escrito otras muchas cosas buenas, aquél solo libro bastaria para acreditarle de buen vascongado, elegante prosista, gran narrador, y poeta inspiradísimo.

## EL BARDO DE URIBE.

En la imposibilidad de citar todas las producciones del Sr. Olóriz, nos limitaremos á mencionar su excelente opúsculo *Fundamento y defensa de los fueros*, y su *Romancero de Navarra*.

Cuanto dijéramos en abono de esta última obra resultaría pálido al lado de lo que en su elogio dijo á su aparicion la prensa toda de Madrid y provincias. Las glorias de Navarra tienen en Olóriz un entusiasta é inspirado cantor, y si ellas son tan grandes y tan dignas de ser cantadas por él, tambien él es digno y capaz de cantarlas cual se merecen. No podríamos hacer mayor elogio del jóven y ya ilustre escritor navarro.

En la leyenda *El Bardo de Uribe*, y creo que tambien en algunas de las otras que forman esta coleccion, aparece la voz provincial *campa*, que en Vizcaya se aplica á toda extension de terreno llano no dedicado al cultivo, y donde la hierba crece libremente. Las *campas* que hay en los pueblos rurales junto á las iglesias parroquiales y casas capitulares, están generalmente pobladas de árboles, y en ellas se solaza la juventud los dias festivos. *Campas* semejantes á éstas hay tambien generalmente al lado de las ermitas, para que los romeros que van á visitarlas el dia del santo tutelar, tengan donde bailar y zarandearse á su gusto.

## SANCHO MITARRA.

D. Felipe de Arrese y Beitia, escultor de Ochandiano en Vizcaya, se dió á conocer como poeta en los juegos florales euskaros de Elizondo. Su composicion titu-

lada *Ama Euskeriari asken agurrak*, que obtuvo el primer premio, es verdaderamente admirable, y una de las mejores que se conocen en lengua vascongada. No es, pues, extraño que haya sido recibida con tanto entusiasmo, y que haya alcanzado tantos y tan merecidos aplausos.

Nuevos lauros obtenidos en posteriores certámenes han puesto el sello á la reputacion del inspirado poeta vizcaino.

No quiero perder esta oportunidad de hacer notar cuánto debe el vascuence al ilustre euskaro M. d'Abbadie, á la benemérita Asociacion Euskara de Navarra, y al municipio de San Sebastian, pues á los certámenes que anualmente celebran se debe principalmente el renacimiento de la literatura euskara, y la aparicion de muchos estimables poetas, tanto á un lado como al otro del Bidasoa.

El movimiento literario que se nota en estas provincias, que hasta que empezó á escribir Goizueta apénas tenian literatura, no se limita solamente al euskara. Cada dia aumenta el número de los que cultivan con éxito las letras castellanas, y ahora mismo ha surgido en Vitoria un gran poeta, cuyos primeros cantos no desmerecen al lado de las mejores producciones de los más insignes vates castellanos. Me refiero á D. José Roure, y si alguien cree mi elogio exagerado, le ruego lea las soberbias composiciones tituladas *Juan Sebastian de Elcano* y *Antonio de Oquendo*.

## LA LEYENDA DE LELO.

Muchos y muy hermosos y amenos volúmenes se podrian formar coleccionando los innumerables trabajos de todas clases que mi queridísimo amigo Ricardo Becerro de Bengoa ha dado á luz en las principales publicaciones periódicas, trabajos acompañados á veces de excelentes dibujos, pues este distinguido hijo de Vitoria maneja el lápiz tan bien como la pluma. ¿Se tomará alguna vez el Sr. Becerro de Bengoa la molestia de coleccionarlos? Si lo hiciera, no poco tendrian que agradecerle las letras españolas.

Con las obras tituladas *El libro de Alava* y *El libro de Palencia*, ha hecho Ricardo Becerro un grandísimo servicio á las respectivas provincias. Muchas son las de España que no poseen todavía un libro de esa clase, con gran perjuicio para ellas, para sus propios habitantes, y para los forasteros que las visitan.

Becerro de Bengoa tiene en cartera muchos y muy notables trabajos; pero creo que lo que principalmente está llamado á obtener un gran éxito es su coleccion de *Historias increibles*. Algunas han visto ya la luz en *La Ilustracion Española y Americana* y en otras publicaciones, y se puede asegurar que los que las hayan leido no las olvidarán fácilmente. Para no citar más que una sola, la titulada *Vinos minerales de Asa* es por su fondo y por su forma un trabajo de primer órden, una preciosa joya literaria; y aunque se perdiesen todas las demas obras de nuestro querido y excelente amigo, esa sola bastaria para que su nombre pasara á la posteridad, como el de uno de los primeros escritores y pensadores de nuestro tiempo.

Véase ahora en qué términos relata Guillermo von Humbold la tradicion que ha servido de fundamento para escribir *La Leyenda de Lelo:*

«Lelo, caudillo muy querido y renombrado en Vizcaya, tuvo que hacer una campaña fuera de su país, y durante su ausencia su esposa Tota entabló culpables relaciones con un tal Zara, y á consecuencia de ellas quedó en cinta.

»A la vuelta de Lelo los dos amantes se concertaron para darle muerte.

»El crímen se perpetró, pero fué descubierto, y la asamblea del pueblo resolvió que fuesen extrañados del país los dos adúlteros, y que al principio de cada canto se mencionase al malaventurado Lelo.»

Pongo ahora aquí la primera estrofa del *Canto de los Cántabros*, que es la que más que hacer ha dado á los comentadores, y la traduccion libre que de la misma ha hecho el Sr. Trueba:

*¡Lelo! il Lelo,*
*¡Lelo! il Lelo*
*Leloa! Zarac*
*il Leloa.*

*¡Oh Lelo! ¡muerto es Lelo!*
*¡Oh Lelo! ¡muerto es ya!*
*¡Oh! á Lelo Zara*
*dió muerte criminal.*

## EL PUENTE DE PROUDINES.

Muchas páginas necesitariamos para enumerar los notables trabajos científicos y literarios de nuestro querido amigo D. Angel Allende Salazar, actual diputado á Córtes por el distrito de Guernica, y los señalados triunfos académicos que ha obtenido en su brillantísima carrera. Sólo diremos, pues, que la Biblioteca Nacional, en el concurso bibliográfico de 1877, concedió el premio de 1.500 pesetas á su obra en seis gruesos volúmenes titulada: LAURAK-BAT. BIBLIOTECA DEL BASCÓFILO. *Ensayo de un Catálogo general sistemático y crítico de las obras referentes á las provincias de Vizcaya, Guipúzcoa, Alava y Navarra*, y que los más notables trabajos de este laborioso y aventajado escritor se encuentran en el *Boletin Histórico*, del cual es redactor y co-propietario, y en la *Revista General de Legislacion y Jurisprudencia.*

Es muy posible que algun lector que no conozca muy bien la lengua de nuestros vecinos de allende el Pirineo, crea que porque llamamos *villa* á Ustaritz esta poblacion tiene en Francia la categoría de *ville*; pero debemos advertirle que *ville* equivale á *ciudad*, y que Ustaritz, capital del canton de su nombre, no pasa de ser un *bourg*, compuesto de dos *villages*. El nombre de *villa* es, pues, el que mejor le cuadra en castellano, y además Ustaritz se parece no poco á algunas de nuestras villas de Vizcaya.

## LA MUERTE DE LEKOBIDE.

¡Sotero Mantelí! ¡Qué dulce placer experimento al escribir este nombre, para los vascongados tan querido y simpático!

Manteli ha escrito mucho y ha brillado en todos los géneros; pero su *Arámazu* y su *Dama de Amboto* son los mejores florones de su corona literaria.

Su última produccion, una leyendita titulada *Martin Zarra*, es tambien de lo mejor que ha salido de su fecunda pluma; pero en este caso los elogios no podrian dar una idea de su mérito: es preciso leerla para ver lo que vale.

Reciba mi ilustre amigo, el gran legendista alavés, la expresion cordialísima de mi cariño y veneracion.

## EL JUICIO DE DIOS.

Unido á Julio Enciso desde la niñez por los lazos de la amistad, tengo singular placer en darle esta pública muestra de cariño.

Sus poesías líricas, diseminadas en diarios políticos, revistas y almanaques, y sus piezas teatrales, algunas de ellas representadas con buen éxito, prueban que si de lleno se dedicara al cultivo de las letras, obtendria muchos y muy envidiables lauros. Desgraciadamente para nosotros y afortunadamente para él, ha optado por una profesion más lucrativa que la de escritor. Pero como es tan difícil desprenderse de las aficiones bien arraigadas, parece que va á escribir el libro de una zarzuela cuya música hará uno de nuestro más distinguidos compositores.

Lope Fortun, más conocido por *Jaun Zuría*, ó sea el *Señor Blanco*, fué aclamado señor de Vizcaya despues de la batalla de Padura de Arrigorriaga, y casándose con Dalda, hija de Sancho Estiguiz, señor de Durango, reincorporó el Duranguesado al Señorío, del que se habia segregado ciento catorce años ántes. La historia de Jaun Zuría es interesantísima, y si no forma parte de esta coleccion, es porque abrigo el propósito de escribirla en verso.

No es invencion mia, sino tradicion muy admitida en Vizcaya, que aunque Iñigo peleó sin hierro en la lanza, por permision de Dios murió su padre en la pelea.

## AITOR.

Todos saben con qué fe, con qué entusiasmo, con qué perseverancia se ha consagrado el egregio príncipe Luis Luciano Bonaparte al estudio del euskara y de sus variedades dialectales; pero habrá no pocos que ignoren que en tan difícil empresa, uno de los más inteligentes y celosos colaboradores de aquel insigne filólogo, fué el distinguido escritor guipuzcoano cuyo nombre he puesto al frente de esta leyenda: el Sr. D. Claudio de Otaegui. Así es que el príncipe le tiene en gran estima, y ha sostenido y sostiene con él una curiosísima correspondencia relativa al vascuence, correspondencia que data de 1863, y que si alguna vez se publica será la admiracion y el encanto de los aficionados á esta clase de estudios.

Como poeta euskaro el Sr. Otaegui ha obtenido varios premios en los juegos florales de estos últimos años, y en todas sus composiciones, inspiradas por el más

puro patriotismo, brilla el amor á la lengua y á las instituciones euskaras, y sobre todo la bondad del corazon del poeta, porque Otaegui es uno de los hombres mejores que conocemos.

Nuestro excelente amigo es verdaderamente infatigable, y no se puede, en tan corto espacio como el que tenemos á nuestra disposicion, dar una idea de lo que ha hecho en pró de su lengua materna, objeto principal de sus desvelos.

Como traductor tambien se ha distinguido mucho, vertiendo al vascuence, entre otras muchas cosas, la tercera jornada de *La Dama Duende*, algunas poesías y narraciones de Trueba, y mi leyenda *La Rosa de Ispaster*.

El roblecito de que se habla en esta leyenda, vástago del viejo árbol de Guernica, es el que se plantó hace diez y siete años enfrente de la casa de Juntas. Sus ramas principales son tres, pero he imaginado siete para simbolizar las siete regiones euskaras: *Biskaya*, *Guipuskoa*, *Alaba*, *Nabarra*, *Naparroa Beera*, *Lapurdi* y *Suberoa*.

Al hablar del árbol de Guernica no puedo ménos de consagrar un recuerdo al último de nuestros bardos, al popular Iparraguirre, quien con su *Guernikako arbola*, que se cantará miéntras subsista la lengua de Euskaria, unió para siempre su nombre al del árbol sagrado.

## IBERIA Ó LA NINFA DEL ZADORRA.

Al estudio de la antigüedad, y á la asidua lectura de los clásicos griegos y latinos debe sin duda Federico Baraibar su hermoso estilo; la sobriedad, la elegancia, y principalmente la admirable nitidez de la frase que campean en todo cuanto brota de su discretísima pluma.

No conocia yo más que de nombre á este aventajadísimo literato, á este verdadero *esprit d'élite*, que hoy me honra con su amistad, cuando la casualidad puso en mis manos una version suya de algunas odas de Horacio, cuya lectura me llenó de admiracion y de embeleso, y desde entónces busco y leo con avidez todos sus trabajos. Entre estos figura en primer término su magistral version de las *Comedias de Aristófanes*, la cual ha colocado al Sr. Baraibar á la altura de los helenistas más distinguidos.

***

Para que en este libro hubiera alguna cosa buena, aunque no fuese mia, habia pensado reproducir aquí los juicios críticos que se han escrito acerca de mi libro titulado *Oro* y *Oropel*, dando al mismo tiempo de ese modo una muestra de agradecimiento á los críticos, á cuya bondad más que al mérito de la obra debo los elogios que de ella se han hecho; pero en la imposibilidad de reproducirlos todos, por el gran espacio que para ello se necesitaria, he tenido que contentarme con publicar algunos. En cambio he incluido entre ellos una carta del preclaro español D. Juan Eugenio Hartzenbusch, carta que por ser suya leerán con placer los admiradores de tan eminente literato é insigne poeta.

# ORO Y OROPEL.

## JUICIOS CRÍTICOS.

---

ORO Y OROPEL.—Con este título ha impreso en Bilbao un libro el excelente literato D. Vicente de Arana. *Oro* llama á las joyas de procedencia extranjera que se admiran en él, y *oropel* á las propias de su pluma.

Notable modestia en quien sólo elogio merece por la exactitud y galanura con que ha dado á conocer en nuestro idioma al insigne poeta inglés Alfredo Tennyson, y traducido á Longfellow, con encantadoras leyendas y baladas de otros tan reputados y dignos de fama.

Entre los trabajos originales se distingue *El Brebaje maravilloso*, leyenda en verso de una dulzura incomparable, consagrada á enaltecer á los vascongados las ventajas de la paz; *Brenda de Kolbein*, narracion fantástica escandinava, recuerda, por su especial estilo, las tradiciones primitivas del Norte, tan llenas de poesía é interés; *La Rosa de Ispaster* es digna de figurar á su lado, y el cuento extravagante *D. Trifon XIV* entretiene agradablemente, sin merecer el título de insípido con que el autor le califica, si bien nos parece la obra de más escaso mérito de cuantas componen el libro.

Reciba nuestra enhorabuena el Sr. Arana por sus tareas,

deseando sean presagio de las mayores empresas á que le llama su ingenio y profundos conocimientos del país en que ha nacido, y de los autores extranjeros tan desconocidos en España como acreedores á ser estudiados.

*El Tiempo* del 17 de Noviembre de 1876.

---

No tenemos el gusto de conocer personalmento al señor D. Vicente de Arana, autor del libro *Oro y Oropel* que traemos entre manos, ni sabemos si es jóven ó viejo y si ántes que el libro en cuestion ha dado otros á la estampa, aunque nos inclinamos á creerle mozo todavía y hasta se nos figura ver trasparentado en sus composiciones originales y en las traducidas algo y quizás mucho del entusiasmo juvenil de quien no peina canas ó en caso opuesto no repara en que las peine. Decimos esto porque basta recorrer una vez sola las páginas de *Oro y Oropel* para encontrarse de lleno en esa atmósfera de vida, de amor, de celestes encantos que en los primeros lustros de la vida forman la parte preponderante sino la única de la existencia del hombre. Aparte de una narracion satirico-política que lleva el título de *D. Trifon XIV*, todas las demas leyendas é historietas del libro en que nos ocupamos tienen por asunto escenas de amor, ensalzan á la mujer y ponderan con enérgica frase los sublimes goces del afecto que con mayor fuerza tiene poder para enseñorearse de todos los corazones.

Con decir que en el libro dado á luz por D. Vicente de Arana figura una traduccion del dulcísimo poema *Evangelina*, de Longfellow, poeta norte-americano de quien en otra ocasion dimos á conocer á nuestros lectores algunos admirables fragmentos, y otra de *Enoch Arden* de Tennyson, tenido por los ingleses como su poeta nacional en los tiempos contem-

poráneos, y que las versiones á que nos referimos están hechas directamente del inglés con fidelidad plausible y con frase castellana merecedora de elogio, dicho se está que el autor del tomo y traductor de dichas obras es peritísimo en la lengua inglesa, y que de su literatura aquende y allende los mares está enterado, como suelen estarlo pocos, contadísimos españoles. Y á propósito de las citadas traducciones dice el Sr. de Arana en prólogo, que bien se le alcanza ser debido á las obras en verso verterlas tambien en verso al pasarlas á otro idioma, opinion que respetamos por ser suya y por coincidir con él gran número de discretos y eruditos críticos y literatos, pero que no compartimos en manera alguna. Y en tanto no la compartimos, en cuanto muy al revés de lo que opina al autor de *Oro y Oropel*, creemos que si adoptando la prosa y plegándola hasta donde es posible al carácter del escritor traducido, ajustando la frase de la traduccion á la original en el ritmo, en lo cortada ó periódica, en cierta imitacion de sonidos, es aún tarea harto difícil presentar un trasunto algo aproximado, ¿qué ha de suceder cuando se acude al metro y es necesario guardar las exigencias del ritmo preciso de la versificacion, y por maestro que el traductor sea en versificar, haya de tomarse algunas libertades que necesariamente han de introducir alteraciones profundas en lo que puede llamarse fotografía de una obra literaria? Así de acuerdo en el particular con el sistema adoptado por varios sabios alemanes y franceses en lo que toca á la traduccion de los tesoros clásicos griegos y latinos, nos parece que es preferible la adopcion de una prosa, que pueda titularse prosa rítmica, para dar á conocer con la mayor fidelidad posible un poema, una tragedia, una oda, en una palabra, cualquiera composicion poética escrita en verso. Puede darse el caso de un traductor en verso que reuna esta fidelidad y esta semejanza con el original, pero es caso rarísimo, y por lo comun el poeta, que lo es, y traduce en verso, pone en la obra traducida, sin quererlo y sin darse cuenta de ello, mu-

cho de sí, de modo que la nueva produccion puede llamarse un mixto de las cualidades de ambos escritores. Así pues, no ha de lamentarse el Sr. de Arana de haber adoptado la prosa para ofrecer en español á sus lectores *Evangelina* y *Enoch Arden*, puesto que por semejante manera ha presentado con sus atavíos propios las bellezas del texto inglés, sin haberles puesto prendas castellanas que por necesidad ó poco ménos hubieran ostentado en caso de haber preferido la forma métrica para el mismo intento.

Y en los no diestros ó torpes en manejar el verso, la opinion que hemos apuntado puede aparecer interesada, una especie de oracion *pro domo sua*, pero no lo es por cierto en quien como el autor de *Oro y Oropel* sabe escribir en excelentes endecasílabos libres la leyenda original *El Brebaje maravilloso*, de la que es difícil citar trozos porque su encadenamiento no lo consiente, y cuyo interés además del que la accion en sí lleva se cifra en ser anatema de las luchas civiles, de las contiendas en que los hermanos matan á sus hermanos y los padres han de disparar el fusil contra sus mismos hijos alistados en opuesto bando. Esta leyenda que rebosa sentimiento en cada frase, escrita con elevacion y con sobriedad exquisita, revela en D. Vicente de Arana á un poeta de no escasas facultades para el cultivo de este altísimo arte, hoy en manos de mucha gente y que deberia estar reservado para un corto número de elegidos, dotados de la inspiracion, que lo anima todo, y que encuentra en las acciones de los hombres, en la naturaleza, en todo lo humano cuanto encierra de más grande y de más significativo. Es cierto que, como dice el refran, no hay mal que por bien no venga y que acaso á la abundancia de autores que escriben en verso deberá el siglo XIX, como debió el XVI, el pasar á la posteridad con un caudal de poesía—en el verdadero sentido de esta palabra—que le dé renombre envidiable en los siglos venideros; ya que es sabido y hasta cosa vieja que una sola composicion poética ha bastado para trasmitir á la posteridad el nombre

de un escritor, de quien en otro caso nadie se hubiera acordado en lo más mínimo.

Hecha esta digresion, que podrá acaso no venir á cuentò, pero que se nos ha ocurrido y hemos querido apuntarla, sigamos en el exámen del libro del Sr. de Arana diciendo que la parte original suya, la que modestamente llama *Oropel*, la constituyen además de la leyenda en verso *El Brebaje maravilloso* y de algunas otras composiciones cortas en la misma forma, las dos leyendas en prosa *Brenda de Kolbein* y *La Rosa de Ispaster*. Al leer la primera se le vienen en seguida á la memoria al lector medianamente instruido los cantos llamados de Ossian. Con los elementos poéticos que en ellos tan abundantemente se encuentran, modificados en mayor ó menor grado, con pormenores propios y hasta quizás con algo sacado de las tradiciones vascas (1), el Sr. de Arana ha construido, si se nos permite la palabra, un conjunto que atrae en ciertos trozos, que agrada en otros, que ofrece cierta grandiosidad, que reune sentimiento, pero en el cual á buena luz mirado las descripciones de la naturaleza son más decoracion de teatro que paisaje real y verdadero, las figuras que allí aparecen actores vestidos hoy por inteligente arqueólogo ántes que personajes legendarios, y los conceptos, los sentimientos, las frases todas, conceptos, sentimientos y frases expresados por autor que viaja en camino de hierro y que con la imaginacion se ha transportado á los tiempos de Fingal y de Cathmor. Imitacion, dirá el Sr. de Arana, quiere ser mi leyenda *Brenda de Kolbein* y por lo tanto no son defectos tan censurables los que van indicados; observacion atinada, justísima y que hacemos por nuestra propia cuenta ántes que el

(1) El Sr. de Arana debe declarar que mala ó buena la leyenda *Brenda de Kolbein* le pertenece *enteramente*, así como tambien los episodios que en ella figuran. Nada, absolutamente nada hay en ella de las tradiciones vascas, ni de los poemas de Ossian, que el Sr. de Arana sólo de reputacion conocia cuando escribió su leyenda, ni de obra alguna.

autor mismo ó un leyente discreto tengan ocasion de hacérnosla. Aunque lejana tambien la época en que pasa la accion de *La Rosa de Ispaster*, tiene mayores puntos de contacto con la nuestra, y por lo mismo, con iguales méritos de vida en la narracion, movimiento dramático, acierto en pintar los personajes, etc., etc., sobresale más que *Brenda de Kolbein* en la verdad del fondo, en la verdad de las pasiones que animan á María y Pedro de Belandia y á D. Sancho Ortiz de Mendiguna.

Con lo que llevamos dicho se comprenderá muy bien que el libro *Oro y Oropel* de D. Vicente de Arana ha de contener páginas de muy grata lectura. El autor dice en el prólogo que el *oro* lo forman las traducciones de Longfellow y de Tennyson, en lo cual hacemos nuestras sus palabras, y que el *oropel* lo constituyen las composiciones originales suyas, concepto que honra al Sr. de Arana, y que rectificariamos con gusto si todas las anteriores líneas no fuesen ya de por sí una rectificacion que no necesita mayor amplificacion ni comentarios. Si á estas obritas las calificáramos de *oro purísimo* como llama á las de Tennyson y Longfellow con justicia el Sr. de Arana, nos tacharia en verdad de lisonjeros y de seguro le ofenderíamos. Mas sin riesgo de caer en tal falta no encontramos fuera del caso recordar al modesto autor de *Oro y Oropel* que así como el bronce, con ser metal en cuya aleacion entra el hierro de valor escaso, el cobre ya más preciado y la plata ó el oro metales ricos, es muy estimado y muy ponderado cuando sale perfecto, así tambien obritas como sus leyendas en prosa y verso, en que los defectillos más ó ménos perceptibles aparecen entre méritos indisputables, son dignas no sólo de consideracion si que tambien de aplauso y han de animarle á mayores empresas si es cierto, como imaginamos, que con el libro objeto de este artículo, ha hecho el Sr. D. Vicente de Arana sus primeras armas en la carrera de las letras.

F. MIQUEL Y BADIA.

*Diario de Barcelona* del 1.º de Diciembre de 1876.

## I.

No es mi costumbre, queridas lectoras de *La Iberia*, ocuparme de un libro cuando aparece, aunque sea uno de esos pocos volúmenes que en nuestra patria llaman poderosa y generalmente la atencion: dejo, en primer lugar, que el autor presente su obra con todas las ventajas posibles; que el público la compre; que los periódicos la alaben ó la censuren; y cuando ya la primera impresion ha pasado, cuando ya cada uno ha dicho su parecer, entónces abro el libro, lo leo atentamente, y si me es posible, descubro en él al público méritos en que nadie ha reparado, dándole en lo que puedo nueva vida y recomendándole á los perezosos, á los olvidadizos, y sobre todo á la mujer, por cuya ilustracion tanto me intereso.

Pocos libros han llegado á mis manos tan desnudos de recomendaciones y tan modestamente presentados como el que hoy me ocupa: *Oro y Oropel* es, sin embargo, un bellísimo, un delicioso libro, y hay sobre todo en sus páginas tanta pureza, tanto idealismo, que no se ven muchas producciones así, escritas en idioma castellano.

No son todas las páginas de este hermoso volúmen producto del ingenio del Sr. Arana: componen esta interesante coleccion algunas leyendas originales, á las que el autor llama, con excesiva modestia, *Oropel:* á este género pertenecen las tituladas *Brenda de Kolbein*, *La Rosa de Ispaster* y *El Brebaje maravilloso*, esta última escrita en dulce y cadencioso verso libre: original es tambien el *cuento extravagante* titulado *D. Trifon XIV;* pero sobre todo, las dos primeras figuran dignamente al lado de sus sublimes compañeras, *Evangelina* y *Enoch Arden*.

¿Y cómo podia ser de otro modo? Yo lo he dicho en otra parte con la seguridad de la más firme conviccion: «Sólo la

inteligencia grande es capaz de medir y de apreciar la grande inteligencia;» quien ha comprendido el poema *Evangelina*, quien ha sabido traducirlo como el Sr. Arana, quien, como él, ha conservado con tanto amor sus bellezas, tiene un talento de primer órden, y todo cuanto escriba ha de ser bello y elevado.

*Brenda de Kolbein* es una de las más graciosas leyendas que conozco de la Edad Media; la heroina, mártir de su amor, pierde la razon al ver al que amaba unido á otra mujer, y el amante conoce tarde que ha dejado lo que más valia por lo que más brillaba, y que la dicha no estaba donde él la buscó, sino en lo que habia desdeñado.

La muerte une á los dos amantes que el mundo, ó más bien la voluntad del uno, habia separado: un supremo beso, el primero y último, devuelve á Brenda la razon, pero corta el hilo de su vida. Oton, el hombre que amaba, corriendo á vengarse de su infiel esposa, tropieza en unas peñas, se hiere mortalmente y cae cubierto de sangre. Llama á Brenda, que le reconoce, le abraza y espira con él, hallando en las sombras de la muerte la luz de su razon que el dolor habia eclipsado.

¿Qué fué de los culpables, de la esposa infiel, del traidor amigo? El autor no ha querido manchar esas páginas con sus nombres ni con la noticia de su muerte, porque sin duda ha recordado el mandato divino del libro sagrado: «Dejadme á mí el cuidado de la venganza.»

## II.

Más dulce, linda como una flor de Mayo, luminosa como la sonrisa de una niña, es la otra leyendita original titulada *La Rosa de Ispaster*: hay en este poemita, en efecto, como la frescura y la pureza de la flor cuyo nombre lleva; el argumento es sencillo, claro y delicioso. María es una niña her-

mosa como los ángeles.—«La blancura de su tez, dice el autor, contrasta admirablemente con el vivo color de sus mejillas, que le ha valido el nombre de *Rosa de Ispaster* en un país en que apénas se conocen las mejillas pálidas. Sus grandes y rasgados ojos castaños, son dulces y penetrantes; en cada una de sus miradas parece ir envuelto todo un poema de amor.»

María cuenta 18 años, y su padre ha decidido casarla con D. Sancho Ortiz de Mendiguna, anciano cuyas pasiones no se habian adormecido al influjo de los años. Pero María ama á Pedro de Belandia, jóven honrado y bueno, con el que iba á casarse, cuando en mal hora la vió D. Sancho: entónces el avaro padre de la niña olvidó su palabra empeñada á Pedro, y decidió que su hija fuese la esposa del terrible castellano.

¿Qué hacer? ¿De qué modo luchará la mansa ovejilla con el lobo feroz? María se resigna, se deja vestir para la boda con D. Sancho, pero acude al campeon más esforzado, al padre de los desamparados: á Dios. Pone su remedio en manos de su madre, que está en el cielo, y le pide consiga del soberano Creador de los mundos que la lleve con ella ántes que el funesto enlace sea un hecho irremediable.

Los ruegos de la niña son escuchados en las regiones inmortales: al acabar de vestirla su blanco traje y su nevado velo, muere tranquila y dulcemente, sin dolor, sin tormentos, sin agonía. ¡La Rosa de Ispaster ha sido trasplantada á los jardines celestes!

No fué Pedro tan dichoso: la madre de su amada se le habia aparecido como á ella en sueños, y le habia asegurado que los llamaria á los dos; pero él ha quedado con vida, sólo y abandonado á su pena: como sitio de refugio corre á la tumba de María; allí, despues de llamarla mil veces, entre lágrimas y quejas, se duerme: un blanco sudario de nieve cae sobre él. ¡Pedro de Belandia no despertó jamás de aquel sueño!

Tal es el poema titulado *La Rosa de Ispaster;* aseméjase á

una dulce melodía, y deja en el alma la impresion de un himno vago y lejano de amor y religion, entonado detrás de las montañas y oido con recogimiento en el florido llano.

III.

*El Brebaje maravilloso* es la tercera de las leyendas originales del Sr. Arana: escrita en dulces y cadenciosos versos, ocupa 48 páginas, que yo he leido hasta tres veces: el sentimiento predominante en esta bella composicion es el amor filial: una jovencita, llamada *Luz*, instruida por una anciana dueña que la educó en los secretos de la ciencia, va á buscar á un bosque, á la luz de la luna, una planta que ha de dar al brazo de su padre, debilitado por los años, fuerza para vencer á su enemigo; el enemigo mismo halla á la niña ocupada en su piadosa tarea y su hermosura le desarma: libértala de un lobo carnicero, y vela su apacible sueño como un hermano; el padre de Luz, al saber aquella noble accion y que los jóvenes se aman, renuncia á los rencores que ardian en su pecho, y los une con el dulce lazo conyugal, viendo acompañada su vejez solitaria, y reemplazado el hijo que perdió, con el esposo de Luz.

Lo que más admira en las producciones citadas, lo que más interesa, lo que más hará amar este libro, sobre todo á las mujeres (¡dulce triunfo para un autor!), es la sensibilidad exquisita, la ternura de sentimientos que resalta en él; porque ya la mujer va aprendiendo, como una gran verdad, que el hombre más sensible es tambien el más fuerte, el más valeroso, el mejor protector de la debilidad femenina.

El cuadro burlesco *D. Trifon XIV* es como un descanso dado al lector; como una excitacion á la risa, despues de haber sentido profundamente durante todo el libro: cierran éste algunas bellísimas composiciones sueltas de corte delicado, unas traducidas y originales otras.

¿Qué diré de los poemas traducidos? *Enoch Arden*, de Tennyson, ha sido ya juzgado como sublime en la *Ilustracion Española y Americana.*—*Evangelina*, de Longfellow, es, como ha dicho el ilustre D. Juan Eugenio Hartzenbusch, «la obra de un gran poeta.» La que esto escribe no ha leido jamás una obra que más haya sentido terminar.—*Evangelina* es el ideal de la mujer á sus ojos: así la comprende, así la ama, y en algunas cosas la es semejante.

## IV.

*Dora*, *La Maya*, *Saubade la orgullosa*, *El vendedor de canciones*, *Graciosa*, *Manuel Iturriaga*, *La leyenda del pico cruzado*, y *El fraile de hábito gris*, me parece que forman como un estuche de alhajas abierto á los ojos de la inteligencia.

La mia va errando de una en otra de estas preciosas joyas, sin saber á cuál admirar más; bien así, como al ir á elegir pendientes y sortijas, pongo en una caja todo cuanto poseo, y amándolo todo, y hallándolo todo bonito, no sé por qué decidirme, y permanezco turbada y llena de encanto.

¡Oh gratò y delicioso libro! ¡No conozco á tu autor! ¡Jamás le he visto, ni sé quién es, ni si visten su cabeza los cabellos blancos de la ancianidad, ó los rizos de la juventud, ó las primeras hebras de plata de la edad madura; de esa edad la más triste y agitada, porque la juventud se va y la vejez no ha llegado todavía! ¡Pero al leer tus bellas páginas he recordado el mar Cantábrico, á cuyas orillas tantas veces, hace algunos años, me senté á pensar en dichas presentes y á soñar en dichas venideras! ¡Doraba entónces el amor los horizontes de mi vida, y la imaginacion que se encendia con el primer albor de la juventud como la cima de los montes con los primeros rayos del sol de la mañana, todo me lo vestia de oro y grana; amaba yo el mar como le amo todavía, con la más grande pasion que mi alma ha podido contener; y con

los ojos fijos en él, ora me arrobaba en el dulce murmullo de sus ondas, ora me estremecia al ver palpitar su gigante seno! ¡Allí viví, y hoy sólo vegeto; allí sentí, allí habló con Dios mi corazon; y cuando más adelante, herida ya de muerte mi alma, perdí la esperanza de toda mundana dicha, á las orillas volví del Cantábrico mar en busca del reposo, único bien de los séres eterna y completamente desventurados!

*Oro y Oropel* es para mí un libro muy querido, porque al recorrer con los ojos de la imaginacion el país que describe, al leer en él páginas donde se habla con tanta elocuencia del sentimiento religioso, del amor, del deber, de la abnegacion y de todo lo que de noble encierra el alma humana, se han despertado en mi mente mil dulces memorias, que á falta de dichas presentes me hacen vivir en el mundo de los recuerdos.

Madrid 26 de Diciembre de 1876.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

*La Iberia* del 7 de Enero de 1877.

---

Madrid 2 de Noviembre de 1876.

*Sr. D. Vicente de Arana.*

Muy señor mio, de todo mi aprecio: Recibí con sumo gusto, dias há, carta de usted, y despues el precioso volúmen titulado *Oro y Oropel*, título que me ha parecido mal, porque no está justamente aplicado; crea usted, amigo D. Vicente, que las tres leyendas *Brenda de Kolbein*, *La Rosa de Ispaster* y *El Brebaje maravilloso,* no son de manera alguna oropel, sino oro tan puro como *Evangelina* y *Enoch Arden*, á cuyo género se parecen mucho. Pensamiento feliz, excelente lenguaje,

gran novedad y nobilísimos afectos son prendas que admiro en las dichas y otras composiciones del libro de usted, prendas en que las traducciones no me parece que ganan á las obras originales. No me ha gustado tanto *D. Trifon*, rey de Cuatrogatos, cuya capital es la populosa ciudad de Cuatrocasas: por muy diminuto que aparezca Madrid á los ojos de un vascongado, creo que tiene más poblacion que esa donde se ha impreso el libro (1). Tambien creo equivocado un *que* por un *como* en el verso

«Que tanto os ha de amar *que* el que perdisteis» (2).

Avise usted á sus impresores que la palabra *inextabilidad* no tiene *x*, y excuso decir á usted el por qué: bien lo sabe; sin ella se ha escrito siempre (3). A propósito del adverbio *siempre:* no me parece licencia poética del mejor gusto usarlo como voz trisílaba, segun se la ve en el verso

«Su compañero de armas fué siempre.»

(Si la licencia está en el *fué*, digo lo mismo) (4). Dos preguntas ahora para acabar:

---

(1) Debo decir, con mi sinceridad de siempre, que ni remotamente tuve intencion de ridiculizar á Madrid, poblacion mucho más grande que las mayores de España, al poner á la ciudad de mi cuento el nombre de *Cuatrocasas*. Si escogí ese nombre, y dí á la ciudad el dictado de *populosa*, fué solamente por hacer reir con la contradiccion que de ese modo resulta entre el nombre y el calificativo.

(2) Aquí debo confesar mi yerro: el *como* con sus dos sílabas me estorbaba y adopté el *que*, á pesar de la incorreccion, del galicismo, y del horrible verso que resultaba, verso que será reemplazado por otro si algun dia se reimprime la obra.

(3) No fué este el único error de imprenta que se deslizó durante la impresion del libro. Sin embargo, éste honra la tipografía del Sr. D. Juan E. Delmas.

(4) En el verso citado, tal cual yo lo escribí, no habia licencia poética alguna. Mi manuscrito decia: «Su compañero de armas *fuera* siempre,» y en la imprenta pusieron *fué* por *fuera*, lo que ha dado orígen á las suposiciones y á las censuras del Sr. Hartzenbusch. Por otra parte, dicho error de imprenta está corregido en la *fe de erratas* que se ve en la pág. 288, última del volúmen.

1.ª ¿A qué nombre de mujer castellano corresponde el de *Saubade?* Se me figura que lo sé, pero no tengo seguridad.

2.ª El apellido Belandia, ¿debe escribirse con *b?* Con *v* lo escribia el Tesorero que habia en la Biblioteca Nacional treinta años há; tampoco sé cómo debe escribirse.

Perdone usted estas impertinencias de un pobre viejo, que ha tenido que pedir su jubilacion porque ya no está para nada. Si le cuesta á usted el menor trabajo contestarme, no se moleste usted: probablemente, mañana no me acordaré ya de *Saubade* ni de *Belandia:* los olvidadizos parecemos á veces ingratos, sin poderlo evitar.

He recomendado á varios amigos el libro de usted; no sé lo que harán. Yo sé lo que hiciera, si pudiese; pero *ad impossibilia nemo tenetur.*—Muchas gracias y muchas felicitaciones, Sr. D. Vicente. Perdone usted, y mande á su afectísimo amigo y admirador, Q. S. M. B.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

---

Más afortunados en esta ocasion que en otras, los libros todos de que hoy nos ha tocado dar cuenta son dignos de sincero aplauso. *Oro y Oropel* es una miscelánea de cuentos, poesías, leyendas, narraciones y poemas originales del Sr. Arana, ó traducidos por él de insignes poetas extranjeros. Con singular modestia llama el autor oropel á sus propias obras y oro á aquellas que ofrece de otros escritores. No seríamos justos, si no consignáramos que en nuestro sentir todas son igualmente dignas de alabanza, y que la ternura de sentimientos, la delicadeza de afectos y la elevacion del lenguaje y la candorosa y muchas veces pueril sencillez que se admira en los poemas de Tennyson, en las baladas de Michel y Percy,

y en el precioso cuento de Longfellow, *Evangelina*, no se echan de ménos en las leyendas del Sr. Arana, *Brenda de Kolbein, La Rosa de Ispaster* y el *Brebaje maravilloso*.

El cuento *D. Trifon XIV*, que su autor califica de insípido y extravagante, es una de las mejores composiciones de la coleccion, y acaso la de mayor trascendencia, por los vicios sociales y políticos que el Sr. Arana ha pensado censurar en ella.

FRANCISCO DE ASÍS PACHEGO.

*El Imparcial* del 8 de Enero de 1877.

---

Hemos leido el libro que nuestro amigo y convecino D. Vicente de Arana, ha dado á luz con el modesto título de *Oro y Oropel*. Es un libro excelente y ameno que concienzudamente puede recomendarse á todos los que gusten de lecturas sanas y agradables. El *oro* que en él se encuentra es de muy buena y subida ley, y el *oropel*, ya que la modestia del autor quiere dar tan humilde nombre á los frutos de su ingenio, es, cuando ménos, preciosísima y confundible imitacion.

En este bello libro descúbrense al poeta y al literato; fluyen en él libre y abundantemente la fantasía y el sentimiento; dejan en él su huella el buen gusto depurado, el estudio y la imitacion de los modelos clásicos.

No es el primer libro del Sr. Arana; otro nos dió, hace bastantes años, bajo un anagrama, cuando era un niño: desbordaban en él la espontaneidad, el entusiasmo, y los brotes vigorosos de un ingenio brillante.

Pero *Oro y Oropel* es, con relacion á aquel libro, un notable y grande progreso, como no podia ménos de ser: el libro que

tenemos á la vista lleva el sello de la meditacion, del estudio, de la aplicacion constante y discreta del autor, no sólo á la observacion de la naturaleza, sino al uso familiar de las obras de los maestros universalmente reconocidos como tales.

El ingenio del Sr. Arana no ha perdido su viveza, su gracia, su espíritu creador; su sentimiento no ha perdido el ardor, la delicadeza, ni la ternura; su fantasía no ha acortado su vuelo, y al mismo tiempo, ha adquirido variada y sólida instruccion, y con ella se ha familiarizado con los buenos modelos y se ha depurado su gusto, haciéndose muy exquisito.

Una de las joyas del libro es la preciosa leyenda de *Enoch Arden*. Está discreta y hábilmente traducida por el Sr. Arana; no podia tributar mejor homenaje á su admirado é ilustre autor predilecto. Porque, en efecto, Tennyson, el tierno, elegante y excelso poeta, es el poeta del cariño, de la predileccion entusiasta del jóven autor vizcaino. Y *Enoch Arden* es una de sus más bellas, más sentidas y más elegantes y preciosas composiciones. ¡Alto y digno objeto de admiracion, excelente modelo ha escogido el Sr. Arana! En Tennyson se reune un ingenio noble y lozano, una fantasía serena, un alma elevada, un corazon nobilísimo y ardiente, un sentido íntimo y maravilloso del espíritu de la historia de su país, un sentimiento de familia delicadísimo y tierno, y una moralidad perfecta. Felicitamos cordialmente á nuestro amigo por educarse voluntariamente en la escuela del gran poeta laureado, del cantor de los idilios más dulces, más sentidos y encantadores que ha producido la lengua inglesa, y del potente y robusto autor de los grandes dramas históricos. En el alma del autor de *Enoch Arden*, de *The Princess* y *Maud*, de *Harold* y de *Queen Mary* vive el verdadero espíritu de la historia y del genio inglés.

Por eso en el Sr. Arana, siguiendo fiel y modestamente las huellas y el ejemplo de su esclarecido modelo, observamos el mismo espíritu, las mismas inclinaciones, el mismo sentido. Porque en tributo á la verdad debe reconocerse en sus poe-

sías sueltas, leyendas y tradiciones, un filial amor y un íntimo sentido de la historia, del genio, de las creencias, y de los hábitos de la tierra vascongada.

La *Rosa de Ispaster*, delicado y precioso idilio que figura en el libro, es una gallarda muestra de la índole particular del ingenio de nuestro poeta, de la delicadeza de sus sentimientos y de la tendencia de sus impulsos. Descúbrese siempre en el Sr. Arana una aspiracion á enlazar, á fundir el prestigio y santidad de lo tradicional con el esplendor y la fascinacion de la fantasía, el calor bendito del hogar y el amor de la patria.

Todas las composiciones que contiene el libro son interesantes y escogidas; *Brenda de Kolbein* y *Enoch Arden* son dos joyas de riquísimo mérito; *Evangelina* y la *Rosa de Ispaster* no pueden leerse sin lágrimas en los ojos. En los versos hay fluidez, sonoridad, buena entonacion. En la sátira político social que se llama *D. Trifon XIV*, hay mucha verdad y mucho *mordiente;* acaso demasiado.

Quizá abusa un poco en esta composicion el autor de la causticidad, y parece como poseido, como diria un amigo nuestro, de la *rabia denigrativa*.

El libro es una recopilacion. Algunas de las obras que contiene habian visto ya la luz en diversas publicaciones periódicas. Saboreadas en su primera forma, sancionadas con la aprobacion del público, han venido á ocupar un puesto legítimo en el libro.

Algo quisiéramos citar de lo más bello y precioso que el libro contiene; pero la dificultad de la eleccion nos lo impide.

Sería casi imposible en composiciones de la índole de las que nos ocupan, todas en general tan tiernas y expresivas, entresacar trozos, conceptos y pensamientos que luégo no nos dejasen el pesar de haber olvidado otros más tiernos y conmovedores.

Puede encontrarse este juicio, por algunos espíritus atrabiliarios y entristecidos, demasiado benévolo y entusiasta é

impregnado de parcialidad, porque nada hablamos de defectos y lunares, que los hay sin duda en el libro de Arana, porque nuestro objeto al tomar la pluma, cediendo siempre al móvil espontáneo y á la ingenuidad de nuestro carácter, no ha sido más que el recoger y trasmitir nuestra impresion; decir lisa y llanamente, hablando solo con el corazon, lo que hemos sentido y comprendido al leer el libro, y se concibe nuestra intencion, sin buscar peros ni reparos para la crítica.

A la vista se nos han saltado defectos, y más que defectos desigualdades en el valor de las composiciones, en su interés, en su asunto, en su manera; pero no vemos necesidad de hacer un análisis minucioso de esas desigualdades ni hacer esfuerzos por buscar lunares, sólo por el menguado placer de aminorar ó amargar la grata y sana impresion que la lectura del libro en su conjunto produce.

Concluimos diciendo que, en conciencia, nos parece que *Oro y Oropel* es un libro bonito, agradable y moral, que debe leerse y que puede estar sin cuidado y más bien con utilidad en las más delicadas manos.

CAMILO DE VILLAVASO.

*Iruracbat* del 22 de Febrero de 1877.

---

Nunca es más grata la tarea del crítico recto é imparcial que cuando tiene por objeto alguna cosa á todas luces buena y agradable, y mucho más si al juzgarla ve en su autor el mérito que la modestia realza, la humildad que quilata el talento, y otras dotes no ménos recomendables y preciosas en quien tiene el carácter de escritor.

Si á esto se añade el no tener el gusto, la honra de conocer personalmente, ni haber tratado al autor, estando, por

consiguiente, en la libertad de decir lo que se quiera, sin temor de herir susceptibilidades que rompieran lazos que la amistad estrechara ó utilizar relaciones de familia, que siempre son de apreciar, se comprenderá el placer con que vamos á ocuparnos de esta obra que, por pertenecer á una persona respetable para nosotros, pero á la que no nos unen vínculos de ninguna especie, nos libra de la inculpacion, probable en otro caso, de lisonjeros y aduladores, sino demasiado benignos, ya que lo que hemos de decir nos pone al abrigo de toda sospecha de otra pasion ménos noble y generosa.

Ni la envidia, ni la adulacion han guiado jamás nuestro pensamiento; mal podrian, pues, tacharnos de una ú otra, cuando de nuestro mismo escrito se desprenderá la sinceridad de nuestro trabajo y la nobleza de nuestro propósito.

¿Qué es el libro del Sr. Arana? ¿Qué representa? ¿Á qué idea responde?

Para las almas frias y positivamente egoistas es probable que sólo sea un libro más, tan inútil como otros tantos y de ménos valor que una tabla de logaritmos ó un tratado de cocina. Quizá para esos el libro no representa otra cosa que un capricho de su autor que ha querido darlo á luz para halagar su vanidad y sentar plaza de escritor entendido y novelista erudito. Pero las almas sensibles y apasionadas, las que saben comprender el sentimiento vertido por el autor en tan preciosa obra, é identificarse con el pensamiento del mismo, verán siempre en *Oro y Oropel* una joya riquísima, una fragante flor, un monumento alzado á la gloria del autor y de la literatura patria; para esos el libro representa el más noble deseo, la aspiracion más generosa, cual es la de dar á conocer obras escritas por autores extranjeros que merecen ser conocidas por su belleza, por su dulzura, por su bondad y sentimiento, y la idea á que responde es la del amor á la moral y la práctica de la virtud, que se halla revestida de sublimidad y encanto en leyendas cuyos héroes ó protagonistas luchan con violentas pasiones, sin ceder á sus ímpetus

por estar escudados por la virtud más sólida y perfecta.

Una cosa hemos de censurar aquí, siquiera no sea censurable mas que por su notable exageracion, y es el calificativo que el autor da á lo que es exclusivamente suyo, diferenciándolo de lo que pertenece á otros.

*Oro*, y *oro* puro, no *oropel*, como lo llama su autor con excesiva modestia, es lo que el Sr. Arana ha escrito; y, léjos de estar oscurecido por las demas partes de la obra, forma con ellas un conjunto agradable y armónico, sin desmerecer en la comparacion, así por lo que toca al fondo, como á las demas cualidades del estilo, lenguaje, expresiones y figuras.

Y si no cuenta por nada el Sr. Arana el mérito singular de la version á nuestra lengua de autores de genios tan diferentes, nosotros le haremos advertir que no es tan despreciable este trabajo que no merezca ser apuntado; léjos de eso, es tan meritorio, que no podemos dar de mano al deseo de decir algo sobre él, ya que su autor lo tiene por cosa trivial y de poco momento.

Las traducciones abundan desgraciadamente en nuestro país para mengua de nuestra literatura; y no es esto lo peor, sino que frecuentemente se leen versiones inexactas, incorrectas, plagadas de barbarismos y modismos extranjeros, de obras insípidas, como dramas inmorales, novelas sin fondo ni aplicacion, hechas con tan poco gusto y acierto, con tal desconocimiento de la lengua que se traduce y de la á que se hace la version, que redunda en descrédito de sus autores, de sus obras, y de los que tan mal se emplean en esos trabajos.

Pero cuando alguno, dotado de verdadero gusto é indisputable suficiencia, y animado de los mejoros deseos, da á conocer una obra notable por su belleza moral ó por las doctrinas que encierra, haciéndola pasar á nuestra lengua con todo su mérito, con todas sus bellezas y su colorido local, cuando además de interpretar fielmente el pensamiento del autor, se conserva á la obra su carácter, su encanto, su poesía, este hombre hace olvidar las flaquezas de los otros; y prestando

un servicio positivo á la literatura, propaga con las buenas ideas la fama del autor, que debe agradecerle su intencion, y estarle no ménos reconocido que el público, que recibe y lee el trabajo del uno, puesto á su alcance por el otro.

Esto es lo que sucede con el Sr. Arana, por más que modestamente no haga mencion de su trabajo, y á nosotros, á fuer de críticos concienzudos, nos cumple hacer notar que la traduccion de las obras que contiene su libro está hecha con gran esmero y correccion, tal como debe ser para que sean comprendidas y llenen su objeto, habiendo demostrado conocer á fondo las lenguas que traduce y su respectiva literatura, y teniendo la singularidad de haber sido el primero en dar á conocer algunos autores y determinadas obras de otros.

Pasemos ahora al exámen del libro.

Contiene éste seis leyendas principales; esto es, de regulares dimensiones y conocido mérito é importancia, algunas otras leyenditas ó baladas de proporciones pequeñas, una sátira político-burlesca, y un corto número de poesías, originales unas, y otras traducidas.

Siguiendo el órden del libro, daremos principio por *Brenda de Kolbein*, leyenda fantástica, original del Sr. Arana, que domina este género á maravilla.

Un tono melancólico y reposado, descripciones bellísimas y de un efecto sorprendente, tipos y caractéres dulces, en contraposicion con otros ácres y malévolos; la virtud en lucha con la pasion, la abnegacion, el sacrificio, la más pura alegría, haciendo contraste al dolor más acerbo, colorido local y de la época, detalles y episodios oportunos y conducentes, accion ligera é interesante y gran fondo moral, constituyen esta leyenda, una de las mejores que el libro encierra.

El amor purísimo de una vírgen, cuya inocencia cree hallar en las artes de una vieja asquerosa, y una especie de sibila, alivio á la impaciencia que la consume; la vanidad y ambicion de una mujer sin corazon, que arrebata á otra el amor de un hombre á quien no ama; el error de éste al elegir á la que mé-

nos merece su cariño; las angustias del desengaño, la locura de la desesperacion, el arrepentimiento del engañado, víctima de su adúltera esposa; el reconocimiento de los verdaderos amantes, su trágica muerte, todo está pintado con tan vivos colores, de una manera tan tierna y encantadora que conmueve, y al paso que hace envidiar la suerte de los infelices amantes, y prorumpir en palabras de desprecio y baldon para los culpables ambiciosos, obliga á admirar al autor que ha sabido revestir de tan sentimental encanto una leyenda de argumento sencillo y poco intrincadas peripecias.

*Enoch Arden*, es para nosotros, más que una leyenda, una tradicion histórica; porque no acertamos á comprender que caractéres como los que en ella se pintan abunden, ni sean comunes en el mundo, siquiera suponga su existencia en aquella época y en el apartado rincon adonde no habia llegado el hálito venenoso de las pasiones depravadas.

Concíbese, pero como una excepcion, el cariño más que fraternal de los dos amigos, las penalidades que prolongando la ausencia del uno, hacen creer en su muerte, aunque bien pudiera haberse hecho fundar en razones más sólidas que la presuncion que da un sueño y las palabras al acaso; todo esto sólo es creible dadas las circunstancias y el carácter de los personajes, pero lo repetimos, no es lo comun.

El desenlace, por otra parte, no está todo lo redondeado posible; parecia natural que Enoch muriese, porque viviendo hacía con su desgracia la de otras dos personas; pero esto debió suceder despues de una entrevista con la esposa que al hallarle moribundo daria lugar á una escena conmovedora que terminaria perfectamente el drama de una manera triste pero conmovedora, y al no hacerlo así el autor, al dejar que la esposa y el nuevo esposo ignoren la existencia y muerte del desgraciado, hace que el alma del que lo lee se sienta desagradablemente impresionada y experimente una indecible amargura al contemplar el olvido del esposo infortunado, cuya desdicha y sublime abnegacion oscurece la felicidad de los

otros. Pero observamos que nos extendemos demasiado tratándose de la traduccion de una obra de un autor que ya ha sido juzgado ventajosamente; no volverá á sucedernos en adelante.

*La Rosa de Ispaster* es una leyenda original del Sr. Arana, que á la sencillez del argumento y del estilo, une el encanto de la forma, la tierna melancolía de las expresiones. No es la historia de una gran pasion, en el sentido que tiene esta frase comunmente, pero sí es la de un afecto dulce y tranquilo que al primer azote de la desgracia rompe el vaso que la contiene. Es la historia de una pobre flor que pretenden trasplantar arrancándola del lugar donde nació y en la que otra flor compartió con ella la frescura de la brisa que confundia sus dos aromas. Es la historia de un alma apasionada y sensible que rompe su cárcel cuando ve sus ensueños de amor y felicidad turbados por la ambicion y el egoismo de un hombre que es su padre y por los groseros instintos de otro que cree su belleza digna de ser comprada; es la historia de un alma enamorada que prefiere la muerte á la tortura de verse en brazos de otro que no sea el que ama; del alma cristiana que halla en Dios auxilio cuando todo en el mundo la abandona, que hace á Dios la ofrenda de su vida y Dios se la admite. ¡Cuánta belleza encierra ese tipo creado ó dado á luz por el Sr. Arana!—Y el drama es completo; el infortunado amante á quien la muerte ha robado su dicha, muere sobre la tumba de su amada, sirviéndole la nieve de inmenso sudario, y tambien muere el lúbrico y torpe caballero autor de tanta desdicha.

Despues de ver cómo la ambicion y la tiranía de un padre inconsiderado, por no decir cruel, labra la desgracia de dos séres, uno de los cuales tenía derecho á esperar de él otra cosa, hallamos en *El Brebaje maravilloso*, leyenda original en verso, el espectáculo sublime de una jóven que buscando plantas para componer un elixir que ha de hacer invencible á su padre en las luchas con sus enemigos, halla el verdadero filtro

en el amor de un jóven, que es el enemigo de su familia, y que embelesado de ver tanta hermosura depone ante ella antiguos odios é inveterados rencores, logrando con su amor la union de dos familias que largos años habian estado separadas por rivalidades y usurpaciones que terminan con el casamiento de los jóvenes, que hallan en su union su felicidad y la de sus familias.

¿Qué son esas leyenditas tituladas *Dora*, *La Maya*, *Saubade la orgullosa*, *El vendedor de canciones*, *Graciosa*, *Manuel Iturriaga*, *La leyenda del Pico-cruzado* y *El fraile de hábito gris*, que como pequeños fragmentos de obras valiosas, como sencillos rasgos tradicionales nos da el autor, suyos unos, traducidos otros del inglés, del francés, del italiano y del vasco-frances? (1)

*Dora* es la historia de muchos y de muchas; un padre tirano ó caprichoso, dos amantes tiernos y constantes, la intransigencia que produce mil desdichas, un alma de ángel, el arrepentimiento tardío, y la felicidad, por fin, que sólo turba la memoria de los que fueron.

*La Maya* es una balada encantadora, sin argumento, pero llena de sentimiento y armonía.

*Saubade la orgullosa* es la historia del triunfo del amor firme sobre la vanidad, que viene á probar que la constancia en el querer, si va acompañada de la virtud y la honradez, ablanda los corazones más duros y altivos.

*El vendedor de canciones* es la de un pobre *coblakari*, trovador vascongado que ama y ve en peligro á su amada y no puede salvarla: que canta con el alma traspasada de dolor, y en vano quiere morir para reunirse á la que fué su encanto y su felicidad.

*Graciosa* es la historia del amor que no se para en preocu-

(1) Las ocho leyenditas citadas en este párrafo son traducidas; ninguna de ellas es original.

paciones de linaje, calidad ó fortuna, que ama sin ver en la persona amada más que sus cualidades morales, su belleza y su virtud, y le importa poco el vano adorno, la necia ostentacion.

*Manuel Iturriaga* es una leyenda vasco-francesa de un arriero, que ama como un poeta, y como él, es desgraciado; al que envidian los que no ven su corazon, y que pierde lo que más estima en el mundo sin perder su calma y su resignacion, no porque sea insensible, sino porque además de tener el alma de poeta, es filósofo (1).

*La leyenda del Pico-cruzado* es una tradicion mística, semejante á la de la pasionaria; se trata de un pájaro que quiso desclavar con su pico á Cristo de la cruz; en sus plumas y en su pico lleva las señales indelebles de su accion virtuosa y de la bendicion del Señor.

*El fraile de hábito gris* es otra historia de amor, otra pasion un tiempo contrariada, y, por fin, libre y dueña de manifestarse y de colmar la dicha de dos amantes, uno de los cuales habia ya tomado el hábito; pero, por su fortuna, todavía era novicio.

Termina esta serie de leyenditas con una fábula traducida del italiano, que no tiene más mérito que el de la version.

---

(1) El Sr. Herran, que tan magistralmente ha analizado estas leyenditas, no ha tenido tanto acierto al hablar de *Manuel Iturriaga*, sin duda porque al escribir el artículo no se tomó la molestia de releerla. Cierto es que al hacer la impresion se omitieron por descuido algunas palabras al final del penúltimo párrafo, pero, aunque muy importantes, no por eso resulta oscura la leyenda.

Véase en qué términos habla de la misma composicion un literato de ultramontes.

«Si l'amour est ardent au pays Basque, le désespoir est prompt à briser le cœur. Manuel Iturriaga serait bien près de jeter son âme au vent, s'il ne découvrait vite que sa belle Maria n'a quitté la maison à la nuit que pour aller chercher le souper de sa vieille mère. Une sardine tombée dans les cendres! en rirons-nous assez demain, Maria, au retour de l'église, quand nous saurons que pour un pareil motif Manuel tourmentait déjà le manche de son couteau catalan?»

Estas leyendas, perfectamente vertidas al castellano, agradan á todos, y principalmente á las mujeres; ¿cómo no si el asunto dominante en todas ellas es el amor, y está pintado con tan bellos colores, con tal copia de conceptos suaves y estilo seductor?

Basada en las tradiciones del país de la Acadia, hoy llamada Nueva Escocia, está la leyenda titulada *Evangelina;* tambien el amor forma el asunto de esta tristísima historia; la desgracia hiriendo á todo un pueblo, que ve sus hogares incendiados, sus haciendas confiscadas, y él mismo conducido á través de los mares á tierras extrañas, eterno y desconsolador destierro del país que encierra todo lo que ama; y el amor de una dulce jóven de ese pueblo, que ve morir á su padre primero, á su amante despues, sin apoyo, sin recursos, sin más amparo que la proteccion divina, constituyen esta leyenda de Longfellow, llena de ese encanto misterioso y triste que produce todo lo que es bueno y tierno y padece injustamente. El traductor ha sabido conservar en la version toda la dulzura y fresco color del original, acomodándolo perfecmente á nuestra literatura, que esto más tiene que agradecerle.

*Don Trifon XIV*, cuento extravagante, como le llama su autor, apénas si lo es, excepto en la forma, que su fondo está lleno de verdad y de verdades que sólo dichas como se dicen pueden oirse sin enojo, ni fastidio; dichas en serio no hubiera encontrado media docena de lectores, porque el asunto, sobre conocido, es muy trillado; pero, adoptando la forma jocosa y burlona, el que lee, al paso que rie al ver expuestas tan francamente cosas que acostumbra á ver veladas, admírase de la lógica, de las apreciaciones y del contraste que resulta de poner en boca de los mismos personajes ficticios la expresion de sus errores y defectos que corresponden á otros de séres reales y positivos. Es una sátira político-social, en la que las debilidades y vicios de todos los gobiernos están presentados con suma habilidad, tacto y discrecion, habiendo

conseguido el autor mantener en los labios de sus lectores la risa sarcástica que produce el espectáculo de un enemigo puesto en ridículo. Las digresiones, los nombres raros y específicos, y los episodios de esta fábula, hacen amena y agradable su lectura, y su fin, altamente moral y provechoso, encierra buena doctrina y gran enseñanza, lo que no es de despreciar, Termina el libro con unas poesías, la mayor parte originales, y algunas traducidas del inglés, mereciendo especial mencion, entre aquellas, las tituladas *A orillas del Ibaizabal* y *El país más hermoso*, y los sonetos *Por ti* y *A Lidia*, composiciones todas que prueban las excelentes condiciones de poeta del autor.

Hemos concluido; sólo nos resta manifestar lo que el libro en conjunto nos ha parecido, y el juicio que en su vista nos merece el autor; pocas palabras bastarán para esto.

*Oro y Oropel*, es una coleccion de joyitas literarias. Su autor ha sabido encerrar en él algunas perlas que ha recogido aquí y allá, y otras que su fecunda imaginacion ha creado. Merece por ambos conceptos bien de la literatura y de los amantes de lo bello, y si algo valiera nuestro consejo desinteresado é imparcial, le animariamos á seguir el camino emprendido; pero dando más lugar á sus produciones, porque quien tan bien siente y piensa, expresa y concibe, no necesita acudir á fuentes extrañas para beber la inspiracion, teniendo propios manantiales. Puede y debe hacerlo, porque vale; falta sólo que quiera, y no será ciertamente falta de voluntad lo que aqueje al Sr. Arana, que hartas pruebas nos ha dado de tenerla firme, y á prueba de obstáculos y contrariedades, y holgáranos muy mucho obtener la amistad del que tan buen ingenio revela, del dulce é inspirado autor de *Oro y Oropel*.

FERMIN HERRAN.

*Revista de España* del 28 de Marzo de 1877.

## FRAGMENTO INÉDITO.

Para los que seguimos con algun interés el movimiento intelectual del país vascongado, no hay placer literario semejante al que se experimenta leyendo los trabajos que al pié lleven el nombre de los hijos de la tierra apartada, tanto más nobilísima y querida cuanto más llena de tremendos infortunios. Hace bastante tiempo leia yo con singular complacencia, en dos publicaciones igualmente simpáticas para mí, que me honraba con pertenecer á la falanje de sus colaboradores, *La Ilustracion Española* y *El Bazar*, el nombre de ARANA, sin conocer al inspirado escritor que así firmaba, y supuse desde luégo que la república literaria de los euskaros contaba con un valioso obrero más.

En efecto, el hijo de la república de Abando, don Vicente de Arana, se anunciaba con ventaja en las letras españolas, haciéndonos conocer los preciosos poemas extranjeros de vates y genios tan insignes como Tennyson y Longfellow; vertidos á la lengua castellana con admirable maestría, y yo creo que por primera vez. Al ver el trabajo y el nombre me pregunté, el traductor ¿es autor tambien? Y entónces recordé haber visto esa firma en nuestro veterano y muy ilustrado diario vascongado *Irurac-bat*, donde todos los aficionados á las letras hemos hecho nuestras primeras armas. Arana habia publicado en el folletin del periódico bilbaino una curiosa, interesante y no reducida novela titulada *D. Lope de Murélaga*, y de él era tambien sin duda, aquella obrita que, intitulada *Ramillete de flores cogidas en el Parnaso*, andaba en manos de los vizcainos, firmada por Ranaevendecati; primeras impresiones de uno de los más distinguidos alumnos del instituto de Bilbao.

Hace casi medio año recibí una gratísima sorpresa cuando llegó á mis manos un hermoso tomo, delicadamente impreso,

honra de la tipografía del Sr. Delmas, de la villa invicta, titulado ORO Y OROPEL.

El Sr. Arana habia reunido en él sus mejores composiciones, formando un excelente album literario. A las joyas de los escritores extranjeros, llamaba *oro*, y á sus propias producciones, *oropel*; distincion marcada, que si bien existe en la obra, no es tal cual su autor la presenta, sino á mi juicio, cual la que más adelante indicaré. Arana sabe amar y sentir «las nobles y puras aspiraciones» que aman y sienten los hombres inspirados. Es poeta y es jóven, y dicho se está que es dado á lo fantástico y á lo maravilloso. En alas de su fantasía, no pudiendo hacer del cielo el escenario de sus novelas, se ha elevado al Polo Norte y sus cercanías (y admita el benévolo lector esta elevacion metafórica), como Alarcon cuando escribia su *Norma*, hermoso libro del que ahora, al profesar en la órden de la Academia, se ha arrepentido pícaramente. Y allá en la Escandinavia ha soñado una deliciosa leyenda: *Brenda de Kolbein*, en la que los guerreros, las doncellas, las sibilas, las ninfas, y todos los engendros de la nebulosa mitología septentrional arman la mas deliciosa, poética y triste de las contiendas del amor. Aquí el *oro* es la imaginacion del escritor, el *oropel* lo constituyen el escenario y la época de los sucesos. Oro puro sería toda la leyenda si con su inverosimilitud y todo aquellos personajes fueran nuestros, y aquellos castillos los de Vizcaya, y aquellos rios y aquellos paisajes los de las sierras euskaras. Entre nosotros tenemos muchos asuntos de las tradiciones fantásticas é inverosímiles. Al pié de Amboto y de Mañaria, en los valles de Ayala y de Leniz, en el límite guipuzcoano-navarro, en las pobres casas de los pueblecitos de la costa he oido contar y se cuentan, despues de los ricos sorbos de la cena de invierno, cuentos y fantasías tan de relieve y tan admirables como las más subidas y terroríficas de la Germania y de la Escandinavia.

Arana para hacer una leyenda ha ido con la imaginacion á

Suecia; el inmortal Herculano, gloria del Portugal moderno, puso en Vizcaya la escena de *La dama del pié de cabra*, uno de los mejores cuadros del gran genio lusitano, una envidiable narracion.

*Enoch Arden* es delicioso. Su traductor merece una expresion de gratitud de todos los admiradores de la literatura de alto vuelo de Europa, uno de cuyos mas gloriosos sostenedores es Alfredo Tennyson; el poeta mimado de los ingleses. Esta sentida leyenda, que nada ha perdido en la version española, da en el libro una gran idea de las cualidades literarias del vate vizcaino. Quien así posee la literatura extranjera tiene mucho andado para brillar en la nuestra, digan lo que quieran los rigoristas del Estatuto y sus descendientes.

Cuánto me satisface *La Rosa de Ispaster*, no hay para qué ponderarlo. María de Laucáriz, Martin, Ortiz de Mendiguna, y Pedro de Belandia son los verídicos tipos de un sencillo y tierno drama vascongado. Aquí todo es oro de buena ley. En este género, en las relaciones tradicionales, en la novela popular vascongada, de marcado enlace histórico, en la tarea de hacer revivir los recuerdos de nuestros antepasados, ¡qué anchuroso horizonte se abre ante la imaginacion y el trabajo de nuestros poetas y escritores! ¡El pasado de las provincias hermanas, lleno de elocuentes glorias, qué enseñanza tan decisiva y tan justa, tan poética y tan interesante puede ser para los que indignamente nos han calumniado, para los que sin entender lo que han sido nuestra gente y nuestra ley, juzgán y resuelven de toda su síntesis histórica y social con una ligereza sin ejemplo, para los filósofos de última hora, que tienen la rara, ridícula virtud, de poder contemplar bajo el prisma de la conveniencia del momento que les da de comer, toda una serie de siglos, de admirables hechos y de incomparables leyes!

En *El Brebaje maravilloso* el poeta se presenta en toda su esplendidez de imaginacion. De las notas que lo encabezan no quiero decir nada, porque no puedo. Se refieren á los fue-

ros, y á la política contemporánea, y de estos abrasadores y encendidos asuntos, aunque la cartera se va llenando, aún no es hora de hablar (1). . . . . .

. . . . . .

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

Mayo de 1877.

---

Con una modestia superior á toda ponderacion, dice el autor en el prólogo de este libro, que se titula *Oro y Oropel* porque se compone de joyas literarias extranjeras y de trabajos originales, siendo las primeras el oro, y oropel lo original; pero esto es modestia y nada más que modestia. Cierto que *Enoch Arden*, *Dora*, *La maya*, *Evangelina* y otras producciones de Tennyson, Longfellow y Percy, traducidas por el Sr. Arana con notable acierto, son bellísimas, delicadas, dulces y conmovedoras: estamos en esto conforme con el Sr. Arana. Pero no es ménos cierto, y en esto disentimos de su opinion, que las composiciones originales como *Brenda de Kolbein, La Rosa de Ispaster* y *El Brebaje maravilloso*, son magníficas composiciones poéticas, en prosa las dos primeras, que honran al Sr. Arana y le acreditan de escritor distinguido, elegante y de poderosa imaginacion. Hasta el cuento fantástico *D. Trifon XIV* tiene su encanto particular. Al final del tomo presenta el autor una coleccion de poesías, entre las cuales hay algunas imitaciones del inglés. En suma, el

(1) Circunstancias independientes de su voluntad obligaron al Sr. Becerro de Bengoa á dejar incompleto un trabajo tan brillantemente comenzado.

libro del Sr. Arana merece los grandes elogios que le ha tributado la prensa, y por nuestra parte tenemos mucho gusto en añadir los nuestros.

*Revista Europea* del 29 de Abril de 1877.

---

I.

Deseo hoy ocuparme de un nuevo escritor, hijo de la noble tierra vascongada.

Yo que tantas veces temblé con respetuosa emocion al fijar mis ojos en las infinitas glorias de la Euskal-Erria, he experimentado tambien la tristeza de verla privada de literatura. Sin duda alguna que las circunstancias políticas y sociales del país euskaro explican perfectamente esta falta; pero asimismo es indudable que en las oscuras profundidades de la raza euskalduna palpitaba y dormia una grande alma poética.

Recorred los valles que se extienden á los piés del Pirene, desde la oriental vega de Lequeitio hasta las alpestres soledades de Burguete; contemplad las abruptas crestas del Aitzgorri, las inquietas olas que salpican el cielo en las pétreas costas de Deva, las tranquilas y frescas riberas del Zadorra, los lúgubres desfiladeros de Endarlaza, el mágico panorama que Osondo guarda á los que tocan su venerable cabeza, la rica y feraz campiña de Olite; la melancólica Borunda enroscada en las plantas de la sierra Andía, de la cual caen eternamente al valle las lluvias y las nieblas, y decidme si la naturaleza ha podido agrupar, en ménos espacio de terreno, más contrastes y más bellezas y más colores, para teñir y animar la fantasía del hombre.

El montañés euskaro no ha sido insensible á los dones que la naturaleza le ofrecia; ocupado en el brutal combate por la existencia, todavía tuvo tiempo para pulsar la lira con la misma mano con que blandia la *azcona*, y para modular tiernísimas melodías con la misma garganta que lanzaba el *alayúa* guerrero. Su imaginacion sencilla y honrada ha poblado de leyendas todos los repliegues de las montañas patrias, y al calor de su inspiracion varonil, entusiasta y patriótica germinaron numerosos cantos, desde la elegía de Lelo hasta el himno de adoracion al roble de Gûernika.

Pero esta poesía era tan sólo popular y tradicional; faltábale por lo tanto al pueblo euskaro la poesía escrita, la poesía reflexiva, hija de un estado social más culto y complejo.

Lo que ayer era una esperanza, un deseo á lo más, en el dia de hoy es una realidad. Trueba, Araquistain, Becerro Bengoa, Manteli, Oloriz, han coronado la frente de Vasconia con las flores de una novísima poesía, que brillan entre las hojas de laurel que adornaban su frente, como los rayos de la luna sobre el tranquilo Océano.

Y esta poesía, á la que por contraposicion llamo *científica*, presenta los mismos caractéres que la poesía *popular*, pero refinados, concentrados, á la manera que la brisa de la tarde nos trae los perfumes más puros y embriagadores de los jardines. Hazañas caballerescas, luchas por la independencia, amores castísimos, tradiciones religiosas reveladas al hombre entre el rumor de las inmensas selvas, ó el estrépito de las tempestades en los apretados valles pirenaicos, patrañas nacidas al calor del hogar doméstico allá en las inclementes noches de invierno, cuanto se adora y se cree en el país euskaro, otro tanto ha celebrado y cantado esa nueva poesía.

Plácidas escenas de un pasado patriarcal y bendito, ¿estais llamadas á desaparecer? ¿Acaso los hijos de Aitor sufrirán la misma suerte que los mostruosos imperios de Nínive y Babilonia? ¿La felicidad ha huido para siempre de nuestros risueños valles? ¿No seremos en las sociedades del porvenir

más que una raza proscrita, sin leyes, sin lengua, sin libertad? ¡Ay! ¡En este suelo sembrado de escombros, tal vez no somos más que una ruina, los últimos destellos quizás, de un sol que se apaga! ¡Tal vez los días de entusiasmo han muerto; la dulce alegría, los joviales cantos, la noble independencia, la honradez admirada, el árbol cuyas raíces se nutren con sangre de nuestros corazones, han muerto tambien!

Entre los que cantan lo que fué ayer el pueblo vascongado, debemos colocar un nuevo nombre, que es el del señor D. Vicente de Arana. Veamos, pues, lo que ha traido á la poesía de su patria.

## II.

Es imposible separar, cuando se estudia cualquiera poesía, al poeta del *medio* en que vive. Nunca es la imaginacion tan soberana que le sea dado emanciparse, para la creacion de sus mundos ideales, de la profunda influencia que sobre ella ejercen las circunstancias históricas, etnológicas y sociales de la raza á que pertenece el poeta.

Con ser tan poderosas las prerogativas del arte, no llegan hasta la anulacion de las influencias exteriores. Tan verdadero es ésto, que de dia en dia vemos crecer la importancia de las literaturas consideradas como poderoso instrumento de investigaciones históricas. Todos los séres dentro de la naturaleza obedecen á una ley, y sin que nosotros pretendamos decir que un determinismo total rige al hombre, es lo cierto que el libre arbitrio está muy léjos de ser absoluto en ninguna de las manifestaciones de la vida humana. Un Dante en el siglo de Augusto y un Shakspeare entre los pieles rojas de América, son igualmente imposibles que una palmera en los témpanos del Polo, ó un oso blanco en los arenales del Sahara.

De aquí deduzco yo que en toda obra artística entran dos irreductibles términos; la imaginacion del poeta por un lado,

y por otro el *ambiente* social en que se agita. Estudiados ambos términos, la composicion literaria está conocida en conjunto y en detalle, y la crítica puede ser equitativa porque censurará únicamente aquello que el poeta ha puesto de su parte.

Cuando se prescinde de ese punto de vista, como que la crítica parte del supuesto de la total autonomía de la imaginacion, es apasionada y falsa. Cuantas veces he oido censurar la brutalidad y el cinismo de Shakspeare, he pensado que los que así hablaban desconocian la rudeza de costumbres de la época, y confundian el Lóndres de Isabel con la Aténas de Pericles.

La imaginacion del Sr. Arana es sentimental y tierna; carece de fuego y energía, no sube á las altas cimas, pero se sostiene en plácido horizonte con tan continuo, pausado y elegante vuelo, que seduce y encanta. No espereis de ella ni atrevidas imágenes, ni desbordados apóstrofes. De la pasion humana sólo toma las lágrimas, y deja á un lado los rugidos, las imprecaciones, los inconsolables clamores; en cambio, exhala penetrantes quejas que entristecen como el recuerdo de las muertas glorias.

Si componer es imaginar, como ha dicho Taine, en cada palabra, en cada frase, la imaginacion se refleja y encarna, produciendo el estilo peculiar del autor. El de Arana es sencillo y severo, sobrio y exacto en las comparaciones, poco apto para la pompa de la frase, sombreado por la melancolía, impregnado por el sentimiento, y en ocasiones intensamente poético.

Con una imaginacion semejante, no es difícil adivinar los asuntos que habian de llevarse las simpatías del Sr. Arana. Son los asuntos de amor, pero no del amor desencadenado, omnipotente, para quien ninguna ley ni freno existen, sino del amor supeditado al respeto familiar, á los deberes patrióticos, tal como se manifiesta en el país vasco, donde las pasiones individuales no rebasan ciertos límites que les re-

piten lo que Dios dijo á los mares: «De aquí no pasareis».

Y esos amores no los recogió el Sr. Arana en la realidad de la vida presente, en la fiebre de nuestras luchas, en la corrompida atmósfera de nuestros salones, en el refinamiento de nuestra civilizacion moderna, sino que fué á buscarlos á la cuarteada torre del castillo feudal, á los ahumados hogares del caserío, á las balsámicas orillas del Ibaizabal.

Y es que el pueblo vasco es acaso el que mejor conserva las tradiciones del pasado, y ese pasado no es un legado maldito, ni una afrentosa servidumbre, ni un estigma de decadencia como equivocadamente se ha dicho, sino algo muy grande que no es prudente combatir, ni lícito arrancar. Las naciones que gimieron durante siglos y siglos bajo el látigo de los déspotas, renieguen en buen hora de su historia, pero las que fueron siempre libres, no pueden cometer ese abyecto crímen.

¿Por qué han de renegar de su pasado los vascos, si en su historia se desconocen sucesos como aquellos que encendian la indignacion de Tácito, porque proclaman la infamia de un hombre y la cobardía de un pueblo? Y como entre sus ascendientes el euskaro no registra generaciones viles, venera su recuerdo, continúa su espíritu, defiende sus instituciones, y se cree tanto más honrado, cuanto más se parece á ellas.

Por eso, áun hoy, resuena allí el *irrinz* de Roncesvalles y se bailan al son de la *vasca tibia* las inocentes danzas de las civilizaciones patriarcales, y se respeta la autoridad, y se acata la gerarquía social, y se practica la libertad, y se escuchan al lado del fuego, sin incrédula sonrisa, las fantásticas consejas de los viejos, y se alzan las ermitas sobre las enhiestas cumbres, mostrando la cruz, no como un mero símbolo, sino como árbol de vida y esperanza eternas.

Hé aquí la razon de que toda poesía vascongada sea popular y legendaria.

## III.

En el libro que hace algun tiempo publicó el Sr. Arana con el título de *Oro y Oropel*, hay tres composiciones inspiradas en los sentimientos del país natal, que se llaman respectivamente *La Rosa de Ispaster*, *El Brebaje maravilloso*, y *A orillas del Ibaizabal*. Ocupémonos de ellas por su órden.

Las doncellas y matronas de la anteiglesia de Ispaster lloran amargamente; los mancebos lanzan gritos de rabia y los ancianos, «sobre cuyas venerables frentes coronadas por la nieve de los años han pasado todos los dolores, todas las amarguras, todos los desengaños de una dilatada existencia,» dejan ver en el rostro huellas de dolor é indignacion. Este cuadro, pintado con enérgica sobriedad, trae á la mente del poeta el recuerdo de las invasiones romanas, y el de la sangrienta rota de Ordoño el Malo en Arrigorriaga, y exclama: «¿Qué es lo que ha venido á turbar la paz, la felicidad, el envidiable sosiego á que están acostumbrados los honrados y sencillos habitantes de Ispaster?»

Hé aquí la causa de tanta agitacion. Allá, en la montaña, escondida entre los nogales y castaños, hay una humilde casita donde vive Martin de Laucáriz con su hija María. Esta es tan hermosa y buena que todos la idolatran, y considerándola gala del valle, la llaman con sencilla poesía la Rosa de Ispaster. María tiene amores con un mancebo cuyo nombre es Pedro de Belándia. Pero la fatalidad impide que ámbos sean felices, porque el señor de Mendiguna, viejo hidalgo encanecido en las feroces guerras civiles de Oñacinos y Gamboinos, se ha enamorado de María, y no pudiendo realizar sus deseos de otro modo la ha pedido en matrimonio, y el bueno de Laucáriz, que es un tantico avariento y vanidoso, ha accedido cegado por las riquezas del pretendiente.

La noticia del casamiento de María corre levantando pro-

testas en todos los labios, arrasando en lágrimas todos los ojos, á cuyas muestras de universal simpatía, responde con triste voz el poeta: «¡Llorad, llorad, doncellas de Ispaster! Una feroz ave de rapiña os va á arrebatar la tierna palomita que amais tanto; una mano despiadada va á arrancar de su tallo la más bella y fragante de las rosas, la colorada rosa de Ispaster.»

El dia de la boda ha llegado; los campesinos abandonan sus labores, y resueltos á impedir aquel horrible sacrificio, se dirigen á la plaza del pueblo; sólo esperan á que Pedro de Belándia se ponga á su cabeza.

Pero las horas pasan y Pedro no viene. Entónces los campesinos dudan y vacilan; los más entusiastas aconsejan obrar inmediatamente, pero la mayoría se pregunta con razon: «¿qué derecho tenemos nosotros para impedir la boda?» Y el poeta, dejándonos en esta incertidumbre, nos conduce al lado de la desdichada María.

Una vieja dueña se ocupa en ataviar á la novia, que indiferente á la riqueza de las joyas y de los vestidos, no hace más que llorar. La vieja procura consolarla, pero en vano. Ante los ojos de María pasan en confusas imágenes el recuerdo de su amado, sus apasionadas palabras, los ramos de flores con que la obsequiaba, las alegres danzas de los domingos en la plaza al son del tamboril. Recuerda el dia en que el padre le comunicó la fatal resolucion, la angustia de Pedro al tener conocimiento de ello, los proyectos de éste de impedir en compañía de sus amigos el matrimonio por la fuerza. Y asomándose á la ventana dice: «¿Ois ese sordo rumor? Son los mozos de Ispaster y de los pueblos vecinos, reunidos en la plaza cerca de la iglesia.» Si Pedro se presenta ante ellos, Mendiguna está perdido y ni áun es necesaria la presencia de su amante; bastaria que ella diese un grito de alarma. «Pues qué, exclama con candoroso orgullo, ¿no soy acaso la rosa de Ispaster?»

Pero Pedro no vendrá; María no quiere la violencia; su

madre que está en el cielo lloraria la rebelion de su hija, y así se lo ha manifestado en un sueño, recomendándole la mansedumbre y prometiéndole que Dios llamará á ámbos á su seno ántes del casamiento. Por eso están confiados y tranquilos Pedro y la vírgen vascongada.

«¡Oh! Las campanas de la iglesia parroquial doblan á muerto.» María ha dejado de existir; el poeta acompaña con sus lúgubres lamentos los sollozos de las doncellas de Ispaster, hasta que volviendo los ojos al cielo, deja escapar de los trémulos labios estas consoladoras palabras: «No, no lloreis; la tierra no se hizo para que la habitaran los ángeles; María ha volado á su patria. En aquel suave, venturoso clima, la delicada flor se halla al abrigo de los vientos y de las tempestades.»

¿Y Belándia?... En oscura y fria noche hay un hombre arrodillado sobre una tumba poca há cerrada. Es Pedro, su pecho exhala acongojados lamentos; más tarde, fatigado cae, «besando la tierra que le oculta su tesoro,» y permanece inmóvil sobre la sepultura. Miéntras, la nieve cae con trágica lentitud y el cuerpo del mancebo se oculta bajo un sudario tan blanco como sus amores, y «esta leyenda termina donde terminan todas las miserias y todas las grandezas humanas, en el campo consagrado á los muertos.»

En esta composicion hay, como se ve, movimiento dramático y emocion verdadera; los caractéres de los héroes son nobles y el escritor consigue interesar y conmover relatando con sencillez, que no excluye á la elocuencia, una historia en que resplandecen discretamente combinados, dos de los sentimientos más altos de la humanidad: el amor y la religion.

*El Brebaje maravilloso* es la segunda composicion de que debo ocuparme.

En la torre de Basurto vive un anciano caballero en compañía de su hija Luz. Don Sancho ha sido uno de los señores que más parte han tomado en las contiendas civiles de Vizcaya.

«Miéntras él pudo manejar la lanza
Y guiar á sus gentes al combate,
No gozaron sus míseros vecinos
Ni un dia, ni una noche, de descanso.»

Y á fe que la guerra le ha sido provechosa, puesto que merced á ella, ha conseguido aumentar su hacienda con los despojos de sus vecinos. Pero los años son implacables, y el viejo, falto ya de fuerzas, vegeta en su torreon, como nos lo dice el autor con poética exactitud.

«Por eso Sancho Diaz de Basurto
Vive tranquilo en su vetusta torre,
Como lobo decrépito y sin dientes,
Que en el fondo de lóbrega guarida
Se deja morir de hambre y de tristeza.»

Sólo un lazo le une á la vida, y ese lazo es su hija idolatrada Luz. De este modo el achacoso guerrero al lado de la hermosa doncella, parece una noble ruina iluminada por un rayo de aurora.

Luz, que tuvo la desgracia de perder á su madre siendo muy niña, fué educada por una dueña que en la comarca tenía fama de maga. Mil rumores, á cual más extraños, circulaban respecto de la buena vieja, y en verdad que no eran del todo infundados, puesto que poseia el arte de preparar filtros dotados de extraordinarias cualidades.

Inútil es decir que Luz aprendió todos sus secretos.

Cierto dia, Basurto habló á su hija de esta manera. «Ya sabes que nuestra familia y la de Gámiz se profesan un odio secular é inextinguible, y seguramente no habrás olvidado que tuve la fortuna de vencer á mi contrario y de arrebatarle sus tierras y castillos. Mi enemigo murió de tristeza dejando un niño el cual apénas tuvo quince años se marchó á Castilla y en las guerras contra los moros adquirió extraordinario re-

nombre de valor que la fama ha traido hasta nuestras montañas. Pues bien, Fortun de Gámiz, que así se llama el mancebo, ha regresado á Vizcaya y su venida ha llenado de esperanza el corazon de mis demas enemigos Pedro de Saracho y Ortiz de Olaverria. Los tres se han unido en estrecho lazo de amistad cimentado en el odio que me profesan, y yo, adivinando sus aviesos proyectos, les he declarado la guerra. Mañana es la batalla, y aunque me sobra ardimiento ¿qué podré hacer privado de las naturales fuerzas? En tus manos está el salvarme, preparándome aquel brebaje que hace invencible al que lo bebe.» Luz procuró disuadir á su padre pintándole los horrores de la guerra y excitándole á devolver los arrebatados bienes á su legítimo propietario Fortun de Gámiz. El anciano se mantuvo inflexible, y la jóven, deplorando su obcecacion, le prometió preparar el brebaje.

Aquí sigue una escena muy bella; Luz abandona el castillo para recoger en el bosque ciertos simples que le son indispensables, y buscando las hierbas se interna por la inmensa espesura. El terreno se torna accidentado y agreste; de pronto se oye un rumor como si un hombre avanzase por entre las zarzas, pero nada se ve sino el movimiento del ramaje; en otro lado de la selva resuena un aullido y un enorme lobo se lanza sobre la jóven, que hubiese sido pasto de su voracidad, si un venablo, lanzado por nerviosa mano, no cortara la vida á la fiera.

El salvador de Luz es Fortun de Gámiz, que turbado con la idea de la próxima batalla, y no pudiendo conciliar el sueño, se pasea por la montaña. La jóven, llena de reconocimiento, pregunta su nombre al bizarro doncel, para poder repetírselo á su padre D. Sancho de Basurto. Al oir Gámiz el apellido de su enemigo, resuelve ocultar el suyo propio, y replica á la doncella que es navarro y se llama Lope de Mendivil. Despues de que Luz explica á Gámiz la causa de haber abandonado el castillo en aquellas horas, Fortun se ofrece á acompañarla por el camino. Luz se pone en marcha, pero se

encuentra tan fatigada que no puede dar un paso, y entónces el doncel exclama:

«Aquí quedad, doncella encantadora:
Templada y deliciosa está la noche,
Embriagan los perfumes de la selva,
Brilla en el zénit la argentada luna,
Todo respira paz, reposo y calma.
Blando lecho os ofrece el verde césped,
Y ha de adormiros el süave arrullo
De las hojas; yo en tanto, vigilante,
He de velar vuestro tranquilo sueño.
La alcoba más suntuosa envidiaria
Este verde tapiz, ese alto techo
Pintado de un azul puro y hermoso;
Ese soberbio techo, del que cuelgan,
Innumerables lámparas brillantes.
Aqui quedad: gustad bajo mi guarda
Del apacible sueño, sin recelo,
Y cuando el alba su hechicero rostro
Nos muestre por las puertas del Oriente,
Volvereis á la torre de Basurto.»

La jóven acepta y se duerme bajo los copudos árboles, por entre cuyas ramas penetran los temblorosos rayos de las estrellas, confiada en la caballerosidad de Gámiz.

Este clava sus ojos en el tranquilo rostro de la niña, y el amor brota en su pecho ardiente é inextinguible, como nacido á impulsos del genesíaco ambiente de una noche primaveral; luégo la idea de que tiene en su poder á la hija de su mortal enemigo le agita el cerebro, parécele que todos los séres que le rodean le hablan de venganza, y cuando va á poner en práctica su menguado proyecto, la sonrisa angelical que se mece en los labios de la dormida vírgen aniquila todos sus malos deseos, de la misma manera que las nieblas de la mañana se rasgan bajo la gloriosa fuerza del sol.

Pasada ya la noche ámbos jóvenes se retiran en compañía,

dejando adivinar sus ojos la pasion que mutuamente experimentan. Al despedirse, el fingido Mendivil declara su verdadero nombre, y Luz penetra en el castillo llevando la muerte en el alma.

Pero por mucha que sea la fiereza del padre, no es tanta que permanezca insensible á la hidalguía del de Gámiz, así es que cuando llega el momento del combate le pide una entrevista, y en ella ofrécele á eleccion el brebaje que hace invencible, ó su propia hija cuyo amoroso secreto ha sorprendido.

Y la leyenda termina con el matrimonio de Luz y de Gámiz, que sella la reconciliacion de dos razas enemigas.

*El Brebaje maravilloso* es composicion ménos dramática que *La Rosa de Ispaster*; pero la supera en colorido poético, sobre todo en la escena del bosque que es bellísima, y se abre dignamente con una brillante descripcion de la noche. Los caractéres están bien dibujados, y los afectos son muy nobles. Hay en la figura de Luz dormida en la selva una inocencia, una pureza tal, un abandono tan candoroso, que ese solo rasgo nos hace concebir su elevada perfeccion moral, mejor que pudieran hacerlo las más perfectas descripciones. En cuanto á Gámiz, realiza el tipo de la caballerosidad ideal.

Por el contrario, el estilo de *La Rosa de Ispaster* es más igual y está mejor trabajado que el de *El Brebaje maravilloso*. En *La Rosa de Ispaster* la accion camina más deprisa, sin duda alguna porque la tiranía de las reglas de versificacion no obliga al autor á diluir su idea. Asi es que existe en este poema cierta tendencia á las digresiones que conviene evitar, porque produce resultados como el de la introduccion, que es larga y fria.

Todo ésto no quita que en la mayor parte del poema palpite verdadero sentimiento poético, como se ve en la escena de la selva, donde existe perfecta armonía entre el fondo y la forma, igualmente bellos.

Poco nos resta qne decir de la composicion titulada *A orillas del Ibaizabal*.

Una hermosa aldeana, tan hermosa que en vez de aldeana parece ninfa, se ha ido á recoger flores á orillas del rio. Un apuesto caballero, vestido con rico traje, se acerca y entre requiebros le ofrece su soberbio castillo, millares de vasallos, joyas, músicas, amor, si le sigue á su patria.

Y la aldeana, en cuyo pecho vive el santo amor á su madre y á su tierra, replica

«Caballero, caballero,
El de la brillante espada,
El de gentil apostura,
El de melosas palabras!
¿Cómo imaginar podeis
Que me vaya á tierra extraña,
Dejando el nativo valle
Que riega el manso Ibaizabal?
Si al ménos de vuestra tierra
Se viesen esas montañas
Que nuestro valle dominan!
Más ¡ay! que de vuestra patria
Ni las cimas se columbran
De los montes de Vizcaya,
Pues segun vos me decís,
Sois de remota comarca.
. . . . . .
De todas vuestras ofertas,
Sólo la última me agrada,
El amor que me pintais,
Con seductoras palabras.
Más, ¡ay! de ese amor yo dudo
¡Plegue á Dios que no dudara!
Que si cual los labios dicen
Así sintiera vuestra alma,
No quisierais arrancarme
Del valle del Ibaizabal,
Y os quedaríais conmigo
Y con mi madre adorada.
Que si vuestra patria es linda,
No ménos linda es mi patria;

Si vuestra patria es ilustre,
Ilustre es esta comarca;
Y no hay tierra que en nobleza
Llegue á la libre Vizcaya.»

El caballero, subyugado y vencido por las palabras de la aldeana, cuya alma es más hermosa, si cabe, que el rostro, renuncia á su patria, y se casa y vive feliz á orillas del Ibaizabal.

Así concluye esta fantasía delicada donde se admira la misma nobleza de sentimientos que en las anteriores, donde la versificacion es fácil, galana y correcta, y donde resplandece el amor al país vasco, más profundo, más enérgico tal vez en las honradas clases populares, que en las clases superiores, demasiado interesadas y mezcladas en los sucesos de la decadente política española.

## IV.

Como vemos, el Sr. Arana ha adquirido carta de naturaleza en la gloriosa república de las letras. Prosiga, pues, el autor cultivando las envidiables dotes literarias que le adornan; continúe inspirándose en los ideales euskaros, tan adecuados á su imaginacion soñadora y tierna, y esté seguro de que conquistará dias de gloria, si honrosos para su nombre, más honrosos todavía para su país natal.

ARTURO CAMPION.

*Iruracbat* del 22, 24 y 29 de Marzo de 1878.

Siempre que la lectura de un libro hace que asomen á mis ojos las lágrimas, y despues de comenzado deseo tenerle constantemente ante ellos, casi puedo asegurar que el libro es bueno, es interesante. No porque tales particularidades mias sean una señal segura de la excelencia del libro, sino porque en la multitud de veces que aquello me ha sucedido, observé que personas de buen gusto, eruditas y de elevado corazon, han asegurado al examinar los que me impresionaron tan hondamente que eran de mérito... Y yo soy hombre que paga tributo á la opinion.

Hablo así para hacer ver que la obra de mi distinguido amigo D. Vicente de Arana, cuyo título encabeza este artículo, atendiendo á lo que acabo de manifestar, es buenísima entre las mejores, pues desde que pasé la vista por *Brenda de Kolbein* hasta la última composicion poética, *El país más hermoso,* con que termina el libro, no le he abandonado, y he suspendido no pocas veces su lectura, porque asomaban á mis ojos las lágrimas producidas por sentimientos delicados, unas veces de placer y otras de dolor.

Esta obra es magnífica.

No obstante, la prueba que ha hecho Arana coleccionando lindisímos cuentos, poemas, leyendas y baladas de Tennyson, Michel, Percy, Mosen, Bertola, Longfellow y otros, con algunos suyos no ménos bellos é interesantes, es peligrosa. La fortuna ha estado con mi buen amigo propicia, porque difícilmente de la comparacion que se establece entre las producciones de literatos afamados, con uno que comienza, por decirlo así, el espinoso y florido camino en que tantos hallaron el desencanto, difícilmente repito, sale bien parado el último que escribe.

Pero en *Oro y Oropel*, francamente, no se sabe qué admirar más, si lo original de Arana, ó las traducciones. *La Rosa de Ispaster*, *Brenda de Kolbein* y *El Brebaje maravilloso*, leyendas de felicísimos y nuevos pensamientos, expresados en lenguaje correcto y florido, nada desmerecen de *Evangelina*, de *Enoch*

*Arden* y de las demas que Arana llama oro, y lo son á no dudar, pero de muchos quilates.

Entre lo que modestamente designa con el nombre de oropel, lo que más me agradó, ya por su forma elevada, en endecasílabos robustos y cadentes, aunque libres, ya por su sentido é intencionado argumento, fué *El Brebaje maravilloso*, donde se canta el amor más sublime, la hidalguía en toda su pureza, la caballerosidad de los corazones cántabros, y el anhelo de una venturosa paz que ponga término á las luchas entre hermanos.

Asi, al concluir este magnífico poema, que no analizo detalladamente por no pecar de prolijo, pone en boca de uno de sus personajes los siguientes magníficos versos:

Pues que somos hermanos, como hermanos
Vivamos en dulcísima concordia;
No nuestra raza ilustre deshonremos
Con contiendas sangrientas y crueles.
Al rencor, á la envidia y al orgullo
Remplacen el amor y mansedumbre,
Y de un extremo al otro de Vizcaya
Cesando las discordias intestinas,
Luzca la aurora de una paz eterna.

Como en esta parte de la obra, en todas las demas resplandecen delicados afectos, ternura, brillantez en la expresion y un interes creciente que arrastra.

En cuanto á las traducciones, son tan acabadas, que bien se conoce lo identificado que se halla el vascongado escritor con los extranjeros cuyas obras nos ha dado á conocer; pues yo tengo por seguro, que áun poseyendo bien un idioma, no se puede dar el verdadero colorido á las traducciones, sin comprenderse, y, por decirlo así, compenetrarse el traductor y el escritor.

Así, cuando se repasan las páginas que contienen el poema *Evangelina*, uno de los más brillantes que brotaron de la fe-

cunda é inspirada pluma de Longfellow, parece que se ve en ellas la musa protectora de Arana, recogiendo galas y pensamientos para adornarse y presentarse ante su querido poeta tan bella como la de aquél.

Muchos elogios tributaron á esta obra periódicos nacionales y extranjeros; grande es la estimacion que adquirió el autor como hombre de letras; y por eso cuanto yo diga habrá de ser pálido, porque aparte de todo, únicamente leyéndola se adquiere cabal idea de ella, y así no titubeo en aconsejar su adquisicion.

*
* *

En cuanto al carácter especial del escritor que me ocupa, tiene mucha analogía con el de los pensadores y tristes bardos alemanes é ingleses; está por decirlo así saturado del sabor qne los trovadores del Rhin y de Escandinavia dan á sus cantos; bien puede decirse que él, mejor que ninguno, acredita la teoría de los que aseguran que la poesía en el Norte de España es de mayor trascendencia que en el Mediodía, donde si la forma es hermosísima es el fondo superficial y de escaso interes.

Arana en sus originales y bellas leyendas y en sus inimitables baladas pone de manifiesto la importancia de la musa del Pirineo, que habrá de inspirar á los cántabros, asturianos y gallegos, sublimes odas, elegías y cantos guerreros, cuando la juguetona lira de Andalucía se halle olvidada en algun rincon ó colgada de alguna seca palmera, á cuya sombra danzarán libremente las macarenas de gracioso reir y de mirada de fuego.

Todo lo que brota de la pluma de mi inspirado amigo parece ser meditado allá donde Odin fué la suprema divinidad, cuyas hazañas y virtudes se describen en los Eddas y Sagas de Islandia. El genio del mal que retrata en sus cuentos, participa de la fiera tristeza de los Rinthusar. Aeger y Thor

parece que trazaron con su dedo los rasgos sublimes de *Brenda de Kolbein;* y en cualquier parte que la vista se fije, se encuentran reminiscencias de los *Nibelungen*, y de aquellos entonados conceptos de Milton y Klopstok.

Es indudable que aquí donde el sol de la reconquista brilló esplendoroso, como en Cantabria y Galicia, en cuyo lenguaje el sabio rey escribió algunos de sus armoniosos versos, participan los poetas de la sombría y melancólica belleza que inspiran sus caudalosos y profundos rios, corriendo por los valles que forman altísimos montes, siempre cubiertos de bruma; de la sublime emocion que se experimenta al oir en los helados dias del invierno el constante retumbar del trueno que consterna á los moradores de los campos cubiertos de blanquísima nieve; la inmensa mar azul que se torna en procelosa, al asomar en el Golfo de Gascuña; la belleza agreste y ruda de la naturaleza, una y de infinita variedad; y sobre todo, les inspira ese amor acendrado á la familia, el fervoroso culto que á Dios se rinde, y las consoladoras creencias cristianas.

Por eso Arana, que vive en el Norte, es poeta sentido y melancólico, pero poeta de mucho porvenir.

Siga por esa senda, por donde Dios le llama, y al fin conseguirá la inmarcesible corona de la inmortalidad.

JESUS PANDO Y VALLE.

*Eco de Asturias* del 20 de Julio de 1878.

FIN.

# INDICE.


| | Págs. |
|---|---|
| Prólogo | v |
| Los últimos iberos | ix |
| Ochoa de Mármex | 1 |
| Los hijos de Amándarro | 15 |
| Zazpiki ó el enfermo de amor | 59 |
| El basojaun y la maitagarri | 63 |
| A orillas del Urumea | 137 |
| El bardo de Uribe | 149 |
| El amor de los viejos | 182 |
| La batalla de Illundona | 188 |
| Sancho Mitarra | 203 |
| La leyenda de Lelo | 215 |
| El puente de Proudines | 311 |
| La muerte de Lekobide | 321 |
| El juicio de Dios | 329 |
| Aitor | 335 |
| Iberia ó la ninfa del Zadorra | 343 |
| Apéndice | 363 |
| Oro y Oropel.—Juicios críticos | 373 |

UNIVERSITY OF MICHIGAN
3 9015 03147 3740

DO NOT REMOVE
OR
MUTILATE CARD